



LORENA FUENTES

*El amor puede  
ser un hallazgo  
afortunado cuando  
no lo estabas  
buscando.*

SERENDIPIA



# SERENDIPIA

**Lorena Fuentes**

# **Tabla de Contenido**

[Epígrafe](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la Autora](#)



**Lorena Fuentes**

**©Serendipia**

Primera Edición: 2016

Código: **1602156573200** SafeCreative.

© ALL RIGHT RESERVED

© Portada H.Kamer 2016

Revisión Ortográfica y Edición: Lorena Fuentes y Melina Rivera.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

El amor te sube al cielo y es capaz de bajarte al infierno, el amor puede llegar a destruirte, pero solo el amor puede curar tu corazón.

Ama con locura, sin medida y ciegamente.

**Lorena Fuentes**

A todas las personas que encontraron el amor  
sin buscarlo.

A todas aquellas personas que ansían encontrar  
su Serendipia.

A ti que estás en el cielo y soñabas con el amor  
de tu vida, a ti mi pequeño que te espero con  
ilusión, eres la serendipia de todos luego de  
tanto dolor.

# Prólogo

**Cuatro años antes.**

**E**scupo sobre la tumba de César... son las siete de la noche y es la única que hora en que no puedo fingir que estoy afligido, a esta hora puedo

demostrar el odio y la satisfacción que estoy sintiendo al ver a mi verdugo muerto. Aunque me hubiese encantado asesinarlo con mis propias manos, el karma llegó e inundó su cuerpo con cáncer hasta matarlo, haciendo que esta basura se fuera en menos tiempo de lo que pensamos.

Cuando haces daño a otro todo se devuelve...

Lo llaman... KARMA.

Dirán que estoy loco y que me estoy despidiendo del ser que fue mi padre, pero la verdad estoy despidiéndome de mi pasado y todo lo que este arrastra. Hoy es el primer día que aparto el miedo de mi vida y que puedo empezar a vivir libremente al fin. Hoy está bajo

tierra el monstruo que arruinó mi infancia y mi vida entera.

Las secuelas psicológicas durarán de por vida.

—Espero que te pudras en el maldito infierno —le digo a la lápida.

Me doy vuelta y me subo a mi auto, en Málaga está helando está noche. Arranco a toda velocidad y siento que parte de mi pasado se ha ido para nunca más volver.

Hoy nace un nuevo Guillermo Cruz y muere el que temía por su vida.

Hoy es el comienzo de una nueva existencia.

# Capítulo 1

Cuando tenía cinco años mi madre me dijo que el baile debía ser mi vida, tengo veintitrés años y puedo decir que es más que mi vida, es mi pasión y mi alma.

Tengo una pequeña academia de danzas en Caracas y me he convertido en la coreógrafa de muchos artistas, pero mi verdadera pasión es la danza árabe.

Les explico el por qué:

Se caracteriza por sus movimientos suaves y fluidos que coordinan a la vez las diferentes partes del cuerpo. Por ejemplo, los brazos pueden ir a un ritmo diferente del que va marcando la cadera. La atención se centra principalmente en la cadera y el vientre, alternando movimientos rápidos y lentos y se enfatiza en los músculos abdominales, con movimientos de pecho y hombros, así como con brazos serpenteantes. Pero más allá de lo técnico, lo que más me gusta son los significados que tienen, los movimientos ondulatorios y rotativos, que por lo general son lentos, simbolizan la tristeza; en cambio con los movimientos rápidos, golpes y

vibraciones la bailarina expresa alegría. Todos los movimientos de esta danza se relacionan con la naturaleza, por ejemplo, las plantas de los pies se apoyan bien sobre el suelo, lo cual simboliza la tierra, o también cuando la bailarina extiende sus brazos siempre forman una semi U y nunca están caídos, esto simboliza a las aves.

Con esta danza puedo expresar tanto, por eso me especialice en ella. Hoy estoy en una de mis clases de danza árabe avanzada y mis estudiantes tienen edades diversas. La música que se escucha de fondo expresa tristeza y yo estoy tratando de formar una simple coreografía alternando los movimientos poco a poco. Mientras se las bailo a mis

alumnas me transporto, cierro mis ojos, me dejo llevar por la música.

Llevo un rato bailando concentrada cuando de pronto escucho murmullos y exclamaciones dentro del salón, abro inmediatamente mis ojos y sigo bailando. Busco con la mirada el objeto de tal alboroto y el aumento de los golpes de percusión de la música me indican que estoy llegando al final de la danza, me arrodillo y hago un puente. Yo siento el peso de una mirada que me desnuda. Un hombre como de treinta años está parado justamente en la puerta y sus ojos verdes me observan con intensidad.

Me levanto lentamente y me acerco a él.

—¿En qué puedo ayudarle?, está interrumpiendo una clase —le espeto molesta.

—Disculpe —me dice apenado—, no era mi intención. —Me tiende su mano y todas mis alumnas están alucinando, ante ellas tienen al cantante español del momento, le tiendo la mía y él me dice su nombre con una voz ronca y sensual—. Guillermo Cruz.

—Andrea Ordoñez. —Me presento pero retiro mi mano al sentir una corriente que estalla entre los dos—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Guillermo sonrío y se queda observando mi mano.

—Por favor. —Mueve sus manos negando—. Termine su clase quisiera

conversar con usted, ¿no le molesta si observo? —me pregunta enmarcando una de sus cejas con una sonrisa algo picara.

Yo hago un gesto negativo con mi cabeza y le respondo:

—No. —Mi respuesta es corta, este hombre pone mis nervios de puntas—. Chicas observaron la coreografía, vamos.

Doy dos aplausos y me voy al frente del espejo. Cuando veo que mis alumnas están organizadas en posición de ajedrez tomo el mando a distancia y repito la canción. Empiezo los movimientos de la danza y a través del reflejo veo cómo Guillermo centra su mirada en mí. Hoy había optado por usar un conjunto negro

y fucsia de chándal y top que muestra mi abdomen, como complemento un caderín con muchas monedas. El sonido de los caderines al unisonó me llevan de nuevo a un mundo donde no existe nada que me perturbe, donde puedo moverme y ser yo misma. La percusión me hace ir más allá y mis caderas empiezan a moverse a su ritmo, mi vientre se ondea como olas suaves, mis hombros y brazos se mueven como unas serpientes perfectamente simétricas la una de la otra. Cada movimiento es natural y espontaneo. Olvido la coreografía, sólo bailo, pero esta vez no lo hago para mí o mis alumnas, y es que siento la necesidad de bailar para él.

Cierro mis ojos y trato de seguir los

pasos que había trazado para la coreografía simple que había planeado para el día de hoy, cuando escucho una de las voces de mis alumnas quejándose.

—Andrea, pero estás complicando la coreografía, no es la misma.

Abro mis ojos y me sonrojo sabiendo que de nuevo me deje llevar, les pido disculpas. Está vez repasamos la coreografía que tenemos semanas haciendo y busco el mando a distancia para cambiar la pista. Mis alumnas bailan y yo las voy observando, me acerco a cada una de ellas para corregir sus pasos y posturas. Pero voy sintiendo el peso de una mirada en mi espalda a medida que me voy desplazando por el estudio.

Al terminar la clase mis chicas le piden su autógrafo, que muy amablemente Guillermo les da entre risas, besos y fotos. Al quedarnos completamente solos me acerco secándome el sudor con una toalla y él recorre cada rincón de mi cuerpo descaradamente con su mirada. Me desconcierta todo lo que me hace sentir, y es que simplemente su mirada me desnuda toda; y no sólo hablo de la ropa, siento que esa mirada verde, como las hojas de los árboles, me desnuda el alma.

Niego y pongo los ojos en blanco, me quedo observándolo detalladamente. Guillermo es alto, creo que mide como uno noventa de estatura, su tez

bronceada, cabello castaño y algo desordenado y tiene los ojos verdes más hermosos que he visto en toda mi vida. Tiene cara de chico malo que le da un aspecto sexy y muy, muy atractivo.

—Ahora sí me dirá en qué lo puedo ayudar —le digo.

—Claro —responde sonriendo, cruza sus brazos y ahora soy yo la que enmarca una ceja y él agrega—. Tengo una gira por toda Suramérica y mi coreógrafo se lastimó en México. Necesito alguien que lo reemplace con urgencia y un gran amigo me recomendó tu trabajo y ya veo el porqué.

Su tono de voz es sensual y ronco.

*“Dios Andrea compórtate pareces una colegiala o una fan enamorada de*

*este tipo*”, me reprendo mentalmente

—Gracias —contesto y agrego—: Vamos a mi oficina, así puede explicarme mejor.

Me hace un gesto de asentimiento con su cabeza y le indico a dónde ir. Caminamos en silencio, él siguiéndome los pasos y observándome como un cazador a su presa, abro la puerta y me quedo pegada del marco mientras él pasa. Al entrar roza su cuerpo contra mis brazos y simplemente me estremezco a causa de esa extraña energía. Definitivamente esto enciende mi alarma de peligro. Entro a la oficina, me acerco a la nevera, saco dos botellas de agua, le ofrezco una, sus dedos rozan los míos y ahí está de nuevo esa

corriente eléctrica entre los dos.

Me siento en mi sillón tratando de ignorar lo que pasa. Él toma la botella, la pone en el escritorio e inmediatamente empieza hablar:

—El asunto es simple, estoy sin coreógrafo, tengo aproximadamente quince presentaciones y necesito uno. Nacho me dijo que eres la mejor y simplemente me mostró varias coreografías tuyas, así que vine a verte —me dice.

Se queda observándome al ver mi reacción, si él supiera que estoy curada del magnetismo de las estrellas. Respiro profundamente para responderle:

—¿Quiere que siga las coreografías de su actual coreógrafo o monte nuevas?

La idea me desconcierta, nunca me ha gustado trabajar con coreografías de otros y hacer nuevas requería de tiempo... y por lo que intuyo, él no tiene ese tiempo. Niega y sonrío.

¡Dios sus dientes son completamente perfectos y blancos!

Este hombre podría decirse que es perfecto.

—Quiero que bailes tú solamente —responde con voz ronca—. Puedes tutearme Andrea.

¿Tutearlo?

Me quedo observándolo y él simplemente esboza una sonrisa, una de sus comisuras se sube de un labio donde aparece un hermoso hoyuelo.

¡Este hombre es un pecado para la

vista!

—Disculpa —le digo y me levanto de la silla. Empiezo a caminar en la oficina. Dentro de mi cabeza empiezan a presentarse miles de escenarios. Guillermo me sigue con la mirada y pienso *“bailar sola, es un artista de pop.... No... sí he realizado montajes de música pop, pero no las bailo, solo coordino y lo hacen bailarines. Este hombre está loco”*.

»Yo no puedo ausentarme de mi academia —respondo automáticamente—. Tengo responsabilidades, irme de gira con algún artista no está en mis planes y creo que Nacho pudo decírtelo.

—Sí, me lo dijo y mi manager te llamará para el contrato —me contesta y

se levanta lentamente. Se queda observándome—. Espero tu respuesta en tres días.

¿Qué diablos?

Sale de mi oficina dejándome con la palabra en la boca. Guillermo Cruz quiere que baile en una de sus giras... yo... yo quizás pueda ser la bailarina principal y mi nombre sería reconocido un poco más. No vendría mal en el ámbito profesional, pero esa vocecita interior, esa que todos tenemos dentro, me dice con señales en fluorescente, que Guillermo Cruz es peligro puro.

No tengo nada que pensar, mi vida y mi carrera están en Venezuela. Así que la respuesta es sencilla:

No aceptaré la propuesta de

Guillermo Cruz.

# Capítulo 2

**H**oy decidí quedarme hasta tarde en el estudio, tenía en mente una coreografía para el nuevo video musical el dúo del momento Chino y Nacho. Está era la cuarta vez que trabajaba con ellos, lo cual me alegraba ya que son

encantadores y trabajar a su lado era sinónimo de mejores contratos con otros artistas. Estaba tomando un ligero descanso, cuando estoy en estos procesos creativos me exijo un poco más antes de mis clases y después de las mismas, como era el caso de hoy. Mi mejor amigo y socio, Alberto, me sonrío en este momento y los dos tenemos las respiraciones entrecortadas por el esfuerzo físico.

A Alberto lo conozco desde hace ocho años, cuando bailamos en un video musical, fue mi primera vez en uno y la cuarta para él. Congeniamos al momento y desde ahí nació una amistad fuera de serie e inquebrantable. Normalmente era mi pareja de baile en este tipo de

trabajo.

—Andy, ¿decidiste que harás? —  
me pregunta.

Me levanto del piso y le respondo:  
—¡La verdad es que no! —Suspiro  
—. Es una gran oportunidad no te lo  
niego, pero tendría que dejar la  
academia. —“*Además no te sacas de la  
mente a cierto hombre de ojos verdes*”  
me dice una voz maliciosa en mi mente  
la cual decido ignorar—. El pago es  
estupendo y me daría cierto status en el  
medio —agrego sacando esos  
pensamientos de mi mente.

Alberto asiente y esboza una de sus  
sonrisas tranquilizadoras, las que  
normalmente usa para alentarme hacer  
cosas que nunca me atrevería.

—La academia estaría en mis manos y podría buscar una persona adecuada para danza árabe, todos sabemos que tus alumnas entenderían — me dice y se acerca, me toma de la cintura atrayéndome hacia a él. Toma mi mentón y me pregunta—. ¿Le contaste a tu madre?

Yo niego. Mi madre..., tengo tres meses que no sé qué es tener una conversación coherente con ella.

—No, ella me obligaría aceptar sabes... —Me río—. Bueno tú sabes cómo es ella. —Me imagino el sermón al decirle que pienso rechazarlo, y no sería de lo lindo, así que no pienso decirle nada. Le digo—. ¿Te imaginas su reacción? Ya tendría las maletas

hechas.

Alberto suelta una carcajada ronca, toma el mando a distancia, enciende la música y me alza por la cintura. Empieza a dar vueltas y me río por sus locuras. Le grito que me suelte, que tenemos que trabajar y él sigue dando vueltas y gritando incoherencias como que soy bella, que voy a comerme el mundo y que nadie podrá detenerme, pero se detiene abruptamente y me baja, la cara de mi amigo es todo un poema y me giro para ver qué lo perturba.

Y es que hasta yo me sorprendo. Me estremezco al verlo. En la puerta del estudio está parado Guillermo con una mirada indescifrable y la verdad es que da un tanto de miedo. Respiro hondo y

me recupero de la conmoción. Esbozo una sonrisa porque sé muy bien que viene en busca de una respuesta.

—Hola señor Cruz, ¿en qué puedo ayudarle? —Me acerco a él y este se me queda observando por un minuto o dos, recorre mi cuerpo con su mirada y siento chispas que empiezan a saltar entre los dos como fuegos artificiales.

Hoy esta condenadamente sexy con una barba incipiente de dos días, un jean desgastado a la cadera que le queda como un guante, se ciñe perfectamente a sus músculos cincelados; y una camiseta blanca, ¡está guapísimo!

Yo, definitivamente, tengo que estar a kilómetros de distancias de él.

¿Desde cuándo me detengo a pensar

en un hombre de esa manera?

“*Ninguno es Guillermo Cruz*” me responde la vocecita en mi mente.

Pongo los ojos en blanco ante mi locura.

—Andrea —me llama arrastrando cada silabas de mi nombre—. ¿Interrumpo? —pregunta con un tono tirante.

Alberto carraspea y le hago señas para que se acerque.

—La verdad es que sí, mi compañero y yo estábamos tomando un pequeño descanso, estamos ensayando. —respondo. Alberto llega a mi lado, yo le sonrío para infundirle confianza y él me corresponde con un guiño—. Le presento Alberto Sarmiento, es mi socio

en la academia.

Alberto le tiende la mano a Guillermo y este le corresponde, aunque el cruce de miradas es tan fuerte que la tensión es palpable en el ambiente. Les falta orinar encima de mí para marcar territorio. ¡Hombres!

—Un gusto señor Cruz —Alberto le dice.

—El gusto es mío. —Guillermo rompe el apretón y centra de nuevo su atención en mí—. Me gustaría invitarte a cenar.

No pasa desapercibido que no toma en cuenta a Alberto; tampoco que me ha vuelto a tutear. Pero igual pongo los ojos como platos porque lo que menos imaginé fue que vendría a eso. Alberto

me mira como esperando que diga que no y que tenemos que trabajar, pero...

¡Dios!..., ¡es Guillermo Cruz!... ¡y está tan jodidamente sexy!...

¡Por Dios Andrea!

Guillermo me da una sonrisa intuyendo que mi respuesta será positiva.

—Ehmm bueno... —titubeo y llevo mi brazo al cuello, me paso la mano por el cabello—, la verdad, es que estamos cortos de tiempo para este montaje. —Alberto sonrío ante mi respuesta, pero sé que cuanto termine se le borrará—. Pero sí me gustaría acompañarlo.

La sonrisa de Guillermo se ensancha y a mi amigo se le transfigura el rostro con una mueca de desagrado.

Les pido disculpas y me retiro un momento a los vestidores. Me estoy terminando de vestir y Alberto entra hecho un demonio.

—¿Puedes explicarme de que va eso? —Señala hacia afuera.

Pongo los ojos en blanco.

—Me pareció grosero decirle que no y más cuando voy a rechazar la propuesta de irme a la gira. —Levanto mis hombros restándole importancia.

Suelta un bufido.

—Sí, claro... —responde poniendo los ojos en blanco—. Te quiero aquí a las cuatro de la mañana Andrea.

Su manera de reaccionar me molesta y decido ignorarlo por ahora, pero mañana le voy a aclarar todo. Me

termino de arreglar y me dispongo a salir del vestidor, no sin antes decirle:

—Alberto no eres mi jefe y menos eres mi novio. —Él suelta un bufido y cruza sus brazos—. Eres mi socio y mi amigo... y soy libre de salir con quien quiera y cuando quiera. —Respiro hondo—. ¿Estamos Claros?

No espero su respuesta y salgo del vestidor.

Qué le sucede? ¿Ahora me tocará darle explicaciones?

Al entrar al estudio Guillermo se acerca para ayudarme con mi bolsa de ejercicio, me da una sonrisa y me escolta posando posesivamente su mano en la parte baja de mi espalda. En el estacionamiento nos espera un automóvil

con un chofer, entramos en la parte trasera y él toma mi mano para darle un beso sutil y mi piel se eriza desde la cabeza a los pies, retiro mi mano y, él, bueno él simplemente niega divertido por mi reacción.

—Estoy encantado que hayas aceptado venir conmigo —me dice con voz ronca.

Me ruborizo, porque no estoy acostumbrada a tal despliegue de seducción. Hace tanto que no salgo con hombres... pero ese es otro detalle de mi vida. El trayecto por las calles de Caracas se hace pesado, y como dirían muchas personas:

Caracas y sus eternos atascos.

Llegamos a un sitio en Las

Mercedes y el chofer se detiene. Cierro los ojos y empiezo a pensar miles de excusas para negarme a esto. Sí, es cierto que es que es una de las mejores propuestas de mi vida; pero este hombre es algo así como sacado del mejor culebrón venezolano, es que tan solo verlo es dejar de pensar coherentemente e imaginarme muchas cosas más, cosas que nos involucran a los dos en una cama.

Bajamos del auto, Guillermo hace de caballero y me tiende la mano para ayudarme a bajar, la tomo y sucede lo mismo que las otras veces; esa corriente eléctrica que hace que me sienta extraña y que recorre mi cuerpo. Él percibe lo mismo, esboza una sonrisa perfecta y en

sus mejillas se dibujan unos hoyuelos que me hacen caer rendida ante él.

¡Dios mío!

¿Por qué tiene que ser tan hermoso?

Empezamos a andar hacia el local y de nuevo coloca su mano de forma descuidada en la parte baja de mi espalda, retengo la respiración por unos segundos infundiéndome valor. Entramos al local y todos se deshacen en atenciones.

Pongo los ojos en blanco.

Estoy acostumbrada a estar con personas de cierto estatus social; de hecho mi propia familia lo tiene, por eso las personas como Guillermo me parecen personas de carne y hueso, como todos los seres humanos que

estamos en la tierra y no son inalcanzables si te permiten conocerlos. Guillermo es un verdadero caballero y lo demuestra ayudándome a sentarme, haciendo todos esos gestos que a las mujeres soñamos que nos hagan. Pide una botella de champagne, sube sus codos a la mesa uniendo sus manos entrelazando y sus dedos.

Me estudia por unos minutos. Yo hago lo mismo y él esboza una sonrisa, yo le correspondo.

—¿Entonces aceptas? —me pregunta claro y directo al grano.

—No.

Guillermo esboza una sonrisa ladeando un poco la misma y eso le da un aire de chico malo.

¡Peligro!

—¿Por qué? —me pregunta alzando una ceja.

—Porque no puedo, tengo obligaciones que afrontar y que cumplir.

El camarero llega y nos sirve una copa, ¿solo una sola?, ¿quiere emborracharme?

¡Esto es extraño!

Guillermo espera pacientemente a que termine sin quitarme la mirada de encima y yo empiezo a impacientarme ante su escrutinio.

No entiendo la insistencia de quererme en su gira. ¡Dios dame paciencia! Este hombre no me la pondrá fácil. Yo no trabajo así y me imagino

que Nacho se lo explicó.

—Puedes dejar a tu socio, ¿o es tu novio? —me pregunta con cierto retén.

—¿No bebes? —le pregunto con curiosidad.

Guillermo niega y empieza a balancear sus dedos en la mesa, no sé si nervioso o impaciente.

—No —responde cortante—. Te hice una pregunta —me espeta.

Pongo los ojos en blanco y respondo.

—Es mi socio y amigo nada más. —Doy un sorbo a la copa, lo burbujeante del champagne refresca mi garganta que se me seca con este hombre, agrego—: Y sí, puedo dejarlo a cargo, pero eso significaría buscar otra

profesora de danza, además hay otras cosas y aunque no lo creas, también estudio en la Escuela de Artes y estoy por recibirme.

Guillermo asiente y sus dedos pasan por sus labios estudiando una respuesta, chasquea su lengua contra el paladar y me dice con fastidio:

—Quiero que seas tú, lo creas o no..., yo solo quiero que seas tú.

Esa última frase la dice casi en un susurro ronco, provocando que se me erice la piel y empiece a sentir un cúmulo de emociones que no logro descifrar.

Mis alertas se encienden de nuevo. Me levanto de la mesa, tomo mi bolso y le soy sincera.

—No todos en este mundo estamos para hacer lo que quieras, los simples mortales tenemos obligaciones y te aclaro que yo no soy el capricho de nadie, bailo para mí y por mí. La danza es mi pasión y te recomiendo buscar otra coreógrafa, ¡es más! Yo misma te pondré en contacto con varias. — Guillermo ni se inmuta ante el tono tirante de mis palabras, solo sonrío cínicamente y yo doy por terminada la velada. Le digo con voz cargada de sarcasmo—: Fue un gusto conocerlo señor Cruz.

Me giro y salgo del local. Estamos en Octubre y el clima es horriblemente caliente en Venezuela. El choque con el aire cálido me hace maldecir.

*“Me tocará pedir un maldito taxi”*,  
pienso molesta.

Una mano sujeta mi brazo haciéndome girar y encontrándome con los ojos verdes más impactantes que he visto, y es que están casi negros.

—Quizás ahorita tengas la última palabra señorita Ordoñez, pero me jugaré mis últimas cartas. —Acaricia mi rostro y poco a poco se acerca a mí, siento su aliento cálido y cierro mis ojos —. Y no eres un capricho, eso te lo puedo asegurar.

Roza sus labios con los míos y yo estoy hecha gelatina. Me suelta y me siento inmediatamente vacía.

*“No te vayas por ahí Andrea”* me regaño mentalmente.

Guillermo hace unas señas y dos guardaespaldas salen, cruzan unas las palabras y finalmente me dice:

—Tienes dos días, te haré llegar los boletos de avión mañana. Feliz noche, Andrea.

Entra de nuevo al local dejándome desconcertada y completamente anonada. Ignoro las peticiones de los gorilas. Me monto en el primer taxi que consigo y me dirijo a casa donde me espera el peor de mis tormentos.

Al abrir la puerta el olor del licor invade mis fosas nasales. El salón del

departamento donde vivo con mi madre está lleno de botellas de ginebra.

¡Maldita sea la hora en la cual mi padre nos dejó por una mujer más joven que ella!

Pongo las llaves en la mesa del recibidor y tiro mi bolso. Recojo cada una de las botellas y las dejo en la cocina. Emprendo las labores del hogar lavando cada plato y vaso que ella usó. Salgo en busca de mi madre y la encuentro dormida en la alfombra de su habitación, el olor a vómito rancio hace que se me revuelva el estómago. Respiro hondo y la levanto, me doy cuenta que ha vomitado de nuevo. Le cambio la ropa y la acuesto boca abajo en su cama con la cara hacia el lado de

afuera de la cama, pongo un balde a su lado por si le dan nauseas de nuevo.

Cuando me dispongo a limpiar el nuevo desastre su mano me sujeta y me dice:

—Todos van a caer rendidos ante ti... —balbucea—. Tú, hija, serás la perdición de algún hombre.

—Vamos mamá, duerme —le digo.

Me suelto de su agarre, recojo la alfombra y la meto en una bolsa de basura, ya pensaré qué hacer con ella. Tomo la ropa y voy al cuarto de lavado. Nadie creería que la vida de la bailarina, hija de la oncólogo estrella y del dueño de una importante empresa del país, tiene como madre una borracha, y sus noches las dedica a

limpiar vómito y, muchas veces, otras cosas.

Todo empezó cuando tenía doce años, después que mi padre, un hombre de negocios conocido por ser el dueño de una de las empresas más grande de producción de alimentos del país, entrara a su casa y le dijera:

*—Te dejo, me voy con una mujer que me hace sentir más hombre que tú.*

Mi madre gritó, lloró y destrozó aquella casa a la cual llamábamos hogar. Fue una tarde que nunca olvidaré, al llegar del colegio encontré todo destrozado y mi madre aferrada a una botella de ginebra. A mi padre le

importo una mierda irse con una mujer veinte años menor que ella, y desde ese día vivo el mayor de los tormentos. Mi madre se zambulló en un espiral de autodestrucción y el alcohol es lo único que la calma, en un año perdimos muchas cosas, entre todo, lo más doloroso fue la muerte prematura de mi hermano Jorge en manos del crimen en el país.

Con él murió lo que quedaba de mi familia. Mi padre nos ignoró, solo apareció un día y me tendió un cheque con la cantidad suficiente con la cual independizarme. Sus palabras fueron:

*—No me busquen más...*

Al principio fue duro, era una joven de dieciocho años que empezaba a vivir su vida y todo le fue arrebatado. Mi madre fue hija única y mis abuelos murieron cuando yo era un bebé; estábamos solas ella y yo, o mejor dicho yo... y es que su mejor compañía, desde ese momento, fue la botella.

Dejamos la casa donde nací, nos mudamos a un departamento y empezamos una vida, pero todo cambió con la primera coreografía que hice para un grupo local, así que el dinero que mi padre me dio lo usé para abrir mi estudio de baile y todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Tuve que madurar de golpe, dejar de ser la niña de papá y mamá y

convertirme en el sostén de mi casa. Una noche, tras el cierre de uno de los espectáculos más visto en mi país y todo el mundo, conocí a la famosa mujer por la cual mi padre nos abandonó. Mi papá simplemente pasó de mí, me ignoró por completo, me sentí destruida y defraudada por la persona que se suponía debía cuidar y velar por mí; aquel que de niña me montaba en sus hombros y me prometía que nunca me dejaría caer. Por eso, cuando pienso en Guillermo y recuerdo lo que despierta en mí, me doy cuenta que, aunque me guste, debo mantenerlo a distancia, porque gracias a mi padre, su abandono y al desplante de aquel día, dejé de creer en los hombres y sus falsas

promesas.

Sin embargo, reconozco que la propuesta de la gira es tentadora, ya que de aceptarlo por primera vez estaría pensando en mí, en mis sueños, en hacer lo que me plazca y vivir acorde a la edad que tengo, pero el miedo está ahí, el mismo miedo que se presenta cada vez que salgo de casa y no sé si al regresar encontraré a mi madre muerta. Además está la desconfianza que siento hacia él.

En fin. Esta noche sólo me queda descansar porque estos últimos días solo me han traído dolores de cabeza.

# Capítulo 3

**Guillermo Cruz**

**L**lego al hotel cabreado, porque nunca en mi vida he querido algo o alguien como quiero a Andrea Ordoñez.

Su negativa de esta noche a acompañarme a la gira y sus palabras, hicieron que hirviera mi sangre.

¡Maldita sea!

Gracias a esta impotencia siento ganas de darme un pase. Esta noche estuve tentado a tomarme la botella entera que me regalaron en el restaurante pero preferí abstenerme. Son cuatro, cuatro largos años sin una gota de alcohol o drogas en mi cuerpo.

En mala hora Javier se fracturó el fémur. Haberla encontrado me traerá dolores de cabeza, de una u otra forma. Nunca en mi vida he visto bailar con tanta pasión a una persona, y miren que he visto cantidad de bailarines; pero ella, con esos movimientos cadentes de

caderas, con ese hermoso cabello rojo como fuego... me hipnotizaron. Les voy a ser franco, no me hipnotizaron a mí, sino a mi polla, que se puso dura viéndola bailar. Pero cuando abrió sus ojos y vi que eran de un azul que solo he visto en el cielo, casi he caído rendido y postrado ante ella.

Sí las diosas, o los semidioses, existen... eso debe ser Andrea Ordoñez.

Tomo la guitarra y me siento, hoy quiero componer una canción para esos ojos. Empiezo a imaginarme tantas escenas, pero ninguna nota o palabra llega a mi cabeza. Frustrado, tiro la guitarra a un lado. En mi mente se repite la escena de ella con su socio y me cabreo aún más, verla riendo tan risueña

y feliz. Quisiera yo ser el que la hiciera reír de esa forma, el que la tomará por la cintura y la abrazara. Pero no puedo. Ella parece tan pequeña y frágil, que no merece ser lastimada con toda la basura que tengo a dentro.

Drogas, alcohol, excesos, un carácter que cambia según de mi estado y de cómo duerma, todo consecuencia del maldito bastardo de mi padrastro. Ella no soportaría algo así y yo tampoco quiero meterme en una relación de amor y corazones, no es mi estilo. Lo mío es follar y últimamente he perdido incluso el deleite de eso, no encuentro nada después del orgasmo, no me siento satisfecho o por lo menos pagado.

Esa tía no merece eso, ella por sus

poros destila pureza y yo soy lo más sucio que puede encontrar en su vida. Esto parece un maldito capricho.

Ella tiene razón... ¿O quizás no? ¡Maldita sea! Nunca me había sentido así y es frustrante. Se nota que tiene un carácter de mil demonios y no me pondrá fácil conseguir que se quede a mi lado.

“¿A tu lado?” susurra una voz en mi mente.

Me estoy volviendo loco.

Paso las manos por la cara y las restriego, me levanto de mi cama y empiezo a caminar por la habitación pensando en cómo conseguir que ella acepte venir. La puerta se abre y Alonso entra hablando por su móvil. Mi

hermano y manager es la persona indicada para convencerla y sé que solo él podría conseguir que ella acepte.

*“También puedes hacerlo tú idiota. Solo tienes que ser más insistente.*

Alonso cuelga y me dice:

—Tío, creo que estás cabreado.

Yo pongo los ojos en blanco.

¡Cómo me conoce el muy cabrón!

—Quiero que le compres los pasajes a Andrea Ordoñez y me los entregues.

Alonso anota lo que digo en su *iPhone* y me dice:

—Tienes que darme los datos completos y pasarme el contrato firmado.

¡Maldita sea!

—Aún no acepta —le digo molesto.

Él suelta una carcajada y empieza a burlarse de mí.

—Ya veo a qué viene tanto cabreo, vamos tío, olvida a la coreógrafa, ya conseguí una en Colombia y esta loquita por trabajar contigo.

Todas las mujeres quieren trabajar conmigo o acercarse a mí, si supieran que detrás de esta fachada hay un hombre completamente destruido y que no sirve para otra cosa que para follarlas.

—La quiero a ella y no se diga más —le contesto bastante cortante.

Alonso se queda observándome. Nunca había reaccionado de tal manera.

—Guillermo... —Su tono de voz al decir mi nombre es tirante y sé que me dirá—. Sabes que no puedes involucrarte con nadie y que todo está arreglado con Eva.

Eva...

Eva...

Maldita sea la hora que acepté entrar en ese maldito juego.

—¡Me importa una mierda todo! —grito más cabreado de lo que estaba hace un momento.

—Vale, pero Guillermo, te advierto que debes andarte con cuidado —me dice preocupado, toma una respiración profunda y agrega—. Hoy llegó otra amenaza.

—¿Otra? —le pregunto y se me

transfigura el rostro.

Alonso asiente, esto nos caga del miedo a los dos. No entendemos cómo es que después de cuatro años todo se esté repitiendo y todavía no sepamos quién es; solo sabemos que quién nos hizo el mayor daño está a cuatro metros bajo tierra.

—Te prometo que averiguaré quién es... esto me preocupa tanto cómo a ti —responde.

Yo asiento.

—Quiero los boletos Alonso... y la quiero a ella en ese avión conmigo.

—Vale... descansa y a ver si se te pasa el cabreo que tienes.

Mi hermano sale de la habitación y me deja solo. Pasarse el cabreo, lo que

estoy es asustado porque en lo que va de año nos sobran las amenazas. No quiero imaginar a quién le contó el retorcido de nuestro padrastro todo y ahora quieren conseguir algo de nosotros. Había olvidado que me persigue el peligro, justamente desde hace el día que Andrea se cruzó en mi camino. Es que ella me calma.

Necesito a Andrea Ordoñez en mi vida.

# Capítulo 4

**D**espierdo asustada y sudada, las sábanas de mi cama se pegan a mi cuerpo, reviso mi móvil y veo que falta media hora para que la alarma se active. Paso mis manos por mi rostro exasperada.

¿Fue una pesadilla o un maldito sueño húmedo?, bajo mi mano hasta mi sexo y me toco percibiendo la humedad en mis bragas.

¡Dios!

Estaba soñando que Guillermo Cruz, me tenía atada de pies y manos mientras me penetraba de espaldas, parecía una escena de sadomasoquismo puro.

*“Malditos libros eróticos”* pienso.

Me levanto, ya ni caso tengo de seguir en la cama, me despojo de la pijama y me dirijo a mi baño, veo en el espejo el reflejo que me devuelve, una chica normal de veintitantos, y como dirían mis compañeros de clases, con el cerro encendido ya que soy pelirroja

natural, de tez blanca con pecas en mis hombros y rostro, sobretodo en el puente de mi nariz, delgada y contorneada, gracias a los años de ejercicios.

Los hombres me persiguen pero el caso es que paso la vida ignorándolos.

Abro la ducha y pongo el agua lo más fría que puedo, tratando de despertarme, al tomar el jabón y recorrer mi piel con él cierro los ojos recordando el sueño tan vivo que tuve con Guillermo. Se me escapa un gemido y por primera vez en mi vida me toco y lo hago pensando en él; mientras me penetra desde atrás, susurrándome cosas sucias al oído. Acaricio circularmente mi clítoris, imaginando que son sus dedos los que me tocan con maestría,

exploto en un orgasmo que me hace convulsionar.

Me siento en el piso y rompo a llorar sin saber el motivo, pero algo me dice que la presencia de cierto cantante traerá consecuencias destructivas en mi vida.

Uno, dos, tres, cuatro... los acordes de la música hacen vibrar cada célula de mi ser.

Cinco, seis, siete y ocho... la adrenalina que fluye por mis venas al bailar me impulsa a un último giro, el

*split*, el torso recto, brazos y manos arriba para terminar, una figura perfecta, un baile perfecto y el gozo de danzar bullendo en mi interior. Alberto esboza una sonrisa y me tiende su mano para ayudarme a levantar. La tomo y me levanto; estamos ensayando desde las cuatro de la mañana la coreografía para el próximo *opening* del *Miss Venezuela*.

Estoy agotada. No siento mis pies. Pero estoy satisfecha, y por el rostro de mi amigo, también.

—Creo que ya está —me dice.

—Qué bueno —respondo sin ningún tipo de emoción.

Camino hasta el banco, tomo mi toalla y seco el sudor de mi cuerpo. Hoy estoy de un humor de perros porque

antes de salir mi madre hizo su habitual espectáculo de lamerse las heridas y pedirme perdón. Mi compañero carraspea y yo giro parcialmente mi rostro para saber qué quiere.

Alberto duda al verme la molestia en la cara, pero enmarco una ceja y empieza hablar.

—Andy, quería pedirte disculpas, no debí ponerme tal cual toro de miura —me dice completamente arrepentido.

Tomo el botellín de agua y le doy dos sorbos, me siento en el banco y observo su rostro arrepentido, yo esbozo una sonrisa que él corresponde.

No puedo estar molesta con él y lo sabe.

—Perdonado —le digo guiñando el

ojo coquetamente.

Alberto se sienta en posición de loto en el piso y nos observamos por un rato, yo sé muy bien que mi amigo lleva tiempo interesado en mí, pero él... es mi mejor amigo... Alberto y Lorena saben que el tema del amor está zanjado y cerrado para mí.

¡No creo en los cuentos de hadas!

—Andy... —me llama y yo me muerdo el labio, carraspea y me dice—: Tú sabes que yo... Que yo te quiero más que un amigo.

Me levanto lo más rápido que puedo y él de un salto me imita, me toma por la cintura.

—No te vayas por ahí, Alberto —siseo.

—Andrea no todos somos tu padre —me susurra—. No todos vamos a dejarte.

Me zafo colérica de su agarre y le grito:

—¿Y cuándo te canses? —le pregunto irónica, Alberto niega y agrego —: Todos son iguales, todos se aburren de estar con la misma mujer, no quiero perder tu amistad Alberto y deja de insistir de una maldita vez. No quiero y no estoy dispuesta a tener ningún tipo de relación contigo o con cualquier hombre.

Ahora la que está hecha un toro de miura soy yo, salgo del estudio y entro a mi oficina cerrando la puerta de un portazo.

Respiro hondo.

Empiezo a contar como mi psicólogo y mi prima Lorena me ha enseñado, uno, dos, tres, cuatro...

Unos golpes en la puerta me interrumpen.

—¡Déjalo de una maldita vez Alberto! —grito—. ¡*Qué ladilla!*

—No soy Alberto, soy Guillermo Cruz —me responde una voz con un acento español marcado.

¡Lo que me faltaba! ¿Es que los planetas se han alineado para joderme?

Seguro que mercurio está retrogrado, voy a revisar el calendario, todo lo negativo lo transmutó en la llama violeta. Respiro y abro la puerta. Guillermo está recostado del quicio

jugando con un sobre en sus manos. Lleva un jean desgastado, una camiseta blanca cuello en V que entre deja ver su pecho moreno. Lo repaso con la mirada y no puedo negarlo, me lo como con los ojos.

Debe ser ilegal ser tan malditamente sexy. Al llegar a su rostro él me mira con una sonrisa ladeada.

¡Dios esté hombre parece la personificación de James Dean, pero española!

La garganta se me seca y lo invito a pasar a la oficina. Pienso que debo repetirle que no iré y de paso finiquitar este asunto de una sola vez. Saco de mi nevera ejecutiva un botellín de agua y me siento, escucho la puerta cerrarse y

el sonido del pestillo al pasarse. Mi corazón se acelera y los nervios empiezan a hacer mella en mí. Restriego las manos en mi chándal y él carraspea.

—Discutiendo con tu amigo —me dice con cierto retintín en su voz, y no es una pregunta, es una afirmación.

Pongo los ojos en blanco, fastidiada. ¿Y este qué? Ahora se cree con derecho a darme escenas de celos.

—Tú me dirás Guillermo porque creo que ayer fui muy clara en mi respuesta —le digo, ignorando su comentario anterior.

Él toma asiento frente a mí y sé que está disfrutando el momento, algo me dice que esto se está convirtiendo en un juego para él.

Me extiende un sobre y lo tomo. Al hacerlo roza sus dedos con los míos y de nuevo esa corriente hace que se remueva todo dentro de mi ser. Lo abro y veo un boleto de avión con mis datos y un cheque, al revisar todo veo que el destino es Bogotá... suspiro y es que el cheque... bueno, el cheque tiene una suma de dinero bastante elevada en dólares.

—¿Qué es esto? —le pregunto sabiendo ya la respuesta.

—Tú boleto y tu primer pago — responde tranquilamente.

Pongo los ojos en blanco. ¿Qué he hecho para merecer esto? ¡No voy a ir!

*“Sigue diciéndote eso y te vas a convencer”* susurra una voz en mi

mente.

—Anoche rechacé tu oferta.

—Sí, lo sé... —me responde y tira su torso hacia atrás, cruza una de sus piernas marcando sus muslos fibrosos hundidos en ese jean.

Cierro los ojos y me remuevo ante la visión de este adonis.

¡Maldita sea!

“*Creo que me toca dejar de leer libros eróticos*” pienso fastidiada.

—¿Entonces? —siseo.

—Entonces el sábado te recoge un chofer y te llevará al aeropuerto donde estaré esperándote —me responde.

Hago una mueca de disgusto y la verdad es que me molesta su seguridad sobre lo que haré, como si tan solo con

chasquear los dedos me tendrá, y algo me dice que si cedo será así.

—Te dije que no —le contesto.

Emprendo el camino a la puerta. ¡Dios que día de mierda! Apenas son las nueve de la mañana. Al pasar por su lado él me toma de la muñeca y me jala, se levanta, pasa su agarre a mi cintura y me toma de la barbilla alzando mi rostro; no le llego ni al pecho de lo bajita que soy... me siento pequeña ante él y por primera vez puedo ver que el verde de sus ojos tiene pequeños destellos dorados, ¡Dios me estoy enamorando! Sus rasgos son cincelados y masculinos, él es toda una belleza mediterránea.

Acaricia con su dedo mi labio

inferior y yo lo humedezco un poco pasando mi lengua por donde lo ha hecho. Suelta mi cintura y lleva su mano mi nuca, halándome hacia su boca para finalmente besarme.

¡Dios me derrito!

¡Qué beso!

Nunca me habían besado de esa forma. Este beso es exigente y él me obliga con su lengua abrir mis labios, yo lo hago y con ella acaricia la mía arrancándome un gemido. La muerde delicadamente y yo sucumbo ante este beso.

No es que yo me dejara besar mucho y sea toda una experta pero... pero este beso es cómo sacado de una película donde el mundo se paraliza y

solo se centran en dos personas que comparten fluidos.

Al romper el beso, muerde mi labio inferior con sus dientes y posa su frente en la mía, nuestras respiraciones entrecortadas es lo único que se escucha hasta que finalmente susurra:

—Te espero el sábado Andrea. —  
Me suelta y yo me quedo algo mareada.

Camina hasta la puerta y antes de abrirla me dice:

—Si no vas a la gira quizás pierdas la gran oportunidad de tu vida... y lamentablemente, la mía.

Abre la puerta dejándome anonada y en completo estado de shock, corro hasta mi escritorio, tomo mi móvil y veo que no son más de las nueve y cuarto de

la mañana.

Excelente inicio de una mañana. Un sueño húmedo, una discusión con mi madre, mi mejor amigo de nuevo declarándose y este hombre dando por sentado que me iré cuatro meses de gira con él. Busco rápidamente en contactos favoritos a mi prima Lorena, le marco y al cuarto tono la voz cantarina de ella me contesta:

—¿Qué hago por ti princesita?

—Te espero en una hora donde siempre.

—Andy...

—Lore, te necesito.

—Voy corriendo.

Cuelgo la llamada, entro a mi baño privado, me doy una ducha y salgo. Soy

yo la que está loca de atar o simplemente estoy rodeada de locos.

# Capítulo 5

**L**lego al Café Noissette, es este el lugar donde siempre me veo con mi prima. Ella es la única de la familia por parte de mi padre con la cual mantengo contacto. Lorena Ordoñez, psicólogo de profesión de día y escritora de novelas

románticas de noche, como ella misma se denomina. Mi prima me llevaba seis años de diferencia y es la única me entiende y aconseja, funge muchas veces en el papel de hermana mayor ya que mis tíos solo la tuvieron a ella, y mi hermano y yo éramos, o mejor dicho somos como sus hermanos. La diviso en una mesa, con una taza de café y un *cupcake* de chocolate, ella es de las que dice que es mejor comerse un dulce antes de las diez de la mañana o simplemente caerás ante la tentación a las cuatro de la tarde.

Yo creo que simplemente trata de convencerse para comerse el dulce a cualquier hora del día.

Me siento en la mesa y ella esboza

una sonrisa antes de darle un mordisco a su *cupcake*.

—Llegas tarde —me dice con la boca llena.

—¡Por Dios, Lorena! —le digo riendo—. ¡No seas asquerosa! ¡Traga!

Ella traga y suelta una carcajada, mi prima es así, desinhibida e irreverente, no le importa nada que las personas la vean en estas guisas, siempre ha sido así y no sé si fue porque la psicología la volvió más loca o simplemente es feliz consigo misma.

Creo que es la segunda opción.

—Andrea, vive, tienes veintitrés. —Agarra su taza y le da un sorbo—. Deja de pensar en el qué dirán.

—Es cuestión de educación, cerda

—le respondo haciendo un mohín. El camarero llega, le pido un café cortado y un yogur griego—. No te enseñó mi tía Pili a no hablar con la boca llena.

Ella me enseña el dedo del corazón y me responde:

—Mi mamá me enseñó tanta cosas que te aburro, en fin... —Suspira—. ¿Qué sucede ahora?

Directo al grano como siempre.

El chico deja mi café y el yogurt, Lorena le pide otro café, pero esta vez pide un *Longo* y yo hago un mohín de desagrado, no puedo creer que mi prima tome eso, parece petróleo diluido.

—Son muchas cosas que tengo, por ejemplo anoche encontré de nuevo a mi madre dormida sobre su propio vómito.

Lorena pone los ojos en blanco.

—¡No me jodas! Voy a tener que hablar seriamente con Bárbara —me dice molesta.

—¡Qué va! —Tomo un poco de mi café—. Mi madre no necesita un psicólogo, mi madre está de psiquiatra y de medicación.

—Andrea, te he dicho que las adicciones son una enfermedad y es una lástima que tengas que ver a tu madre de esa forma.

Esbozo una sonrisa triste y empiezo a jugar con el yogurt.

—Lo sé... —susurro—, a veces no sé qué hacer.

—Te diré lo mismo que le dije a mi madre, tú has tenido que madurar por las

malas, Andrea, y a tu edad yo andaba pendiente de terminar la carrera, irme de rumba y de andar de novia con Luis Ernesto.

—Pero no fue así... —le respondo.

La verdad sentía cierta envidia por no vivir como alguien normal.

—Ajá... Pero sé muy bien que esto no es por lo de tu madre, te conozco y algo te ronda por la mente y no sabes qué hacer.

—Eres una perra... —le respondo.

Me conoce mejor que a nadie en el mundo.

Lorena suelta una carcajada.

—La que amas como a nadie —me dice sacando la lengua.

Le cuento todo, la propuesta de

Guillermo, el ataque de celos y la declaración de Alberto, le cuento sobre el beso y que parece que hubiesen pasado tan solo cinco minutos y no casi dos horas desde que sus labios tocaron los míos y yo sigo sintiendo su boca sobre la mía. Mi prima me escucha atenta, ella es de las que prefiere guardar todas las palabras para el final. Le confieso mi miedo de irme a la gira, del terror que me da dejar a mi madre sola y encontrarla muerta, o peor, que me llamen porque encontraron su cadáver putrefacto.

Sé que exagero con esto último, pero es que últimamente no se mide cuando bebe.

Y también me da miedo, aunque me

cueste reconocerlo, porque Guillermo Cruz es el primer hombre que me ha llamado la atención en toda mi vida. Al terminar suspiro y Lorena se queda callada por un rato analizando lo que me dirá.

—Primero tienes que calmarte. — Chasquea la lengua contra su paladar y niega—. Carajita me estás dando la razón, tienes muchas responsabilidades para la edad que tienes —me dice molesta y yo cierro mis ojos y pienso “*Culpa a mi papá*” ella sigue y me agrega con voz molesta—: Lo de Bárbara tiene solución, solo déjame mover unos hilos, pero basta ya de que te tengas que ocupar de ella cuando debería ser al revés.

—Es mi mamá... —susurro.

—Y nadie te quita la razón en eso, pero Andrea, no puedes vivir amarrada a ella porque mi tía no fue lo suficientemente madura para aceptar que mi tío la dejó y ya está... sí, se fue. ¿Y?

—Alza una ceja—. Y nada, sigues con tu vida y que mi tío se joda. Tu madre es una gran doctora, una mujer estudiada e inteligente para estar así y lo de Jorge es lamentable pero este es un país en que, desgraciadamente, la impunidad reina y los que tenemos algo material es motivo de odio para quienes no lo tienen, pero tú y todos lo hemos superado. El alcohol y llorarlo no van a revivir a tu hermano y eso tiene que entenderlo mi tía.

Gimo al recordar a mi hermano y es

que lo extraño como nunca.

»En cuanto a la gira, me cago en ti y toda tu familia ¿En serio? ¿Guillermo Cruz?

—Lorena... —le digo riendo.

—No me jodas, prima —me interrumpe riendo—, ese tipo está buenísimo y creo que lo sabes... además es una oportunidad de oro, te vas a catapultar internacionalmente, quién quita que la Academia de Andy Ordoñez llegue a las afuera de este país.

—¿Pero y el beso? —le pregunto.

Sé muy bien que me dirá infantil.

—¡No seas infantil! —¡Bingo! Y sonrió—. Un beso es un beso, te gusta y no me digas que no... y le gustas él... —Sube sus hombros—, pero eso sí, ándate

con cuidado y acepta ese viaje, no te diré más.

—¡Ay Lore! —La señalo—. Tú siempre ves todo tan fácil.

Me paso las manos desesperada por mi jean.

—La vida no es blanca o negra, también hay días grises, pero yo prefiero ver la vida a colores, que amargarme —me dice.

Yo suspiro y aunque sé muy bien que tiene razón hay momentos que dudo que logre ser así.

Conversamos un buen rato, le aviso a Albero que no iré de nuevo al estudio de baile, le pido que suspenda las clases que tenía pautadas para hoy. Tomo mi auto y me dirijo al único lugar que me

da paz: el Ávila, pero me siento demasiado cansada para subirlo caminando y prefiero usar el teleférico. Entro al parque Guairana Repano, compro un ticket, por ser hoy un día semana y mediodía la fila es corta, así que logro subir en un funicular yo sola. Me siento de espalda al cerro tan emblemático de la ciudad, viendo el valle de Caracas, cierro los ojos pesando en cada una de las palabras de Lorena y por primera vez me gustaría ser egoísta y pensar solo un minuto en mí.

No quiero llegar a los cuarenta y preguntarme.

¿Y si hubiera...?

Esas tres palabras abarcan tanto en

esos momentos en mi vida, que si empiezo a enumerar no acabo nunca; al llegar al parque bajo del funicular y me escabullo hasta llegar al mirador del Hotel Humboldt. Me siento distante de los visitantes del parque y en mi mente pasan miles de pensamientos diferentes, entre ellos que no puedo negar que sí me gusta Guillermo, pero me da terror que esto sea un capricho; y aunque también la oferta de irme de gira con él es una gran oportunidad y yo he trabajado todo mi vida para algo así, tampoco me quiero engañar pensando que él mantendrá todo en asuntos de trabajo.

Me estaría mintiendo.

Por otro lado estoy cansada de hacer el papel de mamá de mi propia

madre y quisiera alejarme un poco, vivir, sí, vivir fuera de su odio, de su tristeza y de su espiral autodestructivo... quizás inventarle la excusa que es por el baile... sé que ella será la primera en hacerme las maletas y yo podría irme y hacer lo que más me gusta en el mundo que es bailar.

Exhalo todo el aire contenido en mis pulmones y respiro hondo con el aire puro de aquí arriba.

¡Dios ayúdame!

¡Tengo la cabeza hecha un lio!

Me giro al sentir que me observan y veo que toda la plaza está tranquila, hay muchas personas que se toman fotos, chicos de mi edad se hacen *selfies*.

¿Qué se sentirá ser normal?

Alzo mis hombros y niego para despejar las dudas. Sigo con la sensación que alguien me observa, busco la mirada y nada. Seguro ando paranoica o me estoy volviendo loca.

Me levanto y sonrío al ver toda Caracas desde aquí. Salgo del área del hotel hacia al parque, veo un grupo escolar que corre y los niños riendo. Me compro unas fresas con crema que disfruto como un placer culposo antes de emprender de nuevo mi regreso a la realidad; hoy me toca la difícil tarea de decidir y enfrentar a mi madre en casa y yo estoy casi segura que la encontraré borracha.

Ojala que no para tener una conversación civilizada con ella.

Para mi sorpresa al llegar a casa, encuentro a mi madre en el sofá, completamente inmaculada con su belleza regia. Lleva un traje de sastre color coral de esos que usaba normalmente para sus consultas, un collar de perlas y su hermosa cabellera roja recogida en un moño alto.

—Hola mamá —la saludo cautelosamente.

—Andy..., nena siéntate tenemos que hablar —me dice tímida.

Me siento frente a ella y me sorprende al encontrarla hasta

maquillada, hace tan solo horas me tocó limpiarla. Hago una mueca ante el recuerdo, mi madre me observa y esboza una sonrisa de aprobación.

—Mamá... —Rompo el silencio incomoda.

—Nena, parece que fue ayer que te tenía en brazos —“*Aquí vamos*” pienso—. Lo que sucedió anoche fue deplorable y te prometo que no volverá a suceder.

“*Sí, claro...*” susurro en mi mente.

—Mamá...

Ella me hace un gesto para que calle y sigue hablando:

—No, Andy... hace veinte minutos se fue Pili y tenías que verla, estaba hecha una fiera, pero me hizo entrar en

razón. Tú no mereces la vida que te doy con mis borracheras —me dice con tristeza.

Paso mis manos por mi rostro exasperada y sé que este cambio durará solo unos días, es así.

Siempre es así...

—¡Por Dios mamá! —le digo alzando unas décimas mi tono—. Dime ¿Hasta cuándo será este cambio? ¿Hasta qué la misma Pili venga y te diga algo de papá? ¿Hasta que te dé por ver las fotos de Jorge? ¡Maldita sea! Siempre es lo mismo. —Me levanto—. Tus promesas no son nada para mí, estoy cansada de encontrarte borracha y estoy cansada de limpiar tus vómitos. Lo hago porque eres mi madre, pero por una vez

en tu vida hazte la promesa a ti de dejar la botella y no lo hagas por mí, hazlo por la mujer que fuiste y dejaste de ser.

Le grito esto último con lágrimas en los ojos. Su rostro se tensa y ella parece un palo estático, mis palabras son cuchillos para ella... pero estoy cansada y harta de esto.

—¡Andrea! —solloza—. ¡No puedes tratarme así! —me recrimina entre hipidos.

La paro con mi mano y le digo:  
—Te trato así porque desde hace cuatro años se intercambiaron los putos papeles, Bárbara Trespalacios, de esa oncóloga que todas las personas iban a ver por sus conocimientos no queda nada... nada... —Cierro los ojos,

respiro hondo y le digo—. Mamá, el sábado me voy del país por seis meses, espero volver a casa y hallarte viva, también espero encontrarte sobria.

La palabra sobria la digo con desprecio.

Mi madre rompe en llanto. Nunca, en todo este tiempo, le había hablado de esa forma. Me siento a su lado y le abrazo, sé que fui dura pero quién sabe si de esta manera abre los ojos y ve más allá de su ombligo.

—¡Perdóname, Andy! —solloza.

—Te perdono a diario, mami —le digo.

Ella rompe el abrazo y yo la tomo del rostro para limpiar sus lágrimas, así, de la misma forma que ella lo hacía

cuando era pequeña.

—Te prometo que cuando vuelvas encontrarás a la madre que fui y deje de ser —me dice hipeando.

Suspiro.

“*Eso espero*”, digo en mi mente.

—Lo único que quiero es encontrarte viva y sobria, con respecto a lo otro, poco a poco puedes retomar tu vida y volver a ser la de antes.

Ella trata de sonreír pero no lo logra y me dice con voz quebrada de emoción:

—Hija tú... Tú tienes el cielo ganado.

Sonrío tristemente. Puede que tenga ganado el cielo, pero algo me dice que me voy a meter al mismo infierno.



# Capítulo 6

**M**aiquetía está a reventar de personas que se van de viaje. Son las tres de la mañana y no he dormido nada desde el día anterior, fue terminar el espectáculo del *Miss Venezuela* y salir,

mi madre y yo, a tomar el automóvil para ir al aeropuerto. Mi madre lleva tres días sobria, dice que no es nada fácil mantenerse de esa forma, que siente que la garganta se le seca y que la sed es de alcohol, además por las noches, si no mantiene la mente ocupada le dan ataques de ansiedad y cambios de humor. Me da pavor dejarla sola y por eso le rogué a Lore que la mantuviera vigilada.

Alberto fue otro cantar. Cuando le conté que aceptaba irme a la gira, del amigo que me alentaba para irme no quedaba ni rastro. Odió que yo aceptara ir a la gira, discutimos por más de tres horas, me llamó irresponsable y me amenazó con romper la sociedad. Ignoré

sus palabras, pues en ese momento hablaban los celos, trate de despedirme pero simplemente al terminar todo, se dio la vuelta dejándome con la palabra en la boca.

Les confieso que me dolió porque Alberto, en este tiempo, se ha convertido en un hermano para mí, pero no puedo hacer nada más.

Llegó el momento de la despedida y a lo lejos veo a Lorena correr junto a Luis Ernesto para alcanzarnos.

—Creí que no llegaríamos —  
Lorena me dice jadeando.

Le guiño el ojo y le sonrío a modo de saludo a Luis. Mi mamá me abraza y me susurra:

—Ve por lo que soñamos hija, es tu

momento.

Le aprieto fuerte y cierro los ojos para evitar llorar.

—Mami, cuídate por favor —le pido.

—Te lo prometo.

Abrazo a mi prima, nos decimos algunas palabras y le ruego que no abandone mi madre. Camino por la obra de Carlos Cruz Diez pensando que estoy cometiendo una locura. Al llegar a la sala de embarque veo a Guillermo de espalda y mi corazón empieza a latir a mil por hora por la ansiedad de que estoy sintiendo. Lleva un suéter gris de capucha, un jean desgatado y unos *Converse*. Está discutiendo con otro hombre que comparte el mismo color de

sus ojos, este al verme sonrío y le dice algo señalándome con su cabeza.

Guillermo se gira y esboza una sonrisa que me desarma. Mete sus manos en los bolsillos de su sudadera, de esta forma puede pasar como un chico joven, una persona normal, un viajero más y no el cantante. Yo camino hasta donde están parados y me detengo frente a él.

—Guillermo... yo... —titubeo.

Él me calla poniendo sus dedos en mis labios y negando con una sonrisa, me toma de la cintura, me atrae hacia él haciendo que suelte la maleta, acaricia mi rostro y susurra:

—Viniste.

Yo trago el nudo que se me ha

formado en la garganta y me estremezco al percatarme de cómo sus ojos brillan emocionados.

¿Qué es eso? ¿Es tal vez amor?

¡Qué alguien me ayude!

Me toma del mentón y yo cierro mis ojos, el mundo se ha detenido de nuevo estando en los brazos de Guillermo Cruz, espero que me bese pero alguien carraspea rompiendo la magia del momento. Guillermo me suelta y se gira, pasa nervioso sus manos por el cabello castaño, casi negro, y sus hebras rebeldes dan la sensación que esta desordenado.

—Andrea, te presento a mi hermano Alonso Cruz —me dice con voz cansada.

Alonso me estrecha la mano y yo me presento de igual manera, no sé me escapa cierta aversión al sentir su tacto, como sí el no fuera buena persona, quizás me estoy volviendo loca. Guillermo se muestra distante a partir de ahí y yo me siento confundida. Alonso toma mi boleto y se encarga de todo por mí, finalmente hacen el llamado de nuestro vuelo y embarcamos.

¿Adivinen qué?

Mi asiento queda exactamente al lado de Guillermo...

¡Vaya! ¡Qué coincidencia!

Respiro, no me queda de otra que aprender acostumbrarme a esto. De mi bolso de mano saco mi *iPad* y los audífonos, pienso aprovechar la hora de

vuelo leyendo. Me estoy poniendo al día con el libro de una amiga de mi prima llamada Lily Perozo, tiene una saga de lo más buena y entretenida que te atrapa desde el primer libro y estoy pensando seriamente en conseguir un fiscal como novio.

Dios, cada día me enamoró más de los personajes literarios. Cómo diría una amiga:

¡Soy una zorra literaria!

Despegamos y al desabrocharme el cinturón enciendo el *iPad* en modo Avión. Busco en mi lista de reproducción, escojo la carpeta con las siglas GC, la música y el ritmo de un flamenco empieza a sonar a través de mis audífonos. La voz ronca de cierto

cantante que tengo a mi lado hace que me estremezca. No ha pasado el primer minuto de la canción cuando Guillermo me roba uno de los audífonos. Me pongo de todos los colores, y avergonzada veo por el rabillo del ojo cómo él esboza una sonrisa.

Sí, sí cazada in fraganti escuchando su música.

—Muy buena canción, tienes un gusto musical muy bueno —dice con sorna.

Yo pongo los ojos en blanco, pero le pico.

—La verdad creo que no, él tipo toca la guitarra medio mal, además creo que se la quiere dar de Bisbal y le falta algo...

Guillermo suelta una carcajada y las personas empiezan a quejarse, yo clavo mi rostro en el *iPad*, ignorándolo.

—¿Ah sí? —responde y me giro, tiene una ceja alzada y cara de que no le gustó el comentario.

—Sí... —respondo.

Alzo mis hombros y lo ignoro, le quito el audífono de la mano y lo pongo de nuevo donde estaba antes, pero algo desconocido empieza a rebullir dentro de mí cuando los acordes de una canción romántica empiezan. Guillermo, con esa voz ronca que hace poco cantaba en la otra canción, se escucha melancólico ahora. Reviso y veo el título de la canción, se llama Lloraré; esta canción habla de un amor que se perdió en el

tiempo, de lo cobarde que fue por no hablar, de que la culpa lo mata y de lo arrepentido que se siente, que le escribe esa canción simplemente porque si pudiera hablarle, lloraría.

¡Dios! ¿Será una canción autobiográfica?

Se me revuelve el estómago de pensar que él pueda amar a alguien así. Serán celos... ¿celos?

*“Andrea, de nuevo te saltas la talanquera”* me reprendo internamente.

La canción me llega al alma y me deja pensando en muchas cosas. Al terminar otra de sus canciones busco rápidamente mi lista de reproducción normal y consigo la pista que me encanta escuchar siempre para levantarme el

ánimo. *It's Time* de Imagine Dragons invade mis oídos y por primera vez en mucho tiempo siento que es tiempo que empiece mi vida y nadie cambie quien soy yo.

¿En qué momento del vuelo me dormí?... pues ni idea... ¡La madre que me parió!

Solo sé que Guillermo me despierta y yo soy un desastre, me había dormido sobre su hombro y abrazando su brazo, lo peor de todo es que había llenado de babas su sudadera.

¡Me quiero morir!

Me suelto inmediatamente limpiándome con mi suéter mientras él suelta una risita baja, es que le dio hasta tiempo de quitarme los audífonos y poner el *iPad* en la mesita del asiento.

—¿Descansaste? —me pregunta acariciando mi rostro.

Me tenso. Creo que es momento de dejar las cosas en claro.

—Sí, gracias —le respondo carraspeo y él me suelta prosigo—. Guillermo, antes de bajarme del avión quiero aclarar las cosas, primero: vengo por trabajo. —Alza una ceja, me sonrío de una manera tan sensual que yo muerdo mi labio inferior... suspiro y agrego—. Segundo: es sobre el beso,

todas las muestras de cariño y contacto no están estipuladas en el contrato... así que, por favor te pido que no se repita.

—Ya veremos, Andrea... ya veremos —me contesta molesto.

Yo suspiro cansada.

Sé que no hará nada por alejarse.

La llegada al aeropuerto El Dorado es una locura porque en un abrir y cerrar de ojos estamos en el vórtice de un huracán de seguidoras. Uno de los hombres de seguridad me ayuda a salir del pandemonio que ellas originan, logramos continuar pero veo que Guillermo se queda atendiendo su público. En el estacionamiento esperan en fila cuatro SUV con los vidrios tintados, Alonso me alcanza y me invita

a subirme a uno. Llevamos unos cuarenta minutos esperando, en los cuales primero hubo un silencio sepulcral, y después Alonso atendió tres llamadas ignorándome por completo hasta que unas de las puertas, se abre y aparece Guillermo con cara de cansancio.

Alonso mira por el retrovisor y le pregunta.

—¿Listo?

—Sí, vamos al hotel —responde con voz cansada.

Salimos del aeropuerto en completo silencio ya que Guillermo se abstrae en sí mismo, con su rostro apoyado en su mano lanza un suspiro. Yo cierro los ojos pensando que tal vez fue una mala idea aceptar. Llegamos al hotel sumidos

todos en un silencio perturbador, por mi parte la situación fue bastante perturbadora, pero tal vez ellos estén acostumbrados a eso.

Aún es de madrugada en Bogotá y al bajar del auto el aire frío hace que respire brusco. Guillermo bordea el rústico hasta llegar a mi lado mientras estoy cerrando mi sudadera y pone su mano en la parte baja de mi espalda incitándome a caminar. Alonso hace un *Check in* bastante rápido y distribuye las habitaciones a todo el equipo, pero esto me sorprende porque al subir al avión pensé que solo viajamos los tres, pero la verdad es que es un equipo completo de técnicos, la banda, los maquilladores, estilistas, coristas, un sinfín de personas.

Guillermo se distrae hablando con unas personas y yo aprovecho el momento subir a mi habitación sin que se dé cuenta. Al abrir la puerta me percató que es una suite sencilla y con una cama matrimonial que me llama. Me tiro en la ella, abrazo una de las almohadas y el cansancio de tantos días de estrés gana, mis ojos se empiezan a sentir pesados. Solo por hoy tengo el día libre y lo único en que pienso es en dormir hasta que mi cuerpo lo desee.

# Capítulo 7

**E**l sonido de unos golpes de la puerta me despiertan, gimo porque estoy agotada, quiero o mejor dicho necesito cinco minutos más..., “*sí, cinco más*” pienso. Vuelven a tocar insistentemente, me despierto asustada y molesta, todo

está oscuro. Prendo la lámpara de la mesa de noche, de momento no reconozco el lugar hasta que caigo en cuenta que estoy en el hotel.

Vuelven los toques y un:

—¿Andrea, estás bien? —Escucho la voz preocupada de Guillermo la que llega a mis oídos.

¡Dios lléname de paciencia!

¿Uno no puede dormir en paz en esta gira?

Tomo mi almohada y la golpeo, mientras lanzo un gemido frustrada. Me levanto de la cama y arrastro mi cuerpo hasta la puerta, debo estar hecha un asco pero no me importa que me vea de esta forma. Abro lentamente la puerta y medio asomo mi rostro, ahí está él con

su metro noventa de estatura y anatomía perfecta. Le doy una repasada a su cuerpo, está vestido casual con un pantalón de vestir negro y una camisa blanca arremangada hasta los codos, con los dos primeros botones abiertos. Al llegar a su rostro me sonrío ladeado y me pregunta:

—¿Te gusta lo que ves?

Yo trago el nudo en la garganta y me sonrojo.

“*Claro que me gusta*” pienso. Aclaro mi garganta un poco y le respondo:

—La verdad, es que no — Guillermo suelta una carcajada—. ¿Qué deseas?

—Cenamos en media hora, tengo

reservaciones, ¿crees que estés lista? —  
me responde.

¿Cenamos? ¿Quiénes? ¿Él y yo?

Mi cara debe ser un poema porque escucho que suelta una risita, empieza a caminar al ascensor y me dice:

—Te espero en lobby, nada formal.

Tranco la puerta y arrastro la espalda hasta sentarme en el piso. ¿Por qué a mí? Los planetas se han alineado para joderme. Suelto todo el aire de mis pulmones y empiezo el conteo del uno al diez.

“¿*Quiero ir?*” me pregunto mentalmente. Miles de escenas se pasan por mi mente pero finalmente sucumbo a la ida.

—Sí quiero —susurro.

Me levanto, corro hasta mi maleta, saco mi neceser y me doy una ducha rápida. Escojo unos pantalones pitillo negro, una camisa blanca tipo camisero, un cinturón dorado y unas sandalias *peep toe* de color negro con un hermoso brocado. Me maquillo sencilla, recojo mi cabellera roja en una cola alta y termino el look con una chaqueta de cuero corta. Me doy un toque de mi perfume favorito *Jadore* de *Dior*.

Cambio mis documentos personales a un bolso de mano y salgo de la habitación, en el espejo del ascensor me doy un repasada, me siento hermosa, la verdad que sí... pero bueno, bueno, detente Andrea ¿Qué haces?

El ascensor se abre y me quedo

detenida frente al espejo pensando en mejor no ir.

—No voy a salir con un hombre que tengo apenas una semana conociendo y ya te ha besado, sí... bueno, a ver que está buenísimo, pero es tu jefe —digo en voz alta convenciéndome.

Cierro los ojos y respiro hondo, últimamente tengo que respirar de esa forma.

*“Es solo por cortesía y trabajo”* me repito mentalmente.

Respiro hondo nuevamente para calmarme y salgo del ascensor decidida. Guillermo al verme sonrío, se acerca a mí y me toma por la cintura, lleva su mano a mi nuca arrastrándome hacia a su rostro me da un beso casto en los labios.

Cierro los ojos y respiro hondo de nuevo, pero mis fosas nasales son invadidas por su perfume, finalmente suspiro sobrepasada por su magnetismo y el poder que tiene de hacerme olvidar todo.

—Estás hermosa —me susurra en el oído.

Guillermo sonrío sobre mi mejilla dejando un beso en ella, el calor que emana de su boca hace que se me erice el cuerpo, por otra parte yo me sonrojo por el cumplido, que efecto tan extraño tiene este hombre sobre mí; le susurro un escueto “Gracias” y posa su mano en la parte baja de mi espalda, cualquiera que nos observe pensará que somos pareja.

Al salir, uno de los SUV ya nos

espera en la entrada del hotel, un valet nos abre la puerta pero es Guillermo quien me ayuda a subir. Repite lo mismo que la primera vez que salimos en Caracas, toma mi mano y deja un beso casto en ella, ¿en serio?, esto no es normal, me siento así como en una novela romántica dónde el protagonista masculino está decidido a conquistar a la chica.

—¿A dónde vamos? —le pregunto —. ¿Iremos solos los dos? —pregunto atacándolo a preguntas.

Guillermo suelta una carcajada.

—¿Tienes miedo de estar a solas conmigo? —responde contraatacando mis preguntas.

Pongo los ojos en blanco.

—Más de lo que imaginas —  
susurro.

Guillermo toma mi mentón entre sus manos masculinas, sentir su tacto tan suave y terso contra mi piel me eriza. Me obliga a mirarle y nuestros ojos se cruzan. En los de Guillermo hay anhelo, en los míos seguro hay miedo.

Creo que ni todas las energías positivas o transmutaciones van alejarme de este hombre, no entiendo que me sucede con él y estoy bajando barreras que nunca antes habían derrumbado. No quiero vivir la misma historia de mi madre.

—No me tengas miedo, Andrea —  
me pide con voz ronca.

Se me escapa un suspiro y él

acaricia con su dedo pulgar mi labio inferior, Guillermo también suspira, aunque suena más bien a cansancio que a suspiro de amor.

Yo asiento y trato de alejar el miedo de mi mente.

—¿Es de trabajo? —le pregunto casi susurrando porque estas muestra de cariño me sacan un poco de mí.

—Sí y no... sólo quiero cenar.

Llegamos a un restaurant de comida francesa. Todo marcha en perfecta tranquilidad, como siempre el despliegue de seguridad es de tal magnitud que siento que tengo más ojos vigilándome que en toda mi vida, con lo de mi hermano uno de mi tíos me mantiene vigilada, sé muy bien que están pero

nunca he visto quienes son ellos. Todos siguen nuestros movimientos y nos llevan a un cubículo privado dónde hay una mesa para dos, el lugar está decorado modernamente y las luces son tenues, dando un aire romántico; como siempre Guillermo hace alarde de sus modales y me ayuda a sentarme.

El camarero se acerca, llena nuestras copas con agua y Guillermo le pide una botella de champaña. Me quiere impresionar pero no lo conseguirá, no me deslumbran este tipo de lujos. Yo me concentro en la carta para alejar todo tipo de pensamientos que me cambien el humor..., pero la verdad, es que prefiero no pensar.

—Háblame de ti, Andrea —

Guillermo me pide cuando el camarero nos deja solos.

Dejo la carta de un lado, ladeo mi cabeza y lo observo por unos minutos.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto.

—Todo —me dice seguro y la rotundidad de su voz llega a mí y me sobrepasa de nuevo.

¡Dios Andrea!

¡Calma!

—Bueno... —Miro mis uñas pintadas de negro—. Soy bailarina, estudio danzas y ballet desde que tengo memoria, pero mi pasión es la danza árabe, también estudio Expresión Corporal solo me falta solo la tesis para licenciarme.

— Interesante — me dice entrelazando sus manos encima de la mesa—. ¿Y tu familia?

¿Y mi familia? ¿Tengo familia?

Siempre se va al plano personal. Tengo que evitarlo.

—Hija de padres divorciados — respondo seca y alzo mis hombros—. ¿Por qué te empeñas en pasar de lo profesional a lo personal? —le pregunto cansada.

Guillermo ladea su sonrisa y yo me derrito, Dios, este hombre debería tener avisos de neón rojos que digan:

¡Peligro, espécimen que hace tontas a las mujeres!

—Porque me gustas —responde tranquilo.

Mi muro se sube automáticamente. Sí, el mismo muro que uso desde los dieciocho años..., no voy a caer en sus redes porque de seguro tiene un harén de mujeres y no pienso ser una más del montón, estoy segura que cuando se aburra me dará una patada y quedarán solo los trozos de lo que soy.

Guillermo espera una respuesta, pero soy salvada cuando el camarero llega con la botella de vino y se la enseña. Sirven solo una copa... mi copa cabe destacar. Al parecer este hombre no bebe alcohol, pero ¿por qué? mi cabeza empieza a trabajar pensando un sinfín de teorías. El camarero toma nuestras órdenes y se vuelve a ir. Empiezo a jugar con el pie de mi copa

sumida en mis pensamientos pero uno en particular salta en mi mente:

¿Cómo puedo gustarle a un hombre como él?

Me respondo pensando que Guillermo piensa que soy del tipo de bailarina que van abriéndose de piernas con los artistas con los cuales trabaja.

Suspiro y le hablo:

—Creo que te dije que no soy el capricho de nadie. —Guillermo toma un trago de agua y me da una mirada severa —. Vine a trabajar, la única razón de aceptar esto es porque en mi currículum se vería bien, pero no estoy interesada en tener ningún tipo de relación personal contigo.

Doy un sorbo a mi copa mientras

Guillermo sonríe y me pregunta:

— Tienes algún novio en Venezuela?

En su tono de voz hay algo que no logro descifrar.

 Celos?

Le hago un gesto de negación, no tengo la menor idea de qué es un novio real, tengo veintidós años y mi primer beso me lo dio un chico de la escuela de danzas a los diecisiete, pero no paso de primera base, nunca he tenido el tiempo suficiente ni mucho menos el interés por ir más allá de un beso.

— Entonces?, es de buena educación responder cuando se te pregunta —me dice con cierto tono de burla.

Creo que no entendió cuando le hice el gesto.

—Entonces vine por trabajo o por otra cosa —respondo con mi mente en otro lugar y desviándome del tema.

Guillermo carraspea y me dice:

—Andrea, no te mentiré... yo no prometo cuentos de hadas, estoy demasiado jodido para eso, pero me gustas más de lo que imaginas. Cabe en esta oportunidad resaltar que llegue a ti por tu trabajo, pero fue verte bailar de esa manera tan apasionada y no poder despegar los ojos de ti. —Suspira y agrega—: Puedo ser muy insistente para conseguir lo que quiero y en este momento me apetece tenerte entre mis sábanas.

Me sonrojo sorprendida y excitada por su confesión, no sé qué decir, él decide cambiarse de lugar y sentarse a mi lado posa una de sus manos en mi muslo y la otra toma mi mentón obligándome a mirarle.

—Mírame, Andrea, y atrévete a negarme que yo también te gusto... —me dice con voz ronca.

—No me gustas —le digo segura aunque no suene así.

“*Mentirosa*” susurra mi subconsciente.

Guillermo suelta una carcajada y me suelta. Este hombre es peligro puro y creo que si cedo un ápice él dudará dudar en meterme en su cama. En ese momento el camarero llega de nuevo,

sirve nuestra comida y comemos en silencio, él no me quita la mirada ni un segundo, vigilando cada uno de mis movimientos. Siempre he comido como un pajarito pero balanceado, cuido mucho mi dieta en las noches y está cena está llena de hidratos de carbono, de ahí la razón a que pese casi cuarenta y nueve kilogramos además de todo el ejercicio que mi cuerpo hace diario con la danza. Al sentirme llena dejo casi más de setenta por ciento de la porción que me han servido, en el plato hay suficiente comida para alimentar a dos personas.

—¿Eso es todo lo que comerás? — me pregunta.

—Sí —respondo con voz cansada.

—Nos has comido nada —me regaña como si fuera una niña, yo alzo mis hombros en señal que no me importa—. Yo te voy alimentar, no puedo creer que solo comas tres bocados.

Mi garganta se cierra del miedo.

Guillermo toma mis cubiertos y pica el pescado, yo pongo los ojos como platos.

—No es necesario —le digo presa del pánico—, de verdad que no me cabe nada más.

Guillermo ignora mi petición, me acerca el tenedor y me hace un gesto como si fuera un bebé para abrir la boca; pongo los ojos en blanco, abro la boca y empiezo a masticar. Él come de su plato pero por ratos repite el mismo

procedimiento de alimentarme y comer él. En un abrir y cerrar deja los cubiertos para limpiar los labios con su servilleta.

—Ya está —me dice y con su dedo limpia la comisura de mis labios—. Creo que estabas famélica y no querías comer pensando que yo lo vería mal.

Bajo mi mirada hacia los platos y los dos están vacíos, hace mucho tiempo nadie me había tratado de esa manera, como si realmente importara. Muerdo mi labio inferior nerviosa y él me regala la sonrisa más hermosa del mundo, porque es una sonrisa real, sus rasgos se relajan y lo hacen lucir más joven, sus ojos verdes brillan intensamente y van oscureciéndose a medida que mi rostro

esboza una sonrisa.

¡Dios estoy en problemas!

Mi cuerpo se derrite ante él y es una atracción innegable, porque no puedo negar que en el fondo Guillermo Cruz me atrae.

Yo soy la polilla y él es la luz, ¿o quizás no?, me dijo que estaba jodido, pero ¿En qué forma? Hay ciertos detalles de él que me hacen desconfiar.

Llegamos al hotel sumidos en otro silencio incómodo, al llegar al lobby Guillermo me invita una copa la cual rechazo alegando que mañana debo armar las coreografías, de paso le informo que lo espero en el gimnasio del hotel a las seis de la mañana. Me hace un gesto militar que me arranca una

sonrisa y nos despedimos, él simplemente vuelve a besarme castamente.

*“Ya te tiene en su bolsillo Andrea, reconócelo”*. Niego. El ascensorista me observa como si estuviera loca.

Lo estoy...

Al llegar a mi habitación me quito toda la ropa, tomo mi tiempo mientras me desmaquillo y lavo mi cara. Al terminar me siento a leer, la historia es muy buena, y es que la diseñadora y el fiscal se las traen. Mi móvil suena con mensajes de mi madre y mi prima, contesto pero me doy cuenta que son más de las once, apago todo activando la alarma a la cinco de mañana.

Es poner la cabeza en la almohada y

caer dormida.

# Capítulo 8

—¡Joder tienes la piel más tersa del mundo! —me susurra excitado al oído.

Sus manos acarician mis pechos, bajan por mi abdomen y se pierden

dentro de mis bragas haciéndome gemir.

—Estás húmeda y preparada para mi peque. —Besa el lóbulo de mi oreja dejando un reguero de besos deteniéndose en mis pechos, se lleva uno a su boca, rodea mi pezón con sus labios, lo succiona y yo arqueó mi espalda a causa del placer.

—¡Más! —le pido cerrando mis ojos.

Él vuelve a repetir lo mismo, pero está vez lo muerde, jalándolo un poquito con sus dientes, lo suelta y lo sopla mientras con sus dedos aprieta mi otro pezón, repite lo mismo varias veces y luego le presta atención a mi otro pecho de la misma forma mientras que en la parte baja de mi espalda se acumula una

tensión desconocida que hace que me arquee.

—¡Dios, me corro! —gimoteo.

—Vamos, hazlo por mí —me pide con voz ronca.

Sus palabras son órdenes para mi psiquis y cuando lame de nuevo mi pezón exploto en un orgasmo demoledor apretando mis uñas en su espalda.

Baja su mano a su pene y me penetra de una sola estocada haciéndonos gemir a los dos.

—Andrea, te voy a follar duro —me dice en voz gutural.

Yo gimo bajito cuando comienza a moverse dentro de mí, duro; yo abrazo su cadera con mis piernas: uno, dos, tres penetraciones, sale completamente de mi

sexo y me penetra de nuevo, más profundo. Yo gimo y a él se le escapa un sonido gutural de su garganta, repite lo mismo varias veces, en la habitación solo se escucha el choque de nuestros cuerpos, los gemidos y sus palabras fuertes en el sexo.

Araño su espalda entregada al placer y de nuevo uno, dos, tres penetraciones más hacen que los músculos de mi sexo se contraigan; cinco, seis, siete y exploto en un nuevo orgasmo apretando las sábanas con mis manos. Guillermo sigue gimiendo mi nombre.

Me despierto sudando. ¡Cristo, estoy loca! ¡Menudo sueño! Eso fue una escena erótica digna de un corto porno,

el despertador suena y lo apago de un golpe. Estoy excitada, sudada y agitada.

¡Dios, me voy a morir! ¡Sí, me voy a morir!

De un salto me levanto de la cama y me estiro, mis pensamientos no se despegan del sueño. Por el amor a Dios no voy a leer más libros eróticos, me están dañando la mente.

*“No son los libros, es Guillermo”* me susurra la una voz en mi mente.

—¡Guillermo Cruz como te odio!  
—exclamo molesta.

Me doy una ducha con agua fría para calmarme. Al salir tomo mi ropa interior de algodón y me visto con un chándal ceñido, un top que deja ver mi abdomen y tomo mis zapatos morados

*Sansha* tipo *capeccio* para bailar. Finalmente recojo mi rebelde cabellera en un moño tipo tomate y salgo de la habitación pensando mil cosas. Definitivamente estoy metida en la boca del lobo, si sigo teniendo ese tipo de sueños voy a tener que llamar a Lorena.

Nada de esperar. La llamaré al terminar el ensayo.

¡Se ha dicho!

Llego media hora antes al gimnasio, uno de los encargados me recibe y le explico quién soy; él, muy atento, me acompaña hasta una puerta, al abrirla me percató que es un salón lleno de espejos, un pequeño estudio para bailar. El encargado me explica que Guillermo lo reservó y me enseña dónde está todo.

Comienzo el calentamiento básico estirando mis músculos y haciendo los ejercicios correspondientes para no tener contracturas musculares. Busco en mi repertorio algo de danza árabe para entrar en calor y me quito los zapatos para quedar descalza y bailar perfectamente, conecto el *i P o d* al sistema de sonido y lo acciono.

Me pongo en la posición inicial y la percusión empieza a sonar, transportándome, llevándome a otro lugar dónde solo existe la música y yo. Imagino siempre que es un espacio lleno de estrellas donde predominan tonalidades lilas y rosas. Con el baile yo trasmuto las energías negativas y me olvido de los problemas. Empiezo a

moverme al ritmo de la música. Me dejo guiar por la alegría de la canción, hago un pequeño arco moviendo mis brazos y mis hombros al mismo tiempo en una armonía perfecta, trato de imaginar que floto en ese espacio.

Regreso a la posición inicial y empiezo a enfatizar los golpes de la cadera desplazándome por el salón, a cada golpe le imprimo sensualidad y picardía, cierro mis ojos por un momento y voy combinando movimientos entre mis brazos y mi cadera para lograr la magia de la danza, su principal componente: la sensualidad. La voz del cantante empieza con un electro pop y yo lo sigo con movimiento en mi vientre, ese juego

alterno de caderas y cintura que da la imagen de que el cuerpo es capaz de trazar curvas. Cada parte de mí vibra al ritmo de la música, con cada nota puedo sentirme sensual y deseada, ese ego interno me hace sentir como una diosa. Doy varias vueltas sincronizando mi cabeza con mi cuerpo, me arrodillo casi al final jugando con mis hombros y manos. Finalizo con un pequeño arco haciendo que los músculos de mi abdomen se tensen.

Los aplausos me traen a la realidad, abro mis ojos y me levanto. Guillermo aplaude sonriente haciendo que me sonroje, camino hacia el reproductor y apago la música. Él se acerca por detrás y respira hondo cerca de mí,

provocando que la piel se me erice. Dios, este hombre es fuego puro y me quema. Sujeta con sus dos manos mi cintura y me susurra al oído:

—Quiero que algún día bailes desnuda solamente para mí.

Pongo los ojos como platos y me giro, lo observo apretando fuertemente mi mandíbula mientras quito sus manos de mi cintura como si quemaran. Guillermo está vestido con un chándal negro y una camiseta gris, de nuevo me sonrío como si él fuera un depredador y yo la presa.

Me aclaro la garganta, soy clara y concisa con mis palabras:

—Señor Cruz, le voy a pedir que mantengamos la distancia y el respeto

correspondiente entre nosotros dos, yo soy su coreógrafa y bailarina, pero no su puta de turno —le suelto molesta.

El rostro de Guillermo cambia en un segundo, pasa las manos por su cabello exasperado, se separa de mí como si le dolieran mis palabras pero no pienso permitir otro comentario así de su parte. Trata de hablarme varias veces y de su boca no sale una sola palabra, hasta que finalmente se acerca de nuevo, su respiración es agitada a causa de la rabia haciendo que mi cuerpo se estremezca de miedo. En un movimiento rápido me toma de la nuca y se estampa contra mi boca, su lengua se abre paso dentro de mi boca haciéndome saber que es él quien lleva el ritmo.

Este es un beso apasionado y mortífero. Estoy cayendo en su trampa.

Se le escapa un gemido ronco y yo lo sigo gimiendo bajito, me toma del trasero levantándome finalmente y dejo de resistirme correspondiendo el beso, abrazándome fuerte de su cuello, abrazando sus caderas con mis piernas. Camina hasta que siento el frío del espejo en mi espalda y su erección restregándose contra mi sexo, haciéndome saber que está excitado.

Cuando rompe el beso, sus labios están rojos y sus ojos de un verde más oscuro, casi de color negro. Acaricia su nariz con la mía en gesto íntimo y cariñoso, pone su frente contra la mía y me dice:

—Nunca vuelvas a decir que eres la puta de turno, nunca ¿entendido? —me dice con voz agria y yo asiento—. Andrea, no sé lo que siento realmente, pero te puedo asegurar que no es una aventura.

Suspiro.

—Bájeme —le pido.

Él me obedece dejándome en el suelo. Acaricia mi rostro pero yo me alejo de él, no sé qué pensar, esto me va a traer problemas y no me quiero enamorar.

—Vamos a ensayar —me dice serio.

Yo asiento pensando que es lo mejor que decido desde que nos conocemos, me pongo mis zapatos de

baile y los dos olvidamos que hace cinco minutos casi terminamos follando frente a un espejo en la sala de baile.

Empiezo a mostrarle las ideas que tengo para la mayoría de sus canciones. Guillermo me observa durante el proceso con una sonrisa y atento a lo que le digo. En la mayoría de las puestas en escena trato de involucrarlo, este hombre me demuestra que sabe moverse con cada uno de los movimientos que le doy dejándome sorprendida y sin palabras.

—¿Cuándo es el primer concierto?  
—le pregunto con la respiración entrecortada del esfuerzo.

Guillermo está doblado sosteniendo sus manos en los muslos, su respiración

es entrecortada al igual que la mía, su frente esta perlada por el sudor y su camiseta húmeda

—Mañana —responde—. ¡Joder tía, eres una nazi!

Suelto una carcajada, la verdad es que soy exigente cuando se trata de trabajo.

—Hoy voy a practicar en la noche, me gustaría que te unieras si es posible —le digo.

—Lo siento, no puedo, tengo una rueda de prensa —me contesta.

La puerta se abre y Alonso aparece en escena, yo lo tomo como mi señal para irme, pero me detengo un segundo para decirle:

—Entonces mañana a las cuatro de

la mañana para practicar dos horas y luego en el ensayo del concierto —le digo.

Paso por un lado de Alonso, lo saludo cordialmente y me despido con un gesto de mano dirigiéndome al ascensor. Estoy distraída revisando mis mensajes y contestando algunos cuando alguien me toma por la muñeca y me gira.

Al subir mi rostro choco con el pecho de Guillermo

—Andrea —Guillermo me llama con voz sensual, su rostro tiene un brillo especial y me dice finalmente—. Eres el hallazgo inesperado y afortunado que he encontrado cuando realmente buscaba una cosa diferente.

Me ruborizo y él se acerca para dejar un casto beso en mis labios. Se despide con un gesto y regresa sobre sus pasos. El sonido del ascensor me saca de la situación de ensueño, subo y acaricio mis labios sintiendo el sabor de los suyos.

Sus palabras resuenan en mi mente y la única que llega como respuesta es:  
Serendipia...

# Capítulo 9

**D**edico mi día en disfrutar Bogotá, paseo relajada por las calles de la capital de Colombia, encuentro un café Juan Valdez y disfruto de un tinto, como dicen los colombianos. Llamo a mi madre y mantengo una conversación

amena con ella, me cuenta que ha encontrado un psiquiatra y se ha inscrito en Alcohólicos Anónimos, escucho atenta cómo cuenta que se siente triste por la actitud que tomó durante todo este tiempo, me preguntó qué tal me iba en estos días y también me aseguró que se siente orgullosa de que esté cumpliendo mi sueño, pero sé que en el fondo este es su sueño, por primera vez en tanto tiempo me siento feliz de que ella esté bien y sea la mujer que yo siempre conocí.

Tres cafés más y la llamada que tanto esperaba, llega.

—Lore... —susurro.

—Princesita, ya te extraño —me dice con voz triste.

—Pero han pasado veinticuatro horas —contesto riendo.

—Es mucho... A ver, cuéntame qué te pasa, chamita. —Lorena siempre va el grano.

Se me escapa un bufido.

—Me pasa de todo, pero mi principal problema es mi jefe... —le digo—, es que tengo sueños húmedos con Guillermo... —le confieso en voz baja.

—¿Qué? ¡Ay Dios se cayó la llamada! ¿Andy estás ahí? —me dice.

—¡Lore! Calla y presta atención que no puedo gritar —le contesto exasperada.

—Bueno hija, habla que se te entienda —me responde riendo.

Cierro los ojos y le suelto:

—Tengo sueños húmedos con Guillermo y hoy casi follamos en el ensayo.

—¿¿¿¿Qué???? —grita—. ¿Me estás jodiendo?

—¡No! —lloriqueo.

Mi prima suelta una carcajada y yo suelto varios insultos. Le cuento todo mientras escucho sus risitas del otro lado línea, juro que si estuviera frente de mí la golpeará para que no se burle. Para mí esto es serio, por el amor a Cristo, es mi jefe.

Al finalizar ella carraspea y me dice:

—Bueno, creo que te gusta este chico por más que quieras negarlo, en

cuanto a lo otro, te voy a decir, es lindo perder la virginidad por amor, pero eso pasa en los cuentos de hadas, libros románticos y películas, ve con cuidado, no quiero que regreses a Venezuela con el corazón roto.

—Lore, no pienso acostarme con él —le digo molesta.

—¡No seas estúpida! —exclama—. Nadie habló de que te acuestes con él, pero Andrea, ve las cosas desde otro punto de vista, no todo es derecho, te he dicho que la vida tiene sus curvas.

—Todo lo ves tan fácil —le digo.

—No es que lo vea fácil, es que no le hago cabeza a las ideas, si me equivoco sigo y si no que bien, tienes que aprender a vivir y sobretodo, acepta

que todos los hombres no son como tú padre —me dice molesta.

Conversamos por un rato más y al colgar me encamino al hotel. Si todos los hombres no como mi padre entonces... ¿por qué hay tanta infidelidad en el mundo?

Al llegar al hotel me doy una ducha y de nuevo repaso las coreografías para mañana en la noche. Nunca había tenido que improvisar tanto y aunque el flamenco se me da muy bien, soy muy perfeccionista en mi trabajo; pongo varias canciones de Guillermo y

simplemente bailo según las ideas que tengo en mi mente, para mi bailar por trabajo y placer son cosas diferentes, normalmente por placer mi cuerpo se mueve por sí solo sin cuadrricular movimientos, en pocas palabras soy libre, en cambio por trabajo trazo figuras que van acorde a la letra de música, a veces no entiendo algunas bailarinas que solo se mueven y no tratan de trasmitir las sensaciones de lo que están danzando. Luego sigo con las canciones pop, trato de hacer una puesta en escena con la que me sienta cómoda. Me imagino una coreografía área y me encantaría hacerlo muy a lo *Cirque du Soleil*. Lo anoto en mi *Iphone*, hago los ejercicios de enfriamiento para no tener

contracturas musculares.

Me siento en el piso, me quito los zapatos y empiezo a masajear mis pies. ¿Sabían que los pies de las bailarinas son su instrumento máspreciado? Lastimarnos las piernas o nuestros pies significa la muerte. Dirán que soy dramática, pero es que sin ellos no podemos hacer nada, mi vida gira en torno ellos. Yo, por ser bailarina de danza contemporánea, no padezco con mis pies, al menos no tanto como los de las chicas de ballet clásico. Las zapatillas de ballet están diseñadas para deformar los dedos ya que tienen soportes de yeso que es lo que permite estar en la punta de los pies soportando el peso; y solo podemos usarlas luego

de que estamos al tercer o cuarto año de estudios, después de que nuestro sistema óseo está completamente formado, yo pasé por eso cuando mi madre me obligó a formarme en todos los tipos de danza.

La danza es una manera de transmitir emociones. Cada expresión artística es una manera de transmitir, los pintores usan los colores para darnos esas sensaciones de cálidos y frío, también hay colores que visualmente no transmiten paz; los actores son capaces de vivir las emociones de los personajes; los escritores no hacen viajar con sus historias a lugares imaginarios, sufrir y reír con sus personajes, pero nosotros somos

capaces de hacerlo bailando, somos como los actores con un personaje definido y que tiene emociones que debemos manifestar sin hablar, es una forma de hablar sin palabras, tu cuerpo lo dice todo por ti. Un buen bailarín puede ser capaz de hacer llorar con una puesta en escena.

La puerta de salón que estoy usando para ensayar se abre para darle paso a Guillermo, quien aparece con un rostro algo contrariado, como sí no debiera estar aquí, está vestido con un jean desgastado y roto en una rodilla, lleva un suéter de color blanco, una bufanda de cuadros grises y beige. Yo me quedo a mitad del masaje, con mis pensamientos aletargados, estoy

atrapada por su belleza y su masculinidad. Él no me saluda y a mí no me sale la voz como para hacerlo.

Guillermo se sienta en el piso delante de mí, toma mi pie y lo masajea. Se me corta la respiración, él simplemente sigue haciéndolo como si fuera lo más normal del mundo. Trato de quitar mi pie y él niega, sigue frotando y yo tratando de que no lo haga.

¡Dios que locura!

—Déjame, yo quiero hacerlo —me pide en voz ronca.

—Guille... —No me deja terminar de decir su nombre.

Me toma de mis dos piernas y me hala sentándome a ahorcajas sobre él, haciéndome callar con un beso

apasionado. Se detiene a tomar aliento mientras acaricia su nariz con la mía; yo no me aparto, pierdo la capacidad de reaccionar cuando él está cerca, simplemente me dejo llevar y esto empieza asustarme. Él me abraza y yo encajo mi rostro en su cuello, siento simplemente como si este fuera mi lugar correcto, donde debo estar. Cierro los ojos dejándome llevar, debería aprender a vivir..., quizás Guillermo ve a través de mis barreras.

¡Estoy loca como una cabra!

Me remuevo un poco.

—Duerme conmigo... —Guillermo rompe nuestro silencio con su petición.

¿Dormir? Me tenso toda. No puedo dormir con él... tenemos unos días

conociéndonos.

Esto es una locura.

*“Pero te mueres por estar en sus brazos”* me dice la voz de mi angelito malo.

—¡No puedo! —Trato de zafarme pero no me deja.

—No... —me dice haciendo más fuerte su agarre—. Andrea, solo es dormir, déjame abrazarte y déjame sentirme en casa.

¿Casa?

Él tiene esa misma sensación. Ya esto parece tomado por los pelos, estoy haciendo lo que no debería y estoy viendo mi vida como nunca lo hecho.

—Sí —le respondo y él deja unos besos descuidados en mi cuello.

—Me encanta el sabor de tu piel...  
—me susurra—. Tienes la piel más suave y tersa que he tocado en toda mi vida.

Los recuerdos del sueño se precipitan y me sonrojo. Cuando nos separamos Guillermo se levanta pero me lleva con él, pone detrás de mí oreja un mechón rebelde y sonrío. Deja un beso en mi nariz y yo sonrío. Subimos hasta mi habitación y lo dejo entrar muerta de miedo, hasta ahora no puedo creer que esté haciendo esto.

¡Yo no soy así!

Guillermo me observa mientras dejo los zapatos a un lado de la puerta y me dirijo a mi maleta para agarrar todo lo necesario para tomar un baño.

—Ya regreso —le digo.

Él asiente, veo que se quita la bufanda y los zapatos. Entro al baño y cierro con el pestillo, mi cuerpo se queda pegado de la puerta, respiro hondo tratando de organizar mis pensamientos, me observo en el espejo. El reflejo me devuelve a una chica normal, mis ojos azules y mi cabello rojo es lo único exótico que veo.

Respiro hondo.

No puedo dejar que esto me distraiga, todo lo que tiene que ver con Guillermo me pone como una tonta. Me desvisto y entro a la ducha, acciono el agua lo más fría que puedo soportar y empiezo a ducharme, de repente un dolor atraviesa mi muslo derecho y

suelto un alarido. Me caigo en el piso privada por el dolor.

—¿Andrea, estás bien? —me pregunta Guillermo.

No logro contestar porque los gemelos de la misma pierna se contraen haciéndome gritar más fuerte.

¡Maldita sea! ¡Dos calambres al mismo tiempo!

Escucho cómo él trata de abrir la puerta, yo gimoteo y grito, el dolor es tan fuerte que no logro articular palabras.

—Andrea, voy a tumbar la puerta —grita—. Por favor, dime que estás bien.

Uno, dos, tres, al cuarto golpe se abre la puerta y Guillermo entra

asustado, me encuentra acurrucada en el piso de la ducha llorando, tratando de masajear mis piernas. Él entra, cierra el agua y me alza en sus brazos.

—No —le digo asustada—, estoy desnuda —sollozo.

Ignorando mi petición se acerca, toma una toalla me cubre con ella y me lleva hasta la cama, se agacha frente de mí. Yo tiemblo del frío, vergüenza y el dolor; con mis manos me masajeo un poco las piernas tratando que los músculos vuelvan a su sitio.

—Yo lo hago —me ordena.

Sus manos empiezan un masaje descendente desde mi muslo hasta mi pantorrilla y es tan placentero que muerdo mi labio inferior. Sus

habilidosos dedos hacen que me relaje y el dolor poco a poco vaya menguando. Guillermo repite el mismo procedimiento con mi otra pierna.

¡Dios mío y yo me siento en el cielo!

Guillermo es un hombre tan guapo y se ve tan sexy con su ceño fruncido y sus labios formando una línea recta por la concentración. El masaje me relaja de tal manera que se me escapa un gemido, él alza su vista hasta mi rostro.

—Te deseo —susurra.

Cierro mis ojos y le confieso tímidamente:

—Soy virgen... —Siento que la sangre me sube a la cabeza y debo estar sonrojada, del mismo color de mi

cabello.

Abro mis ojos y él simplemente me observa tiernamente, acaricia mi rostro con su dedo traza una línea imaginaria por encima de mi pecho. Mi reacción es apretar la toalla y tratar de taparme lo más que pueda. Guillermo se alza hasta estar a la altura de mi rostro y yo escondo la mirada tratando de evitar que observe lo avergonzada que me encuentro.

¡Andrea la virgen! Seguro cree que soy una mojigata.

Me toma por el me mentón obligándome a mirarlo y yo simplemente cierro los ojos.

—Mírame —me pide con voz dulce—. Te prometo que pronto te haré

completamente mía, pero hoy solo quiero acostarme contigo a dormir, sentir tu piel contra la mía, mi corazón contra tu pecho y tus labios presionando mi cuello. —Suspiro por sus palabras y él acaricia mi mejilla—. No te mentaré, he conocido de todo en esta vida, desde el odio hasta el amor, también la lujuria y supongo que esta última es la que me mantendrá cerca de ti para que finalmente te rindas ante mí.

¿Lujuria? ¿Mantenerse junto a mí?  
¿Rendirme?

Vaya con este tipo, ¿será que le va lo sado?

“*No te vayas por ahí*” me regañó mentalmente.

Me toma el rostro con sus dos

manos y me besa hasta quedar acostados en la cama, su cuerpo me transmite su calor. Yo suelto mi toalla y abrazo su cuello dejándome llevar por la sensación tan embriagante de su lengua invadiendo mi boca.

Rompe el beso y gimo por el abandono de sus labios, él sonrío contra ellos y me dice:

—Tienes que vestirte o romperé mi promesa.

Yo asiento y él se separa de mí, corro hasta el baño y me termino de duchar, luego me pongo un pijama y trenzo mi cabello. Al salir lo encuentro acostado sin camisa y sin jeans ya que toda su ropa se encuentra húmeda, la televisión está encendida en el canal de

*Animal Planet*, está viendo un programa sobre los pingüinos emperador. Guillermo abre sus brazos y corro hasta acostarme a su lado de la forma que él me pidió, me siento como una niña con un juguete nuevo o cuando el chico que te gusta te presta atención al ser adolescente, dejo un beso descuidado en su cuello y él besa mi frente. Llevamos rato así y mi mente empieza a relajarse, mis ojos inician una batalla por quedarse abiertos, no quiero dormirme, lo único que deseo es grabar este momento para siempre.

Lo último que escucho es un pequeño susurro de sus labios:

—Andrea, eres simplemente inefable...



# Capítulo 10

**Guillermo.**

**M**e despierto ahogado, me siento en la cama y siento un calor extraño a mi

lado, ¡mierda! Maldigo internamente. Recuerdo que estoy en la habitación de Andrea, me levanto y entro al baño. Lavo mi rostro y me quedo mirando mi reflejo en el espejo. Bufo porque debajo de esta máscara hay un hombre que ha bajado y subido más de una vez al infierno, ¡malditas pesadillas!, siempre regresan cuando llega la paz a mi vida. De pequeño hasta mojaba la cama provocando que el bastardo de Cesar me diera palizas, de joven me drogaba al despertar.

Como anhele muchas veces los pases de cocaína o heroína.

Me lavo de nuevo la cara y trato de sacar esos pensamientos de mi mente. No puedo volver a esos días sin comer o

dormir, donde pasaba la mayor parte del tiempo drogado y que los conciertos eran suspendidos por excusas baratas como que estaba enfermo. Salgo de nuevo a la habitación y me siento frente a la cama. Andrea se remueve un poco y abraza la almohada que hace diez minutos yo usaba.

¿Qué estoy haciendo?

La cago cada día acercándome a esta chiquilla, anoche casi me la tiro, ganas no me faltaban. Verla sufrir despertó un instinto de protección que nunca he sentido, ni siquiera con Alonso al quien le debo tanto. Observarle mientras duerme es lo más interesante que he hecho en mi vida, nunca me he sentido de esta forma, me calma y me

distrae, ella trasmite paz...

Es tan frágil y tan fuerte a la vez. Cuando trato de hablar de su familia, ella evade el tema, parece que es algo que la saca de su zona de confort, que está luchando internamente para ver sí me acepta o no. Yo en mi fuero interno libro una batalla parecida. Anoche llegué frustrado luego de recibir otra amenaza. Alonso no sabe qué hacer y yo estoy a punto de caer de nuevo en lo que tanto me costó dejar por la presión, a veces quisiera tener ese shock de adrenalina y olvidar.

¿Qué le puedo ofrecer?

La respuesta es simple... nada... Un hombre sucio y con miles de demonios dormidos que pueden ser una

maldita bomba de tiempo a punto de explotar.

Escucho como habla dormida arrancándome una sonrisa y calmando un poco esos pensamientos tan autodestructivos que tengo en mi cabeza.

Andrea... Andrea es... es... es extraordinaria, no me cansaría de escribir canciones sobre ella y sus hermosos ojos azules, de su hermoso cabello rojo o de las constelaciones que forman las pecas de su espalda. Dicen que cuando nos estamos enamorando sentimos sensaciones que no podemos explicar, y es justo lo que me está sucediendo.

*“Maldita sea Guillermo deja de usar las palabras amor y*

*enamoramiento*” me regañó.

Me levanto hasta acercarme de nuevo a la cama, me acuesto a su lado y ella, al sentir mi presencia, me abraza automáticamente. Estos gestos, aunque inconscientes por su parte, me queman y me duelen, pero nada se compara con tenerla cerca, abrazada a mí como si fuera el guardián de sus sueños. Quisiera poder ver dentro de su mente y saber si soy parte de ellos.

Su respiración calmada hace que me sienta seguro, como si el pasado no pudiera afectarme como lo hace.

Parezco un idiota enamorado, pero ella llegó tocando mi corazón. Haberla encontrado me hace sentir afortunado. Quiero regalarle todo en la vida y

hacerla feliz, nunca me había propuesto hacer feliz a una persona, pero Andrea hace que se me olviden los miedos que me persiguen desde niño y me sumerja en un arco iris de ilusiones.

Acaricio su piel tersa, mis dedos se niegan a dejar de sentirla, Andrea se remueve un poco y sonrío cuando se separa de mí y abraza su almohada. Sus hermosos rizos rojos se diseminan por toda la cama y su hermoso rostro se ve relajado. Parece sacada de una pintura de algún pintor anónimo, que con mano diestra ha capturado su belleza sobre un lienzo blanco. Me parece tan sublime su imagen que busco mi móvil y le hago dos fotos.

Parezco que ya voy de moñas, pero

cuando la vida te da solo dolor, encontrar algo como esto, tan lleno de inocencia..., te hace sentir insuficiente para todas las cosas buenas que encuentras.

Entonces recuerdo cómo se sonrojó al decirme que era virgen... ¡Por Dios Santo! Tiene veintitrés años... a su edad casi todas las chicas han tenido ya su primera vez en cuanto al sexo, pero si ella me deja la haré mía... mía en todo el significado de la palabra.

Quiero que me entregue su corazón para amarla como nunca he amado. Siento que eso es lo necesito, aunque sé que quizá no lo merezco.

Dejo un beso descuidado en su hombro y la abrazo desde atrás haciendo

cuchara. Cierro mis ojos y trato de despejar mi mente, espero por primera vez en muchos años no tener pesadillas.

Estar con ella sé que me hará bien.

# Capítulo 11

**D**esperto desorientada, escucho gritos y abro los ojos asustada, al otro lado de mi cama Guillermo llora y grita desesperado.

—¡¡¡¡Suéltame!!!! ¡No de nuevo! —

solloza asustado—. ¡Te odio! ¡Nooo!

Se encuentra en posición fetal y llora, lo trato de despertar, acariciándolo pero se estremece y me grita que no lo toque.

—¡Guillermo, es una pesadilla! —le susurro asustada—. Vamos por favor... despierta por favor... —le suplico.

Él se sienta de golpe en la cama, asustado, su respiración está acelerada. Se limpia la cara y pasa las manos desesperado por su cabello y no me mira. Yo acaricio su espalda y observo cómo poco a poco va normalizando su respiración, se quita la sábana de golpe y sale de la cama sin decir ninguna palabra. Observo consternada cómo se

viste para irse.

—¡Guillermo! —lo llamo asustada.

Por primera vez desde que despertó me dirige una mirada y su rostro está contraído, todos sus rasgos se han endurecido.

—Ensayamos en la noche —me dice y sale de la habitación dejándome en shock.

Me tiro en la cama, tomo mi móvil y reviso la hora, son apenas las dos de la madrugada. En mi mente hay miles de pensamientos sobre lo que ha acontecido en estas últimas horas y me mata la curiosidad por saber de qué va esa pesadilla, por la manera que lloraba parecía que era real, que la vivía. Suelto todo el aire que contengo en mis

pulmones, me tiro en la cama y aprieto las sabanas pensando si será una de esas personas que tienen algún trauma.

Niego borrando ese pensamiento. He leído sobre él y su vida pinta perfecta, una familia tranquila con tres hijos. No, seguro fue simplemente una pesadilla.

¿Entonces por qué reacciono de esa forma?

¡Dios!

Después dicen que las mujeres necesitamos un manual para entendernos. ¿Y los hombres qué?

Acomodo la almohada, me pongo boca abajo abrazando la misma y me digo a mi misma:

—Duérmete Andrea, deja de

hacerle mente a la cosas.

Despierto asustada y algo cansada, me doy una ducha pensando que fue lo que soñó Guillermo para irse de esa forma. Me visto con ropa deportiva para repasar algún que otra coreografía. Termino de amarrar mi zapato y tomo mis cosas pero me detengo distraída al ver un sobre blanco que han pasado por la puerta. Lo tomo, lo abro para ver el contenido y me quedo hecha un palo a leer la broma de mal gusto que alguien que está haciendo.

MALDITA ZORRA  
ALÉJATE DE GUILLERMO CRUZ  
ANTES DE QUE SEA TARDE.

No tiene nombre y está escrito en computadora, tuerzo el gesto pensando que es alguna fanática loca que nos vio juntos en el hotel. Rompo el papel, pero lo considero una razón más para alejarme de Guillermo.

Bailo por más de una hora para ultimar los detalles que me cuestan, me entrego como siempre a la danza hasta que alguien entra al estudio para avisarme que nos vamos en una hora.

El viaje es corto, pero en el camino nos informan que nos quedaremos por dos días más. Entro al pequeño camerino que dispusieron para mí, me

pruebo los vestuarios y todos me quedan a la perfección. Salgo a revisar el escenario para determinar si hay alguna anomalía en la superficie que pueda ocasionarme algún problema mientras los músicos y técnicos empiezan con las pruebas de sonido. Al encontrarnos comenzamos a platicar y hacemos algunas bromas, hasta que me piden que baile y yo acepto encantada.

Empiezan a tocar una balada suave de Guillermo. Mi cuerpo reacciona por sí solo desplazándose por el escenario, siento que estoy en las nubes, que mis pies corren ágiles por ellas, sintiéndolas como pequeñas motas de algodón. Una de la coristas empieza a cantar y yo me imagino que ese amor tan doloroso que

describen fuera mío. Cada movimiento armónicamente coordinado trata de transmitir el dolor de amar y no poder estar con esa persona.

¿Será una experiencia personal?

*“Andrea, vamos olvida a Guillermo y concéntrate en bailar”* pienso. Al acabar la canción suspiro y todos aplauden.

Me sonrojo, trato de evitar hablar con ellos, salgo del escenario y me encierro en el camerino. Empiezo mi rutina de calentamiento, luego tomo una ducha en un baño minúsculo. Trato de concentrarme en el trabajo, porque para esto me ha contratado. En esta ciudad serán dos funciones de las cuales todos los boletos están agotados.

Concentrarme en el baile y todo lo que estoy por experimentar hace que me relaje; busco el primer vestuario y por lo que veo Guillermo recordó que empezaría con las canciones pop, de las cuales bailarías unas cuantas conmigo y luego yo tendría que cambiarme al traje de flamenca para la segunda parte del show.

Todavía tengo el mal sabor de boca por lo que ocurrió anoche con Guillermo, y si ahora le sumamos el anónimo pues da como miedo. Por cierto, del susodicho no sé nada, se excusó que tenía ruedas de prensa y no estaría en el ensayo, pero todos aquí parecen estar acostumbrados porque siguieron con sus labores normales.

Hay cosas de Guillermo que me desconciertan, como que no ingiere alcohol, las pesadillas, la forma en que me dijo que estaba jodido; son cosas que va soltando poco a poco y estoy segura que detrás de esa fachada de seguridad hay algo malo que me terminará destrozando.

Pongo los ojos en blanco, me regaño mentalmente y me concentro en lo mío.

Me visto con toda la paciencia del mundo ya que tengo una hora para estar lista, pero los nervios empiezan a hacer mella en mí. Respiro hondo y repito mi mantra de que yo puedo lograr todo, pero creo que la presión en el pecho y el desasosiego que experimento tiene

nombre y apellido... no puedo negar que quede preocupada e intranquila por la reacción de Guillermo ante aquel sueño

Me llaman a escena, transmuto las malas energías y salgo. Todo es un correr sin parar en este tipo de evento. Simón, el director del espectáculo, me da ciertas directrices para la puesta en escena. Yo me concentro en todo lo que debo hacer. Empieza el juego de luces y yo estoy de pie en una de las salidas del escenario, atenta al extremo del mismo. Veo que en las pantallas se despliega una cuenta regresiva con pequeños montajes de conciertos anteriores y la música empieza a sonar en el número tres. Cuando el nombre de Guillermo Cruz aparece en las pantallas él hace lo

mismo desde abajo del escenario. Esta es la única coreografía que se respeta del show original y los bailarines empiezan a bailar.

Se escucha un:

—¡Buenas noches Bogotá! —

Guillermo saluda a su fanaticada y empieza a cantar.

Los gritos de las fanáticas son cada vez más fuertes, pero mis ojos se posan solo en él y nada más en él. Observo cómo se desenvuelve sobre el escenario y me trasmite su energía, recorre el largo del tablado cantando, bailando.

¡Dios, este hombre nació para esto!

Desborda alegría y seguridad. Se adueña del momento y todo porque sus fanáticas están al borde de la histeria.

Termina la primera canción y le habla a su público:

—Hola, hola, Bogotá. ¡Sean bienvenidos esta noche! Hoy empezamos la gira por Suramérica y estoy feliz de compartir con ustedes. —Le lanzan un peluche que él toma sonriendo y lo besa, se oyen más gritos y Guillermo continúa —: ¡Gracias! les traigo un espectáculo completamente diferente a la gira europea, yo también te amo —le contesta a una fanática y se ríe—. Bueno, ahora les voy a cantar la canción que, gracias a todos ustedes, es el número uno en la lista *Billboard* en español. Vamos chicos con Quimera.

Más gritos, los primeros acordes empiezan a sonar y esa es mi señal.

Salgo caminando en mis puntas hasta donde Guillermo está esperándome. La coreografía de esta canción es muy sensual. Él y yo debemos interactuar en todo momento. Guillermo me observa intensamente durante todo el recorrido, su mirada me abrasa y me extrémese. Al llegar a su lado hago una figura apoyándome en su torso hasta hacer un *Split*. Guillermo me alza por mi dorso y me gira, lo hace tan brusco que me asusto, sus ojos verdes me miran con rabia y dolor, me suelto pero mi cuerpo tiembla en rechazo, la canción habla de la ilusión de una pareja que se ama con toda su alma y no logra estar junta, por culpa de los demonios de uno de ellos. De momento me alejo y me acerco a él

sacudiendo mi interior con las caricias que le da a mi cuerpo y no estaban dentro de la coreografía; el tono barítono se va adentrando dentro mi piel. Ya en el crescendo de la canción me separo para comenzar alejarme tratando de simular una ruptura hasta que finaliza la canción, pero la adrenalina está a mil dentro de mi cuerpo.

Respiro hondo.

Tomo agua rápido y me seco el sudor mientras el estadio estalla en aplausos. Las demás canciones transcurren tranquilas, aunque con alguna variante por parte de Guillermo que involucran tocar mi cuerpo, pero Quimera es mi canción favorita por la fuerza y atracción que transmitimos.

Llega el intermedio, corro hasta mi camerino y me doy una ducha rápida. Me estoy terminado de subir la falda de flamenca cuando la puerta se abre de golpe y mi reacción es taparme los pechos. Me quedo sorprendida cuando Guillermo entra con su mirada fija en mí y me toma por la cintura estampando sus labios en los míos.

Este beso es desesperado y anhelante, muerde mis labios mientras su lengua se adentra en mi boca violentamente. Me resisto un poco pero simplemente se va adueñando de mi mente, pasa el umbral de mi intimidad y me tiene como él quiere. Yo me dejo llevar deslizando mis brazos por su cuello y enredando mis manos por su

cabello sedoso y algo sudado. Se le escapa un gemido gutural cuando siente mis uñas recorrer su cuero cabelludo, una de su manos está en mi nuca y la otra acaricia mi mejilla, su barba incipiente me raspa con cada roce.

Cuando rompe el beso yo me quedo con los ojos cerrados y con la respiración agitada. Escucho un bufido, sus pasos y finalmente la puerta abrirse y cerrarse. Mi cuerpo empieza a temblar de la rabia e impotencia, me siento usada y molesta. Respiro profundamente y me obligo a vestirme. Solo pienso:

*“El show debe continuar”*

Al terminar el concierto me cambio de ropa, recojo todo y salgo en busca de las primeras personas que saldrán al hotel, por el camino una chica morena de ojos negros intensos me detiene.

—Hola, me llamo Teresa. —Me tiende su mano.

Yo esbozo una sonrisa.

—Andrea —le digo.

—Venga, los chicos me han pedido que te invite, vamos a tomarnos unas copas —me dice—. Además que todos piensan que eres guapísima tía.

Suelto una carcajada y pienso unos minutos en rechazar la invitación, pero si voy a pasar cuatro meses de viaje es mejor tener algún amigo.

—Acepto, pero quiero cambiarme  
—le digo.

Ella asiente.

—Vale, varias vamos al hotel a lo mismo, te espero en lobby. ¿Cuál es el número de tu habitación?

—Quinientos cinco —respondo.

—Entonces vamos, te vas a divertir mucho, todos en el grupo son majísimos.

Por el camino conozco un poco más de Teresa, ella es de España específicamente de Málaga, se desempeña como coordinadora de prensa de Guillermo Cruz. Me comenta que ha visto muchos de mis montajes y se emocionó cuando supo que iba a integrar el equipo.

—Es que eres buenísima bailando

—me dice riendo—. Además la puesta en escena de Quimera estaba para echar humo, había pasión entre ustedes.

Me sonrojo, es innegable que la química entre los dos se vio expuesta. Llegamos al hotel y cada una nos dirigimos a nuestras habitaciones. Me doy una ducha, escojo un vestido tipo camisero color turquesa que complemento con un pequeño cinturón dorado y unos zapatos de salón negro, debajo opto por lencería fina de encaje con unas medias de ligero y dejo que mi cabello suelto se seque al natural. Estoy maquillándome cuando unos toques en la puerta me avisan que han llegado por mí, la abro y ahí está el hombre de mis tormentos con una mirada

dura.

—Guillermo... —susurro.

No me deja continuar y se estampa contra mis labios.

Este beso es exigente, sus manos me acarician desesperadas, pasean por mi espalda y siento cómo las introduce por dentro de mi vestido, a Guillermo se le escapa un gemido al percatarse de mis medias de seda con ligero. Rompe el beso y se queda observándome por un tiempo hasta que finalmente me dice:

—No puedo mantenerme alejado de ti. —Su tono de voz está cargado de reproche.

—Entonces no te alejes —le pido.

Bajo mis barreras por primera vez en mucho tiempo, no puedo negar lo

innegable:

Que me gusta de alguna manera  
Guillermo Cruz.

—No sabes lo que estás pidiendo.  
—Me acaricia el rostro y sus pulgares recorren mis labios—. Eres hermosa Andrea, pero algo me dice que si me acerco a ti voy a romper tu corazón y nunca me lo perdonaré.

Cierro mis puños llena de ira, no entiendo a este hombre pero la verdad es que su confesión enciende mis alarmas, no quiero que nadie rompa mi corazón, no quiero convertirme en un despojo de lo que soy y ser como mi madre. Doy unos pasos y me alejo de él, respiro hondo y le pido:

—Entonces voy a tener que pedirte

que te alejes de mí, no quiero renunciar a esto y dejarte a mitad de gira. —Me quedo observándolo y se muestra confundido, pero no creo que no más que yo—. No quiero que se repita lo del vestuario o lo de hace unos minutos, no soy de las mujeres que esperan dispuestas a que las utilicen y si no te has dado cuenta me siento de esa forma..., me siento la furcia de turno.

Suspiro con esto último.

—Andrea... —susurra mi nombre.

Me cruzo de brazos mientras lo miro altiva, él puede ser Guillermo Cruz el cantante, pero yo soy Andrea Ordoñez y ya me vale mierda esta locura.

—Sal y no vuelvas —le digo molesta.

Guillermo asiente cansando, me observa por última vez y sale de mi habitación. Al trancar la puerta yo me desborono en el piso pero no lloro... no, eso no lo haré, pero mi cuerpo tiembla de la impotencia. Respiro como muchas veces me enseñó mi prima para controlar la ira y me levanto calmada para arreglar mi maquillaje. Tocan de nuevo la puerta, pero esta vez es Teresa, al verme halaga mi ropa y salimos juntas.

Vamos a un local de moda en la ciudad, disfrutamos un rato y yo trato de desconectar mi mente de todo lo que sucede, me reprendo mentalmente al pensar en lo que ha pasado.

El grupo es divertido. Me cuentan

que, si los días se lo permiten, en cada ciudad hacen lo mismo. A las seis de la mañana, luego de tres horas de terapia de relajación, regresamos al hotel. Me tiro en mi cama y duermo como una niña pequeña.

# Capítulo 12

**H**oy tenemos la mañana para descansar. Me despierto algo cansada por la fiesta de anoche. Tomo un baño caliente y me cambio corriendo para el siguiente concierto. Al llegar todos están haciendo lo mismo, pero esta vez

Guillermo se presenta en la prueba de sonido, algo distante y arisco. Entro al camerino para empezar a revisar los trajes y todo esté en orden para salir a escena. Tocan la puerta y me encuentro con unos de los asistentes de producción que me mira pálido y temblando como una hoja.

—Guillermo quiere que salga a la prueba de sonido —me dice jadeando.

Tuerzo el gesto y salgo. Todos están reunidos mientras Guillermo está histérico gritando que nada sale bien por culpa de ellos. Me uno al grupo y al verme dice:

—Tú tienes que ensayar aquí y cumplir con las pruebas de sonidos, ¿entiendes? —Alza una ceja esperando

una respuesta.

Yo asiento, estoy acostumbrada a los ataques de histeria y de divismo de las estrellas. Él inicia el ensayo general y yo trato de seguirle el paso, todo lo hace como si tuviera un montón de adrenalina por sus venas, pero su mal humor va más allá cuando al empezar a tocar su guitarra se rompe una de las cuerdas.

—¡Maldita sea! —grita.

Todos nos quedamos expectantes. Una de sus asistentes corre con otra guitarra pero Guillermo la ignora y sale del escenario dejándonos a todos boquiabiertos por su actitud. Escucho los cuchicheos de mis compañeros pero trato de ignorar todo. Diviso a Simón y

le pregunto si seguiremos, pero al escuchar su respuesta me voy de nuevo al camerino.

Me congelo al ver a Guillermo sentado en la silla esperándome. Al verme se levanta para acercarse a mí y vuelve a besarme como si el mañana no existiera, pero yo esta vez forcejeo un poco resistiéndome.

¿Pero que se piensa? ¿Qué soy una mujer de vida fácil?

Logro despegar mis labios de los suyos y le doy una bofetada. Guillermo me mira molesto, las pupilas de sus ojos se dilatan y se toca donde he dejado la marca de mi mano.

—A mí no me vuelves a besar —le siseo molesta—, fuiste muy claro, soy

una bailarina y vengo a trabajar. Te agradecería que mantengas tus manos lejos de mí o la próxima vez renuncio.

Guillermo respira brusco y me toma por los brazos, fuerte pero sin hacerme daño. Se queda observándome por unos segundos y me dice apenado:

—Perdón...

Yo cierro mis ojos y suspiro cansada, definitivamente este hombre tiene que tener alguna enfermedad mental o desorden de personalidad porque no es normal que alguien se comporte de esta manera tan inverosímil.

—Por favor... sal de mi camerino —le pido sin agregar nada más.

Cuando me suelta aprovecho para

alejarme de él, pero una de sus manos atrapa la mía. Me quedo viendo la unión de nuestras manos y aquella electricidad que sentí el primer día con él se repite. Él acaricia mi rostro tiernamente, respira hondo y sale del camerino dejándome confundida y bastante sacada de base.

Los dos conciertos fueron un éxito a pesar de todo lo que sucedió en el ensayo de ayer. La canción “Quimera” es la entrega de todo lo que creo que sentimos los dos. No puedo negar que esta última puesta en escena me ha robado el corazón. Guillermo me

presumió anoche una conquista y la llevó al hotel. Yo no dormí en toda la noche imaginando lo que sucedía, todos los hombres están cortados por la misma tijera.

También maldije a los planetas por alinearse a joderme de esta forma, porque yo no soy de las que sufre por nadie, vamos a estar claros tengo veintitrés años y soy VIRGEN, nunca he estado con un hombre y no por falta de conquistas, sino porque no me da la gana de estar con alguien; pero ahora este tipo entra en mi vida y no solo me dan ganas, sino que también me pongo en plan de novia celosa a subirme por la paredes.

¡Por Dios parezco una demente!

Creo que cargo con algún karma del pasado o que arrastro alguna tara porque no encuentro una explicación coherente a mi comportamiento. Guillermo se está alejando porque se lo pedí y está bien porque al menos sé que respeta mi decisión pero..., pero ¡que diantres! el tipo me gusta. Ahora me siento como una chamita de quince detrás del chico que le gusta.

¿Así o lo explico mejor?

Estamos en el aeropuerto esperando nuestra llamada de abordar, la próxima parada es Ecuador. Subimos al avión y el peor de los castigos es que me toca sentarme de nuevo junto a él. Mercurio está retrogrado, porque no puede ser que me joda tanto, o es que el signo de Aries

tiene que sufrir por todo. Respiro hondo, doy gracias a Dios que el vuelo es corto, porque de lo contrario puedo ser capaz de provocar un accidente aéreo abriendo la puerta del avión para lanzarme al vacío.

Pongo a tope el volumen de mi *iPod* y veo por el rabillo del ojo que Guillermo no deja de observarme. Lo ignoro pero no puedo dejar de reconocer que está guapísimo con sus jeans desgatados y un sudadera negra. Subo la capucha para tratar de evitar observarlo, clavo mi mirada en el cielo infinito y las nubes blancas que parecen motas de algodón. Si quiere alejarse de mí pues debería empezar por sentarme con los otros integrantes del equipo.

Tenemos un buen rato así, yo ignorándolo y él viéndome, cuando de repente sus dedos acarician mi mano. Giro mi rostro y él me sonrío haciéndome temblar, leo en sus labios un “lo siento”, niego tratando de resistirme pero al encontrarme con sus ojos verdes todo se diluye y cierro los míos completamente embrujada. Guillermo me quita los audífonos, pero en el trayecto acaricia mi rostro y acerca su rostro al mío. Me deja un beso casto y me dice:

—Quiero mantenerme alejado de ti..., pero no puedo. —Une su frente con la mía y acaricia con su nariz con la mía. Respira hondo y agrega—: Quiero salvarte de todo el daño que puedo

causarte... por favor. Estás a tiempo de escapar de esta locura. Tú me gustas... me encantas, pero mereces algo mejor que yo...

Dios, sus palabras me hacen pensar que es una persona atormentada o alguien que lleva sobre sus hombros una carga enorme. Me causa cierta ternura el tono triste de su voz, como si estuviera resignado; tampoco no se me escapa que los dos pensamos lo mismo: que está relación puede ser dañina para ambos. Enternecida por su rostro triste Acaricio su mejilla enternecida por su actitud y el roce de su barba incipiente me raspa.

¡Quiero ser yo la que esté con él y no que sea otra mujer quien le de ese tipo de consuelo que le dieron anoche!

Guillermo cada minuto hace que se derrumben mis barreras. Quiero pecar de inocente y pensar que la poquita luz que tengo en mi interior pueda disipar esa oscuridad que hay en su alma. En estos días he notado que es distante y callado. No le gusta compartir con su equipo más de lo necesario y siempre está al lado de Alonso, así que pienso bien mis palabras y escojo las que creo que son las más correctas en esta situación.

—Si yo escojo estar contigo es porque así lo deseo... ni tú ni lo que digas me van alejar —le susurro.

—Andrea...

—Guillermo, todos tenemos basura que cargar, no eres el único. Yo también

la tengo. Además tengo miedo, miedo a que me lastimen y a otras cosas de las que no tienes idea. Suma a la ecuación que eres mi jefe —le digo sería.

—Pero... sería solo follar y tú... eres virgen... —me responde con voz ronca.

—¿Es lo único que me ofreces? —le pregunto valiente.

No le demuestro mi decepción, pero reconozco que muy dentro de mi guardaba la esperanza que me ofreciera algo más, quizá conocerme, ver hasta dónde podíamos llegar o algo así, pero me equivoque.

Guillermo suspira y toma mi mano. Su rostro se contrae como si lo que tiene o va responder le causara dolor.

—Es lo único que puedo ofrecer —  
responde con voz triste.

—Soy adulta, creo que puedo  
diferenciar entre lo bueno y lo malo...  
—Suspiro—. Agradezco tu honestidad,  
de verdad. No quiero historias de amor  
donde alguno de los dos salga  
lastimado, solo quiero por una vez en mi  
vida vivir el momento.

Guillermo suelta una carcajada y  
me dice:

—No sabes lo que dices...

—Claro que lo sé, ¿para que luchar  
con una atracción que no sabemos  
manejar?

Guillermo suspira cansado.

—Para no hacerte daño...

Cierro mis ojos y pienso por un

momento todo, ¿qué puede esconder él que me hará daño?, ¿puede ser más fuerte el miedo que el sentir?

Suspiro frustrada.

—Está vez soy la que pone la pelota de tu lado. Tú decides si quieres jugar o no Guillermo —le digo cansada de este juego.

—Andrea...

—Es tú decisión —respondo tajante.

—No voy alejarme, pero quiero que sepas que es solo follar.

Las cartas están echadas y sé que esto es solo un experimento, quizás salga airosa pero algo que se instala en mi pecho me dice que no. Nos avisan que debemos abrocharnos los

cinturones, que estamos por aterrizar; eso rompe el hechizo, hacemos lo que nos indican pero nuestras manos se entrelazan encajando perfectamente, su mano masculina y sus dedos largos se enlazan con mi pequeña mano y mis dedos cortos. Subo mi mirada a su rostro y Guillermo mira de la misma forma nuestra unión. Alza su mirada y sus dos luceros verdes se cruzan con mis ojos azules y esboza una sonrisa.

¿Puede ser más guapo?

¡Estoy en problemas!

# Capítulo 13

**T**engo un nuevo objetivo y me encantará hacerle sufrir... Carne fresca, alguien a quién infringir dolor.

# Capítulo 14

**M**e voy con el equipo hasta el hotel, mientras Guillermo atiende a la prensa. Estoy confundida y algo emocionada al mismo tiempo porque él aceptó estar conmigo, pero trato de no

darle vueltas ya que saldría corriendo asustada por la magnitud del rollo en el que me estoy metiendo. Creo que el día que decida irme será para siempre.

Me instalo en mi habitación sola, un detalle del que Teresa se ha percatado es que soy la única que no comparte habitación. Llamo a mi madre y me alegra escucharla tan centrada y tan ella, me dice que ya ha ido a su primera reunión de grupo y no pudo hablar delante de los demás, pero se sintió reconfortada al escuchar las historias de cada persona, me dijo que todos los días vive crisis que le despiertan el deseo de beber, que le tiembla el cuerpo y siente ganas de probar el alcohol, pero está decidida a no beber más.

Lorena no me contestó pero me envió un mensaje diciéndome que estaba en consulta, que me llamaría en cuanto le fuera posible.

Han pasado dos semanas desde que conocí a Guillermo, y desde que llegó a mi vida, todo ha dado un giro de ciento ochenta grados. Ahora estoy a miles de kilómetros de mi familia y amigos, pero me siento cómoda y feliz conmigo misma, hace mucho que no me sentía de esta forma.

Enciendo la televisión y me siento hacer *zapping* hasta que encuentro mi película favorita *La Casa en el Lago*, la misma donde Sandra Bullock y Keanu Reeves se enamoran de una forma tan fantástica. Ellos están viviendo sus

vidas paralelamente en años diferentes. Suspiro, siempre he pensado en un amor así, como un cuento de hadas, pero mi ejemplo de amor fue hacer pedazos el corazón a otra persona. Tocan a mi puerta y la abro sin preguntar quién es. Al abrir me encuentro a Guillermo recostado en el quicio con una rosa roja de tallo largo entre sus dedos.

—¿Puedo pasar? —me pregunta.

Me aparto para dejarlo entrar, tranco, y me recuesto en la puerta. Guillermo se gira y se queda observándome de arriba abajo. Estoy con la misma ropa del vuelo pero me he quitado el suéter, llevo un top palabra de honor negro y ceñido; él se muerde el labio, su mirada me abrasa poco a poco,

su mirada provoca que sienta cómo se humedece mi entrepierna mientras camina lentamente hacia mí y se detiene manteniendo una distancia corta.

Con la rosa acaricia mi rostro y baja por mi cuello, hombro, pechos... la sutileza de los pétalos roza mi piel hasta que se me escapa un gemido; con su mano libre alcanza mi cintura, me lleva cerca de su cuerpo y me percato que encajamos perfectamente. Mis manos tocan su pecho y él inhala el olor de mi cabello. Yo hago lo mismo cerrando mis ojos, memorizando su aroma amaderado. Toma mi mentón, sube mi rostro para que nuestras miradas se encuentren, y noto que sus pupilas se ven tan dilatadas que no se alcanza a percibir su tono

verde. Me besa la frente, luego la nariz y deja un reguero de besos por mi rostro. Se me escapa un suspiro que él atrapa besando mis labios. Llevo mis brazos a su cuello, sujetándolo; me atrevo a tentarlo con mi lengua y Guillermo me deja entrar, convirtiendo un beso inocente en uno apasionado.

Sus manos bajan a mis caderas y me alza para que enrede mis piernas alrededor de su cintura. Camina conmigo en completo silencio, las palabras entre nosotros sobran, y con la forma que me mira dice todo lo que siente en este momento.

Me acuesta delicadamente en la cama y se pone de pie, observándome. Siento los latidos de mi corazón

aumentar cada vez más y la adrenalina corre por mi sangre, haciendo que las mariposas en mi estómago empiecen a volar en una carrera magistral. Él se quita su camiseta gris descubriendo su dorso, su abdomen perfectamente marcado, su pecho salpicado por una alfombra negra de vello y un camino que va desde su ombligo hasta perderse en su pantalón, lo que lo hace masculino y sexi.

Dios, parece sacado de una revista. Parece esculpido por las manos maestras de Miguel Ángel.

Suspiro bajito obnubilada por su belleza.

Se acuesta a mi lado y apoya su cuerpo en la cama sobre uno de sus

codos para verme directamente. Acerca su mano libre a mi rostro y uno de sus dedos comienza a delinear sutilmente mis cejas, nariz y labios entre abiertos.

—Hoy no haremos nada, pero te prometo que cuando lo haga seré gentil y te haré llegar al más infinito placer...

—Guillermo... —susurro su nombre—, estoy lista —le digo sonrojándome por el atrevimiento.

Gime como si acabara de activar algo en él con mis palabras. Baja su rostro al mío para recorrer con su nariz mi fisonomía y cuello mientras que su mano, esta vez, va recorriendo lentamente el resto de mi cuerpo. Cierro los ojos concentrándome en grabar sus caricias en mi piel, baja mi top

descubriendo mis pechos y los acaricia sutilmente sin apretarlos. Cuando su dedo comienza a hacer círculos en uno de mis pezones, gimo bajito y él suelta una risita. Baja su cabeza para dejar un beso en mi pezón y con su lengua asciende de nuevo hasta mi oído.

—Te follaré lentamente por ser tu primera vez. Te haré llegar al infinito.  
—Me da un beso casto—. Aún estás a tiempo de negarte.

Yo niego en señal que siga. Su voz es tan sensual que hace que mi entrepierna se humedezca.

¡Dios!

Me desviste lentamente dejándome solo en braguitas. Abro mis ojos atenta a sus movimientos y veo que se levanta,

saca varios preservativos de su pantalón y los deja sobre la cama. Se despoja del mismo quedando en un bóxer negro ceñido que no oculta una erección que apunta al cielo, es como la de los personajes de ficción: grande; pensé que eso era una mentira pero veo que sí existe. Guillermo, como si supiera lo que estoy pensando, esboza una sonrisa y se acerca para darme un beso sensual. Lo abrazo paseando mis manos por su espalda masculina, sus besos recorren mi cuerpo y sus manos se aferran a mi piel.

Toma uno de mis pechos y lo introduce en su boca, dejando que el otro sea consentido por la habilidad de sus dedos. Gimo y clavo mis uñas en él,

excitada por la manera en que su lengua y labios juegan con mi pezón.

Su erección empieza un vaivén contra mi centro, haciendo que me humedezca al punto que perciba que la tela de mis bragas empapada. Esto es la jodida gloria y no la había conocido.

Recorre mi cintura y mis caderas hasta llegar al elástico de mis braguitas. Me tienta estirándolo y soltándolo, causándome un escozor que es placentero. Bajo la mirada para encontrarme con la suya y disfruto ver como se entretiene con mi otro pecho en su boca. Sus manos bajan a mi cadera y me quita las bragas, dejando escapar un gemido de su garganta al sentirme desnuda. Algo se empieza acumular en

la parte baja de mi espalda y muerdo mi labio como reacción. Guillermo, más excitado, acaricia el interior de mis muslos sin llegar a ese punto que tanto anhela su contacto, muerde mis pezones, los lame y los sopla, haciendo que mi respiración se entrecorte. Repite lo mismo varias veces hasta que exploto en un orgasmo, y sí, esto es un orgasmo que me hace subir y bajar del cielo. Mi cuerpo tiembla por las sensaciones que experimento por primera vez y exploto con un grito de placer.

—Este es el primero cielo y vienen más —me dice con voz ronca.

Me sonrío y deja un beso casto en mis labios. Se quita el bóxer y me asusto al ver su miembro. Es grueso y se

marcan las venas. Por el amor a Cristo, eso no cabrá dentro de mí.

—Eso no..., no me cabe —le digo señalando su pene.

Él suelta una carcajada echando su cabeza hacia atrás, tanto que su pecho vibra.

—Cielo... te juro que el dolor pasará rápido y te gustará el placer que sentirás.

Eso, jodidamente, me hará llorar.

Toma uno de los preservativos y rompe el empaque con sus dientes. Se lo coloca sosteniéndolo con su mano izquierda, se pone encima de mí y con la derecha apunta su erección a mi hendidura. Cierro los ojos y respiro hondo, pongo mis manos sobre su pecho

y le digo:

—Tengo miedo...

Me da un beso.

—Confía en mí —susurra sobre mis labios.

Cuando empieza a hundirse en mí. El dolor me atraviesa pero él me susurra palabras tiernas que hacen que me calme. No entra completamente y sale despacio de mí. Respiro hondo y entonces, él aprovecha y de una sola estocada me penetra.

Jadeamos.

Guillermo no se mueve hasta que mis músculos se acostumbran a su miembro, pero su rostro ha cambiado de estar sereno y sentir placer a estar turbado y sentir dolor. Me asusto.

—¿Estás bien? —pregunto susurrando.

Guillermo respira brusco y se queda mirándome por unos segundos. Suspira y cierra los ojos por unos segundos.

—Lo estoy... —responde—, eso debería preguntarlo yo.

Emito un leve sollozo.

—Me duele un poco —susurro cerrando los ojos.

—Mírame —me pide con voz ronca—. Mírame, Andrea.

Abro los ojos y noto que mi vista está nublada por las lágrimas. Guillermo las limpia con sus besos, bebiendo de ellas en un gesto tierno. Él empieza a moverse lentamente dentro de mí, se

siente tan placentero y doloroso al mismo tiempo. Sus ojos verdes cambian a un color jade y me pierdo en su mirada por un momento. Sus penetraciones son lentas y cuidadosas, trata de no hacerme daño. Yo lo abrazo y él baja su rostro, me besa apasionadamente, mi cuerpo lentamente va acostumbrándose a tenerlo dentro y el dolor se va convirtiendo en placer, sus manos recorren mi cuerpo pasando por cada rincón de él.

Toma mis piernas, las enreda en sus caderas y empieza a penetrarme cada vez más fuerte. En la habitación se escuchan nuestros gemidos y respiraciones entre cortadas.

—Gui... ller... mo... —gimo su nombre cuando otro orgasmo empieza

acumularse.

—Sí cielo, ríndete por favor —me dice.

Sus palabras son órdenes para mí y alcanzo un orgasmo que hace convulsionar mi cuerpo. Él se une a mí clamando mi nombre. Entierra su rostro en mi cuello y yo acaricio su espalda, pero Guillermo se estremece y se levanta de golpe de la cama, entra al cuarto de baño trancando la puerta tras de sí. Yo cierro mis ojos asustada y conmocionada; me levanto asustada para acercarme al cuarto de baño y escucho que está vomitando.

Me estremezco.

—Guillermo... ¿estás bien? —le pregunto con miedo.

Escucho que maldice y yo tiemblo.

¿Qué locura acabo de cometer?

¡Dios!

—Ya salgo... —me dice con voz molesta.

Me regreso a la cama y empiezo a vestirme avergonzada. Las lágrimas empiezan a salir solas pero me las borro con el dorso de la mano. Escucho el agua correr por uno minuto y me siento horriblemente sucia, usada. Sabía que era solo follar pero nunca imaginé que fuera ser tan espantoso como para provocarle nauseas después de cogerme.

Guillermo sale del baño con una toalla tapando sus partes y con el rostro perturbado, yo me quedo mirando el piso tratando de sopesar lo que estoy

sintiendo en este momento. Se sienta en la cama y acaricia mi brazo.

—Lo siento... —susurra apenado—, me descompuse por algo que comí.

Yo sorbo mi nariz y trato de no sollozar, pero Guillermo se da cuenta. Intenta jalarme para abrazarme pero me resisto.

—Andrea.... —me llama molesto.

Yo niego, pero me jala fuerte contra él hasta lograrlo y yo entierro mi rostro en su pecho. Llora en silencio mientras él acaricia mi espalda lentamente.

—Vete, por favor... —le pido.

—No voy a irme, te juro que no tiene que ver contigo... —Suspira—, me siento enfermo.

Guillermo besa mi coronilla y sus

caricias empiezan a calmarme, presiento que algo malo además de estar descompuesto sucede con él. Respiro hondo, me quito ese pensamiento de la cabeza y me dejo acariciar para calmarme.

Llevamos un rato así, en silencio. Él sigue mimándome pero mis pensamientos están haciendo hipótesis internas de lo que está pasando, pero en muchas está implicada la palabra “amor”.

Despego mi rostro de su pecho y me quedo observándolo por unos segundos. Maldita palabra que hace olvidar todo entrando en un estado de completa estupidez, porque enamorarse siempre trae problemas, y aquí estoy yo

observando al mío. Guillermo por fin gira su rostro y me regala una sonrisa, deja un beso descuidado en mi hombro.

—Eres única... —susurra y sus palabras me calman—, estar así contigo me calma.

¿Lo calman?

—¿Te sientes bien? —le pregunto preocupada.

—Sí... —susurra—, no pasa nada que no se pueda solucionar —agrega con voz insegura.

—Vale... —respondo dudosa.

—Ahora solo tengo ojos para ti, solo deseo quedarme a tu lado —susurra.

Sus palabras me desconciertan pero también me dan esperanza, y es a la que

prefiero aferrarme. Guillermo me toma en sus brazos, llevándome hacia a su cuerpo. Besa mi cabello, yo acaricio su pecho y dejo un beso en su cuello. Sus caricias se convierten en un somnífero que me hace entrar en letargo y finalmente me duermo.

# Capítulo 15

**M**e despiertan sus manos y sus labios que recorren mi piel, abro mis ojos encontrándome con Guillermo besando cada rincón de mi cuerpo haciendo que mi piel se erice. Gimo, él

besa la parte interna de mis muslos y roza su nariz con mi sexo. Yo pongo los ojos como platos cuando su lengua recorre toda la hendidura de mi sexo y sus manos me toman de la cadera, hundiendo su rostro en mi sexo. Su lengua entra para comenzar a jugar con mi clítoris y labios internos, provocando que una especie de electricidad atraviese mi cuerpo hasta el punto de hacerme arquear mi espalda y los dedos de mis pies se doblen.

Dios, esto a es a lo que llaman placer.

Su lengua empieza hacer círculos en mi clítoris y sus labios a morderlo. Me suelta pero inmediatamente con sus dedos me penetran. Yo estoy hecha

gelatina a causa del placer, jalo su cabello llevándolo contra mí y Guillermo responde con un sonido gutural que sale de su garganta cuando lo hago.

—No pares —le pido entre jadeos.

No me reconozco. Me siento tan atrevida que me dejo llevar por las sensaciones, me entrego al placer; restriego mi sexo descaradamente contra su rostro cuando el orgasmo empieza acumularse. Su lengua y dedos hábiles me ayudan a llegar. Me corro entre convulsiones y espasmos. Escucho el sonido del empaque rasgarse y en cuestión de segundos me penetra haciéndome gritar de placer, dejando que los restos de mi clímax continúan

haciendo que mis músculos aprieten su polla hasta hacerlo gemir.

—Dios, Andrea, me vuelves loco —me dice excitado.

Guillermo me folla lentamente susurrando mi nombre entre gemidos, diciéndome palabras de amor entre besos y caricias; entiéndase eso como palabras cariñosas, llenas de complicidad, todo lo que sea tierno y no vaya con follar. Llegamos juntos al primer orgasmo para él y el segundo para mí, gimiendo nuestros nombres.

Luego de estar juntos por segunda vez esa mañana, nos dimos juntos una ducha. Cuando Guillermo delicadamente lavó cada parte de mi cuerpo y yo el suyo, decidimos acostarnos de nuevo,

exhaustos y pedimos servicio a la habitación.

Desayunamos sentados en el piso, nos alimentamos él uno al otro y nos preguntamos cosas sobre nuestras familias, amigos y metas. Por primera vez le conteste a casi todas sus preguntas sin resistencia alguna.

De lo que sucedió anoche no queda ni rastro. Al parecer sí era un empache, pero a veces Guillermo se vuelve taciturno, como sí lo que sucede con nosotros lo perturbara. Siento que esconde algo muy profundo que lo atormenta. Sin embargo, poco a poco me gusta más este hombre, logró que bajara mis barreras en poco tiempo. Me he olvidado de todo sintiéndome cómoda y

feliz, pero por momentos el miedo aparece, como haciéndome recordar que debo tener cuidado.

Follamos varias veces más y en estos momentos estoy abrazada a él acariciando su pecho, me siento en ese estado en el que parece que estás en las nubes; sí, el mismo estado post orgásmico del cual me saca cuando me dice:

—Me estoy enamorando de tu mirada. —Acaricia mi rostro—. Creo que fui hecho para mantener tu cuerpo cálido. Quisiera estar así siempre, junto a ti. —Suspiro cuando su mirada se encuentra con la mía y veo el verde cristalino del mar—: Siento como si me estuviera enamorando sin pensarlo...

Andrea, deberías alejarte de mí.

—Guillermo... —susurro su nombre.

Él deja sus dedos en mis labios y los acaricia, baja su mano a mi mentón y sube mi rostro. Sus labios se unen a los míos en un tierno beso. Gimo completamente embelesada por las sensaciones que despierta en mí en cuestión de segundos.

—Tienes que hacerlo antes de que sea tarde....

¿Tarde para qué?

—Pero..., yo no me estoy enamorando —le respondo y miento descaradamente.

Guillermo sonrío triste y me responde:

—Lo estás, y aunque queremos frenarlo creo que es muy tarde...

Suspiro cansada. Sus palabras se repiten en mi mente:

—*Siento como si me estuviera enamorando sin pensarlo... Andrea, deberías alejarte de mí.*

No sé qué es el amor porque nunca lo he experimentado, tampoco sé qué es tener una relación, pero si esto es lo que tanto buscamos los humanos, pues entonces estamos locos; Guillermo me pide que me aleje, pero yo creo que en el fondo no quiere dejarme ir, y yo comienzo a creer que dejarlo ir, me convertiría en un completo desastre.

Espero nunca experimentarlo.

Despierto sola en la cama y me siento confundida, pero en mi sexo percibo un pequeño escozor que es el recuerdo de todo lo que pasó entre Guillermo y yo anoche, enredados entre nuestros cuerpos. Me siento en la cama y en la mesita noche encuentro una nota de su puño y letra con mi nombre.

La abro, leo detenidamente y me enamoro de su caligrafía:

*Andrea:*

*Quisiera que despertaras con mis besos y mis caricias de nuevo, pero tengo una rueda de prensa esta mañana. Muero por tenerte otra vez en mis brazos y perderme en las pecas de tu espalda que hacen un mapa perfecto de las constelaciones de las estrellas. Te espero esta noche, yo seré el que canta. Quiero perderme de nuevo en tu piel, quiero inhalar ese perfume que hace que quiera vivir enterrado en tus hermosos rizos rojos...*

*Gracias por regalarme la dicha de ser el primero...*

*Tuyo*

*Guillermo...*

**Beso la nota como una tonta. Me**

levanto y me asusto al ver las sábanas manchadas de sangre. Esa es la prueba fehaciente que perdí mi virginidad. Puede ser que esto sea el inicio de algo entre los dos, pero él tiene tanto miedo que se cierra, y eso, unido al mío, haría que esta relación sea una bomba de tiempo para los dos.

Guillermo puede ser el único que me pueda destruir. Con él estoy sintiendo cosas que nunca imaginé sentir o que simplemente me negué; Lorena muchas veces me dijo que cuando llegara el indicado bajaría las barreras para dejar entrar al hombre que mi corazón decidiera amar, y tenía razón, porque Guillermo es como la tierra firme dónde quiero poner mi pies y las

palabras que no logro decir. Aunque estoy llena de dudas quiero quedarme con él durante la gira; sé que es él, y sí, tengo miedo porque siento que ahora tiene el poder de destruir mi corazón, justo lo que he estado evitando por tanto tiempo, pero no puedo evitarlo. Guillermo tiene algo especial, me escucha, es atento, detallista, tan hermoso, tan agradable..., él es tan..., tanto.

Me doy una ducha y tomo mis cosas para ir al lugar del concierto. Me reúno con Teresa en el camino y conversamos sobre lo que me perdí en el recorrido por la ciudad con ellos, ya que me había inventado una excusa diciéndole que me sentía algo indispuesta. Al llegar al sitio

tomo café, un bollo de pan y salgo al escenario para hacer el reconocimiento de rutina. Los demás bailarines se unen, lo cual me contenta; les propongo unas coreografías que toman rápido ya que son excelente profesionales, pero una extraña sensación se instala en mi estómago, siento como si siguieran cada uno de mis movimientos, pero de una manera que me pone la piel de gallina. Me hace sentir miedo. Busco con la mirada pero no encuentro a nadie extraño, así que me entretengo con los bailarines tratando de olvidar lo malo.

A medida que se acerca la hora del concierto reparo cómo todos van trabajando como hormigas para tener todo listo. Yo voy al vestidor que me

toca, pero al abrir la puerta sonrío al ver un hermoso ramo de rosas rojas de tallo largo con una tarjeta. La tomo, abro el sobre y leo la pequeña nota:

*Las estrellas se han alineado y te he encontrado.*

*Guillermo.*

Por primera vez siento que los planetas no se han alineado para joderme. Pongo *Chasing Cars* de Snow Patrol en el reproductor y me doy una ducha. Al salir se me cae el alma al suelo al encontrar el ramo completamente destruido y una muñeca con el cabello rojo descuartizada. Quien quiera que sea está logrando que me asuste. Tengo que hablar con Guillermo,

puede ser alguna fanática que esté saltando la seguridad o algún bailarín molesto que quiera mi puesto. Respiro hondo tratando de calmarme, pero un desasosiego que no logro disipar se queda instalado en mi pecho. Creo que de alguna manera las energías negativas no me dejan fluir tranquila hacia la felicidad o tranquilidad.

Me arreglo tratando de calmarme. Salgo al escenario con los pensamientos en muchas partes y algo perturbada por lo sucedido. Los bailarines y yo iniciamos una pequeña rutina donde oramos y damos las gracias por estar reunidos este día; yo observo a cada uno expectante, pendiente de si alguno me mira de manera extraña. Guillermo se

une, toma mi mano y la aprieta, lo veo por el rabillo del ojo que me hace un guiño sonriendo, presumiendo su dentadura blanca y perfecta.

Todos los bailarines esperan en la posición inicial la primera canción. Acordamos repetir esta rutina del concierto anterior donde no bailo esta canción, al empezar observo desde mi perspectiva con una sonrisa el espectáculo de ver a Guillermo en su ambiente.

Alonso llega a mí lado, me mira de arriba abajo y me dice con la vista fija en el escenario:

—No te acostumbres. Eres la de turno. Al regresar a España serás la que se folló en la gira, siempre es igual. —

Se gira para poner una mano en mi hombro y me susurra lascivamente cerca de mi oído—. Ya me tocará a mí follarte, siempre espero ansioso las sobras de mi hermano, pero algo me dice que tú serás un rico manjar.

Se va atrás del escenario dejándome temblando nerviosa. Tardo un poco en reaccionar, "*fue él*" pienso, pero llega mi turno para salir al escenario. Tropiezo en uno de los pasos, las palabras de Alonso me desconciertan, pero trato de no recordarlas y me concentro en lo que estoy haciendo. Bailo para olvidar, como siempre lo he hecho. En el intermedio me cambio rápido y tomo mucha agua. Estoy asqueada de mí y de

lo inocente que soy. Tocan la puerta y me sobresalto, pero indico que pasen.

Me estoy colocando la peineta y la mantilla cuando veo a Guillermo por el espejo. Entra con una sonrisa enorme y me abraza por la cintura dejando un beso en mi cuello. Yo me tenso.

—¿Te sucede algo? —me pregunta.

—No... —Niego con mi cabeza pero mis pensamientos gritan “*Si*” —. Solo estoy algo cansada.

Él suelta una risita, quita el cabello que cae por mi hombro y entierra su rostro ahí, la imagen que se refleja en el espejo es hermosa pero hace que me entristezca. Guillermo sonrío y yo finjo una sonrisa.

—Está noche me muero por tenerte

entre mis brazos de nuevo —me dice emocionado. Cierro los ojos y recuerdo que soy la de turno. Todas las noches me follará y luego se cansará... Me suelto de su agarre y él me pregunta—: Andrea, ¿qué sucede? ¿Y las flores?

Respiro hondo.

—No sucede nada, las flores las envíe al hotel —respondo mintiendo.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupado, cierro mis ojos cuando sutilmente me acaricia el rostro.

—Sí... —susurro.

Respiro hondo y abro mis ojos, aprieto la tela de la falda y le respondo en tono neutro:

—Vamos, el show debe continuar.

Guillermo asiente, toma mi mano y

salimos juntos. Bailo como una profesional realizando un espectáculo de altura. Al terminar me escapo en un taxi hasta el hotel, me encierro en mi habitación, me quito la ropa y entro a la ducha donde me lavo restregándome la piel, tratando de borrar sus caricias y sus besos, pero es imposible. No puedo hacerlo y, muy en el fono, no quiero que desaparezcan. Me pongo el pijama, abro mi portátil y comienzo a buscar vuelos que salgan mañana a Venezuela mientras pongo mis audífonos a todo volumen con Sia cantando *Alive*.

Me concentro en lo que hago hasta que por fin consigo el vuelo perfecto, me voy a levantar de mi cama, cuando veo que una sombra se cierne sobre mí y

doy un grito que es ahogado con unas manos. Unos ojos verdes llenos de rabia me observan, trato de quitarme sus manos pero lucho en vano, él me quita los audífonos.

—Soy yo nena, no grites —me dice Guillermo quitando las manos de mi boca.

—¿Estás loco? —le pregunto molesta y me levanto de la cama—. ¿Qué haces aquí?

Me cruzo de brazos esperando su respuesta, pero Guillermo me come con la mirada, ya que solo estoy vestida con una camiseta vieja que llega por encima de mis muslos.

—Nadie supo de ti después del concierto y me preocupé. Te llame a la

habitación y al no tener respuesta pedí la llave en recepción —me responde tranquilo.

Yo no respondo. Él se sienta en la cama y toma la computadora, trato de arrebatársela pero no me lo permite y finalmente ve lo que estaba haciendo.

—Eso no te interesa. —Trato de quitársela otra vez.

—¿Te vas? —me pregunta enmarcando una ceja. No respondo y le quito la laptop de las manos—. Andrea, te lo vuelvo a preguntar, ¿te vas? —Su tono de voz es tirante.

—Creo que está claro. Sí. Me voy —respondo.

Suelta el aire y me grita:

—¿Me puedes decir qué carajos te

pasa?

Yo estoy de espalda a él. Cierro mis ojos y respondo tranquila:

—Yo no quiero ser la de turno y lo de anoche fue un error... Lo siento Guillermo, pero yo busco más que ser que la que te follas por unos meses.

Respira brusco y me grita:

—¿Quién te entiende? ¡Joder! —Me gira y enfurecido me toma por los brazos. Su respiración es entrecortada. Tiemblo temiendo a su reacción—. Te dije que era solo sexo y me dijiste que sí, que estabas dispuesta, ¿y ahora sales con esto? —me pregunta dolido.

—¡Suéltame! —le digo altiva, “*Ni yo me entiendo*” pienso—, puede que te dijera eso pero tenías razón, mejor me

alejo y no debería molestarte porque me lo vives pidiendo.

—Sí.... no.... ¡Joder! —Me suelta confundido. Mete los dedos en su cabello exasperado y cierra los ojos mientras camina de un lado a otro bajo mi atenta mirada. Levanta la cabeza hacia el techo y respira un par de veces, como tratando de controlarse.

»Sí, te dije que alejarte sería lo mejor, así como también te dije que no eres la que me follo. —Suelta su cabello y baja sus brazos en señal de rendición. Abre sus ojos llenos de dolor para encontrarse con los míos y sigue—: Anoche te hice el amor, Andrea, ¿tan basura me crees para arrebatarte la virginidad y dejarte en algunos meses?

Alzo mis hombros y me mantengo en mis treces. Él comienza a caminar nuevamente como un león enjaulado al ver mi actitud, pero yo cruzo mis brazos y respiro hondo para infundirme valor.

Estoy enamorada.

¡La cagastes Andrea!

—No te conozco y no sé si es un juego para ti. —Hago señas con mis manos entre él y yo—. No sé qué es esto, solo sé que me convenciste de una gira para tenerme en tu cama.

Se detiene a mitad de camino pero en un arrebato camina hasta donde estoy, me toma del rostro haciéndome sentir su rabia y me besa. Sube mi camiseta, me desnuda por completo, y en un abrir y cerrar de ojos se despoja de su ropa.

Me toma por la cintura sin dejar de besarme. Caminamos hasta que siento la cama, me acuesta, me abre las piernas rompiendo mis bragas y gimo. Sus manos me acarician de forma desesperada, una de ella baja y se introduce en mi sexo, penetrándome con sus dedos. Gruñe al sentirme húmeda y lista para él.

Con su pulgar me acaricia el clítoris mientras sigue penetrándome con sus dedos. Me aferro a su cuello y beso sus labios. Mi lengua ávida sale al encuentro de la suya. Gemimos porque las ansias que sentimos nos están consumiendo. El orgasmo llega a mí como un latigazo en mi espalda, Guillermo rompe el beso y entra en mí

sintiendo los últimos vestigios de mi primer orgasmo, hace un sonido con su garganta empezando a moverse fuerte, me toma de las caderas y yo grito su nombre.

—Guillermo...

La habitación se llena de nuestros gimoteos, del golpeteo de su cuerpo contra el mío hasta sentir que un nuevo orgasmo me atraviesa. Él debe sentirlo porque me susurra:

—Sí Andrea, córrete, vamos cielo dámelo.

Me corro gritando su nombre, pero él no siente que sus ganas han sido saciadas. Sale de mí, me da vuelta y quedo en cuatro, alzando mi trasero para él. Me da una nalgada y emito un

pequeño grito, me abre las nalgas y acaricia el orificio de mi ano, haciendo que se me escape otro gemido.

—Algún día también será mío — dice y me penetra desde atrás.

¡Dios!

—Guillermo... —grito y arqueo mi espalda por placer.

Se sostiene de mis hombros mientras me penetra con fuerza, y yo desesperada le pido más.

—Quiero que entiendas que eres mía, que esto es nuevo para mí también, pero es más... —me dice al oído y muerde mi oreja—, es más..., joder, Andrea, tú eres más.

Me muero de amor y placer.

—Sí, es más —repito ciega del

deseo.

—Me voy a correr —me avisa.

Baja una de sus manos hasta mi clítoris, me acaricia y me catapulta con él a uno de los primeros orgasmos más intensos que sé que sentiré junto a él. Siento cómo se vacía dentro de mí y caemos los dos en la cama con las respiraciones agitadas. A los lejos, por mis audífonos, reconozco la melodía de *My Love* de Sia en la parte que dice:

*Y ahora estoy en casa...*

Guillermo se tensa a mi lado, pero yo inconscientemente lo abrazo sintiéndome fuerte y segura, pero no es suficiente. Se levanta, entra al baño y

cuando escucho el agua correr, mis alarmas se encienden de nuevo. Corro al baño y al entrar lo encuentro vomitando y sollozando.

—Guillermo... —susurro asustada.

—¡Sal! —me grita molesto.

Me quedo observándolo dolida y me olvido por un segundo de lo que acaba de pasar hace minutos entre los dos. Salgo del baño, me coloco la camiseta y busco unas bragas. Lo escucho salir y vestirse en silencio. Si quería enviarme a Venezuela bien follada como un recuerdo, lo ha logrado.

Se me sube la sangre a la cabeza y lo encaro.

—Eres un maldito. Sí te preocupas, yo uso anticonceptivos y estoy limpia,

espero que tú también lo estés. —Su rostro palidece—. No te acerques nunca más a mí. Me voy mañana.

—Andrea....

—¡Sal! —le grito—. Por lo menos déjame dormir y pasar la vergüenza sola.

Guillermo toma su camiseta y sale de la habitación. Yo entro al baño y de nuevo me doy una ducha para lavarme por completo. Me quedo llorando hasta que el agua se enfría y se lleva mis penas.

# Capítulo 16

**M**e despierto con dolor de cabeza y con los ánimos por el suelo. Luego de anoche todo cambió y ahora estoy cerrando mi maleta para irme de regreso a Venezuela. Me siento tan

estúpida, pero no lo culpo a él, me culpo a mí. Dicen que bajo avisos no hay engaños, pero lo cierto es que estoy destrozada. Me siento en la cama frustrada, marco el número de Lorena pero salta al buzón. Maldigo en voz baja.

Tocan la puerta y la abro imaginando que es el botones, pero me quedo como piedra cuando veo que es Guillermo con cara de arrepentimiento. Yo me cuadro en la puerta y le impido pasar.

—¿Qué quieres? —le pregunto cruzándome de brazos.

—Andrea... yo... —titubea, respira hondo y me dice—: Yo vengo a pedirte perdón y que no te vayas...

Su declaración me toma por sorpresa, pero me mantengo en mis treces. Suspiro cansada y le digo:

—Es tarde. Me voy en dos horas.

—Andrea... por favor... —Toma una de mis manos y yo me resisto, pero su fuerza es mayor y la atrapa—. Quédate... —me suplica.

Un huésped pasa mirando indiscretamente la escena que estamos protagonizando. Pongo los ojos en blanco y me aparto dejándolo pasar. Guillermo entra tímido a la habitación, se queda de pie frente a la cama donde están mis maletas cerradas. Respiro hondo y aprovecho que sus ojos no están observándome para hablar:

—Guillermo, lo mejor es que me

vaya. Los dos tenemos claro que esto no va a funcionar. —Él se gira y se queda observándome con tristeza—. Mira, esta fue la segunda vez que sucede lo de anoche y no me siento bien con eso. Me siento usada, es como si yo te diera asco.

Guillermo exhala y se queda mirándome dolido, pasa exasperado las manos por su cabello. Trata de articular palabra pero no le salen. Niega y suelta un bufido.

—Andrea... —me llama molesto, restriega las manos en sus pantalones y pasa su dedo por su nariz como si tuviera alergia—. No me das asco... ¡Cristo!, ¡fui un animal!, merezco que pienses así... —dice frustrado.

—Vamos Guillermo, no hay que ser muy inteligente para darse cuenta de lo que sucede —le respondo.

Guillermo niega y se acerca dónde estoy, me toma de la cintura pero yo me resisto alejándome de él. Gruñe frustrado. Lo ignoro y trato de mantenerme centrada en lo que quiero, porque una cosa es que me cogiera y yo disfrutara y otra es lo que hace cada vez que algo intenso sucede.

—Guillermo, está decidido y no quiero que intentes convencerme de lo contrario.

Da un paso acercándose y yo doy otro alejándome hasta que mi espalda choca con la puerta. Guillermo me acorrala y acaricia mi rostro

tiernamente.

—Fui un animal —dice sintiéndose culpable—. No te cuidé y no tome las previsiones.

—Tomo la píldora, te lo dije anoche.

—Igual no debí...

—Ya está todo hecho... —  
respondo.

Suspira cansado y besa mi coronilla. Yo cierro los ojos dejándome llevar por el momento de ternura que los dos estamos viviendo por última vez.

—Por favor quédate —me pide, pero niego—. Por favor...

—No puedo —le respondo al borde de las lágrimas.

—Andrea, yo tengo bastante mierda

en mi vida. Te dije que no sabías dónde te estabas metiendo. Sé que a veces me suceden cosas que no entiendes, pero ¡Por Dios! ¿Cómo vas a creer qué siento asco por ti?

—Es lo que demuestras, ¿qué quieres que piense? —le reprocho llorando.

Guillermo suspira frustrado y me besa. Lentamente se trata de adueñar de mis labios. Yo trato de resistirme pero sucumbo a sus besos, me dejo llevar abriendo mis labios y recibir los suyos.

¡Ayuda, lo estoy haciendo de nuevo! Seguirá hiriéndome y esta vez la culpable seré yo.

Guillermo rompe el beso.

—Andrea —me llama con voz

pausada. Alzo mi rostro y me encuentro con su mirada. Él toca mi nariz con su dedo, suspira y sigue hablándome con dificultad.

»Yo... estoy jodido. Aquella pesadilla que tuve contigo volverá a suceder y puedo lastimarte físicamente. También me da miedo la intensidad de lo que siento y por eso reacciono de esa manera. —Besa mi frente—. Cielo... tú eres más y sí, me he follado a muchas mujeres. —Eso despiertan los celos y me remuevo—. Pero contigo es diferente. Tengo miedo lastimarte, de lastimarnos, porque soy como un tren que va kilómetros por hora y no quiero que nos estrellamos contra la pared de lo que vivo.

Respiro hondo y dudo por un momento.

Guillermo, con inseguridad, se acerca y me abraza. Sé que debo estar loca por sentirme segura con él o por estar aceptando todo lo que está sucediendo entre nosotros y quedarme. Algo tiene que suceder con él para que tenga esas reacciones. Siente miedo a salir lastimado al igual que yo, y quizás vaya a chocar contra una pared, pero dos almas rotas pueden salvarse.

¿Cierto?

“*Sigue soñando Andrea*” susurra una voz en mi mente. Muerdo mi labio pensando mis palabras y le digo:

—Creo que me arriesgaré.

—Entonces quedas advertida. No

soy de los que da finales felices.

—No compliques nada por ahora, di lo que quieras pero sé que quieres quedarte a mi lado al igual que yo al tuyo —le respondo.

Guillermo se ríe y deposita un beso en mi frente.

—Andrea, eres tan inocente... — me dice apenado.

Cierro los ojos porque, aunque sé que me estoy metiendo en camisa de once varas y saldré lastimada, no quiero evitarlo, quiero arriesgarme. Creo que hay amor dentro de él, encerrado en algún lugar, simplemente no quiere dejarlo salir.

Yo seré paciente porque tengo fe en Guillermo. Estoy convencida que, por

muy cerrado que esté en sí mismo, podremos querernos con libertad algún día.

Estoy consciente que de salir lastimada la única culpable seré yo, pero sé que nunca podré volver a ser la misma si esto termina sin haberlo intentado.

Guillermo me acompaña a la cama, baja las maletas y nos acostamos juntos. Durante horas compartimos un abrazo silencioso; por mi mente pasan mil maneras de lograr que me deje entrar en su cabeza, en sus preocupaciones, en ese pasado que tanto lo atormenta. Quisiera saber por qué está perdido en ese mundo de miseria y alejando a las personas que quedamos atrapadas por el influjo de su

magia. Quiero conocer sus secretos, conocerlo todo.

—Guillermo... —lo llamo.

Se queda mirándome por unos segundos y le sonrío para infundirle confianza.

—Dime.

—¿Crees que algún día podrás contarme? —le pregunto.

Él se tensa bajo mi cuerpo y esquiva mi mirada avergonzado. Se separa de mí y se sienta en la cama frustrado.

—Andrea, cielo déjalo estar. —Respira cansado—. No quiero llenarte de mierda y menos contaminarte con lo malo que hay en mí...

—Pero... —Guillermo se gira y la

mirada que me da me indica que el tema está zanjado.

Por esta vez asiento y me quedo callada. Guillermo vuelve acercarse a donde estoy acostada y me abraza fuerte. Empieza acariciarme el cabello y el cansancio se apodera de mí hasta caer dormida, pero a lo lejos escucho entre dormida y despierta:

—Yo te pertenezco...

# Capítulo 17

¡Qué suene la samba! Estamos en Brasil. La primera parada de este país es *Sao Pablo*, llegamos bajo un torrente publicitario digno de una estrella de *Hollywood* ya que los reporteros esperan con ansias a Guillermo con

titulares como:

*“El cantante español del momento viene a conquistar a la mujeres brasileñas”.*

*“Guillermo Cruz y su Quimera vienen a enamorar a todos en Brasil”*

Al bajarnos del avión un mar de fanáticas nos recibe, me voy con el equipo al hotel. Todos lo dejamos disfrutar de su momento. Estos días junto a él me he dado cuenta lo duro que trabaja por hacerse respetar.

Me instalo en una habitación esperando que Guillermo, de nuevo, duerma a mi lado. Ilusionada por todo lo que vivo, me doy una ducha rápida y me cambio. Bajo al restaurante donde me

encuentro con Teresa almorzando y me uno ella.

—¿Qué tal el vuelo? —me pregunta.

—Horrible, me duele el cuello porque me quede dormida en la ventana —le respondo moviendo mi cabeza, aunque realmente me quede dormida en el hombro de Guillermo, pero no pienso decirlo. Ella alza su ceja con picardía, cómo si no me creyera, pero la ignoro y me concentro en mi ensalada.

—Vamos a conocer la ciudad. Le diré a un grupo y hacemos turismo —me propone emocionada.

Yo sonrío, me entusiasma la invitación.

—Me encantaría la verdad.

—Oye, ¿bailas samba? —me pregunta.

—Sí... creo... —respondo muerta de risa—. Me pones al lado de una garota y quizás ni lo haga.

Las dos nos reímos.

—Aquí no veremos de eso, ¡pero en Río sí! —me contesta.

Comemos animadas, se unen cuatro compañeros y exploramos la ciudad visitando la Bovespa que es la tercera bolsa de valores en el mundo, visitamos la “Sé” la gran catedral de la ciudad que es también conocida como la sede de la iglesia católica, tan imponente y digna de visitar, y por supuesto, hacemos compras.

Disfrutamos de una pizza de cena

conversamos por horas conociéndonos mejor. Teresa es malagueña, Eduardo es mexicano, es el bajista de la banda, Pedro es el baterista y es madrileño, Sofía es una de las bailarinas, es mexicana y congeniamos muy bien ya que adora la danza árabe al igual que yo, y finalmente, Rodrigo que es puertorriqueño pero vive desde hace ocho años en Madrid, es parte de los *Crew*.

Conversamos sobre lo que nos gusta y qué hacen cuando no están de gira. Se sorprenden al saber que soy la dueña de mi propia academia, alegando que soy demasiado joven, algo que sé que no es mentira, pero les digo que en el baile la carrera es corta y es algo en lo cual

Sofía me da la razón.

Llegamos al hotel enfrascados en una conversación sobre qué tan aburrida puede o no ser la ciudad y aunque es hermosa, es una ciudad financiera y en comparación a otras ciudades en el mundo, sus atractivos turísticos son pocos. Teresa se detiene y me hace parar tomando mi mano.

—Ahorita seguimos —le dice a los demás.

Yo la observo intrigada mientras ella espera que todos suban al ascensor. Al cerrarse las puertas alguien más toma mi mano girándome hacia él, al subir mi rostro me encuentro con la sonrisa de Guillermo. Toma mi mentón subiendo un poco más el mío y me da un beso dulce.

—¿Te divertiste? —me pregunta y yo asiento—. Te extrañé.

Pongo las manos en su pecho y sonrío aún más por sus palabras.

—Yo también te extrañe — respondo.

Toma mi mano y me jala haciéndome caminar. Giro mi rostro para despedirme de Teresa, pero me doy cuenta que ha desaparecido.

Subimos al ascensor donde él me abraza por la cintura desde atrás, deja besos en mi cuello y hombro. Yo juego con sus pulseras de cuero.

Mientras subimos, una pareja de ancianos sonrío viéndonos y un hombre de negocio, que es otro integrante, ni nos observa. El sonido nos anuncia que

hemos llegado y me extraño al ver que estamos en el último piso.

Guillermo me saca y una puerta doble de madera se impone ante nosotros. Saca la llave de su bolsillo, la pasa por el sensor y el pitido nos indica que se ha abierto.

Se pone a un lado dejándome entrar primero y ahogo un grito al entrar, es una hermosa suite moderna, una estancia decorada con un mueble color beige con una butaca del mismo color y un comedor para cuatro personas, pero no me sorprende la majestuosidad de la decoración, si no que parece un hermoso jardín de rosas. Hay arreglos por el piso y en cada mesa que hay dentro de la habitación.

Me abraza por la cintura y besa mi cuello.

—¡Sorpresa! —me dice.

—¡Oh me encanta! —le digo pegando mi cuerpo de él.

—Falta lo mejor —me dice despreocupado—. En la habitación hay algo para ti, ve y revisa.

Rompe el abrazo y me da una nalgada, me señala la puerta por donde debo entrar. Lo hago emocionada, prendo la luz y ahora me enamoro de la hermosa cama con doseles. Camino y veo que en el cubrecama color beige hay una caja negra con un lazo blanco, me acerco y leo *La Perla*. Ahogo un grito de emoción imaginándome tantas cosas, como las del libro “Todas las Canciones

de amor que Suenan en la Radio” de Cristina Prada. Lo abro y dentro encuentro un hermoso picardías de seda con encaje en color negro con unas bragas diminutas que hacen juego.

¡Soy una adicta a los libros eróticos!

Muerdo mi labio y me siento como en el libro de Un Tipo Odioso.

¡Quién me niegue que se le mojaron sus pantis con Bennent, es una mentirosa!

Me dirijo al baño a refrescarme y reparo que mi neceser con mis artículos de baño está en el mesón del lavamanos. Me devuelvo sobre mis pasos, y cuando abro la puerta del closet encuentro mi maleta, la cual dejé hace pocas horas en

la habitación que compartiría con Teresa.

Suspiro resignada. Este es el lugar donde pertenezco.

Me doy una ducha rápida prestándole atención a mi depilado. Me pongo el conjunto que cae sobre mi cuerpo como una caricia, suelto mi cabello rojo dejándolo caer hasta cerca de mis glúteos y pellizco mis mejillas para traer color a mi rostro. Luego respiro hondo varias veces.

Escucho a Guillermo trastear en la habitación esperándome. Mi corazón se acelera ante la expectativa de esta noche, pero cuando abro la puerta casi me desmayo sorprendida. Hay miles de velas en el piso haciendo un ambiente

romántico y sensual dentro de la habitación. El mullido cubrecama está lleno de pétalos rojos en forma de corazón y por los altavoces se escucha *Samba pa ti*, de Carlos Santana.

¡Dios, que sexy y romántico!

Guillermo se gira y al verme sostiene la respiración. Me llama con su dedo sensualmente y yo sigo el sendero que creó con las velas y los pétalos hasta donde está él, de pie, esperándome descalzo y con un jeans que tiene el primer botón abierto. Camino lentamente en puntillas y él deja escapar el aire de sus pulmones. Avanza hasta alcanzarme, me abraza y me aúpa tomándome de las caderas.

Me abrazo su cuello y con mis

piernas rodeo sus caderas, sintiendo su erección contra mi centro. Guillermo me besa apasionadamente, nos movemos lentamente, gimo al sentir su lengua jugar con la mía. Nos acuesta lánguidamente en la cama. Sus manos suben de mis caderas hasta mi abdomen provocando con su roce que la piel se me erice. Rompe el beso mientras yo bajo mis manos para acariciar su pecho y su hermoso abdomen. Muerdo mi labio, y él esboza esa sonrisa que hace que mis bragas se calcinen.

—Eres hermosa. —Sube una mano hasta mi rostro y lo acaricia—. Me encanta como tu cabello rojo cae sobre tu piel nívea y tersa. —Recorre con su dedo mi cuello y hombro—. Me

encantan tus pecas.

—Guillermo... —Suspiro su nombre extasiada por sus palabras.

—Andrea, es verte y pensar en desvestirte, hundirme hondo en ti y morir dentro —me dice en voz ronca.

Besa mi cuello para luego recorrer con su lengua mi piel sin despegar nunca su mirada de mi rostro. Baja el tirante derecho, besa delicadamente mi hombro, lo sube de nuevo y repite lo mismo con el izquierdo. Besa mi pecho hasta llegar hasta los montículos de mis senos. Baja sus manos para subir lentamente el camisón recorriendo mi piel. Me levanto un poco y él lo saca dejándolo caer a un lado, se arrodilla entre mis piernas observándome por un rato, pero cuando

toma uno de mis tobillos, trato de quitárselo en vano.

—Quita —me ordena.

El sonido sensual de la guitarra de Santana hace que el ambiente se aún más sensual y entonces me dice:

—Hoy te tocaré como a una guitarra y cada gemido que se escape de tus labios serán los acordes de una melodía que siempre voy a querer escuchar.

Respiro hondo tratando de procesar todo lo que ha dicho, pero no me deja porque se lleva mi pie a la boca. Lame y chupa cada uno de mis dedos, besa el empeine y luego deja un reguero de besos por mi pierna subiendo lentamente. Se entretiene en mis muslos donde juega a tentarme lamiendo mi cara

interna y arrancándome gemidos de placer, hace lo mismo en forma descendente para prestarle finalmente la misma atención a mi otra pierna. Posa su rostro frente a mi sexo dejando un beso casto encima de mi braga húmeda, pasa su lengua y gime al probar mi esencia.

Guillermo quiere adorarme y yo estoy dispuesta a dejarle hacerlo. Toma mi braguita de los lados y comienza a quitármelas delicadamente para luego guardarla en uno de sus bolsillos de atrás de su pantalón. Se pasa lascivamente la lengua por los labios y me dice:

—Te voy a saborear. Voy a lamer, chupar y morder tú clítoris. Te voy a

follar con mi lengua hasta verte sonrojada por el orgasmo que te voy a dar, y luego —gime—, luego te voy a follar de pie justo en ese barrote. — Señala uno de los tubos que hacen el dosel de la cama.

No me da tiempo de reaccionar. Baja su rostro a mi sexo y empieza a lamer. Lanzo mi cuello hacia atrás y dirijo mis manos hasta su cabello, asiéndome de él y sujetándole fuerte. Su lengua se abre paso en mi intimidad, y lo primero que hace es chupar mi botón. Se me escapa un gemido ronco, Guillermo me sostiene fuerte de las caderas evitando así que pueda moverme. Cumple su promesa de lamer, chupar y morder mi sexo, a medida que lo hace

va arrancando de mí gritos de placer.

Elevo mis caderas para presionar su cabeza contra mi vulva mojada, arrancándole un gemido gutural. Suelta una de sus manos y la lleva a la entrada de mi vagina, introduciendo primero un dedo, luego dos, hasta que finalmente me penetra con tres dedos. Su lengua se queda fija en mi clítoris y mi respiración se empieza a entrecortar. Mis muslos se tensan, la sensación es tan intensa que arqueo mi espalda y exploto en un orgasmo que me hace convulsionar en la cama.

Guillermo bebe todo hasta que mi cuerpo queda laxo entre las sábanas. Se cierce sobre mi cuerpo y me besa, haciéndome probar mi sabor en sus

labios. Araño su espalda y gruñe de placer al sentir que restriego mi sexo contra su erección.

Nada me parece más sensual que sentir el sabor de mi néctar en su boca.

¡Dios estoy loca!

¡Loca de amor!

¡Loca de placer!

Rompe el beso, me toma de la mano y me levanta con él. Señala el dosel y me sujeto del que señaló. Veo cómo se despoja de su jean y bóxer al mismo tiempo para liberar esa erección que se irgue poderosa ante mis ojos. Me lo como con la mirada. Él me sonrío y empieza a tocarse sin ningún tipo de vergüenza.

—Sostente fuerte —me ordena

mientras camina hasta donde estoy.

Me pone en posición dejando un reguero de besos por mi espalda, mordisquea una de mis nalgas distrayéndome por poco tiempo y de pronto me penetra de una forma animal, arrancándome un grito de placer.

Empieza sus acometidas pero estoy tan húmeda que su pene se desliza dentro y fuera con facilidad. La habitación aumenta de temperatura, se escuchan nuestros sollozos ligados con los acordes de la guitarra de Santana.

Sus manos se aferran fuertemente a mi cadera y me dice:

—Tu coño es tan apretado, hace que mi polla se sienta como en un guante, me encanta sentir tu humedad y

cómo dejas que te la meta toda. —Me penetra completamente y yo gimo. Saca lentamente todo su pene y me quejo—. ¿Quieres mi polla Andrea? —Muevo mi cuerpo buscando algún tipo de roce en respuesta—. Dime qué quieres, Andrea, o no te lo daré.

Gimoteo.

—Quiero que me penetres —le pido muerta de la vergüenza

Acerca su rostro a mi oreja, sopla su aliento cálido y me susurra en voz ronca:

—Quiero que me pidas que te folle. Quiero que me digas que quieres sentir mi polla dentro. —Me toma del cabello y muerde mi hombro delicadamente, pero a la vez de una manera posesiva—.

Dilo —me ordena.

—Fóllame, Guillermo, quiero sentirte dentro y gritar tu nombre. —le grito, esta vez es el placer que habla por mí.

Me penetra de nuevo, duro. Mis músculos vaginales se contraen alrededor de su polla arrancándole un sonido gutural. Sus penetraciones son rápidas y profundas. Su agarre a mi cabello es más fuerte y yo flaqueo un poco soltándome del dosel.

—Sostente duro, joder —me pide.

Sentir su pene dentro y fuera, dentro y fuera, de esta manera tan primitiva me excita de una forma que nunca pensé. Una, dos, tres, gimo y mis piernas son gelatina, cuatro, cinco, seis y siete,

arqueo mi espalda y me corro.

—¡Guillermo! —grito su nombre.

Ocho, nueve, diez, y él explota vaciándose dentro de mí. Besa mi espalda y me lleva a la cama sin salir dentro mí. Una vez acostados me abraza fuerte contra su cuerpo, dejándonos disfrutar de esa etapa postcoital.

—Eres todo lo que no quiero perder —susurra saliendo de mí.

Suspiro pensando un “Te quiero” que quizás nunca le voy a decir. *Europa*, de Carlos Santana termina y pienso que cumplió su promesa de hacerme gemir como una melodía interminable de placer.

# Capítulo 18

**Guillermo.**

**T**engo una botella de ginebra y un gramo de cocaína al frente y me debato

entre darme un pase o seguir limpio.

Todos estos días junto a Andrea han sido una prueba para enfrentarme a los demonios del pasado que viven persiguiéndome y atormentándome. He vivido tanto tiempo negándome a sentir algo y ahora que comienzo a hacerlo regresa esa maldita pesadilla que no logro recordar. Lo peor es que hoy no me calma ni verla dormir como todas las noches que hemos pasado juntos.

Me asusta que se entere de mi verdad, de lo sucio que estoy y de todo lo que escondo en la maleta. Podemos comparar mi vida como la de un criminal que esconde a sus muertos en la cajuela del auto para luego enterrarlos. Yo me escudo en el canto y en esta

postura de persona segura, es mi máscara para esconder el miedo y todo lo que he sentido por años.

Mi vida es un pasar de emociones constantes, desde la alegría extrema al repudio personal más drástico del mundo.

Me odio por no poder ser lo suficientemente limpio y aceptable para ella.

Andrea es una mujer que merece que le bajen el universo completo y yo solo le ofrezco una relación donde solo se valga follar. Casi la pierdo por mis temores y el asco incontrolable que siento a veces por el placer que me brinda sexo.

¿Cómo explicar que todo lo que

experimento cuando llego al éxtasis del orgasmo, me puede causar repugnancia?

Andrea me hace olvidar por momentos que no soy merecedor de esa confianza que me ha entregado. Me pide que algún día le cuente las atrocidades que me hicieron de niño, pero...

¿Cómo podría verla a los ojos después de eso?

No podría.

Me sirvo un vaso lleno de ginebra y trato de darle un trago pequeño, pero no lo hago.

Entro a la habitación avergonzado y me visto en silencio; me quedo observándola un rato dormir y suspiro jodidamente confundido por todos los sentimientos encontrados que tengo en

este maldito momento.

Recojo todo y bajo hasta la habitación de mi hermano. Entro y me asqueo al encontrarlo drogado. No entiendo como yo sí pude salir de ese mundo y él no.

Dejo sobre la mesa lo que yo mismo le pedí hace unos minutos y salgo directo a la salida del hotel.

Camino por las calles de Sao Paulo tratando despejar mi mente y de entender por qué cada vez que me siento sobrepasado por alguna emoción, creo que la única salida son las drogas; pero encuentro la respuesta al instante: Porque ellas eran mi escape. Hacían que me olvidara de todo.

A veces pienso en dejar a Andrea y

enviarla de nuevo a Venezuela, pero mi egoísmo gana. Siento que ella es lo que necesito. Con ella he encontrado la poca paz que busqué por años y dejo de pensar en tonterías.

Quiero estar con ella. Tenerla en mis brazos día y noche... siempre

Entonces me detengo frustrado y paso las manos por mi rostro. ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué salí? ¿Qué hago acá y por qué no estoy a su lado?

No lo sé. Sólo sentí que debí alejarme y alejarla a ella de mis perturbaciones. Regreso sobre mis pasos a donde debería estar y al llegar le encuentro dormida.

Me quito la ropa y me acuesto a su lado para abrazarla. Su olor cítrico

invade mis fosas nasales, haciéndome sentir de nuevo tranquilo.

Andrea, es como una maldita hada que me calma con la magia de no hacer nada y quedarse conmigo; todo lo que sé en este momento es que ella es la única que podría hundirme de nuevo en el infierno y nunca más salir de él.

Repito de nuevo mentalmente los doce pasos .Nunca he creído que existe un Dios porque cuando yo más lo busqué me dejé en manos del bastardo de mi padrastro y la loca de mi madre; pero si existe, le ruego que me ayude a convertirme en algo mejor para la mujer que tengo en los brazos. No quiero alejarme cuando su amor me hace tanto bien y me sana sin pensarlo.

Los primeros rayos del sol entran en la habitación, recordándome las noches en vela que pasaba sin dormir por miedo a que él viniera en la noche o por las pesadillas que me asediaban, pero hoy estoy ante el más hermoso de los sueños, sin dejar de lado la amenaza latente de un pasado que puede regresar.

# Capítulo 19

**L**as cosas se están complicando porque en mi planes no estaba ella... entiendo por qué Guillermo se siente de esa manera, la tía está buena.

Tengo que mover mis hilos. Eva debe entrar a la ecuación. Ella es la

persona idónea para lograr mi objetivo. De alguna manera tengo que conseguir que esa bailarina de cuarta se aleje de él; estoy cansándome de esperar en las sombras.

Pensé que con este par de sustos acabaría todo... pero veo que no.

Algo tengo que hacer. Estoy empezando a desesperarme y creo que si tengo que hacer lo que hice con María..., lo haré de nuevo.

# Capítulo 20

**D**espertamos al siguiente día muertos de cansancio. Después de eso hicimos el amor lentamente y por primera vez nos susurramos palabras de amor, pero sin decir el “te quiero” definitivamente.

Ensayamos una hora. Luego Guillermo fue a tres programas de televisión, una rueda de prensa, y esa misma noche presentó concierto que fue un éxito; en el Parque do Iberapuera las fanáticas brasileñas coreaban todas las canciones de sus álbumes haciéndolo sonreír de una manera especial. Esta gira era un sinfín de sorpresas ya que cantó en exclusiva dos canciones en portugués. Los gritos y los llantos frenéticos de las fans no se hicieron esperar.

Verlo desenvolverse en el escenario fue increíble, y cada momento que estoy viviendo a su lado quedarán atesorados en mi corazón por siempre, a pesar de no saber cómo terminará esto.

Es que me estoy enamorando y no puedo ni quiero evitarlo. Guillermo llegó a mi vida como huracán, arrasando todo a su paso. Él está en mi mente como una adicción y palpita mil veces; verlo a mi lado se está convirtiendo en una necesidad. Es todo lo que quiero, él llena mi vida y me da fuerzas para enfrentarme a cualquier cosa. Con él estoy descubriendo el amor, es inevitable que yo me enamore. Tan sólo mirarme con esos ojos verdes caigo rendida, así que la única conclusión es:

Que lo amo...

Amo a Guillermo Cruz.

Suspiro. Él se gira para verme, sonrío y me corresponde. Vamos en el avión camino a Río de Janeiro y

Guillermo está relativamente devorando el primer libro de mi prima. Yo acabo de terminar el tercero de la amiga de Lorena y estoy impresionada con esta saga de una hermana venezolana. En eso nos anuncian que vamos aterrizar y apagamos los *i P a d s*, abrochamos nuestros cinturones y al terminar tomo su mano.

—Quiero que esperes con Alonso, no quiero que te vayas con nadie más — me dice y deja un beso tierno en mi mano.

Yo me remuevo incomoda, porque Alonso me da algo de miedo y asco. Prefiero mil veces irme con el resto.

—¿Es necesario? —pregunto.

Alza una ceja y yo pongo los ojos

en blanco, en el poco tiempo que lo conozco sé que le gusta que hagan lo que dice sin discusión alguna.

Llegamos al aeropuerto y al bajar del avión de nuevo me sorprende al ver a las fanáticas. Hasta ahora el mayor nivel de histeria es en Brasil.

Sigo a uno de los guardaespaldas y subo al SUV. Llevo rato leyendo cuando la puerta del copiloto se abre y Alonso se sube. Se me eriza la piel con su presencia, trato de ignorarlo concentrándome en mi lectura pero no logro hacerlo. Siento su mirada fija en mí por el retrovisor.

—Vaya, veo que contigo tengo que andarme con cuidado —me dice rompiendo el silencio. Levanto el rostro

y mi mirada se cruza con sus ojos avellanados, alzo una ceja y no respondo—. Te advertí que eres la de turno, estoy esperando aún... Cuando se canse de comerte el coño, me tocará a mí.

—Quizás no se canse nunca —le respondo.

Alonso suelta una carcajada, se gira esbozando una sonrisa cínica y me dice:

—Si no se cansa, buscaré la manera que se canse de ti. —Me señala—. Tú simplemente eres una maldita distracción.

Aprieto mis puños mientras él se ríe y digo lo único que se cruza por mi mente:

—Jódete.

—Cuando quieras te follo yo a ti...

—responde el muy cínico y hago una mueca de asco.

La puerta del SUV se abre y Guillermo se sube con un botellín en la mano. Observa mi rostro y postura, igual la de su hermano.

—¿Todo bien? —pregunta preocupado.

Yo asiento y Alonso también, sonriendo como si no me hubiese tratado como zorra apenas unos minutos antes.

—Excelente —Alonso responde por los dos—. ¿Nos vamos? —pregunta.

—Sí —contesta Guillermo sin quitarme la mirada, toma mi mano y se acerca dejando un beso en mi mejilla—. Te extrañé.

Cierro los ojos buscando la tranquilidad que necesito y le respondo un escueto “yo también”. En el camino solo escucho todo lo que Guillermo debe hacer, dándome cuenta que hoy prácticamente pasaré el día a solas en el hotel, ya que debe ir a varias emisoras para unas entrevistas.

Al llegar al hotel Alonso es el primero en bajar, Guillermo toma mi mano para hacer lo mismo y lo detengo.

—Guille, quiero que sepas que si esto es un capricho o lo que sea, he disfrutado cada segundo a tu lado —le digo.

Los gestos de él se endurecen y se tensa a mi lado por mis palabras. Prefiero ser sincera.

—Andrea, te lo repito nuevamente, no eres un maldito capricho, ¡y deja de decir que lo eres! —me reprocha.

Muerdo mi labio y asiento apenada. Bajamos y entramos a la recepción donde Alonso lo espera para entregarle una sola llave. Él se la arranca ignorando todo lo que su hermano le dice llevándome prácticamente a rastras detrás de él hacia el ascensor.

Subimos en silencio. Se para frente a mí y me quedo embelesada observándolo. Verlo con su look de jean roto y desgatado, una camiseta negra de Los Ramones bajo una camisa de cuadros abierta y sus zapatillas *Converse* me recuerda a un cantante de rock, pero es un cantante pop y muero

por él.

¡Qué estoy loca!

Se abren las puertas del ascensor y entramos a la habitación. Al cerrar la puerta me giro para hablarle:

—Guillermo yo...

No me deja continuar, me arrincona contra la pared y me besa como si el mañana no existiera. Toma mis muñecas subiéndolas sobre de mi cabeza mientras su lengua explora mi boca y yo ronroneo de placer. Descaradamente me restriego contra su cuerpo. Suelta una de sus manos sujetándome fuerte con la otra y se abre paso por debajo de mi vestido de mezclilla para acariciar mi muslo desnudo. Gemimos al mismo tiempo cuando me acaricia por encima de la

braga y percibe la humedad de mi vulva hambrienta de él.

Rompe el beso separándose de mi cuerpo, suelta mis manos y las dejo caer a los lados, abre su jean y saca su pene erecto. Yo muerdo mi labio del morbo que me provoca verlo acariciarse.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta con voz ronca. Yo asiento y él se acerca, alza mi vestido y desgarrar mi tanga—. Más te va a gustar cuando me sientas.

Sube una de mis piernas y lleva su pene a mi entrada. Me penetra, yo grito excitada y nublada por el placer. Sube más mi pierna buscando más profundidad mientras yo quito su camisa y meto las manos dentro de su camiseta.

Araño con mis uñas su abdomen recibiendo un gruñido ronco y varonil. Nos besamos y jugamos con nuestras lenguas en un contrapunteo feroz, respondo a cada penetración llevando mi cadera hacia él, ciegos del placer y de la manera que follamos.

—Me voy a correr —le digo mordiendo su labio.

—Sí, sí, vamos quiero sentir tu coño exprimiendo hasta la última gota de mi polla —me pide con voz profunda.

Sus palabras son órdenes y tres penetraciones después, exploto. Mi orgasmo es único y gimo su nombre. Yo siento que él sigue derramándose dentro de mí y con su frente apoyada en la mía

logro entender que dice:

—Te quiero princesa.

Muevo mi cabeza para apoyarla en su pecho tratando de entender qué pasó entre nosotros y el poder de ese “te quiero” surgiendo de su boca.

Sale de mí con cuidado, me carga en sus brazos y yo me abrazo fuerte de su cuello, escuchando los latidos de su corazón que me repiten “Te quiero princesa”.

Entra al cuarto de baño conmigo en brazos y enciende la luz.

—¿Crees mantenerte en pie? —me pregunta susurrando a mi oído.

Yo asiento y él me baja delicadamente. Toma el ruedo de mi vestido sacándolo por encima,

desabrocha mi *brasier* y gime al ver mis pezones erectos. Yo sonrío y él me corresponde acariciando mi rostro. Se saca las zapatillas y el jean con el bóxer, me quita las sandalias delicadamente acariciando mis piernas, dejando besos descuidados por ellas mientras acaricio su cabello, y finalmente deja un beso juguetón en mi monte Venus.

Sus labios hacen contacto con los míos. Abro mis ojos y la visión de Guillermo desnudo es única, su piel morena, su cuerpo musculoso sin llegar a lo excesivo, es un espectáculo que disfruto en privado.

Entra a la ducha y me giro para seguir observándolo, abre las llaves y

las cierra tratando de regular el agua hasta llevarla a la temperatura correcta, me tiende su mano y acepto la invitación entrando a la ducha con él. El agua está tibia, algo que relaja aún más mi cuerpo laxo. Guillermo acaricia mi rostro, yo lo abrazo reposando mi cuerpo en él y solo se escucha caer el agua con alguno de mis suspiros.

—Yo cada día creo más que eres mi serendipia —le digo dibujando corazones en su pecho.

—¿Qué significa eso? —me pregunta dejando un beso tierno en mi cabello.

—Un hallazgo afortunado, te encontré cuando no te estaba buscando —le respondo.

—Andrea, yo... —titubea—. Tú también eres mi serendipia y caí rendido ante ti el mismo día que llegue a tu academia, pero no puedo prometerte un final feliz cuando yo mismo no sé si pueda serlo.

Mi mayor miedo empieza a cristalizarse. Me separo un poco de él para hablarle mirándole a los ojos.

—Yo creo que todos podemos tener finales felices, solo que tenemos miedo de ir hacia ellos —le digo.

Esquiva mi mirada y me responde:  
—Estoy suficientemente jodido, no creo que lo tenga... pierde la fe desde ahora Andrea, no creo que pase.

Respiro hondo molestándome por sus palabras.

—Me acabas de decir que me quieres —le reprocho.

—Fue por el sexo, simplemente... No te quiero... Andrea esto es sexo solamente —me responde molesto y apretando sus manos.

—Entonces sí soy un maldito capricho —le grito altiva.

Suelta el aire contenido en sus pulmones. Yo lo ignoro y hago el intento de salir de la ducha pero Guillermo me atrapa y me pega de la pared.

—No lo eres, no lo eres —me dice arrepentido—, pero no quiero que te involucres más de lo que estás conmigo.

Su voz suena cansada al final de la frase. Recuerdo las palabras y advertencias de Alonso y me tensó. Él

mismo es su mayor miedo.

—Tus miedos pueden solucionarse ¡Por Dios, Guillermo! —Él me suelta y se gira dándome la espalda, me acerco, lo abrazo desde atrás—. Mi prima es psicólogo. —Él suelta una carcajada—. Yo creo que puedes amarme, yo sé que puedes..., lo que te di en estos días, nunca pensé dárselo a nadie..., por favor..., sé que tú puedes...

—No puedo, déjalo estar Andrea. —Se suelta.

Me salgo dolida de la ducha, agarro una toalla y mi ropa que está en el suelo. Encuentro mi maleta, saco ropa interior, me seco rápido y me la pongo todo para irme, escucho sus pasos finalmente al salir del baño, me toma me la cintura.

—No te vayas por favor —me ruega.

—Suéltame —le pido molesta, él lo hace y me giro—. Estoy perdiendo la maldita fe como dices y te advierto que si me voy es para siempre. Si no afrontas tus problemas nunca podrás tener una vida.

—Andrea...

—No eres un maldito protagonista de una novela, no eres un ser atormentado... —grito y lo señalo—. Si te atormentas es porque tú lo eliges...

—¡No sabes nada de mi maldita vida! —me grita crispado.

—Porque no quieres decirme... —le reprocho y me abrazo a mí misma.

—Eres tan inocente, no quiero

ensuciarte —me dice.

—No. No lo soy. Me estoy enamorando Guillermo... —sollozo—, sé que tú también, pero no quieres intentarlo.

Me toma por la cintura abrazándome contra su cuerpo. Me resisto y pongo mis manos en su pecho húmedo para separarme.

—No te vayas, por favor... duerme conmigo... te lo ruego cielo... —Me aprieta fuerte contra su cuerpo. Suspiro asintiendo, rompe el abrazo, me quita el vestido dejándome en ropa interior deportiva—. Voy a secarme. Ponte un pijama, nos quedaremos toda la tarde.

—Pero si me dices, la verdad...

Guillermo me suelta y se pasa la

manos exasperado por el cabello, yo me seco las lágrimas. Tengo que lograr que se abra de alguna manera.

—Andrea, te dije que no puedo — me responde tajante.

—¿Qué estamos haciendo? ¿Qué es todo esto? —le pregunto.

Guillermo se acerca de nuevo y borra con sus pulgares mis lágrimas. Yo bajo la mirada porque no quiero en esos ojos verdes que me enamoran.

—Andrea, te lo pido..., dame tiempo..., necesito tiempo... —me pide triste. Yo asiento porque al menos está aceptando decirme la verdad—. Me quedo contigo, ve a vestirte.

—Pero tienes que ir a las emisoras —le digo recordando su itinerario.

Alza sus hombros.

—No, solo quiero quedarme abrazado a ti, algo me dice que esto tiene fecha de caducidad y tú te irás cuando todo lo complique todo —me dice con voz cansada

Asiento, pero no digo sí o no. Guillermo me dice con voz queda:

—Ya veremos si te quedas...

Me coloco solo un short y me quedo con el sujetador deportivo pensando en todas sus palabras.

Me percato de dos cosas:

Me dijo TE QUIERO, pero también sentenció lo que apenas acaba de empezar con una fecha de caducidad. Creo que este hallazgo no será tan afortunado como lo estoy pensando,

Guillermo puso sus cartas en la mesa y yo acepto quedarme bajo mi propio riesgo de salir lastimada.

Sin embargo, ese miedo que surgió cuando papá nos dejó ha regresado, ese miedo que siempre me mantuvo lejos de los hombres está aquí, taladrando por entrar con el mismo impulso que antes, sólo que esta vez es demasiado tarde, porque ya estoy enamorada.

La desolación se instala en mi corazón...

# Capítulo 21

Vemos televisión toda la tarde, pedimos servicio a la habitación y comemos en silencio, digo comer en el sentido figurado porque apenas probé comida, algo que por supuesto molestó a Guillermo, pero alegué que me sentía mal.

Descolgamos el teléfono de la habitación y él apago su móvil.

Por supuesto Alonso subió, gritó, reclamó y propinó mil advertencias sin conseguir que su hermano abriera la puerta.

Estoy abrazada completamente a su cuerpo mientras vemos la adaptación de *The best of me*. Yo, por supuesto, lloro como una tonta porque de una u otra forma me identifico con el sentimiento de los protagonistas, en como el amor que sentían continuó vivo a pesar de la distancia y el tiempo transcurrido. ¿Será que si me alejo de Guillermo pasaría lo mismo?

—A veces pienso que puedo escribirte una canción tan larga, explicando lo que no puedo decirte muchas veces. Lo intento Andrea, te juro

que intento cada día esto pero siempre fracaso —me dice rompiendo el silencio.

—Escribe esa canción y canta sólo para mí —le pido muerta de miedo porque esto llegue a su fin.

—A tú lado me siento en lo alto de mundo, pero siempre caigo de vuelta a la realidad y te hiero. —Acaricia mi espalda—. Canto en cada concierto para ti, eres mi quimera, eres como tú dices, mi serendipia, eres todo...

Suspiro y le doy un beso en su cuello, y mientras toma mi mano con la suya para jugar con nuestros dedos, se me hace un nudo en la garganta porque es en momentos como este en que enamoro más de él.

El concierto en Río de Janeiro es un éxito total. Nos quedamos en la ciudad un día más para descansar. Guillermo decide que debemos conocer las playas y salimos como una pareja más de turistas, él viste hoy un short a cuadros y una camiseta blanca cuello en V, una gorra y unos lentes para ocultar quien es; yo en cambio estoy utilizando un vestido *Ralph Lauren* tipo polo, unas sandalias bajas y debajo un bikini que espero deje sin aliento a Guillermo.

Río es una ciudad que vive en función del mar. Las costumbres y la

vida de la gente están ligadas a las playas. Es allí donde las personas se encuentran para hacer actividades comunes y hasta incluso enamorarse.

Llegamos a Ipanema, alquilamos una sombrilla y unas sillas frente al mar. El vendedor se nos acerca amablemente y nos regala las primeras bebidas, que no son más que unas caipiriñas muy frías.

Guillermo se cambia y alquila en uno de los establecimientos una tabla de Surf. Yo observo, completamente embelesada cada uno de sus movimientos y lo disfruto; disfruto cada gesto, cada mirada, cada palabra, cada minuto a su lado. Estoy tratando de vivir el momento porque no sé si esto durará

para toda la vida.

—Voy a entrar —me dice.

—¿Estás seguro? —le pregunto alzando una ceja.

—Yo sé surfear pequeña bruja — me contesta riendo—. Si logro mantenerme en una ola, hoy me dejarás hacer lo que quiera contigo.

Yo suelto una carcajada y Guillermo se queda observándome con una ceja alzada. Yo asiento pero finalmente le digo:

—Vale, pero te aseguro que aquí en Ipanema no lograrás ni pararte.

—Ya veremos.

Toma la tabla, sale corriendo y se lanza a la playa como un experto. Yo me quedo boquiabierta al ver cómo se

adentra al mar. Se queda estático junto a otros surfistas esperando el momento, pero luego de unos minutos y varias olas, al fin llega una que pone a todos a nadar. Guillermo toma la ola con maestría y logra subir en ella, se levanta manteniéndose en pie. Yo me levanto y corro para animarlo desde la orilla, hasta que finalmente llega, clava la tabla en la arena, me toma de la cintura y me besa. Gimo al sentir su lengua jugar con la mía, hasta que los silbidos de los presentes nos sacan de nuestra burbuja personal y él me sonrío de una manera que nunca he visto, haciéndome temblar.

¡Madre de todo lo hermoso!

Este hombre me hechiza, me atrapa, me enamora y me mata. Sus besos me

desarman. Me he perdido en otras vidas y lo he encontrado.

¡Lo amo!

Este es otro Guillermo, despreocupado, divertido, y deja de lado al Guillermo taciturno y misterioso del cual me estoy enamorando perdidamente.

—Te dije que sabía surfear... —me dice con voz sarcástica.

—Me doy cuenta —le contesto provocativa—. ¿Entonces qué harás conmigo?

—Tratar de hacerte feliz por un día —me responde.

Sonrío por su respuesta, me alzo y lo beso. Él me toma por la cintura correspondiendo al contacto de mis

labios, pero esta vez ignoramos los silbidos, los vítores y todo. Acá solo estamos él, yo y nuestro amor perfecto.

¡Aunque nuestro amor para nada es perfecto!

Luego de disfrutar un día maravilloso en la playa, comemos en un sitio exclusivo en el Barrio de Ipanema. Por primera vez disfruto de una comida tranquila en compañía de Guillermo.

Me observa detenidamente y cómo si leyera mi mente dice:

—Primera vez que te veo comer con gusto.

Yo trago el delicioso robalo que estoy comiendo y sonrío.

—Cuando te debes a un peso es difícil comer ciertas cosas que las demás personas comen. Debo cuidarme al extremo porque si llego a pesar algo más, lo termino percibiendo al momento de bailar —le respondo.

—Eres demasiado hermosa para preocuparte por lo que pesas —me dice.

—Pero es el precio que tengo que pagar para bailar —contesto.

Tomo un sorbo de mi copa de vino. Guillermo toma mi mano encima de la mesa, la acaricia con su pulgar, suspira y me dice:

—Andrea, cada segundo que paso a tu lado... es simplemente hermoso, cada

día me acostumbro más a ti, a tu presencia... a todo lo que tenga que ver contigo. —Niega y yo me muerdo el labio por sus palabras—. Cuando tú te vayas, simplemente todo se volverá gris de nuevo.

Respiro hondo.

—No me iré —respondo con voz cargada de emoción.

—No sabes lo que dices, por una u otra razón terminarás yéndote. Yo estoy demasiado dañado para merecer tu amor... a veces te enseño partes de mí que nadie ha visto, pero llegará el momento que tendrás suficiente y... —Respira hondo—, te irás finalmente.

—Todo lo estás imaginando Guillermo. Puedes suponer que me iré,

pero ¿y si no? Todo está en tu mente, yo no me quiero ir... —le respondo.

—Estoy componiendo una canción para ti... —me dice y toma el contenido de su copa de agua—: la llamaré Serendipia.

¡Oh Dios!

¡Una canción para mí!

¡Serendipia!, ¿cómo no enamorarme?

—¿En serio? —pregunto emocionada.

Asiente esbozando una hermosa sonrisa y mostrándome sus hoyuelos. Yo me levanto emocionada y lo abrazo. Guillermo me sienta en sus piernas, las miradas de los comensales se ciernen en nosotros pero él simplemente las ignora,

acaricia mi rostro y sus ojos verdes se oscurecen.

—Yo no sabía que esa palabra existía hasta que llegaste tú, pero sí supe desde el primer momento en que te vi que eras el hallazgo más importante en mi vida. Te quiero, Andrea...

La emoción me sobrepasa hasta las lágrimas y lo beso. No me importa nada, solo él. Este sentimiento es abrumador. Nada está saliendo según los planes que tenía, pero me doy cuenta que no soy mujer que puede dormir con un hombre una noche y nada. No quiero que Guillermo se vaya de mi vida, sólo quiero que se quede a mi lado.

—Quédate conmigo —le pido.

—Lo intentaré —me responde.

# Capítulo 22

**Guillermo.**

**E**n sus brazos me siento vivo, la veo de nuevo dormir sintiendo paz. Ella es mi súper heroína, es la única droga

que necesito; por eso todas las noches pierdo el control perdiéndome en su piel, en su sabor y en ese olor tan de ella. Andrea huele a una combinación de frutas cítricas, su cabello y su piel desprenden la misma fragancia, por eso vuelvo loco cuando baila a mí alrededor. Se está convirtiendo en todo y en ELLA.

Por ratos siento que ella está de paso por mi vida. Lo encontré en esa mirada azul y soñadora, en la luna que brilla cada vez que le hago el amor y se cuele por las ventanas para hacerme ver la belleza que tengo a mi lado. Mis horas se detienen cuando estoy con ella. No imagino qué sería perderla porque no quiero a otra mujer que no sea

Andrea. No quiero que otro hombre que no sea yo la toque. Espero que esto no sea un sueño y que mi pasado ya no sea capaz de seguir dañando mi presente. Por otro lado siguen las amenazas, y todas van dirigidas a mí..., por ahora, porque sé que en el momento que salga a la luz pública algún indicio de nuestra relación, ella será el nuevo objetivo, pero sigo sin entender las razones que provocan toda esta situación.

Lo bueno es que desde *Sao Paulo* no he vuelto a sentir la necesidad de drogarme desesperadamente, porque sería mentirme a mismo si digo que no lucho a diario para mantenerme sobrio y limpio. A veces pienso que no logro dejar escapar mi pasado, que este me

persigue a donde vaya; es un fantasma que se ha convertido en mi soledad y que Andrea, simplemente, supo disipar, tirando y haciéndome vivir como nunca lo había hecho. Mi vida desde niño ha sido una desilusión constante, llena de dolor, y en la música encontré como vivir libre y sin cadenas, también logré escapar un poco de esa maldita realidad que me perseguía.

Al fin acepto que este amor es intenso, aunque jamás creí que me iba suceder a mí. Pensé que nunca llegaría a sentir nada por nadie pero ella lo ha logrado. Esta, definitivamente, es una prueba que en la vida nada es eterno. Con ella siento que me he convertido en alguien mejor y me siento capaz de

hacer cualquier cosa por ella, compondría canciones todos los días si así me lo pidiera, incluso la dejaría ir, aunque me duela reconocerlo; si ella no lograra ser feliz conmigo, le dejaría el camino libre.

Andrea se mueve y roza mi piel con la suya. Su pecho queda apoyado en la cama y su trasero un poco levantado por la extraña posición en que dejó una de sus piernas. Bajo mi rostro y le dejo un reguero de besos por toda su columna vertebral. Quisiera tatuar mis besos en su piel, que todos sepan que es mía. Gime dormida al sentir mis labios y ese simple sonido hace que mi polla se despierte. Muerdo sus nalgas tentadoras y gruño al sentir el delicioso olor de su

sexo. Paso mis labios por su piel, pero su hermoso coño me llama como un dulce albaricoque, así que abro un poco sus redondeadas nalgas y lo lamo.

Siento que Andrea despierta porque emite un suspiro y como reacción levanta un poco más su culo, dándome más apertura a su caliente sexo. Se voltea completamente y me separo de ella bajo su atenta mirada. Pestañea varias veces adaptándose a la oscuridad de la habitación, se sienta y yo me arrastro hasta donde está sentada para robarle un beso, tomo su pecho sintiendo a través de él los latidos de su corazón que son también los míos. Ella borra de golpe mis miedos y todas las dudas que siento, adormece mi dolor

convirtiéndolo en amor. Los ecos de mi pasado, que aparecen siempre en mis noches de insomnio, los borra con su sola presencia. Andrea es todo y mi corazón me revela una gran verdad esta noche:

La amo.

Rompo el beso y ella suspira.

Tomo con mis dos manos su cadera y nos doy vuelta. Ella ríe, haciendo que ese sonido sea música para mis oídos.

—Guillermo —me llama divertida—, es de madrugada.

—No me importa —respondo.

Andrea queda sobre mi pecho, su hermoso cabello hace una cortina que oculta nuestros rostros y me apodero de sus labios nuevamente, la beso porque

deseo transmitirle mi amor y porque quiero que, si algún día tiene que irse de mi lado, me recuerde. Esa será mi agonía, decirle adiós, porque me voy a perder. Ella restriega su húmedo coño contra mi polla sin conocer mis pensamientos, y yo bajo una de mis manos para guiar mi miembro a su entrada.

Ella simplemente se mueve lentamente hasta introducirla toda en su sexo. Gemimos al unísono rompiendo el beso. Andrea empieza a moverse encima de mí, su hermoso cuerpo se irgue como una hermosa amazona cabalgándome. Llevo mis manos a sus caderas rigiendo sus movimientos. Echa su cabeza hacia atrás y su hermoso cabello roza mis

piernas. Está cerca del orgasmo, lo sé porque su coño aprieta mi polla tratando de exprimirla. No aguanto más porque quiero catapultarnos al más profundo de los éxtasis, así que empiezo a dominar la situación penetrándola más profundo desde abajo, haciéndole sentir que también quiero lo mismo con ella. Su sexo empieza a contraerse hasta que llega al orgasmo gritando mi nombre y mojando todo a su paso. Nunca he visto algo así, pero la sigo gritando su nombre y llenándola de mí semen.

Ella cae sobre mi pecho con la respiración entrecortada y me dice:

—Cada día te quiero más.

Recojo su cabello y acaricio su espalda sin responder a lo que ha dicho.

Simplemente me da miedo que sepa lo mucho que la amo.

Cuando sus respiraciones son constantes sé que se ha dormido, y por primera vez en este mes duermo toda la noche. Todo se siente como si fuera correcto y Andrea... Andrea...

Andrea es mi hogar.

# Capítulo 23

**Y**a ha pasado un mes desde que todo comenzó, pero lo más importante de todo ha sido estar a su lado cada día y conocer lo poco que me deja saber él.

La gira sigue su curso. Guillermo se entrega en el escenario dejando todo y

los titulares de prensa aseguran que ésta es la gira más exitosa de Sur América en mucho tiempo. Comentan que la puesta en escena sorprende en los diferentes lugares donde se presenta. Eso me emociona, porque me ha dado tiempo de incorporar a los demás bailarines y no hacer algunas canciones en solitario.

Nuestra relación va encaminada en algo diferente a lo que planteamos, o eso creo yo; el único mal tercio en toda esta historia es Alonso. Él es la persona más asquerosa que he tenido cerca en mi vida, sus miradas morbosas son constantes y creo que hasta Guillermo se ha dado cuenta ya que no me ha pedido estar de nuevo en ningún sitio a solas con Alonso. Por supuesto, este no ha

dejado de lado sus comentarios lascivos, siempre los suelta lo más lejos posible de Guillermo, y claro está, me asqueo al punto de querer confesarle todo a su hermano. Alonso parece una sombra que se cierne y me llena de miedo. Él siempre está cerca y las pesadillas de Guillermo casi siempre se presentan cuando discuten entre ellos.

Guillermo y yo hemos tratado de llevar una relación cordial cuando estamos con el equipo, él lo hace sobre todo para evitar comentarios, pero cada vez que se le presenta la oportunidad de marcar territorio, lo hace. Somos una pareja, algo que no se puede ocultar, ya que hemos compartido la cama todas las noches desde el día que perdí mi

virginidad. Me siento sobre de una nube en la que vamos sobrevolando en este momento.

Nuestra próxima parada es Argentina, por casi quince días, y luego Chile. Sonrío al observar a Guillermo mientras duerme como un bebé a mi lado en el avión. Al terminar el espectáculo en Paraguay salimos directo al aeropuerto. Este es un vuelo privado, el equipo viajará mañana ya que se quedaron para desmontar todo. Activo mi *iPod*, busco mi lista de reproducción para relajarme y le doy *play* a La Primavera, de Chopin. Cierro los ojos y me relajo hasta dormirme.

Me despierto desorientada en la habitación de un hotel. Siento el calor de un cuerpo a mi lado y un brazo moreno me aferra por la cintura, me trato de zafar pero Guillermo se queja haciendo más fuerte su agarre.

—Guille, tengo que ir al baño —le digo.

Él se queja y suelta una serie de palabras que me hacen reír. Me levanto de la cama con cuidado de no despertarlo y corro hasta el baño para poder orinar. Nos dormimos con la ropa de viaje de lo agotados que estábamos de la gira.

Al regresar me asusto. Guillermo se

remueve nervioso, da un alarido de dolor y gimotea como un niño. Me acerco y acaricio su rostro.

—Amor, despierta... despierta soy yo —le digo nerviosa.

—¡No me toques! —grita.

—Guillermo soy yo despierta, por favor. Soy yo Andrea.

¡Dios estoy asustada!

—¡Suéltame! —grita y me da un empujón que me tira de la cama.

¡Me cago en su madre!

¿De qué coño van esas pesadillas?

El ruido es tan fuerte cuando caigo que él se despierta desorientado y me encuentra con los ojos llenos de lágrimas en el piso.

—Andrea... —Se levanta y se

arrodilla delante de mí, me toma del mentón para acariciar mi rostro y yo le quito la mano asustada—. Te hice daño —me dice dejando caer su mano.

Pasa nervioso sus manos por el cabello y yo, muerta de miedo, me hago un ovillo en el piso. Se levanta, recoge su móvil de la mesa de noche y sale de la habitación dejándome sola. Me levanto para tomar el mío, marco el número de mi prima y al tercer tono me responde:

—Carajita, me agarras escribiendo —me dice con voz cantarina y sollozo al escucharla—. ¿Andy qué pasa? —me pregunta con voz preocupada.

—Lore... yo... —se me escapa otro sollozo—. Yo hice todo mal.

—¿Qué hiciste mal?, Andrea, responde que me preocupas.

—Ay prima... ¡te necesito! —le digo.

—Andrea, deja de decir estupideces y dime qué coño te pasa — me grita exasperada.

Respiro hondo y comienzo a contarle lo que me ha pasado en estas semanas, cómo este tren llamado Guillermo me ha llevado junto a él y me embiste contra una pared de ladrillo cada vez que puede; que me ha llevado a sitios donde nunca había estado.

Ella, como siempre, me escucha sin emitir ninguna palabra y yo solo oigo su respiración hasta que por fin le confieso todo.

—Lo quiero Lorena... estoy enamorada de él y me da miedo todo lo que estoy sintiendo.

Ella suspira.

—Joder, Andrea. Te has metido en la boca del lobo... —me dice—. ¿Sabes por qué son esas pesadillas?

—No...

—Andrea, ten cuidado. Todo lo que me cuentas me preocupa y su hermano es un sádico, además todo esto parece agarrado de los moños. Tú no eres así... tú eres la racional de las dos, estás actuando por primera vez como alguien de tu edad, pero me asusta que él no sea adecuado para ti.

*“A mí también me asusta todo”*  
pienso.

—¿Qué hago? —le pregunto asustada.

—Habla con él, que te diga todo; pero Andrea, ve con cuidado esto no pinta bien.

—Lo quiero... —susurro.

—Princesita, es tu primera ilusión... —Suspira y me dice—: Prima, que no te ciegue; el amor a veces lo hace.

El amor nos hace ciego y locos.

Siento que está abriendo la puerta. Me despido de Lorena y corro a la cama sentándome de golpe. Guillermo entra con rostro circunspecto, toma su maleta, yo me levanto y lo tomo por su brazo.

—Por favor no te vayas... —le pido en susurro.

Él niega y suspira.

—No puedo, te hice daño.

—No lo hiciste y solo me asuste. —

Guillermo se gira y se queda observándome, yo me acerco a él y lo abrazo—. No te vayas... —le pido—, no quiero estar sin ti.

Se nos escapa una exhalación de alivio a los dos, siento que si él me deja me perderé en el proceso. Guillermo me carga hasta la cama y nos acuesta, me abraza haciendo cucharita y yo respiro aliviada de sentirlo cerca. Sí, tengo miedo de esta relación, lo confieso, pero tampoco quiero alejarme de él, me importa una mierda los problemas y sus miedos.

Lo amo...

¡Dios lo amo!

Guillermo se remueve un poco haciendo más fuerte su agarre. Yo entrelazo mis manos con las suyas y me siento en casa.

—Yo estoy muy jodido, Andrea, y no quiero hacerte daño —me dice preocupado—. Deberías alejarte de mí, yo...yo no soy lo que piensas...

*“Ya sé que no eres lo que pienso”* pienso.

—Puedes confiar en mí, yo... —titubeo—: Quizás yo pueda ayudarte.

Guillermo suelta un resoplido, acaricia mi cabello y deja un beso en él.

—Me encanta el color de tu cabello —dice cambiando el tema—. Me encantan tus ojos azules que son como

dos zafiros, me encanta cuando bailas y lo haces para mí olvidando el mundo que nos rodea y solo con eso me conformo. —Su voz suena cansada—. Tú eres lo que más quiero y sé que no te merezco... deberías irte... pero aunque sé que es lo mejor no quiero perderte.

Ahogo un sollozo y entonces por mí mente pasan miles de recuerdos, pero lo único que sale es mi historia:

—Yo acaba de cumplir los doce años cuando mi padre dejó a mi madre por una mujer de veinticuatro años. Ese día encontré la casa destrozada, mi madre borracha y a mi hermano tratando de calmarla.

Sollozo al recordar a Jorge, mi hermano, mi amigo y la persona que me

cuidaba y me amaba tal cual soy, que se fue pronto por las manos de unos desgraciados que le arrebataron la vida.

»A mi madre se le rompió el corazón, mi padre era su único amor..., la depresión la sumió en un estado en el que ella misma se perdió, se hundió en el alcohol. —Guillermo me abraza fuerte contra su cuerpo—. Pasaron los años y Jorge, que era mayor que yo por dos, tuvo que asumir las riendas del hogar. Mi padre se olvidó de nosotros y sobornó al juez para agilizar el divorcio. Un día salía de un ensayo en el ballet y mi prima me llamó al móvil, me pidió que fuera a casa lo más pronto posible.

Cierro mis ojos, ese fue el día más

triste de mi vida.

»Por mi mente pasaban miles de imágenes de mi madre en diferentes escenarios, pero al llegar la encontré llorando y mis tíos tratando de calmarla. Mi padre estaba en casa pero no estaba mi hermano, Lorena salió de la nada y me abrazó llorando.

Recuerdo todo en mi mente como si estuviera pasando en este momento exacto y me estremezco al recordar lo injusto que mi padre fue con nosotras.

» Yo de nuevo busqué con la mirada a mi hermano y no lo encontré, solo escuché a mi madre gritarle a mi padre: Debiste ser tú. En ese momento no entendí nada hasta que volvió gritar: Debiste ser tú a quien matara.

Rompo en llanto y Guillermo me abraza fuerte, mi cuerpo tiembla y lo dejo salir todo, me susurra palabras de amor para calmarme.

»Todo lo que sucedió pasó en un lapso de tiempo bastante rápido. Del funeral me acuerdo poco y creo que fue la última vez que hablé con mi padre; yo salí adelante con la ayuda de mi prima porque mi madre es una alcohólica y mi padre no me habla. A mi hermano lo mataron saliendo del edificio donde mi padre tiene la empresa. Se resistió a un secuestro.

Esa es mi historia. Ese es mi dolor. Esa es mi pérdida. Todos tenemos una. Todos tenemos demonios.

—Andrea... —Guillermo susurra

mi nombre.

—Todos tenemos un pasado. Algunos dejan secuelas menores y otros mayores Guillermo; por favor déjame entrar y no compliques esto... yo tendré paciencia, pero por favor, no me hagas perder la fe que tengo.

*“Porque te tengo mucha fe y no quiero perderla”* pienso.

Guillermo me gira y yo me escondo en su pecho, inhalo su aroma amaderado; yo le pertenezco pero hay algo que me dice que nos vamos alejar, que esto va acabar tan rápido como comenzó.

—Andrea... quédate a mi lado, no quiero que te vayas. —Respira profundamente y continúa—. Tú eres

todo lo que necesito, aunque no me creas. Yo sé que este amor no es fácil de ver, pero si yo te abro las puertas de mi infierno saldrás huyendo y te perderé, sé que lo haré.

Suspiro. Yo también sé que lo perderé, pero las palabras sobran en este momento, prefiero quedarme en sus brazos sintiéndome en mi hogar. Estoy caminado descalza sobre brasas y simplemente Guillermo me está mostrando la salida de tanto dolor.

Yo quiero correr el riesgo de quedarme a su lado...

Él es lo que más quiero.

# Capítulo

## 24

**L**a primera parada en Argentina es la capital y tenemos dos días para descanso. El primer día no salimos de la habitación del hotel tratando de

hacernos olvidar lo que vivimos esa madrugada. El segundo día decidimos que debemos salir a conocer. Me rio al vestirnos, escogemos ropa sencilla pero parecida; él usa unos jeans negros desgastados, se ven desteñidos de tanto lavarlos, están rotos en la rodilla izquierda; una camisa de manga larga de cuadros, abierta y una camiseta de Guns N'Roses. Me burlo de él porque es un artista pop y me responde:

—Todo llevamos un poco de metal en el corazón.

Suelto una carcajada y me sigo vistiendo. Yo elijo unos jeans desgastados y rotos, su camiseta de Los Ramones que me queda inmensa y un suéter; los dos usamos zapatillas

*Converse.*

Salimos de incognito... bueno, realmente es Guillermo. Usa una gorra y unos lentes tipo aviador.

Recorremos Buenos Aires como dos turistas. Primera parada: el Cementerio de la Recoleta. Me sorprendo al encontrar las bóvedas y mausoleos que hay en este cementerio, que no era más que un convento de los monjes Recoletos; pensábamos que iba a ser un recorrido tranquilo pero estaba lleno, y más, la tumba más visitada, la de Evita Perón, la primera dama inmortalizada en la historia.

Nuestra segunda parada es el barrio más vistoso de la ciudad, vamos a La Boca. Me encanta la historia de este

barrio, además es uno de los más insignes en Buenos Aires ya que fue inmortalizado por el artista Benito Quinquela Martín; nos perdimos por su caminito y sus conventillos, tomamos una cerveza en un lugar llamado Caminito Tango, donde los acordes de este baile sensual inundan nuestro oído. De pronto una idea se me pasa por la mente.

—¿Y si tú y yo bailamos un tango en el próximo concierto?

Guillermo pone los ojos como platos y yo sonrío.

—Estás loca, apenas logro seguirte los pasos y ahora quieres bailar tango —me responde riendo.

—Vamos no seas miedoso, al llegar

practicamos y luego mañana otro rato...

—¡No! —me responde riendo.

—Tenemos tres días... —le digo y hago un puchero.

Me da un pico y me susurra en mis labios:

—Eres una loca pelirroja.

Olvido el tema por ahora y lo sabe.

Entramos a la Bombonera, el estadio del club más emblemático de toda Argentina, el Boca Juniors. Nos tomamos fotos como una pareja con una relación normal dónde dos jóvenes enamorados están viajando juntos. Nos reímos cuando le pedimos a una chica que nos tome una foto y ella le pregunta si es Guillermo Cruz, pero él le

responde que siempre lo confunden con él.

Terminamos el recorrido en el Deli de un amigo que tiene cinco años en Buenos Aires, el lugar se llama *El Posto Mercato*, es atendido por sus dos dueños. Dos venezolanos emprendedores que se fueron del país en busca de un mejor futuro. Disfrutamos de un sándwich de pernil que es digno de los famosos sándwiches que preparan en un lugar llamado La Encrucijada en el estado Aragua en Venezuela, de donde son estos dos chicos. Tomamos un vino tinto recomendado por los dueños y disfrutamos de un ambiente tranquilo y lejos de las cámaras. Encontrarme con amigos tan lejos de mi país remueve

sentimientos de añoranza dentro de mi corazón.

Al llegar al hotel, mientras Guillermo está tomando un baño decido llamar a mi madre. Ella contesta con voz cantarina y al escucharla emocionada porque la he llamado hace que me sienta cerca de casa. Hablamos de todo un poco y por fin me atrevo a preguntarle:

—¿Cómo vas con la sesiones?

—Un paso a la vez hija, un paso a la vez... Es difícil, tengo mi primera ficha, es algo así como una ficha de apuestas. —Se ríe—. La del primer mes sobria y puedo confesarte que no ha sido fácil. Es una lucha que tengo cada día al despertar o al dormir y no sabes lo que cuesta no tomarme un trago cuando

siento que la garganta se me seca, pero cuando creo que voy a desfallecer llamo a mi padrino y le pido ayuda, además tu prima es un ángel que no me abandona. También tuve que aprender a perdonar y a perdonarme. —Suspira—. Te extraño hija.

—Y yo a ti, mami. —Veo que Guillermo sale del baño con una toalla amarrada a su cintura—. Ten fuerza de voluntad, hazlo por ti y por Jorge, a él no le hubiera gustado verte así...

Mi madre solloza al escuchar el nombre de mi hermano.

—En un mes cumple cinco años....  
—me recuerda.

—Lo sé y yo te llamaré ese día, lloraremos juntas su pérdida, pero

recordaremos los momentos felices que vivimos. Ahora tú colgarás e irás a la sesión y yo bailaré para él. Yo no lloraré y tú no vas a beber, prométeme eso mami —le pido.

Le pido a Dios que mentalmente que mi madre lo logre.

—Te lo prometo princesa, lucharé por mí y por ti —me dice con la voz quebrada—. Hija, tú padre quiere hablar contigo.

Su tono de voz me indica que esta incómoda. La sangre se sube a mi cabeza cegándome del odio.

¿Qué quiere?

—Yo no tengo nada que hablar con él —le digo cortante.

—Andrea, tienes que aprender a

perdonar —me dice mi madre—. Yo tuve que hacerlo como parte de mis pasos para sanar y él necesita contarte algo.

—Mamá, tengo que colgar. Te amo, te llamo luego.

Cuelgo y cierro mis ojos. Guillermo se sienta a mi lado y me abraza.

—¿Todo bien? —pregunta.

Asiento y me levanto sin responder a su pregunta porque no lo estoy. Me dirijo a la ducha y al entrar al baño tranco la puerta con pestillo. Mientras estoy lavando mi cuerpo algunas lágrimas se asoman en las comisuras de mis ojos, lavo mis manos de los restos de jabón y las borro. Yo juré hace tiempo no llorar por él y muchas veces

quisiera navegar un mar de olvido sin el fantasma del desastre que dejó el divorcio de mis padres.

Al salir encuentro a Guillermo entretenido con un programa de pingüinos, es la segunda vez que lo encuentro en eso. Me acuesto a su lado y me distraigo un rato viendo la televisión con él.

—¿Por qué siempre ves programas de pingüinos? —le pregunto.

Guillermo se ríe y me abraza, dejándome escuchar los latidos de su corazón.

—Es que son los animales más fieles entre sí —me dice.

—¿Cómo así?, fieles son los perros —le digo.

Guillermo suelta una carcajada.

—Nena, no ese tipo de fidelidad. Te hablo de la que muchos seres humanos buscamos. ¿Sabías que los pingüinos emperador al encontrar su pareja son fieles hasta morir? Es cómo en la película *Happy Feet*, Mombo no encontraba su voz para hallar a su pareja, temía perder el amor de Gloria. Me parece simplemente asombroso el poder que tienen entre ellos, su amor es para siempre. Además, los machos cuidan de sus crías desde que está en el huevo. Es impresionante.

Realmente lo es, hago una nota mental de ver *Happy Feet* con él.

—¡Ahhh! —respondo—. ¿Entonces tú quieres encontrar a tu pingüina? —le

pregunto haciendo círculos en su pecho con mi dedo.

Guillermo suelta una risita.

—No sé si quiero, pero creo que la encontré sin buscarla. —Toma mi mentón y alza mi rostro. Nuestras miradas se encuentran—. Sólo que creo que ella no lo sabe.

Me da un beso casto y las mariposas dentro de mi estómago empiezan a volar.

—Te dedico *Penguin* de Christina Perri —le digo y no sé dónde me sale dedicarle esa canción.

Guillermo me besa apasionadamente, cierro los ojos dejándome de llevar. Sube mi camiseta, que es lo único que llevo puesto

dejándome desnuda. Toma en su mano uno de mis pechos y lo aprieta arrancándome un gemido. Va dejando un reguero de besos por mi oreja, cuello, hombro, brazo y sube jugando con su lengua, dejando otro reguero hasta el otro lado; en el hueco de mi cuello deja besos dispersos bajando por mi pecho y atrapando un pezón entre sus dientes. Lo muerde, lo lame y lo sopla sensibilizando la zona. Repite lo mismo hasta que se me escapa un gemido.

Esto es placer.

Baja con su lengua hasta mi monte de Venus y deja un beso inocente sobre él. Atrapa con sus manos mis caderas y da una primera lamida a mis pliegues. El morbo me gana y me siento en la cama

sosteniéndome en mis brazos para observar como disfruta oralmente de mi sexo.

Su mirada verde cargada de deseo se cruza con la mía esbozando una sonrisa traviesa. Guillermo besa la cara interna de mis muslos, gimo ante la sensación de su barba de tres días raspando mi piel. Tienta mi sexo un poco más, se dispone a torturarme cuando besa mi abdomen, se detiene en mi ombligo jugando con él y echo la cabeza hacia atrás sumida en el placer.

Guillermo me excita infinitamente y pierdo el aliento cada vez que me hace el amor de esa forma. De pronto me jala por las caderas y me dice con voz cargada de morbo:

—Quiero saborearte hasta que tu orgasmo que calme mi sed de ti.

¿Ven los que les digo?

Guillermo es un cien es la escala del uno al diez.

Baja su cabeza nuevamente e introduce su lengua, penetrándome con ella. Yo me restriego contra su cara como una gata en celo buscando más de placer y él lo entiende. Su lengua sale de mí y empieza saborearme como si estuviera sediento de mí. Llevo mis manos a su cabello jalando algunos mechones y él gime guturalmente. Vuelvo a hacerlo para empujarlo más a mi sexo y Guillermo en respuesta muerde delicadamente mi clítoris, haciéndome gritar de éxtasis.

Suelta una mano de mi cadera y me penetra con tres dedos a la vez mientras su lengua hace círculos en mi centro de placer. De pronto siento un cosquilleo que se acrecienta en mi sexo y espalda.

Empiezo a moverme más contra su boca y presiono su cabeza para que no me suelte. Mi respiración se acelera y le pido ciega del deseo:

—Más... más, Guillermo, más... —  
Aferrándome a su cabello.

Él me obedece. Como un adicto a mi sexo muerde, chupa y lame mi clítoris desesperadamente, haciéndome explotar en un orgasmo que me hace ver hasta las estrellas, de eso tipo *Buzz Lightyear*, al infinito y más allá. Lame cada gota de mi explosión y cuando mi

cuerpo deja de convulsionar se sienta sobre sus piernas, pasa su lengua por sus labios como saboreando los restos de mi clímax y me penetra de una sola estocada. Jadeamos. Nos gira en la cama con él dentro de mí, dejándome a ahorcajas sobre él.

—Cabálgame, Andrea, fóllame lentamente —me pide con voz cargada de deseo.

Empiezo a moverme despacio y me apoyo de sus hombros. Subo y bajo en su erección y gimo al sentir lo duro que se encuentra su pene, la manera cómo palpita dentro de mi sexo. Se le escapa un sonido gutural de la garganta en cuanto empiezo hacer mis movimientos un poco más rápidos.

Se sienta sobre la cama y toma mis pechos entre sus manos. Juega con ellos con su lengua, los aprieta y los lame. Sentir como se apodera de ellos me provoca un gemido porque están muy sensibles, pero al escucharme sale a mi encuentro, toma mis caderas para presionar más nuestros cuerpos y penetrarme un poco más profundo.

Continúo mi lento vaivén. Él se queda embelesado viendo cómo le hago el amor entre jadeos. Sus dedos recorren mi columna vertebral y se enredan en mis largos rizos.

—Tu cuerpo es mi perdición. Soy un cautivo de tu cuerpo, cielo —me susurra.

Gimo, porque el placer no me deja

contestarle.

El placer no me deja hablar, por eso solo lo beso y mi cabello cae como una cortina. Él lo toma y me separa para ver el ondeo de mi cuerpo sobre el suyo. Sujeta mis nalgas y empieza a dirigir mis movimientos para hacerlos más rápidos y fuertes. Logro besarlo de nuevo, entregándonos a la pasión.

En nuestros besos hay palabras no dichas y promesas sin pronunciar.

—Me voy a correr —le aviso cuando siento de nuevo que el orgasmo se va apoderando de mí.

—Prométeme que nunca me dejarás, Andrea —me pide llegando al clímax.

—Nunca —grito—. Nunca —repito fundida de placer.

Guillermo me penetra dos veces más, terminando de vaciarse completamente en mi interior. Cuando caigo exhausta sobre su hombro, me abraza y se acuesta llevándome con él. Dejo un beso suave sobre su pecho y siento cómo los latidos de su corazón vuelven a su ritmo normal. Sale de mí cuidadosamente mientras sus fluidos humedecen mis muslos.

Nos acostamos y me abraza contra su cuerpo. Mi nariz está hundida en el hueco de su cuello inhalando su aroma, una combinación perfecta de su perfume y sexo.

Guillermo juega con mi cabello mientras los dos nos calmamos, porque la intensidad de este orgasmo no se

compara con ninguno que hayamos tenido. Hoy sobraron los “te quiero”. Los dos en el fondo sabemos que sentimos más que eso; no deseamos quedarnos sin nuestro amor y estamos aferrados a este sentimiento que nació y crece cada día más entre los dos.

—Temo que me dejes —le susurro.

—Yo también tengo miedo que me dejes —me responde dándome un beso en la frente—. Más de lo que piensas.

# Capítulo 25

**H**oy tengo muchas cosas en mente...

Hoy es el día...

Voy por ti zorrita...

# Capítulo 26

**D**esperto sola en la habitación sintiéndome desorientada, busco a Guillermo pero hasta el baño está vacío. Trato de no pensar que lo ha hecho, dejarme sola, y me doy una ducha. Busco todo lo que necesito para estar un

rato en el gimnasio del hotel. Salgo de la habitación encontrándome a Teresa que esboza una sonrisa al verme y le propongo acompañarme, a lo que ella acepta encantada mientras conversamos de lo que ha hecho estos días.

Ella decide hacer *Spinnig* y yo tomo la caminadora. Corro por cuarenta minutos y mantengo la mirada perdida en el infinito con Maroon five y su canción *Animal* sonando en mis oídos. El mismo presentimiento de que alguien me observa se instala en mi estómago y la piel de mi cuello se eriza. Decido terminar de trotar, bajo de la máquina y me encuentro a Teresa sentada en una de las máquinas. Está embelesada viendo a Eduardo, uno de los músicos de

Guillermo.

—Estás pillada —le digo muerta de risa.

Ella suspira y toma un trago de agua de su botella, me hace un gesto con su mano como tratándome de decir que estoy loca.

—Para él no existo —responde con melancolía.

¡Auch!

¡Mal de amor!

—No seas mentirosa, he visto cómo te mira —le respondo y me observa asombrada.

La verdad es que a veces somos tontos cuando nos gusta alguien.

—¿Estás segura? —me pregunta y yo asiento—. ¿Cuándo?

—Cuando salimos en grupo él no te quita la mirada de encima y creo que uno de los dos tiene que dar el primer paso —le digo.

Se le escapa un gemido lastimero.

—Yo no puedo —me dice.

Una idea se cruza por mi mente y le propongo:

—Hoy tenemos la noche libre, ¿por qué no organizas una de esas salidas locas tuyas y disfrutamos?

—¿Qué maquinas?

—Nada, avísame si se da todo. —

Alzo mis hombros—. Voy a ensayar un poco.

—Vale...—responde y yo sonrío—.

Andrea...—me llama preocupada.

—¿Si?

—Ten cuidado. Todos sabemos que sucede entre Guillermo y tú... —Niega y agrega—: No es de mi incumbencia, pero los Cruz son peligrosos. Ándate con dos ojos adelante y dos atrás.

—No sé de qué hablas —le espeto molesta.

—No te molestes... —me pide.

—No hay nada entre Guillermo y yo.... —le digo.

—Sólo hazme caso... Ten cuidado.

¡Maldita sea!

Le doy la espalda molesta dirigiéndome al salón, pero la advertencia de Teresa me deja un mal sabor de boca. Observo a todos lados porque todavía tengo la sensación que alguien me sigue. Debo estar

volviéndome loca y paranoica. Niego y sigo caminando, pido permiso para usar la sala donde practican Aerobic y Pilates dentro del hotel; conecto mi *iPod* al sistema de sonido, busco una danza del vientre y como siempre me dejo llevar por cada nota musical, a ese lugar donde solo encuentro la paz que necesito. El mismo lugar donde Guillermo puede ver la luz que irradia y se siente merecedor de mi amor, donde me olvido de mis traumas infantiles. Guillermo se refiere a él como la oscuridad y a mí como una luz que lo hace brillar, entonces recuerdo un poco el equilibrio del ying y yang, quizás seamos de esa manera, que su oscuridad me completa así como mi luz a él.

Bailo por dos horas tratando de drenar las energías negativas. Desde hace días presiento que algo malo está por ocurrir. Es la misma presión que sentí antes que mi hermano falleciera.

Niego.

¿Y sí está por pasarle algo malo a Guillermo?

Me detengo de golpe tratando de alejar esos pensamientos. Me seco el sudor y tomo un poco de agua. Estoy recogiendo mis cosas pero la puerta del salón se abre de repente dejando entrar a un Alonso colérico, como una bestia al ataque. Llega hasta dónde estoy parada y cortada del miedo y no me da tiempo de reaccionar con rapidez cuando me alza por el cuello estampándome contra la

pared.

¡Va a matarme!

Su respiración está entrecortada, sus ojos están rojos, inyectados de sangre. Yo me asusto y trato de soltarme de su agarre consiguiendo solo que lo apriete más fuerte.

¡Dios ayúdame!

—Te lo advierto... no voy a permitir que ninguna zorra destruya todo lo que me ha costado construir —me dice con voz cargada de rabia.

—¡Suéltame! —le pido asustada, trato de soltarme—. ¡Ayúdenme! —grito asustada.

—¡Cállate!

Mis ojos se nublan por las lágrimas y por la falta de aire. Trato de respirar

boqueando desesperada, pero Alonso solo hace más fuerte su agarre, me jala del cabello fuerte y yo ahogo un sollozo.

—Eres una zorra más que se folla —me grita—. No conseguirás nada aquí más que te abran las piernas y te coman el coño. —Me suelta el cabello y sostiene su mano en mi cuello. Escucho que se desabrocha el pantalón—. Te voy a follar para que tengas un poco de los dos.

¡Me va a violar!

—¡Ayúdenme! —gimoteo.

—¡Calla, perra! —me espeta.

—Por favor... —le ruego—, no lo hagas...

Lloro al cielo y le pido a Dios que me ayude.

—¡Ayúdenme! —trato de gritar.

—¡Que te calles! —protesta fuera de sí.

Está drogado.

Para nadie es un secreto que es un coca maniaco, que se mete pases cada tres por dos.

Me muevo desesperada e intento gritar mientras él me toca, pero nadie llega ayudarme. Cierro los ojos y lloro entregándome a lo que vaya a pasar. Tengo una sensación de vértigo. Todo se está volviendo negro y me voy... me voy lejos.

Sé que es mi muerte.

A lo lejos escucho un golpe estridente y un grito.

Despierto asustada y desorientada en la habitación del hotel. Alguien me abraza pero trato de zafarme asustada.

—Andrea, cielo, soy yo... —me dice Guillermo acariciándome el cabello.

—Suéltame, por favor —le digo y mi voz es un hilo.

Me agarro el cuello sintiendo un dolor intenso.

Rompo en llanto.

Guillermo me suelta mientras yo alzo mi rostro y observo su rostro serio en el que no demuestra ningún tipo de emoción. Me levanto y corro hasta el

baño. Observo mi reflejo en el espejo, tengo la misma ropa de deporte, pero ahogo un grito cuando veo que mi cuello está completamente morado, entonces recuerdo todo lo que sucedió y lloro con más fuerza. Guillermo me abraza desde atrás llevándome contra su cuerpo a pesar de mi lucha.

¡Me violó! ¡Casi me mata!

¡Esa era la sensación!

—No te hará daño, no lo voy a permitir —me susurra besando mi hombro—. Perdóname, por no llegar antes.

—¿Por qué? —le pregunto haciendo una mueca de dolor, ya que al hablar siento molestias en la garganta.

—Ven —dice separándose y

ofreciéndome su mano.

Me lleva habitación, se sienta en la cama y me hala hacia él sentándome sobre sus piernas. Acaricia mi cuello delicadamente soltando un resoplido frustrado. Cierra sus ojos y yo hago lo mismo completamente destruida.

—Alonso ya se fue. No te hará daño, no volverá a ocurrir, te lo juro.

—Me iba a violar —le espeto molesta—, me iba a violar y tú me dices eso tan tranquilo. Sé que es tu hermano, pero me iba hacer daño.

—¡Maldita sea! —grita dolido—. Lo sé, pero... —Pongo mis manos en sus labios y me levanto.

—No quiero excusas, quiero la verdad... —le pido moleta.

—¡No puedo darte la verdad! —me grita, respira brusco—, solo puedo asegurarte que Alonso no estará cerca.

Tiemblo por sus gritos y él trata de tocarme pero yo doy un paso atrás alejándome. Me limpio las lágrimas, frustrada. Se levanta de la cama y camina hasta donde estoy haciéndome retroceder.

—Te ruego que salgas... —le pido —, quiero estar sola...

—Andrea... —susurra mi nombre.

Yo niego y me cruzo de brazos tratando de protegerme, le digo:

—Bailo estás dos presentaciones aquí, pero luego me voy... Guillermo, tu hermano trató de violarme solo porque tú y yo somos algo, ¿por qué somos

algo? —le cuestionó alterada—, necesito saber qué sucede contigo y tu familia, porque si yo creo que mi familia está jodida, la tuya está peor.

—No sabes cuan en lo cierto estás... —responde, suspira y agrega—: En un rato viene el doctor, solo déjame saber que estás bien.

Evade el tema y yo me enervo. No puedo creer que no él no esté dispuesto a decirme la maldita verdad para solucionar todo esto.

—¿Entonces no me dirás nada? ¿Prefieres huir antes de decirme la verdad? —protesto.

—Andrea...

—Eres un maldito cobarde, prefieres perderme... —le espeto dolida

—, prefieres perderme a decirme la verdad.

—¡No sabes la magnitud de mi verdad! —grita.

—¡Sal!...¡Sal! —grito llorando—. Quiero estar sola.

Guillermo asiente, sale de la habitación cabizbajo. Yo me acuesto en la cama en posición fetal dejando que las lágrimas salgan solas en silencio soportando además el dolor de mi garganta. Creo que Alonso me lastimó la tráquea porque la simple tarea de tragar saliva me lastima.

Hoy mi corazón se ha roto en mil pedazos al darse cuenta que nunca podré estar con alguien que esconde tantos secretos y no puede confiar en mi como

yo lo hice en él.

Las palabras de Alonso son fuego para mi mente y sé que volverá a hacerme daño con tal que mantenerme lejos de Guillermo.

## Capítulo 27

**Guillermo.**

**S**algo de la habitación pasando mis manos por mi rostro nervioso. Llegué justo a tiempo antes que mi hermano, drogado, la violará, todo por una insípida discusión donde me negué a dejarla y seguir con la estupidez de Eva.

Nunca pensé que la persona que me protegía de niño fuera capaz de contener tanta maldad. Escuchar el grito lastimero de Andrea al pedir auxilio me hizo correr hasta el salón para encontrarme con lo más espantoso que he visto en mi vida. Mi hermano, mi sangre y protector tenía los pantalones por sus muslos y con sus manos ahorcaba a Andrea que ya

estaba inconsciente. Lo que pasó luego es algo de lo que no me arrepiento. Me abalancé sobre él y mis puños se estamparon contra su cuerpo; los guardaespaldas trataron de separarnos, pero yo no paré hasta que mis nudillos ardieran de dolor y mi hermano me suplicará ayuda de la misma manera que ella lo había hecho.

Todo fue rápido. Al calmarme me acerqué al cuerpo desmayado de Andrea. Revisé su ropa y respiré tranquilo al ver que no logró tocarla. Esperé por cuatro malditas horas que despertara y ahora me corre de su habitación.

Quiere una verdad que no logrará soportar. No solo estoy sucio, también

soy un maldito drogadicto rehabilitado...  
por ahora.

Ella tiene razón. Mi familia no solo está jodida, está loca desde todos los puntos de vista que quieras buscar, y yo no puedo obligarla a estar con alguien así como yo.

Entro a la habitación contigua a la que hemos compartido en estos días. Me siento en la cama derrotado, empiezo desde ya ahogarme en su adiós, porque esto será lo que desencadene su partida.

Suspiro al recordar la primera vez que la vi bailar hechizándome con sus rizos rojos. Si ella se va, se lleva todo, y lo más importante, se lleva mi felicidad, porque una vez leí en algún lugar que la felicidad es como el

orgasmo, dura poco y por eso hay que buscarla a diario.

Cuando me pidió que saliera porque deseaba estar sola, sonaron mis sirenas avisando que todo estaba perdido. Ahora el silencio me destroza y el vacío que siento me devora por el abismo que hay entre Andrea y yo.

Sabía que esta relación terminaría tarde o temprano, pero no nunca pensé que sería de esta forma, y menos por culpa de Alonso. Siempre estaba a la espera del momento en que ella se cansara de mí, de mis secretos, de mis pesadillas o malos despertares, pero mi hermano se encargó de arruinarlo todo.

Por otro lado, admito que me había negado a renunciar a ella. A pesar que

conocía el final me había aferrado a su amor, y ella no veía las pocas muestras que le mostré de mi realidad; simplemente no quería perder su fe en mí.

Me hizo sentir que era digno de ella; Andrea sería la única razón por la que lucharía para ser un hombre diferente. Su sola presencia borraba de golpe todo lo que he vivido.

Sí, los dos estamos jodidos de alguna forma pero yo... yo no soy para ella y no debí aferrarme a ese amor que me hacía sentir vivo.

Estoy harto de los ecos de mi maldito pasado y mis malditos miedos. Quisiera ser una persona normal, poder vivir un amor tranquilo. Ser lo suficiente

bueno y ser lo que Andrea necesita, pero no puede ser así. Sus palabras resuenan en mi mente y por primera vez le doy la razón.

*—Necesito saber qué sucede contigo y tu familia porque si yo creo que mi familia está jodida, la tuya está peor.*

¿Cómo contarle mi historia?, ¿cómo decirle que no soy digno de esa inocencia y que solo puedo lastimarla?

En mi vida me había sentido tan miserable, tan vulnerable, ni cuando mi padrastro me violó por primera vez o cuando me dio la primera paliza.

No, en ese momento solo corría

miedo por mis venas, pero este miedo que estoy sintiendo ante la posible partida de Andrea me paraliza y me hace sentir que sin ella la vida se me va.

¡Maldita hora en qué Cesar apareció!

Él es el único culpable de todo, de mi infelicidad y mi poca capacidad de creer que soy lo suficientemente bueno para que alguien me quiera. Él es el culpable de la locura desmedida de mi hermano, y aunque viviré eternamente agradecido de que se interpusiera muchas veces entre nuestro padrastro y yo, nunca le voy a perdonar lo que ha hecho destruyendo lo único bueno que he tenido.

Nunca podré dejarla de amar y ya

no hay nada que decir.

Ha llegado el fin... Dios, el fin de todo... Andrea es todo en mi vida.

En ella encontré el sol. Estoy perdido y me estoy partiendo en dos, siento cómo el amor está muriendo; soy un error en su vida. Me muero por quedarme con ella pero lo mejor es dejarla ir.

Cuando amas tienes que aprender a abrir la puerta... así eso te mate y destruya. No me cansaré de escribir canciones sobre ella y sobre nuestro amor.

Tocan la puerta sacándome de mis pensamientos y al abrirla encuentro a Eduardo junto a otro hombre.

—Es el doctor —me dice.

Yo asiento y salgo.

—Gracias por venir —le digo al médico—. Le voy a pedir discreción, estoy dispuesto a pagar por su silencio.

—No tiene que mencionarlo —me responde llegando a la puerta—, vamos a ver a la paciente.

Me giro y le digo a Eduardo:

—Gracias.

—De nada hermano —me responde y se va.

Toco la puerta con delicadeza y le llamo con voz preocupada:

—Andrea...

El desasosiego se instala en mi corazón.

# Capítulo 28

**E**stoy sentada en la cama llorando y escuchando a Paloma Faith cantando *Beauty Of The End*. Unos golpes delicados en la puerta y la voz de Guillermo.

—Andrea... el doctor está aquí —  
me informa Guillermo—. Cielo... —  
Siento sus pasos, la cama hundirse y él  
abrazarme—. Denos unos minutos.

Me mece y acaricia mi cabello, se  
me escapa alguno que otro sollozo  
porque el miedo me embarga de tal  
manera que he tomado una decisión.

—Me voy...—le susurro.

—Shhh... —Besa mi frente—. Te  
lo ruego, no me abandones.

Su voz es casi un murmullo. ¿Cómo  
puede pedirme eso?

—Me va a matar... —sollozo.

Mi cuerpo se estremece y él se  
tensa por mis palabras. Estoy acabando  
con lo que tanto quiero pero no puedo  
estar con una persona que su manera de

protegerme es ocultarme la verdad.

—Te prometo que no, él no te hará nada —me dice asustado.

—¿Por qué me hizo esto? —le pregunto.

Guillermo me toma del rostro con sus dos manos. Al cruzar nuestras miradas percibo sus ojos llenos de rabia e impotencia. Pero no hay respuesta, solo hay un ruego.

—No quiero dejarte ir. Sé que debo hacerlo pero... por favor no..., no me dejes... —me dice evadiendo la respuesta y la verdad de todo.

¡Quiero la verdad!

—Quiero la verdad, Guillermo..., por favor... —le refuto. Me besa los labios castamente callándome.

—Tengo miedo. Estoy tan lleno de dudas como tú —me dice sostenido mi rostro con sus manos y juntando nuestras frentes; suspira—. Soy un mentiroso, todo lo que soy es una mentira, eso tienes que saberlo, pero te necesito ahora y siempre. Necesito de tus labios, de tus caricias, necesito tus sonrisas que me reconfortan demostrando tu inocencia, necesito tus besos que son mi vida. No te vayas por favor... Sin ti... yo... —Niega.

¿Él? ¿Y yo?

Necesito protegerme

—Quiero la verdad y es la única condición que pongo para quedarme —le respondo.

—No puedo cielo.... No quiero que

sepas la basura que hay en mí, pero ten en cuenta que te necesito Andy... —esto último me lo dice en un susurro.

Lo abrazo llorando en su hombro tratando de drenar el miedo. Este es el principio de nuestro fin.

Al calmarme Guillermo hace pasar al doctor. Este me revisa y me envía de reposo, más que todo por los nervios. Amablemente me da una pastilla para dormir. Me indica que tengo que tomar los antiinflamatorios que deja sobre la mesa y ponerme una pomada en la zona afectada.

Guillermo me da las pastillas con un vaso de agua y se acuesta a mi lado abrazándome fuerte contra su cuerpo. El sedante empieza hacer efecto al rato de

tomarlo y comienzo a atontarme hasta dormirme con él abrazando mi cuerpo.

—Te quiero, Andrea.

Escucho, pero pienso que es producto de mi imaginación mezclado con el medicamento.

—Te voy a follar —me susurra lascivamente al oído.

Trato de soltarme pero estoy amarrada a una cama completamente desnuda. Unas manos me recorren, mientras el asco me causa repulsión. Trato de gritar pero mi voz no sale. Tengo una mordaza que ahoga mis

gritos.

—Eres una perra. —Me abre las piernas y sus manos aprisionan mi cuello—. Te gusta mi polla, la vas a sentir.

Grito, lloró y nadie me escucha, pero esas manos me aprietan el cuello y siento cómo me embisten desgarrando todo a su paso.

—¡No! —grito.

Despierto asustada por la pesadilla y salto de la cama corriendo al baño, vaciando el contenido de mi estómago en el *waterclock*. Alguien sostiene mi cabello mientras lo hago, me siento en el piso temblando, limpiándome con el dorso de la mano. Guillermo se acuclilla frente a mí con una toalla húmeda y me

limpia el rostro. Al finalizar acaricia mi rostro pero yo lo retiro molesta.

Estoy molesta, llena de rabia y herida.

—Andrea —me llama frustrado.

Me levanto y paso a un lado de él. Empiezo a recoger mis cosas en la maleta. Veo que se sienta en la cama con el rostro entre sus manos completamente derrotado, los dos sabemos que este es el final.

Metó dentro de la maleta absolutamente todo. Al terminar la cierro de mala manera. Alzo mi rostro y observo en el espejo que llevo la misma ropa de deporte que tenía ayer. Busco mi móvil pero lo encuentro apagado, y al encenderlo veo que son las seis de la

mañana.

—Quiero una habitación para mi sola —le pido.

—Está bien —responde derrotado. Pasa las manos por su cabello, esa es su manera de demostrar su frustración, y me pregunta derrotado—: ¿Te irás?

Yo respiro bruscamente ¿No hará nada? ¿Me dejará ir?

—Me iré... —respondo y me abrazo buscando algún tipo de consuelo.

—Me prometiste que no te irías... —me susurra recordando esa promesa hecha en el clamor del éxtasis.

—No te atrevas a recriminarme esto —le digo.

—Andrea, te lo advertí. ¡Te lo advertí! —me repite después de un

suspiro.

—¿Qué me advertiste? ¿Qué tu hermano trataría de violarme?... No Guillermo. No me imaginaba algo así...

—Respiro hondo—: Tengo suficiente equipaje que cargar como para cargar también con esto por los dos.

Veo sus hermosos ojos verdes vidriosos y se me parte el alma.

—Andrea... Yo no puedo... —me dice negando.

—¿No puedes o no quieres? —le espeto y hago más fuerte mi abrazo.

Alza su rostro y cruzamos nuestras miradas. Derramo algunas lágrimas. Tengo que reconocer que me pierdo en su mirada y puedo caer rendida ante él.

—¡No quiero y no lo vas a cambiar!

—me grita y se levanta a la defensiva. Mira de un lado a otro nervioso, buscando qué decir para retenerme—. Si quieres irte hazlo... pero sabes que no doy segundas oportunidades.

Su advertencia muestra inseguridad, como esperando que eso me haga reaccionar.

—¿Tú crees que voy a buscarte? — le pregunto altiva, alzando una ceja mientras las lágrimas humedecen mi rostro. En dos zancadas está frente a mí.

Limpia mis mejillas con sus pulgares, junta nuestras frentes y me dice titubeando:

—Por favor... yo solo... ve dentro de mis ojos... vas a encontrar todo, por favor Andrea... —me suplica

cambiando su tono anterior. No sabe qué hacer.

—Esto era algo efímero y los dos lo sabíamos —le respondo en mi vago intento de hacerlo entender... aunque no sé el qué.

—¿Efímero? —me pregunta besando mis labios sin yo poder alejarme—. Esto es todo menos efímero, de eso puedes estar segura.

Solo el amor puede herirnos..., solo el amor puede destruirnos y yo lo estoy viendo en carne propia.

Tomo sus manos y me suelto de su agarre. Exploto.

—¡Tengo miedo! —Lo señalo y luego a mí con mi mano—. Esto... me da terror, me asusto que esto sea mentira.

Siento que te amo pero veo que esto es solo sexo para ti. Tú... tú no confías en mí... no valgo lo suficiente para saber lo que te atormenta, no quieres que te ayude, no me dices nada... ¡no me dejas entender! —Guillermo trata de abrazarme y me alejo—. No puedo seguir de esta forma. —Cierro mis ojos y exhalo el aire que tenía contenido—. Voy a terminar la gira y no por ti, es por mi ética de profesional, pero entre nosotros ya no habrá nada más que eso... trabajo.

—Andrea, no tienes que...

—Si tengo. No puedo dejar tirado todo. Tengo un compromiso que cumplir, y créeme que deseo con todas mis fuerzas regresar a mi país, pero no

lo haré porque soy responsable. No debo mezclar las cosas. No puedo permitir que este desastre afecte las presentaciones, además... —titubeo un poco—, quizá en este tiempo tú...

—No sigas por ahí Andrea... eso no va a pasar.

—Lo entiendo —digo sarcástica—. Ya sé que no quieres que te ayude. No me dices nada... ¡No me dejas entender lo que hay en ti! —Me siento en la cama exaltada nuevamente y paso mis manos por mi rostro sofocado—, pero... aunque sé que no lo mereces, estaré aquí por si en algún momento necesitas que alguien te escuche... como amiga. Nada más que eso. No es sano guardárselo todo Guillermo.

—No sigas por favor —expresa con un gesto de dolor.

—¡Es que quiero que confíes en mí! —le reclamo poniéndome de pie. Meto mis dedos en mi cabello por la desesperación de no hacerlo entrar en razón—. Yo te conté todo. Algunos también estamos jodidos. ¿No lo ves?... ¿qué tengo que hacer Guillermo?

—¡Nada!... ¡No tienes que hacer nada!... —dice alterado—. Esto soy yo Andrea, así soy y te lo advertí. ¡Te dije que estaba podrido, maldita sea!

Está cerrado. Creo que moriré sin saber qué le sucedió, pero hay una leve luz de esperanza que se niega a desaparecer, que me impulsa a insistir. No sé por qué siento que este tema se ha

convertido en una especie de obsesión para mí.

Pero eso no es todo.

Sé lo que es cargar con sentimientos y recuerdos guardados, ocultos por tanto tiempo. Conozco la sensación de cargar un mal pasado, así como sé que al desfogar, todo se vuelve más liviano.

Todavía faltan días para que termine la gira, así que tendré tiempo para seguir hasta hacerlo confesar, al menos como amigos.

*“Eso ni tú te lo crees, Andrea”*

—Está bien Guillermo —le digo aparentando seguridad—, respetaré tu silencio, así como necesito que respetes mi espacio, que no me busques a menos que sea por trabajo o para algo que...

que necesites contarme. —Suspiro exasperada—. Me quedaré por el tiempo que hace falta pero... mantén a tu hermano alejado de mí, porque si vuelve a ponerme una mano encima, lo voy a denunciar.

Él, resignado y con una mirada ausente asiente y me dice:

—Puedes quedarte la habitación. — Camina hasta la puerta pero se detiene un segundo—. Esto se acaba aquí y ahora. Respetaré tu decisión.

Abre la puerta y al salir yo me siento en el piso a llorar. Me tiembla el cuerpo de todos los sentimientos que tengo en este momento y el dolor que me está empezando a destrozar por dentro.

Él me advirtió muchas cosas pero

nunca que su hermano podría hacerme daño. Prefiere guardarse todo a contarme la verdad. Odio haber creído en él. Odio haber sonreído por él y odio haberme enamorado de él, pero lo que más detesto es que todavía mantengo la fe de que esto, no está perdido.

# Capítulo 29

**L**lego a al camerino para el show que haré con Guillermo. Se me cae el alma a los pies cuando abro la puerta y encuentro las paredes llenas de mis fotos con los ojos quemados. La mayoría del vestuario está hecho añicos; en el

espejo, con una caligrafía casi inentendible, está escrito con lápiz labial:

GANASTE UNA BATALLA, PERO LA GUERRA NUNCA... RECUÉRDALO.

Me tiembla el cuerpo porque sé que esa es una advertencia de Alonso. Todas las fotos son recientes de los diferentes conciertos.

¡Esto es una locura!

Me visto asustada ignorando lo que me rodea y maquillo los hematomas. Trato de calmarme porque ésta será la última vez que ellos podrán hacerme daño.

De pronto la puerta se abre y Guillermo entra eufórico, me toma por

los brazos estampándose contra mis labios. Yo me resisto separándome de él y le suelto una bofetada que le cruza la cara. Él me mira molesto y me fijo que sus ojos están inyectados de sangre.

—¿Estás... estás drogado? —le pregunto extrañada. Esto no puede estar pasando.

Guillermo se ríe eufórico y empieza a caminar de arriba abajo sin parar mientras se pasa la mano toscamente por la nariz.

—¿Qué sucede tía? ¿Nunca me habías visto así? —me pregunta burlón.

Me quedo viéndolo decepcionada. Lo observo por unos segundos y veo sobre su labio inferior una leve mancha de polvo blanco.

Niego con la cabeza. ¿Acaso es una maldita broma?

Doy unos pasos hacia atrás, alejándome.

Guillermo mira las fotografías quemadas que hay en las paredes, pero ni se inmuta.

—¿Querías saber la verdad? ¡Pues acá la tienes! —Ríe histérico—. Esto es lo que soy.

—Guillermo... —susurro su nombre.

Agarra una silla y la coloca frente a una pequeña mesa. Se sienta e inmediatamente saca un sobre que contiene esa maldita droga. Coloca un poco sobre la base y con la orilla del papel la alinea perfectamente; se inclina

hacia delante, tapa uno de los agujeros de su nariz y bajo mi atenta mirada, inhala la cocaína.

Lo miro conmocionada y al borde de las lágrimas. Él, que conoce lo que he vivido con mi madre, me ocultó esto.

Al terminar se limpia como si acabara de hacer lo más normal del mundo.

—¿Lo ves?... esto es lo que soy, ¡un maldito drogadicto!... —me grita.

Me niego a creer esto, pero acabo de ser testigo.

—Eres una maldita decepción... ¡te odio! —le digo con voz cortada.

—¿No querías la verdad? Pues acá la tienes —me dice estirando apoyándose en el respaldar de la silla y

abriendo los brazos—. Ahora sí puedes irte... esta es razón por la que debes alejarte de mí.

Se levanta y sale del camerino dejándome de nuevo rota. Seco mis lágrimas. Como decimos los artistas:

“El show debe continuar”.

Por ahora dejo todo este maldito drama, pero por dentro mi corazón está muerto por el dolor.

Hoy se ha apagado toda la esperanza que alguna vez existió.

# Capítulo 30

**L**a primera parte del concierto Guillermo se comportó eufórico y algo torpe. Todos los del equipo saben lo que sucede, pero callan, solo observan preocupados a distancia.

Yo por mi parte he bailado, bailado con la mente lejos de aquí porque lo que vi hace una hora me ha destrozado el alma. Este era el empujón que necesitaba para irme y no regresar de nuevo. No puedo creer que me perdí en la señales. Ya que es verdad que el amor nos hace ciegos, sordos y estúpidos. En estos momentos los acordes tristes de Lloraré comienzan, pero la guitarra solitaria es tocada por Guillermo esta noche. Me armo de valor y empiezo a bailar a su lado, esta vez la letra, en su voz ronca, toca mi corazón herido e inunda mis oídos:

*Hoy escribo estas palabras*

*Para confesarte que no soy más  
Que un cobarde que no supo luchar por  
tu amor...*

*Que sobraban las razones para amarte  
Pero yo no puedo seguir a tu lado  
Sintiendo que el pasado no me deja  
vivir.*

*(Coro)*

*Lloraré por tu amor...  
Me hundiré en un infierno  
Prefiero morir ya que estás lejos.  
Lloraré cada vez que recuerde  
Cada noche de pasión y  
cada noche invadías mi habitación  
Ese será mi castigo y yo  
Seré prisionero de tu amor*

Lo observo y me encuentro con la mirada cristalina de él. Se está despidiendo porque se sabe que me iré, que ya no hay vuelta atrás. Por mi rostro resbalan lágrimas de dolor y pérdida, esta fue la manera más baja de decirme que se había cansado de mí. Por primera vez en un concierto, él no me sostiene la mirada por mucho tiempo, me oculta sus lágrimas aunque las veo rodar por su rostro.

Guillermo continúa cantando con la voz cortada de emoción:

*Perdóname por lastimarte  
He sido un cobarde, pero*

*No niego que te amo y he dejado que  
Mis demonios nos separen  
Y ese será mi castigo  
Te amaré en secreto  
Por el resto de mis días.*

*(Coro 2 veces)*

En el solo de guitarra Guillermo me demuestra su destreza como el mejor guitarrista del mundo. Toca los acordes tristes de esta melodía que no es más que una despedida. Yo entrego todo en el baile, despidiéndome de este amor tan lindo y tan amargo, porque la verdad me ha herido el alma.

*No he podido superar tu adiós*

*Y en las noches anhelo tus besos y  
Ese es mi castigo por ser un cobarde  
Y no contarte mis secretos  
Lloraré porque solo junto a ti quiero  
estar  
Y solo junto a ti puedo respirar  
y sin ti la vida se me va.*

*(Coro)*

Termina la canción y con la misma termina el concierto. Corro hasta mi camerino y al entrar rompo en llanto pensando que es un cobarde. Me ha dado todas las razones para que me vaya y no quedarme junto a él. Le acortaré los minutos a mi lado y me iré lo más rápido posible para evitarle la molestia y dejar

esto lejos.

No hay nada más que hacer.

Me doy una ducha, me cambio lo más rápido posible y salgo al hotel en un taxi, pero al subir me siento como una fanática más que ha estado en el concierto.

El trayecto al hotel se me hace largo y me ahogo en el llanto y la decepción de ver a Guillermo drogarse delante de mis ojos. Al llegar me encierro en la habitación, saco mi maleta y guardo todo lo que he dejado fuera. Tomo mi *iPad* y reservo un boleto de regreso a Venezuela; tengo suerte y puedo regresar en el primer vuelo de hoy.

Busco papel y lápiz y pienso muy bien mis palabras. Empiezo a escribirle

una nota de despedida a Guillermo, dejando que mis manos temblorosas escriban su nombre y las palabras fluyan solas.

Al terminar la carta salgo de la habitación y de la vida de Guillermo para siempre. En la recepción pido un sobre y guardo la nota junto a mi renuncia. Pido que sea entregada solamente a Guillermo, en sus manos y que me consigan un taxi, que en menos de diez minutos está en la puerta del hotel. Cierro mis ojos respirando hondo para calmarme, despidiéndome mentalmente de todo lo que he vivido en estos días junto a Guillermo.

Al subir al auto mi corazón se rompe en mil pedazos. Siento que todas

las emociones acumuladas comienzan a ahogarme de forma desgarradora, y recién me permito llorar con libertad.

Lloro por lo que dejo, por haber creído en él, por la decepción. Lloro por amarlo tanto, por haber puesto mi confianza en él y por haber caído en las garras del amor, a pesar que siempre quise evitarlo.

Ya en el aeropuerto realizo todo el papeleo para poder y volver a una vida normal.

Sin él...

Tengo que esperar dos horas para abordar. Me siento en la sala de espera leyendo un libro para sumergirme en algo que me haga olvidar, pero mis pensamientos viajan de un lado a otro,

todos bajo una misma dirección:

Guillermo Cruz.

Me dirijo a un local, me tomo un café, compro una revista española famosa de cotilleo y al abrir sus páginas me sorprendo al leer:

*¿Guillermo Cruz enamorado de su bailarina?*

*Poco se sabe de ella, pero se dice que el cantante malagueño vive un romance con su bailarina. Fuentes cercanas rumorean que despidió a su corógrafo para contratarla. Estas imágenes son de ellos en Brasil, mientras disfrutaban como dos enamorados más, en las playas de Río de Janeiro.*

Me sorprendo al ver la foto de los

dos en la arena, otra besándonos, y la última en la que nos vemos tomados de las manos. Fue luego del concierto, el día de descanso que decidimos ir a la playa.

Se me escapan más lágrimas porque al verlas recuerdo lo felices que éramos... o eso creía. Tengo que desaparecer de su vida y él de la mía. Ya he vivido con una alcohólica por muchos años como para también vivir con un drogadicto.

Me quedo el resto del tiempo viendo las fotos, sumergida en el dolor y la decepción de lo que fue y ahora no será.

Hacen la llamada a mi vuelo y guardo la revista solo por las imágenes.

Será como tener un tesoro que guarda los pequeños momentos que vivimos.

Me detengo en la fila, pero cuando llego a la puerta de embarque y le entrego a la aeromoza mí boleto, escucho mi nombre:

—¡Andrea!

Me giro encontrándome a un Guillermo con la respiración entrecortada. Me sostiene la mirada caminando decidido hasta donde estoy. Cierro los ojos por un momento y los abro decidida a marcharme sin mirar atrás. Retomo mis pasos y entro por la puerta de embarque, huyendo de él y todo lo que significa.

Escucho que grita mi nombre otra vez y pide que lo dejen pasar o me

detengan. Me giro y una vez más su mirada verde y profunda se cruza la mía, pero esta vez, por última vez, derramo algunas lágrimas y susurro al aire con mis labios:

—Te amo...

Me giro y emprendo el camino del cierre de este nuevo capítulo en mi vida.

# Capítulo 31

**Guillermo.**

**R**egreso al hotel frustrado y lleno de ira destruyendo todo a mi paso. Fui un estúpido al hacer lo que hice. Por

unos minutos de euforia ahora tendré años de dolor. Soy una basura y anoche se lo demostré a Andrea; la desesperación me hizo caer de nuevo en las drogas para convencerla y logré que se fuera.

Sé lo que esto conlleva. Con su partida me arrebató lo poco que había de bueno en mi vida. La he perdido para siempre. Todo este amor que siento se va con ella y ya nada nada será igual. Me arrodillo en el suelo y como un niño rompo a llorar, clavo mis puños en mis muslos dándome golpes tratando de drenar este maldito dolor. Con ella se van todas mis ilusiones, mis expectativas de ser un mejor hombre y todo lo que he querido. Soy un maldito

cobarde por no confesarle la verdad, por herirla de forma que lo he hecho y no buscar otra forma de hacerle entrar en razón.

La amaré por siempre, de eso no tengo dudas, pero nuestro destino no es estar juntos porque toda la mierda que tengo encima la terminaría jodiendo para siempre.

¡Maldito miedo!

¡Maldita sea todo!

Me levanto y pateo la pared, maldigo a mi hermano y sus malditas locuras que nunca me han traído nada bueno. Maldigo a mi padrastro con todos sus malditos maltratos.

Dejo escapar un sollozo de dolor ante la imagen de Andrea girándose en

la puerta de embarque diciéndome “Te amo”...

Yo también la amo..., la amo más que nada en mundo.

Camino derrotado con el corazón destrozado por mi propia cobardía, por no haber luchado, por haber buscado el camino más fácil.

Sobre la cama me encuentro dos sobres, uno de ellos está en blanco pero el otro tiene escrito mi nombre del puño y letra de Andrea. Tomo ese último y al abrirlo saco dos hojas. La primera es su renuncia y los cheques de pago que le entregué por su trabajo, pero los rompo con rabia porque no se los llevo., ya veré la forma como hacerle llegar el dinero.

Abro la siguiente hoja y el alma se me quiebra en mil pedazos.

*Guillermo:*

*Quizás no es la forma más perfecta de despedirse, pero es la única que encuentro en este momento. No quiero vivir a ciegas sin saber nada y vivir una vida con secretos, además lo que hiciste esta noche me dio las fuerzas que no tenía para irme de tu lado. Yo me enamoré de ti, no puedo negarlo, creo que me enamoré desde el momento que entraste a mi academia.*

*Esta noche me he dado cuenta que prefieres ser un cobarde y perderme, que prefieres no luchar, prefieres no contarme la verdad y que lo que hiciste de drogarte en el camerino fue un acto de cobardía para no enfrentar las*

*verdades de tu pasado. Tus lágrimas me lo dijeron esta noche, las mías seguro te demostraron el dolor que me has causado. Me voy de tú lado porque simplemente me has dado más razones para dejarte que para quedarme y se me hace imposible permanecer a tu lado.*

Arrugo el papel y las lágrimas que caen en la hoja hacen que la tinta se corra. Le supliqué que no me abandonara y sabía que estaba a punto no hacerlo pese a lo que había sucedido y a mis constantes advertencias, por eso tuve que darle el empujón que le faltaba, pero lo que ella no entiende es que la amo con todas mis fuerzas, y por lo mismo sé que lo mejor es seguir por

caminos separados... aunque eso termine de destruirme.

*Prefiero escribir todo lo que yo siento por ti que estar frente a frente, porque si me cruzo con esa mirada verde que me desarma y me hace olvidar, no seré capaz de confesarte todo. Me duele amarte y con eso tengo que aprender a vivir, me duele imaginar que seguro encontrarás consuelo en los brazos de otra.*

*Sé muy bien que no volverás a mí...*

No, yo no volveré a su vida para destruirla de nuevo. Puede que nunca encuentre consuelo en otros brazos, pero espero que ella logre olvidarse de todo lo malo y obtenga la felicidad que merece... la misma felicidad que ella me

brindaba, la que tanto anhelaba... pero no volveré a ella, aunque eso signifique mi muerte.

*Los sueños que eran para ti se perderán en los recuerdos de lo que vivimos. Con tus actos perdí la fe que te tenía, esa fe que me mantenía fuerte y con ganas de luchar por vivir más momentos a tu lado. Yo también lloraré en las noches por tu amor. Te puedo apostar que escucharé tu voz y recordaré cada noche a tu lado.*

*Me dijiste que los pingüinos encuentran solo una vez a su pareja, pues felicidades... tú me encontraste y este amor será para siempre.*

*Es hora de decir adiós, y aunque estoy matando mi corazón al hacerlo, te prometo que seré fuerte para seguir*

*adelante con la vida que me queda. Me cansé de nadar contra la corriente porque lo único que hiciste fue alejarme desde el primer momento poniendo condiciones que ni tú cumpliste.*

*Eres mi primer y único amor, en el cual creí. Sé que estás triste pero prefieres que me vaya... decidiste por los dos.*

*La última noche que dormí en tus brazos fue el inicio del final.*

*Te amo, Guillermo... te amo y siempre será así.*

*Tuya Siempre*

*Andrea Ordoñez.*

*La perdí, lo sé, ya nada queda... solo las cenizas de los recuerdos. En mi vida siempre habrá un antes y un*

después de Andrea Ordoñez. Ella me ama a pesar de mis cenizas, las que dejo el incendio llamado César, pero a ella le debo los mejores momentos que viví.

Andrea es el amor de mi vida.

Ella fue y será siempre mi serendipia.

Hablaba y me acariciaba mientras dormía, mientras yo me quedaba contemplándola en la oscuridad calmándome. Ella era como la droga que necesitaba para vivir bien. Ella balbuceaba “te quiero” en sueños mientras yo sonreía enamorado.

No hay manera más bonita de saber que alguien te quiere de verdad, que escucharlo hablar mientras está soñando contigo. Yo soñaré con ella pero

también voy a llorar el amor que elegí perder.

Seco mis lágrimas tomando el otro sobre. Lo abro y cuando saco la carta mi corazón se detiene al encontrarme con otro anónimo escrito en computadora.

LA GUERRA NO HA TERMINADO  
SI QUIERES A LA PELIRROJA  
NO LA BUSCARAS MÁS  
TE ESTOY VIGILANDO  
LA ESTOY VIGILANDO  
LA MATARÉ SI TE ACERCAS A ELLA.

Arrugo el maldito papel como todos los anteriores y recuerdo las fotografías que vi en su camerino.

Nunca habían amenazado a alguien de mi familia, pero esta persona sabe

que si tocan a Andrea me destruirá.

Sea quien sea que manda estos anónimos está cerca de mí. Me mantendré alejado de Andrea por su seguridad, pero nunca estará sola.

Hago unas llamadas y arreglo todo para que la cuiden desde lejos. Es la única manera que tendré para saber de ella.

# Capítulo 32

**L**lego a casa cansada y destrozada del viaje, pero al abrir la puerta me sorprende al encontrarla inmaculada. Escucho pasos y mi madre aparece con un pantalón de vestir y una camisa de punto, descalza. Al verme se sorprende,

corre a mi lado y me abraza.

—Andy, mi niña, pero ¿Qué haces aquí? —me pregunta sorprendida.

Inhalo su olor abrazándola fuerte, sintiéndome en casa. Cierro los ojos y rompo en llanto como una niña pequeña. Mi madre me acuna en sus brazos y nos sienta en el piso, susurrándome palabras de amor. Aquí me siento lejos de todo lo que amo, pero a la vez me siento segura y alejada del daño que pueden causarme los hermanos Cruz.

Pasamos un buen rato así, mi madre meciéndome en sus brazos de la misma forma que cuando tenía cinco años. Me da un beso en la coronilla y se queda estudiándome por unos segundos mientras limpia mis lágrimas.

Finalmente me pregunta:

—¿Qué ha pasado?

Escondo la mirada pero al mismo tiempo bajo el cierre de mi suéter, recojo mi cabello y le muestro el cuello a mi madre. Ella se lleva las manos sorprendidas a la boca.

—Tengo mucho que contarte.

—Y que explicar —me dice molesta—. ¿Quién te hizo eso?

Yo cierro mis ojos recordando a Alonso apretando mi cuello y tratando de abusar de mí.

—Prométeme que vas apoyarme, que esto no va ser detonante para que bebas de nuevo... —le pido asustada.

Mi madre sonrío, triste por mi falta de confianza. Acaricia mi rostro y me

responde:

—Puedes confiar en mí, Andrea. He cambiado.

Suspiro cansada y empiezo a relatarle todo lo que paso en la gira. Mi madre escucha atenta sin juzgarme y sin reproches. Le cuento cómo empezó todo, cómo los dos luchamos para no estar juntos y fracasamos en el intento porque simplemente lo que sentíamos el uno por el otro, era más fuerte que las razones de estar separados. Le cuento cómo Alonso, desde el primer momento, fue el mal tercio de la relación y mi madre se crispa cuando le relato lo que intentó hacer. No omito nada. Desnudo mi alma ante mi madre.

—Me fui simplemente porque no

podía soportar estar tan cerca y tan lejos de él al mismo tiempo, porque sé lo difícil que es vivir con una persona dependiente de alguna sustancia tóxica.

—Esa parte es mi culpa —dice arrepentida.

Tomo sus manos y niego.

—Sabes que no te culpo de nada, pero no puedo vivir con alguien así por elección propia —le digo tratando de calmarla.

Mi madre suspira.

—Quiero denunciar al tal Alonso —dice molesta—. Esto no puede quedarse así. Llamaré a tu padre a ver qué podemos hacer.

¿Mi padre?

Desde cuándo mi madre recurre a

mi padre...

—¡No! —le grito asustada, ella se levanta y me mira sorprendida. Respiro hondo—. No involucres a nadie más, esto no se verá bien ante los ojos de tus amigos. Piensa que seré la comidilla de todos, van a decir de todo como cuando. —Me callo de golpe pero el rostro de mi madre palidece—. Mi propio padre te culpará como siempre, alegando que no supiste educarme, que debí estudiar algo relacionado con la empresa y no artes... por favor... —le ruego.

—Hija, pero lo que hizo fue un delito —me grita.

—Por favor... solo quiero cerrar esta herida... —sollozo—. ¡Ayúdame, mami!

Mi madre se acucilla y me abraza contra su pecho besando mi cabello.

—Está bien —me susurra—, quiero que hables de esto con Lorena. —Me da otro beso en el cabello—. Ahora estás segura y no tienes por qué tener miedo.

Yo asiento. Sé que nada me pasará porque estoy en casa... pero no en mi hogar.

Ahogo un sollozo al recordar cómo me sentía en los brazos de Guillermo.

Mi madre me ayuda a levantarme y vamos a mi habitación, se acuesta conmigo en la cama rodeándome con sus brazos y comienza a relatarme sus días sin mí. Me siento como cuando era niña y ella llegaba del hospital, nos abrazaba a mi hermano y a mí haciéndonos sentir

su amor. A pesar de todos los malos episodios, ella es mi protección y mi sostén. Ella siempre me hacía creer que mi vida valía más que otras cosas. Fue el refugio que perdí y estoy encontrando de nuevo.

—Te extrañé —susurro.

Ella me da un beso y me responde:

—Yo también.

Llevo mi mano hasta el lóbulo de su oreja y lo empiezo acariciar entre mis dedos. Por primera vez después de tantos años me duermo de la misma manera que cuando era niña.

En los brazos que siempre me van a proteger.

Me despierto algo desorientada, pero recuerdo que estoy en mi habitación. Todo está oscuro haciéndome saber que es de noche, aunque por la ventana se cuelan las luces de la ciudad que hacen juegos de sombras con los objetos.

Me levanto de la cama, camino hasta la ventana veo a mi amada Caracas y mi amado Ávila que tanta paz me trae y, suspiro aliviada. Escucho la voz de mi madre y una voz conocida. Salgo a hurtadillas de mi habitación llena de curiosidad, camino por el pasillo en silencio para asomarme y me asombro al

ver a mis padres conversando como dos personas civilizadas.

—Bárbara, se me acaba el tiempo... y la única que puede ayudarme es Andrea —le dice mi padre.

—Acaba de llegar, Lorenzo, no puedo soltarle una noticia así —le responde ella.

¿Una noticia? ¿Qué noticia?

Agudizo el oído para escuchar mejor lo que hablan.

—Pero la necesito —le dice desesperado.

—Debiste pensar eso antes de alejarte del modo que lo hiciste. Pensaste que era ella la que iba a necesitar de ti y resulto ser al revés — Mi madre le reprocha.

—Me queda poco tiempo. —Mi padre se levanta y se acucilla frente a mi madre. Toma sus manos y yo me sorprendo—. Tú y ella son mi única esperanza —dice en voz baja.

¿Qué está pasando?

¿Qué es esto?

Mi madre suelta una de sus manos de su agarre y acaricia su rostro. Yo salgo de mi escondite, molesta y a la vez sorprendida de lo que veo.

—¿Quién me explica qué carajos está pasando aquí? —les pregunto cruzándome de brazos.

Espero que tengan una buena excusa. Mis padres se levantan y me miran sorprendidos. Yo alzo mi barbilla altiva, siempre lo he sido, y empiezo a

mover mi pie exasperada.

—Hija... —me dice mi padre acercándose.

Yo suelto mis brazos y hago un gesto para que se detenga. Él lo hace dolido.

—¿Qué haces aquí?, ¿qué es lo que tienes que pedirme? —le digo haciéndoles saber que escuché parte de la conversación.

Mis padres comparten una mirada. Tengo el presentimiento de que esto no es nada bueno.

—Andrea, por favor —Escucho a mi madre.

—¡Esto es sorprendente! —grito exasperada y la señalo—. Tú mejor que nadie deberías darte el puesto que

mereces y correrlo de aquí. —Me giro y veo está pálido—. ¿Tú mujer te abandonó? —le pregunto y no me responde—. Claro, seguro fue eso y ahora nos buscas —sentencio amargamente.

Mi padre se pone pálido por mis palabras.

—Hija... no... —titubea y gira su rostro hacia mí mamá, ella baja la mirada rehuyéndole—. Andrea, tengo leucemia —me dice finalmente.

Yo ahogo un grito con mis manos pasando mi mirada sorprendida entre mi madre y padre. Ahora entiendo por qué mi madre y yo somos su última esperanza. A mí me necesita para un trasplante y a ella por ser el mejor

oncólogo del país.

Me alejo negando. Mi madre corre hasta donde estoy y me abraza.

—Andrea, todos merecemos una segunda oportunidad —me susurra.

Segunda oportunidad...

Una segunda oportunidad.

¿Quién nos la dio cuándo él decidió que el amor se acabó?

Me suelto de su abrazo molesta. Los miro a los dos con rabia. Por primera vez podré expresar lo que tengo guardado por tanto tiempo.

—¡Esto es increíble! —grito dejándome llevar por las emociones—. ¡Increíble! ¿Me estás jodiendo? Te lo juro que no me lo creo. ¿Me buscas después de cuatro años solo para

pedirme esto? Por mí, puedes morirte.

Mi madre ahoga un grito, mi padre palidece y yo debo estar roja de la ira.

—¡Andrea, por favor! —me dice mi padre.

—Para mí moriste el mismo día que enterramos a mi hermano. Tú estás muerto, no existes, así que no me necesitas. Debiste pensar bien tus palabras ese día porque la vida es un boomerang y en algún momento siempre necesitamos de quienes creemos no son necesarios —le digo.

Sé que no debería ser tan dura, pero es que no me nace otra cosa más que repulsión y odio.

—Andy —Mi mama solloza mi nombre.

—No hay Andy, hija o Andrea que valgan ¡Jódete papá! Lo único que puedes obtener de mi es desprecio. Te odio y odio todo lo que nos hiciste, lo que hiciste de mi mamá por una perra. Te importó una mierda olvidarte de casi veinticinco años de matrimonio y a mí me valdrá mierda que tengas cáncer. La vida es así. Todo el mal que haces se regresa. Se llama karma por si no lo sabías.

Mis palabras llenas de amargura hacen que mi madre rompa en llanto. Mi padre me observa sorprendido.

Me giro para encaminarme a mi habitación pero mi padre me detiene del brazo. Alucino cuando lo veo arrodillarse ante mí y decirme:

—Merezco esto y más de tú parte...  
y no hija, no hay nada que puedas hacer.  
—Toma mis manos—. Ustedes son la  
única esperanza de morir con las  
personas que amo realmente... yo sé que  
no merezco tú perdón... pero te lo  
imploro —solloza y me encuentro por  
primera vez con mi padre.

Se me cae el alma a los pies. Por  
primera vez veo el gran Lorenzo  
Ordoñez arrodillado ante a alguien.  
Niego, pero me voy a mi habitación, me  
encierro con seguro y me tiro en la cama  
a llorar.

¡Dios!

¿No es suficiente con lo que viví?

¿Ahora esto?

No puedo creer que en menos de

cuarenta y ocho horas perdí al hombre que amo y me entero que perderé a mi padre.

    Mi padre... Tengo que ayudarlo...  
Yo no tengo corazón para verlo morir ante mis ojos, menos tener ese cargo de conciencia.

# Capítulo 33

**M**e despierto al día siguiente decidida a escuchar a mi madre y enrumbar mi vida de nuevo, ya que algo que siempre me ha caracterizado es renacer de mis cenizas. Me doy un vistazo en el espejo, observando a una

triste Andrea, muy parecida a la que había perdido a su hermano. Salgo de la habitación tratando de sopesar todo el dolor que ha causado Guillermo en mi vida y me encuentro a mamá tomando café en la cocina. Me acerco, cautelosa, le doy un beso a modo de saludo, tomo una taza del gabinete y me sirvo café con un poco de leche. Ella da un sorbo en silencio, yo hago lo mismo, imitándola.

—¿Y bien? —le pregunto rompiendo el silencio.

Ella alza una ceja y me observa cavilando su respuesta.

—Primero, Andrea, no voy a permitir que me juzgues. Sé que no he sido un prototipo de virtudes, pero estoy tratando de emendar mis errores.

Cuando me llamaste te dije que uno de los pasos de mi recuperación es perdonar. Sí, tu padre me hizo daño, pero yo he decidido dejar ir todo lo malo para poder avanzar. —Yo asiento—. Tú padre vino luego de que te fuiste. No voy a mentirte, mi primer pensamiento al escucharlo fue echarlo, pero mi recuperación y mi ética profesional no me lo permitió.

Lo sabía... ¿y el amor?

—Pero mamá, él... —le digo interrumpiéndola y ella niega.

—No Andrea, cuando ustedes nacieron empezaban las primeras investigaciones de las células madres. Yo como siempre de vanguardista guarde sus cordones umbilicales pero

necesito que te sometas a unas pruebas, sí eres compatible, quiero que lo hagas. —Bufeó y ella me reprende—. ¡Es tú padre!

—¡Lo sé! —le respondo molesta.

—Debes sanar todo ese rencor para que puedas avanzar, quiero que pienses esto muy bien; te lo pido...

Sanar y avanzar.

¿No es lo que quiero?

—Mamá, yo no...

—Sí puedes —me dice cortándome—. Hija, si yo puedo dejar ir todo, si puedo dejar de beber y si he logrado perdonarlo, tú también puedes...

Respiro hondo y asiento.

¿Puedo?

“*Sí puedes*” suena en mi mente.

—Mami... —susurro.

Ella me abraza fuerte contra su cuerpo y besa mi cabello. Unas cuantas lágrimas se me escapan.

—El tiempo no tiene horas, ni minutos y menos cuando llega el final. Tienes que aprender a perdonar, a tu padre, a tu hermano —titubea, respira hondo y continúa—, a Guillermo —me tenso ante la mención del nombre del hombre que amo—, y a mí.

Me seco las lágrimas y me separo de ella.

—Haz lo necesario para los exámenes. —Dejo la taza en el mesón—. Voy a ver a Lorena.

Mi madre asiente complacida y se limpia algunas lágrimas. Yo tomo las

llaves de mi auto y salgo de la casa, pero en mi cabeza solo hay un pensamiento.

Guillermo...

Guillermo...

Veinticuatro horas y no sé nada él...

Subo a mi auto y lo enciendo. Por unos segundos recuesto mi frente en el volante con mis manos aferradas al mismo. Respiro hondo tratando de calmarme porque mis pensamientos derivan de Guillermo a mis padres. Enciendo el motor y empieza a sonar *Suus*, de Rona Nihsliau. Recuerdo cómo me pactó la tristeza de esa canción y busqué su traducción en aquel tiempo, también recuerdo el montaje en danza área que hice con ella, provocando que

el público se levantara en una ovación,  
con lágrimas en sus ojos.

Escucho un poco la letra...

*En este mundo el amor no vive más,  
El tiempo no tiene una hora para  
nosotros, no*

*No, oh*

*No... oh...*

*El tiempo no tiene una hora para  
nosotros*

*Mi avión aterriza*

*En la pista de tu alma sin faros  
Sus alas se levantan hoy.*

*Ya que no podían vivir ayer.*

*Pero el ayer ya no tiene importancia  
Fue devorado por los mares  
tormentosos*

*El mañana no traerá nada  
Con esperanza y sin esperanza ni  
locura.*

*Déjame llorar... llorar... llorar...  
Ya que es la mejor cosa que puedo  
hacer en este instante.*

*Ya que es la mejor cosa que puedo  
hacer en este instante.*

Como dice la canción, lloro porque lo mejor que puedo hacer en este instante es eso.

Por más de veinte minutos lloré en

el estacionamiento, descargando todas las lágrimas que puedo para no llorar más.

Llego al edificio de apartamentos donde vive mi prima. Entro con ayuda del vigilante, que ya me conoce. Subo y toco la puerta. Luis Ernesto, el novio de Lorena la abre sorprendiéndose al verme y me da paso sin decir ninguna palabra. Él es un hombre interesante, alto, moreno, cabello y ojos de color negro, un cuerpo tonificado y con sus músculos marcados ya que ha sido nadador desde niño, así que ya podrán imaginarse el cuerpo que se gasta. Además es uno de los notarios más jóvenes de la ciudad. Mi prima lo conoció en una fiesta y fue flechazo a

primera vista, llevan alrededor de tres años juntos, y cuando digo juntos es que están enamoradísimos el uno del otro. Recuerdo que no habían pasado tres meses de su naciente relación cuando decidieron arriesgarse y vivir juntos.

El amor...

Suspiro con cierta envidia.

—Te hacía de gira —me dice.

Yo alzo mis hombros y le contesto:

—Pues, ya ves que no estoy de gira.

Esboza una sonrisa y me hace señas

para que lo acompañe a la cocina. Lo sigo y observo cómo saca dos tazas del gabinete para servir café en ellas. Lleva un traje azul marino y una camisa blanca con una corbata de rombos sumamente espantosa.

¿Cómo Lorena le permite usar eso?  
¡Por Dios! ¡Qué horrible!

Me tiende una de las tazas llena de café y me dice:

—Lorena está dormida, anoche las musas bajaron y escribió toda la noche. Tuve que cargarla del sofá donde la encontré dormida.

Sonrío.

Mi prima una vez dejó de trabajar un mes porque sus musas bajaron todas esas noches.

—¡Bienvenidas las musas! — respondo brindando con el café—. ¿Crees que si me acuesto con ella se despierte?

—No, pero cuidado te mete mano, confundida —me dice riendo.

Yo lo sigo con una carcajada sabiendo que mi prima es capaz de eso. Doy un sorbo a mi café y deajo la taza en el mesón. Me acerco a él y me alzo en la punta de mis pies para darle un beso en la mejilla, ya que mide dos metros y cinco centímetros el muy hijo de su madre.

—Gracias por abrirme la puerta. Feliz día —le digo.

—Igual. Cuida de mi pequeña loca —me contesta.

Salgo de la cocina dirigiéndome a su habitación. Abro la puerta con cuidado, percatándome que todo está a oscuras. Camino con cuidado y tanteo hasta llegar a la cama. Me acuesto al lado de mi prima y me pego como una

lapa a ella, la abrazo pero ella empieza a decir cosas inentendibles.

¡Ay Dios me está tocando el culo!

¡Luis Ernesto tenía razón!

—Lore... Soy yo Andy... —le susurro.

Me toca un seno mientras yo suelto una risita baja. Menuda loca tengo de prima. Ella se queja, pero me abraza fuerte.

—¿Carajita? —pregunta con voz pastosa.

—Sí, soy yo... —le respondo.

Ella se separa y prende la lámpara de su mesita de noche, se estruja los ojos y al terminar se queda observándome sorprendida. Se lanza sobre mí y me abraza fuerte.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta feliz.

—Lore... —

Ella me observa y asiente. Acaricia mi rostro. Mi hermana mayor y mejor amiga.

Suspiro.

—¿Viniste por mi tío? —me pregunta, yo niego y ella hace una mueca —. ¿Entonces?

—Huí....

Alza una ceja y su rostro cambia.

—¿Qué coño? —grita...

—Tengo tanto que contarte...

—Empieza. Sabes que contigo no tengo paciencia —me dice en un tono que no admite un no por respuesta.

Asiento, suelto un sollozo llena de

dolor y comienzo a relatarle todo, resultando catártico porque mi prima es incapaz de juzgarme.

Me interrumpe con varios tacos y aprieta sus puños cuando voy detallando todo lo que hizo Alonso y también le cuento lo que sucedió anoche en casa.

Mi prima se levanta y empieza a fumar un cigarrillo. Yo alzo una ceja y le pregunto:

—¿No lo habías dejado?

—¡Calla! —Enciende su *iPod* y lo conecta al reproductor y empieza a sonar *Stay* en la voz de Rihanna—. ¿Le gritaste a mi tío así? —me pregunta alucinada.

Bonita elección de música.

Pongo los ojos en blanco.

—Sí... estaba muy molesta.

—Quiero matar a Guillermo... —

me dice ella.

—Yo quiero olvidarlo...

—Andrea, lo veo tan difícil..., es tu primer amor y tu primer hombre, pasará el tiempo y aún vas a recordarlo.

¡Maldita sea!

¡Lo sé, nunca lo olvidaré!

Mi móvil suena con un *WhatsApp*.

Lo saco de mi bolsillo y me sorprende ver en la pantalla un mensaje de Guillermo.

Guillermo Cruz to Andrea 09:05

a.m.

*«Necesito saber que estás bien.»*

*Te extraño... te necesito...»*

Lo observo un rato y cuando se lo enseño a Lorena suelta como quince groserías. Ella se levanta histérica saliendo de la habitación hablando de cantantes españoles con complejos de Christian Grey. Yo la ignoro cerrando los ojos un momento, pensando qué hacer y cómo empezar a cortar lazos. Al abrirlos bloqueo su número de la aplicación y en el teléfono, restringiendo sus llamadas y sus mensajes.

Lo voy a olvidar y lo arrancaré de mi memoria. Necesito olvidarlo para seguir con la vida que tenía antes de conocerlo.

*“Sí es que puedes”* me susurra una

**VOZ.**

# Capítulo 34

**Una semana después.**

**H**a pasado una semana desde que regresé de la gira, y según Lorena, he pasado dos etapas de este duelo.

Primero lloré. Saqué todo el llanto que contuve a lo largo de los años mezclados con el de mi presente. Lloraba por horas hasta quedarme dormida. Esos días escuché a Adele, Sam Smith y Paloma Faith, quienes a través de sus canciones me hicieron recordar los momentos que viví junto a él. Fue el mes más intenso de toda mi vida.

En la segunda fase pasé por la negación del amor que siento por él, pero ésta duró solo un día, porque cuando vi a Guillermo por televisión en una noticia de su gira, quise volver a tocarlo..., besarlo. Quise recuperarlo y salir de este sufrimiento.

Al despecho en mi país le dicen

*guayabo*, y este es de los buenos.

Lo amo.

Lo peor de esto es que incumplió su promesa de alejar a Alonso, y lo sé porque he recibido más amenazas.

No entiendo qué busca. Me alejé de Guillermo, de la gira, incluso devolví mis cheques de pago. ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué quiere hacerme daño? ¿Acaso no le bastó con su intento de violación?

Cada vez que recibo una nueva amenaza me queda un mal sabor, como una sensación que pasará algo malo, pero trato de olvidarlo y empiezo a transmutar todo en la llama violeta.

Hablando de las malas energías transmutadas..., me hice los exámenes

para saber si soy compatible con mi padre para el trasplante de médula ósea y así poder usar las células madres que mi mamá congeló hace veinticuatro años.

Ella y yo estamos en su consultorio esperando a mi padre y mi tía. Ver a mi madre en su ambiente después de tanto tiempo es único, porque sigue siendo la mujer regia e inteligente que solía ser, la mujer que siempre quise ser cuando era pequeña.

Está en una llamada con una colega de Houston conversando sobre el caso de papá, ya que mi madre ha decidido tratarlo personalmente. A través de la línea estudian si hacer un tratamiento ablativo (agresivo) o uno de intensidad

reducida.

La observo admirando su belleza. En ese hermoso cabello rojo se empiezan a ver luces de canas. Algunas líneas de expresión ya se marcan en sus gestos y sus ojos azules, que estuvieron apagados por mucho tiempo, pero ahora brillan de una manera especial.

Su nueva secretaria entra y le deja un papel sobre el escritorio, mi madre asiente hacia ella mientras le pide al doctor que tiene en línea que espere un momento. Tapa el auricular y le indica a la joven que haga pasar a quienes, al parecer, la están esperando.

A los pocos segundos, la puerta se abre de nuevo y entran mi padre y mi tía. Yo me encojo en mi silla, ya que solo he

cruzado una que otra palabra con él en estos días. Mi madre se despide de su colega y cuelga.

Ella se levanta, abraza a mi tía y tiene un saludo cortés con papá. Yo ni hablo. Mi tía me ve, se acerca y acaricia mi rostro. Mi padre se mantiene distante, respetando mi espacio. Yo lo detallo percatándome que la enfermedad ya está haciendo mella en su estado físico, lo sé porque ha bajado unos cuantos kilos y está sumamente pálido.

¡Maldito cáncer!

Esta enfermedad es la pérdida de la humanidad.

—Bueno, ya tengo los resultados —  
anuncia mi madre abriendo una carpeta en su escritorio.

Mi corazón se detiene, porque en el fondo sigo siendo la niña de papá y nadie me lo puede quitar. Yo asiento mientras mi tía se coloca a mi lado, toma mi mano y mi padre se mantiene de pie al lado de mi tía.

—¿Y son? —pregunto.

—Como ya intuía eres el noventa y nueve por ciento compatible con él — responde y yo suspiro aliviada, mi tía sujeta la mano de mi padre y la aprieta —. Lorenzo, he decidido hacer un tratamiento agresivo. Lo consulté con un colega en Houston y los dos creemos que es mejor un tratamiento ablativo y matar todas las células buenas, que aún quedan en tu sistema.

La seguridad de sus palabras es

rotunda y yo me siento orgullosa de ella.

—¿Estás segura? —le pregunto.

Trato de ocultar el tono de preocupación fallando en el intento. No es que dude, es que sé lo que puede causar la agresividad de un tratamiento así. Mi padre sonrío ante mi pregunta, se acerca dónde estoy y posa su mano en mi hombro tratando de reconfortarme, mi única reacción es quitársela, pero vuelve a colocarla, esta vez cedo apretando mi mano con la suya asustada.

—Tú madre es la experta hija —me dice resignado—. Entonces tienes que explicarme qué haremos.

Mi madre le explica que empezará las sesiones de quimioterapia y radioterapia en altas dosis para destruir

todas las células cancerígenas, le revela que eso también matará todas las células buenas de la médula ósea, lo cual permitirá crecer las nuevas células madres.

—¿Tengo esperanzas? —pregunta mi padre en un hilo de voz.

Mi tía se mantiene circunspecta en su silla. Yo me asusto al escuchar todo. Nunca imaginé que tendríamos que vivir esto. En algún momento creí que por mi madre ser oncólogo estaríamos exentos de sufrir cáncer.

—Fui clara contigo cuando supe qué tipo de leucemia tienes. Tengo esperanza de hacer el trasplante después del segundo ciclo se quimios. Lorenzo, no voy a mentirte, hay una alta

probabilidad de que no funcione —Mi madre titubea por primera vez, respira hondo y continúa—: Te hemos hecho transfusiones de sangre porque la leucemia mielógena aguda te ha causado una baja de los glóbulos blancos y plaquetas, sabes muy bien que puede empeorar con alguna infección y es un riesgo que estamos tomando.

¡Oh Dios!

Se me cae el alma a los pies.

Por mi mente empiezan a revolotear recuerdos felices de mi niñez a su lado. Las conversaciones van y vienen pero yo estoy inmersa en mi mundo de infancia.

—Bárbara, pero crees que pueda salvarse mi hermano —pregunta mi tía

seria.

“Que diga que sí, que diga que sí.”

—Pili te juro que es lo que más quiero. Yo le advertí esto a Lorenzo al descubrir la policitemia vera. —  
¿Policitemia vera? ¿Qué carajos?—. Sabíamos que la leucemia era factible.

¿De qué hablan?

—Lo sé —responde serio mi padre. Mi padre estaba enfermo y yo no sabía.

—Ya va, de qué hablan... ¿Qué es policitemia? —les pregunto asustada.

Mis padres comparten una mirada y es mi padre el quien responde.

—Hija... nosotros... bueno yo descubrí a los treinta y cinco que sufría de policitemia vera —me responde

apenado—. Tú madre y yo decidimos no decirles nada, vivir una vida normal como familia. Normalmente con la flebotomía semanal estaba tranquilo.

¡Ay por Dios!

Llevo mis manos a mi rostro y niego, pero ¿cómo pueden ocultar algo así por años?

—No entiendo... —susurro asustada.

Levanto mi rostro y mi madre me da una mirada llena de ternura y me responde:

—La policitemia, es una enfermedad de la médula ósea que aumenta el conteo de glóbulos rojos, se presenta mayormente en hombres y es una mutación del gen JAK2V617. Esta

enfermedad tiene como particularidad que es muy raro que se detecte en hombres menores de cuarenta años, pero tú padre tuvo síntomas y ustedes estaban pequeños. Nosotros decidimos no decirles nada y siempre he seguido la enfermedad de cerca. Sabíamos que la leucemia era un riesgo que estaba presente.

Explica mi madre como toda una profesional.

¡Cristo!

—¿Yo puedo sufrir de eso? —le pregunto.

—No, es muy raro encontrar una mujer con policitemia —me responde ella segura—, además les hice pruebas de pequeños.

Siento cómo se acumulan las lágrimas en mis ojos.

¡Aquí vamos de nuevo!

Me levanto de la silla y me lanzo en los brazos de mi padre. Me quiebro por primera vez en días ante él. Sollozo un perdón arrepentida por la actitud de niña malcriada que tuve hace unos días. A veces debemos dejar el dolor a un lado y aprender a perdonar para seguir adelante. Él me abraza fuerte contra su pecho acariciando mi cabello.

—Mi pequeña Pippy —susurra dejando un beso en mi cabello.

Alzo mi rostro y los ojos color avellana de mi padre se cruzan con los míos. Él siempre me llamó Pippy por *Pippy Longstocking*, la pequeña

pelirroja.

Yo soy su pequeña pelirroja.

—Papi, te amo. —Lo abrazo fuerte mientras escucho los sollozos de mi madre y mi tía por la escena.

Como dice mi prima, no todo es blanco o negro, a veces la vida te da betas de grises. Perdonar es liberador y por primera vez en mucho tiempo siento que extrañé a mi papá.

Mi madre no está dispuesta a perder el tiempo con tal de salvar la vida a mi padre, han pasado dos días y hoy yo estoy con él en su primera sesión de quimioterapia. Una enfermera le toma la vía intravenosa conectando la primera

dosis. Mi padre sonríe y yo me siento a su lado a esperar que termine. Tomo mi *iPad* y reviso mi alerta diaria sobre Guillermo. El nuevo cambio de la gira ha generado críticas nada favorables, algo que me llena de culpa.

Repaso una y otra vez las fotos, pero me detengo en una de las fotos de la gira tomada hace pocos días. Observ  que est  más delgado.

 Seguir  consumiendo cocaína?

 Dios!

Ahora vivo preocupada por él y por todo lo que sucede a su alrededor. No me resigno a estar lejos.

Llevo rato viendo una foto de él bailando cuando escucho a mi padre aclararse la garganta.

—¿Quién es él? —me pregunta avergonzado.

Yo trato de sonreír y no lo logro. Mi padre acaricia mi rostro y toma mi mano.

—Es el cantante con el que me fui de gira —respondo.

Mi padre asiente y de nuevo nos sumamos cada uno en nuestros pensamientos. Yo cierro la foto dispuesta a no seguir torturándome, pero lo extraño a cada minuto de mi vida. Me recuesto del sillón, cierro mis ojos, toco mis labios recordando los besos apasionados de Guillermo o cuando acariciaba con su nariz mi cuello, las veces que me quedé dormida escuchando los latidos de su corazón

pensando que estaba en casa.

—Lo ves como tú madre me veía a mí en la universidad. —Mi padre rompe el silencio y yo abro lo ojos. Lo observo por algunos segundos y él alza sus hombros—. Lo sé porque tú y tu madre son idénticas. Yo amé a tu madre con todas mis fuerzas. Fue un amor rápido y duramos poco tiempo de novios. Mientras hubo amor fuimos felices.

Mientras hubo amor... ¿El amor se acaba?

—¿Ya no la amas? —le pregunto.

Mi padre niega.

—No la amo como una pareja... pero sí le tengo un gran cariño.

Analizo las palabras de mi padre, todo lo que puede pasar cuando se ama y

acaba el amor.

*—Sé que hice todo mal cuando me fui, pero dejé de amar a tu madre mucho antes de irme de la casa. La distancia que nos autoimpusimos por el trabajo marcó el principio del fin.*

¡Dios!

Escuchar a mi padre hablar sobre su divorcio me remueve el piso. Era una niña cuando sucedió todo y ahora soy una mujer adulta, mas todavía me cuesta aceptar que ellos no eran felices juntos pero muchas veces es mejor terminar antes que las cosas se pongan peores.

Como él acaba de decir lo hizo todo mal al terminar con mi madre de la

forma en que lo hizo, pero la situación entre Guillermo y yo es completamente diferente a la de ellos.

Suspiro.

—Yo no amo a Guillermo —le digo.

La negación es el primer paso para olvidar.

Mi padre suelta una carcajada echando su cabeza hacia atrás, tose un poco y me sonrío.

—Estás enamorada él, es verte y saberlo.

Pongo los ojos en blanco y cambio el tema. Comienzo a contarle sobre mi academia de baile. Le hablo acerca de las danzas que domino ahora y se asombra cuando le explico el desarrollo

de la danza aérea. Esa fue la última que aprendí estando seis meses fuera del país. Por un buen rato conversamos y hasta nos ponemos al día de todo lo que nos hemos perdido.

Hasta ahora evito el tema de la gira y de Guillermo, pero sé que mi padre no lo dejará así. Conversamos por lo que dura el tratamiento, hasta que la enfermera vuelve y toma sus signos vitales; al verificar que todo está en orden con ellos nos deja ir.

Mi padre se quedará con nosotras mientras dure el tratamiento, por eso conduzco con él a casa. Al llegar se acuesta en el sofá a descansar y yo me dirijo a la cocina para preparar algo de comer, pero papá me toma de la muñeca

y me habla:

—Amar es lo más complicado del mundo y duele hasta destruirte... Hija, no te dejes destruir por el amor.

Amar es complicado.

Amar destruye.

¿Qué hago con este consejo?

Le doy un beso en su frente y me voy a cocinar sumida en una encrucijada: saber si me dejo destruir o me salvo de esto

# Capítulo 35

—**V**amos, el tiempo, chicas. —

Aplaudo en el conteo, pero es que están perdidas en todo hoy—. ¡Están fuera de tiempo!

Pongo los ojos en blanco cuando

observo a una de las alumnas hacer un mal un paso. Apago el reproductor de música molesta. Todas las chicas se doblan sobre su cuerpo cansadas.

He retomado mis actividades en la academia.

—Andrea, viniste como una nazi — me dice una de mis estudiantes llamada Klismary.

Guillermo me decía así... Nazi... Tengo casi un mes sin saber él...

Niego tratando de olvidarlo y repito de nuevo la canción.

—Vamos, los tiempos... —les digo.

Empiezan a moverse al ritmo del Beso de Tarkan. Ellas deberían dominar los tiempos esta canción al dedillo, ya

que es una de las canciones que más utilizo para mis clases.

Empiezo a bailar con ellas, pero como siempre me pasa con la danza árabe, me transporto a un mundo donde no existe el dolor, donde no tengo un padre enfermo y dónde el hombre que amo no está a miles de kilómetros, donde no estamos separados y no es un drogadicto.

Los movimientos empieza a fluir solos, mis caderas imprimen movimientos sensuales y el sonido de las monedas de los caderines comienza a sentirse más fuerte. Trato de hacer la coreografía lo más simple, pero mi cuerpo se mueve por si solo al ritmo de la música. Mis alumnas me siguen hasta

terminar con un beso frente al espejo.

Todas aplaudimos al finalizar y les digo:

—Sí podían, sólo querían verme bailar.

Ellas se ríen confirmando mi teoría.

—Es que eres una maestra. —

Escucho una de ellas.

Niego riendo. ¡Aduladoras!

—La mejor de todas —dice otra.

Yo sonrío y les contesto:

—Gracias. Bueno, nos vemos en dos días, así que practiquen.

Todas salen del estudio mientras yo recojo todo lo que usamos en la clase, busco en mi lista de reproducción una canción para bailar. Normalmente hago esto para no enfriarme entre las clases.

Esta vez, la canción elegida es Me voy enamorando, de Chino y Nacho. Empiezo con movimientos sencillos pero coordinados. Bailo técnicamente, sin entregarme completamente.

Dicen que todos tenemos una canción que cuenta parte de tu historia en algún momento, y ésta cuenta cómo me fui enamorando de Guillermo, por eso me identifico con ella.

Poco a poco me fui enamorando de él, en pocos días ya lo estaba completamente y no pensaba más allá de lo que quería en ese momento. Quisiera volver a Río de Janeiro, a nuestro lugar especial, no salir nunca más de ahí, encerrarnos en una habitación y vegetar por siempre en sus brazos.

De nuevo me sumo a esos momentos de depresión, porque quiera o no Guillermo será el hombre que amo y amaré eternamente. Estoy tan molesta y odio con cada célula de mi ser lo que hizo para darme el empujón que me faltaba para irme.

Drogarse ante mis ojos fue un acto de bajeza y cobardía que me costará perdonarle. Podría perdonar todo lo que sucedió, pero eso no.

Busqué por internet sobre alguna adicción pero no encontré nada. Toda la información está oculta de tal manera que nadie puede saber el pasado del perfecto Guillermo; nadie sabe que es un narcodependiente.

Tengo que ser sincera conmigo

misma, a que a pesar de las decepciones y de todo el dolor:

¡Lo extraño!

Bailo para él, tratando de imaginar la sensación de sus ojos verdes mirándome y penetrando cada partícula de mi piel, pero alguien me toma de la cintura inesperadamente. Me detengo y abro los ojos de golpe para encontrarme con un sonriente Alberto.

Su toque hace que se me erice la piel, simplemente porque él no es la persona que quiero que me toque. Me separo de él, camino hasta el reproductor, bajo el volumen de la música y le saludo:

—Hola... —Mi voz está entrecortada por el esfuerzo.

Alberto esboza una sonrisa y me dice:

—Es bueno tenerte de nuevo aquí.

Alzo mis hombros e ignoro el tono de felicidad en su voz. No olvido cómo reaccionó al saber que me iba de gira.

Poco a poco llegan las chicas a las que les enseñó danza área. Antes de hacerlas volar con su imaginación practicamos algunas figuras básicas como el capullo, el buda y el ave. He decidido que la emoción que debe transmitirme hoy es la sensualidad, por eso la canción que seleccione fue *Earned it*, de Weeknd, del *soundtrack* de *Fifty Shades of Grey*.

—No quiero mucho piso. Quiero que me demuestren sensualidad en las

telas hoy —les digo.

La primera en pasar es una de mis favoritas, Nicole, tiene dieciocho años y estudia ballet clásico con la misma profesora con la cual yo estudié. Ella sube a una de las telas y hace una figura de capullo perfecta y me dice:

—Listo, Andrea.

Es mi señal. Hago correr la canción y me sorprende verla salir de una manera muy sensual del capullo. Hace un poco de piso y abro los ojos como platos al ver el poder de seducción que tiene la niña. Así como ella, pasa cada una de las diez alumnas y todas me sorprenden con sus habilidades. Me encanta ver cómo, con nuestro cuerpo, somos capaces de transmitir tantas

emociones. Por eso me gusta tanto la danza, porque nosotros no hablamos, con tan solo movernos tenemos que transmitir amor, tristeza, rabia, etc.

Al terminar me despido de cada una de ellas, recojo las telas y salgo a mi oficina a finiquitar algunas cosas administrativas.

Enciendo la computadora mientras termina de cargar. Busco un botellín de agua y me observo en el espejo de cuerpo completo que tengo dentro de la oficina. Mi cuerpo delgado ahora aparenta serlo más, he bajado alrededor de cinco quilogramos desde mi regreso. Los hematomas de mi cuello han desaparecido, al igual que Guillermo y el miedo.

Niego triste y decepcionada.

Guillermo me abandonó cuando intentaba tener una relación conmigo. Yo luché cada día por estar a su lado, pero su silencio era, muchas veces, mi infierno; sin embargo, a pesar de todo me sentía encadenada a él. Me enamoré de su sonrisa, de su seguridad cuando estaba conmigo, de su voz, de ver programas de pingüinos junto a él, de sentir el roce de su piel y de la manera que me daba razones para quedarme cuando mostraba su peor lado.

Una vez leí una imagen en *Instagram* que llevaba una frase que rezaba así:

*Quédate con la persona que se quedó a tu lado, cuando le mostraste la peor*

*cara de ti y se quedó porque te amaba.*

Nunca voy amar a otra persona como lo hice y hago con Guillermo. Mi amor simplemente no tiene límites. Yo hubiera dado todo por él, lo único que pedía era la verdad de sus labios, una verdad que no pudo decirme.

¡Qué decepción!

Me ha tocado entender que él nunca fue mío y nunca lo será.

Envío varios emails de la academia y mi alerta *Google* suena. Entro a revisar las últimas noticias de Guillermo Cruz.

La botella de agua se me cae de las manos.

Me congeló al ver los titulares y

ahogo el llanto. *Clikeo* dos de los enlaces y uno de los titulares de la revista *Hola* me sorprende:

*Guillermo Cruz y la presentadora Eva  
Fernández  
¡¡¡Regresaron!!!*

*El cantante malageño y la presentadora sevillana, luego de una ruptura sonada en el verano, han retomado su relación. Eva sorprendió a Guillermo en el concierto de Santiago de Chile y al parecer suenan las campanas de bodas.*

*Esta relación lleva más de un año en diferentes intermitencias, pero es la primera vez que la presentadora lo sorprende de esta manera. Les dejamos la foto en Instagram y lo que ella*

*escribió:*

*Felices, y ahora para siempre. Te amo, Guille.*

La foto fue capturada por un tercero y en ella veo cómo Guillermo besa a Eva. Las lágrimas se desbordan solas y una voz interior me repite:

*—Eras una más del montón.*

Acercó la papelería y expulsó todo el contenido de mi estómago, asqueada por todo lo que he vivido junto a él. Por haber sido tan estúpida de creerle en algún momento.

La puerta se abre y Alberto corre hasta donde estoy.

—Andy, nena, ¿estás bien? —me pregunta preocupado.

Niego. Lo primero que hago es abrazarme fuerte a su cuello y llorar. Esas palabras de amor, esas noches de pasión donde entregué mi alma y creía que él era lo mejor que me había pasado resultó ser una farsa. Uno más de sus espectáculos.

—Nena, me preocupas, por favor háblame —me pide en voz ronca.

Alberto alza su vista y observa en la computadora la página web que tengo abierta. Me abraza fuerte contra su pecho sin decir ninguna palabra. Poco a poco me voy calmando. Respiro hondo y me separo de él, pero con sus pulgares él borra el rastro de las lágrimas en mi

ojos. Sonríe, pero es de esas sonrisas que son forzadas.

Yo subo de nuevo mis muros, alzo mis hombros y le digo:

—Yo lo sabía, simplemente me duele ver la habilidad de algunas personas para olvidar.

*“El amor destruye”* pienso.

—Andrea...

—No, Alberto. Se pasa la página y se sigue adelante. Yo sabía dónde me metía. Guillermo le tenía fecha de caducidad a nuestra relación, siempre me lo advirtió.

Me levanto y él también. Busco el botellín de agua, lo abro con manos temblorosas y tomo un sorbo, pero nada me quitará ese sabor tan amargo que

deja el desamor.

Alberto me observa con semblante preocupado y yo, de manera brusca, suelto el aire que contengo en mis pulmones; empiezo a recoger mis cosas.

—Me tienes a mí... —me dice pero sus palabras están cargadas de anhelos que no puedo cumplir.

¡No de nuevo!

Yo niego y alzo mi rostro de los papeles que recojo para responderle.

—Te quiero como un hermano, nunca podré verte de otra forma.

Su rostro cambia de preocupado a enojado en cuestiones de segundos.

—Andrea, yo te amo...

—Y yo a ti, pero son diferentes tipos de amor. El mío es de una hermana

a un hermano y el tuyo de un hombre a una mujer. Lamentablemente no te puedo corresponder.

Empieza a caminar hacia mí.

—Pero...

Lo detengo con mi mano haciendo un gesto negación para que no siga. No quiero dañar la relación de amistad y menos con él, que es una de las personas más importantes en mi vida.

—No puedo. Por favor, no pidas más de lo que puedo dar.

Alberto se gira y sale de la oficina tirando de la puerta. El golpe estremece mi cuerpo. Me decepciona que tenga esa actitud. El amor no es presión, es algo que se da espontáneamente. No puedes obligar a nadie amarte.

Termino de recoger todas mis cosas con un solo pensamiento en mi mente:

*“ Guillermo se casará ”.*

Cuando salgo del estudio, me detengo un minuto para observar que la clase de Salsa Casino de Alberto ya ha comenzado y está llena. Subo a mi auto y al encenderlo suena en los altavoces *Say You Love Me*, de Jessie Ware y me hundo nuevamente en los recuerdos, llenando de cólera e impotencia. Tanto que le pedí a los astros que me dijera un TE QUIERO, y al poco tiempo después de que se cumpla mi deseo me doy contra el gran muro de la verdad, dándome cuenta que todo fue una mentira.

Conocí un Guillermo, falso  
Recibí un TE QUIERO, falso.

Un regresa a mí, falso.

Ahora entiendo la razón por qué no luchó ni me buscó más después de aquel mensaje.

Mi móvil suena alertándome, reviso y es de nuevo un número desconocido de otro país.

Lo abro y me tiemblan las manos al leer:

*«Eras una más del montón... Lo mejor es que nunca más volverás a estar con él y yo estaré vigilándote. Mantente alejada de Guillermo o tu madre, la borracha, va ser la que pague las consecuencias.»*

El móvil se me cae de las manos, por lo asustada que me siento. Pienso

que todas estas malas energías y muestras de odio deben ser parte de un karma que estoy pagando de otra vida. Recojo el móvil, releo el mensaje y me doy cuenta que esto no es una simple advertencia, es una amenaza. Me vigilan y estoy segura que es Alonso.

No hay nadie más que me odie tanto.

Le escribo a Teresa y le pregunto si sabe de él. Su respuesta no se hace esperar y me pregunta el por qué, a lo que solo respondo que no me fío de él. Por último me contesta:

*«Perro que ladra no muerde. Por cierto, estoy segura que ya estás enterada por las noticias. Lo siento mucho.»*

Claro que estoy enterada y con un corazón destrozado. No respondo el mensaje e ignoro las disculpas. Salgo disparada a casa a donde me esperan mis padres mientras escucho *Only love can hurt like this* de Paloma Faith.

El amor puede ser un hallazgo afortunado cuando no lo estás buscando y también es un dulce dolor que te lastima hasta querer morir.



# Capítulo 36

**Un año después.**

**D**icen que el tiempo sana las heridas y cura el desamor, pero he

aprendido en este último año, que solo te acostumbras a la idea que las cosas están cambiando y debes aceptarlo... resignarte, y es justo eso lo que hizo que mi vida diera un giro de ciento ochenta grados.

Todo empezó luego de la gira y mi regreso; primero descubrir que la personas que amas te ocultaba cosas y nunca descubrir la verdad, luego romper con la persona y aprender acostumbrarte a que ya no esté a tu lado, y como punto final, ver en las noticias cómo esa persona se casó con otra mujer que no eres tú.

Dolor.

Dolor es lo que sentimos cuando nos golpeamos o nos herimos, pero el

dolor psicológico es el que te quita las ganas de vivir, te quita el sueño y te hace sentir que hasta respirar es una tarea difícil.

En un año me tocó reparar la relación padre e hija, sabiendo que quizás algún día tú padre no va a despertar. Hemos pasado un largo año luchando contra el cáncer, pero finalmente nos rendimos. La batalla la ha ganado él. A mi padre le quedan dos o tres meses de vida. Luego de tanto luchar, el cáncer se ha esparcido por todo su cuerpo y estamos viviendo uno de los momentos más tristes.

¿Triste?

Parecía que mi vida estaba condenada a la tristeza, pero hay razones

únicas que me han devuelto las ganas de luchar, y mi madre es una de ellas.

Lleva formalmente un año sobria, por eso hoy estamos en su reunión de alcohólicos anónimos. Cada uno se levanta para contarnos sus historias, algunas son más desgarradoras que otras y llegan al alma de cada persona que las escucha. Finalmente mi madre se levanta y empieza hablar:

—Mi nombre es Bárbara y soy alcohólica. —Fija su mirada en mí y prosigue—. Hoy cumplo un año y doce horas sobria, no ha sido un camino fácil, pero con la ayuda de mi padrino Eduardo, mi sobrina Lorena y mi querida hija Andrea, he podido lograrlo.

Sonríó feliz al ver lo mucho que ha

logrado mi madre en este tiempo.

»Todos los días lucho constantemente contra la tentación de tomar un trago, entonces pienso en los días cuando lo hacía, en todos los momentos que me perdí, pienso en mi hija y su mirada desolada cuando me encontraba desmayada por causa del alcohol y desisto. —Mis ojos se ponen vidriosos a causa del cúmulo de emociones que empiezo a seguir—. Mi mejor incentivo para seguir sobria es ser una mujer nueva y diferente a la que cayó en este abismo. Así como dice nuestro lema: un día a la vez. Esa es la forma como vivo todos los días, viviendo con la calma que perdí, perdonándome por mis errores, pidiendo

perdón a quienes hice daño y perdonando aquellos que me lo hicieron a mí.

Eduardo, el padrino de mi madre, se levanta mientras todos aplaudimos.

Él se acerca, le entrega una ficha parecida a la de apuestas a mi madre y ella la toma, pero luego lo abraza efusivamente sorprendiéndome; al bajar del estrado se acerca hasta donde estoy y me envuelve con sus brazos.

Yo correspondo emocionada y le susurro en su oído:

—Estoy orgullosa de ti...

Mi madre me aprieta más fuerte y me responde:

—Yo también...

Rompemos el abrazo. Mi madre

baja la mirada a la carriola y observa con ojos llenos de amor a la pequeña de dos meses que duerme plácidamente en ella.

—Es verte a ti de pequeña, pero con los ojos verdes —me dice.

Yo sonrío asintiendo, porque mi hija es la visión más hermosa del mundo. Ella es mi otra razón. Un pequeño regalo que la vida me dio para volver a sonreír y luchar por ser feliz.

Los recuerdos de cómo me enteré de que estaba embarazada se precipitan a mi mente.

## **Inicio del Flashback**

*¡Dios mío!*

*Salí corriendo pero no logré llegar al baño de la cafetería dónde me encontraba con Lorena. Vomité lo poco que había ingerido. Ya habían pasado dos meses desde mi rompimiento con Guillermo y no sabía si era el estrés o la presión, pero todo lo que comía iba directo al lavado.*

*Salí del cubículo y lavé mi cara, la puerta se abrió con una Lorena pálida.*

*—¿Estás bien? —me preguntó.*

*Yo negué y le respondí:*

*—No y la verdad quiero ir a casa...*

*—Andrea, creo que es mejor llamar a mi tía. Necesitas que te vea un doctor porque... porque no es normal —me dice con voz preocupada. Yo*

*desistí de la idea y ella agregó—. Vamos, no aceptaré un no como respuesta.*

*Salimos del local y ella manejó hasta la clínica donde mi madre pasaba consulta. Cerré los ojos en el trayecto y me concentré, como siempre, en revivir cada momento junto a Guillermo.*

*Al bajar del auto sentí una sensación de vértigo, que no era normal en mi organismo.*

*El despliegue médico no se hizo esperar por ser la hija de una de las accionistas de la clínica, y así, me trataron como si fuera una enferma de alto riesgo. Un enfermero salió de la nada con una silla de ruedas y me llevó*

*a un cubículo donde un doctor muy joven, llamado Fabián, me atendió muy amablemente.*

*—Le enviaré hacer las analíticas de sangre —me dijo escribiendo mi historia médica—. ¿Fecha de su último periodo?*

*Empecé a contar mentalmente hasta darme cuenta que mi periodo no bajaba desde que estuve en Ecuador.*

*¿Era posible?*

*¡Dios!, ¡los planetas se han alineado para joderme!*

*—Quince de septiembre —respondí casi en un susurro y con la mirada perdida.*

*Lorena me observó y palideció. Estamos en noviembre.*

*El doctor muy amable nos explicó algunas cosas, por eso, antes de proceder, decidió hidratarme. Luego la enfermera buscó la vía intravenosa, y al terminar me colocó la solución fisiológica.*

*Al salir, Lorena se levantó y me preguntó:*

*—¿Tomaste provisiones para no salir embarazada?, ¿cierto?*

*Yo cerré mis ojos y respiré hondo.*

*—Tomo la píldora, es imposible — le respondí segura de mis palabras.*

*—Sabes que siempre hay un uno por ciento de probabilidades que no funcionen...*

*¡Fuck me!*

*¿En serio?*

*Voy a ser el uno por ciento de las probabilidades.*

*Su voz estaba tan asustada que hizo que se me instalará un nudo en la garganta. Por mi cabeza empezaban a correr miles de pensamientos, pero el primero que en la lista era:*

*“Un hijo de Guillermo y mi mío”*

*“Un hijo”*

*¡Dios, qué locura!*

*Luego de una hora, el doctor Martínez junto a mi madre, leen detenidamente mi historia. Ella le dice algo al doctor y este salió del cubículo dejándonos solas.*

*Lorena me observaba mientras yo solo podía sentir incertidumbre con una mezcla de emociones en mi cabeza*

*y corazón. Ese era el momento.*

*El momento de la verdad.*

*—Andrea, estás embarazada —dijo mi madre con una voz cargada de rabia—. Esto es increíble, te he hecho tomar la píldora toda una vida, ¿cómo pudiste olvidarla?*

*Mi madre tiene toda la razón de estar molesta... pero, la píldora no funcionó, no lo hizo.*

*Me senté en la camilla, pero de nuevo las lágrimas me traicionaban, se desbordaban por mi rostro con una mezcla de felicidad y dolor. Me desconecté todo los monitores y salí corriendo de ahí, huyendo de una verdad que no sabía si podría afrontar.*

*Caminé durante horas por las*

*calles de Caracas, pensando en todo lo que debía hacer.*

*¿Abortar? “No” gritaba una voz interior.*

*¿Adopción? “No” gritaba otra voz dentro de mi mente.*

*¿Tenerlo? “Sí” esa vez respondí yo interiormente.*

*No podía matar o lanzar a la calle el fruto de mi amor.*

*Quizás Guillermo me había olvidado, pero yo nunca lo olvidaría a él. Él fue un hallazgo en vida y llegó para enseñarme que el amor llega de golpe, no avisa y que cuando termina, destruye, pero su hijo... él sí sería mi verdadera serendipia, porque se convertiría en mi felicidad.*

## **Fin del Flashback**

Anabella, se ha convertido en mi razón de vivir, en mi alegría y la de mi familia. Esta pequeña es una bendición. Ella es quien le dio paso a un futuro dónde todo es amor y felicidad.

Mi embarazo fue tranquilo luego del primer trimestre. Pude bailar hasta el último día, algo que mi madre disfrutaba, aunque claro, no bailaba con la misma intensidad que lo hacía normalmente, pero podía sentir a mi hija bailando en mi vientre, y eso me hacía feliz.

La danza de vientre era la favorita

de Ana. Lo sabía porque se movía en mi interior al compás de la música como una bailarina experta. Era único sentir a mi hija crecer dentro de mí, pero ver sus ojos por primera vez fue el recordatorio de quien era su padre.

El día de su nacimiento los recuerdos vagaron por mi mente, fue por eso que lloré desconsolada y en silencio con ella en brazos. Fue así también como al fin pude ponerme en los zapatos de mi madre, sentir en carne propia lo que se siente al no estar con la persona que amas. Que te den una patada y te cambien por otra a las primeras oportunidad. Sonará cliché lo que voy a decir, pero al parecer todos los hombres vienen cortados por la misma tijera.

Lorena siempre me dice:

—*Carajita, los hombres son tan básicos que sí no la cagan de entrada lo van hacer de salida.*”

Y es verdad todo lo que dice. Guillermo se casó con la presentadora de televisión española cuatro meses después de yo dejarlo. Fue así como simplemente dejé de seguir sus noticias, de interesarme en sus cosas, como emprendí la tarea de olvidarlo, pero cuando decaía como una drogadicta y me entraban deseos de saber de él, pensaba en mi hija y me repetía internamente:

*“Tú puedes”*

Pero como ya dije, solo me acostumbre a la idea de no estar a su lado. Lo extraño en las mañanas al despertar y mi insomnio lleva su nombre escrito.

Mi madre me pidió mil veces que no lloraré, pero lo hacía casi de forma imperceptible.

Un día las niñas decidieron elegir la canción en la clase de danza área y escogieron Quimera. Casi muero y tuve que encerrarme en mi oficina y llorar.

—Andy... Andy —Mi madre me llama con voz preocupada.

Levanto mi mirada hacia ella.

—¿Sí? —contesto algo aturdida.

—Te fuiste por un momento, ¿estás bien?

Asiento y le pregunto:

—¿Podemos irnos?

—Sí —me responde asintiendo con su cabeza—. Deja me despido de Eduardo.

—Vale, voy saliendo.

Tomo la carriola y salgo aún con los pensamientos puestos en Guillermo.

Las amenazas siguieron por un tiempo, pero tome la decisión de cambiar de número para dejar de recibirlos. También puse en preaviso a mi tío Rodrigo, el padre de Lorena.

Los meses pasaron y me olvidé de los mensajes. Por mi parte, dejé de estar al tanto de Guillermo y corté toda comunicación que me pudiera vincular con él.

Fue así como encontré la paz.

Cada día al despertar repito, en mi cabeza como un mantra:

*“Estarás bien”*

Mi madre me alcanza en el estacionamiento y subimos al auto en silencio. Yo algo aturdida por los recuerdos, me siento atrás con Anabella en brazos.

Mi pequeña se queda dormida y observo cómo mi madre busca una emisora. De repente, por los altavoces, empieza a sonar una balada dulce. Según dice el locutor, es un cantante español nuevo llamado Sergio y dicha canción se ha convertido en un éxito.

Ésta habla de un hallazgo inesperado, de lo feliz que era al lado de una chica de

ojos azules y cabello color fuego. Voy cayendo en cuenta de toda la situación, y cuando el estribillo de la canción empieza con “Serendipia”, sé de quién es la letra.

Guillermo.

¡Dios mío!

Escribió una canción sobre mí, ¿por qué?, ¿por qué ahora?

—Mamá, apaga la radio —le pido con voz ahoga.

Ella me mira por el espejo retrovisor y lo hace.

—¿Estás bien?

—No... Quiero llegar a casa... — respondo en un hilo de voz.

Mi madre asiente, pero en mi mente se repite una y otra vez la letra del

estribillo de la canción. Las lágrimas empiezan a correr solas por mi rostro.

Sigo rota y destruida. Tomo la manita de mi hija observándola, admirando su belleza. Algo bueno me quedó de todo aquello y fue ella.

Cierro mis ojos recordando su promesa de escribirme una canción y susurro al vacío:

—Lo hizo...

Dejo a mi hija en su cuna durmiendo, camino hasta mi mesa, enciendo mi laptop y busco la canción.

La letra habla sobre nosotros, pero

el final de la canción menciona que perdió ese amor, pero que a pesar de eso la sigue amando y siempre la recuerda. Debo estar soñando o quizá los planetas se alinearon de nuevo para joderme el corazón.

Sí, la canción es de su autoría.

¡Maldita seas Guillermo Cruz!

Apago la computadora con rabia y me levanto con el corazón palpitando a mil por hora. Me acuesto en la cama con mi Tablet y me deslizo a la galería de fotos donde guardo mis recuerdos más preciados. Observo la fotografía que nos tomamos después de hacer el amor. Mi piel se ve sonrojada a causa del orgasmo y Guillermo sonriente observa la cámara con el rostro despreocupado,

feliz. Nuestros cuerpos encajaban perfectamente. Fue en Rio de Janeiro.

Trato de aguantar las lágrimas por los recuerdos pero es en vano. Todo indicaba que nunca íbamos a conseguir un final feliz, tal y como él me lo dijo, pero entonces. ¿Por qué escribe esta canción?, ¿qué mensaje trata de darme? Es injusto que yo esté sufriendo por alguien que fue tan cobarde, que optó por drogarse para mostrarme su verdad, pero sé que detrás de esa adicción, de esas pesadillas y de ese hombre que a veces se encerraba en sí mismo hay algo.

Lo lamentable es que nunca sabré que significa o abarca ese “algo”, porque Guillermo no me lo dirá.

—Yo fui tan suya y el tan mío —

Suspiro finalmente.

Apago la Tablet llorando

desconsolada hasta quedarme dormida.

# Capítulo 37

**Guillermo.**

**Un año después.**

**A**ndrea tiene a Anabella..., una preciosa pelirroja que tiene mis ojos...

Ellas son mis serendipias y yo estoy lejos..., las perdí por estúpido, por un miedo que me está destruyendo. Por tratar de protegerlas sabiendo que lo puedo más estando cerca.

No soporto más esto.

—Guillermo te estoy hablando —

Eva me grita molesta.

Yo levanto el rostro de mi móvil y me quedo observándola por unos minutos para finalmente decirle:

—Quiero el divorcio.

Eva se levanta de la silla de comedor y me tira el resto de su copa de vino en la cara. Teresa y mi madre se

quedan observándome, sorprendidas por mi arretrato de sinceridad.

—No puedes hacerme esto, tú y yo tenemos un trato —me chilla molesta.

Me levanto y limpio con la servilleta el resto de vino de mi rostro y le respondo con toda la dureza posible:

—Lo hago porque estoy harto. —Respiro hondo—. Harto de fingir que te amo cuando no es así. Esto se acaba hoy y ahora.

—¡Pero, Guillermo...! —chilla mi madre.

—Cállate madre, que nadie te ha dicho que hables. —Ella me mira sorprendida y se calla de golpe.

—Esto no se queda así, te lo advierto, y si quieres el divorcio tendrás

que indemnizarme —dice Eva altiva.

—Lo tuyo es el maldito dinero, pero no te preocupes que si es lo que quieres te doy todo —le grito.

Me mira sorprendida.

—¡No eres más que un maldito ex drogadicto! —me grita riendo—. ¿Crees que puede perdonarte después de casarte conmigo? —me pregunta retadora.

—No es tú maldito problema, así que sólo límitate a darme lo que te estoy pidiendo —le respondo entre dientes y camino para salir de ahí.

—¡Guillermo! —Eva grita mi nombre colérica.

Le doy una mirada furibunda y salgo del comedor.

Entro a la habitación en la que

duermo solo desde que nos casamos y empiezo a meter mi ropa en las maletas. Fui un cobarde pensando que de esta manera podría cuidarla y no era así. Lastimé a Andrea de una de las peores maneras y lo más triste de todo es que me perdí el nacimiento de mi pequeña hija.

Anabella...

La puerta se abre. Teresa entra con el rostro preocupado. Ella se ha convertido en mi confidente desde que todo sucedió, excepto la existencia de mi pequeña.

—Guillermo, ¿estás bien?

Yo niego.

—No lo estoy, pero lo estaré en cuanto termine todo esto —le respondo.

Ella se acerca, se sienta en la cama y me ayuda doblar unas camisetas.

—¿Qué sucede? —pregunta.

Respiro hondo y lo pienso antes de decirle la verdad.

—Tere, tengo que irme y acabar con esto de una vez. He esperado demasiado tiempo... tengo que la manera de hacer que Andrea me perdone y protegerla de cerca.

Ella niega y me pregunta asustada:

—¿No crees que será peor? ¿Y las amenazas? —Respira hondo—. ¿Lo anónimos?..., ¿estás loco?

¿Loco?

De amor por Andrea y mi hija. Cierro mis ojos cavilando una respuesta.

—Es un riesgo que tengo que tomar.

Ella suelta un chillido y se levanta.

—Estás loco... yo... yo leí los anónimos y decían claramente que te mantengas alejado. ¿No te das cuenta que si regresas puede pasarle algo?

“*Lo sé*”, respondo en mi mente.

—Tengo una hija —le digo finamente para que entienda mis razones.

Teresa palidece y cae sentada en la cama completamente muda.

—Guillermo...

Niego y continúo con mi explicación, esperando que al menos ella me entienda.

—No puedo estar alejado y no quiero estarlo más. Me cansé de vivir con miedo por el fantasma de tu padre. Teresa..., es hora que todos, de alguna

manera, seamos felices. Mi error fue herirla al drogarme ante sus ojos sabiendo el daño que le ocasionaría, pero se me fue de las manos y recaí... Después de esa maldita noche volví a adentrarme en esa puta adicción y de una forma más intensa que la anterior. La necesidad de esa sustancia en mi cuerpo regresó, pero el día que me enteré que Andrea estaba embarazada, tomé la decisión de ingresar nuevamente a la clínica porque, aunque sabía que no estaba a su lado, quería estar limpio por ellas, por su sola existencia.

»Tú lo sabes Teresa... estuviste ahí. Estuve meses ingresado en rehabilitación sin que nadie lo supiera y hace veinte días, al salir de la clínica,

tomé la decisión de buscarlas. Por eso comencé a asistir a los grupos de apoyo, porque son como una fuerza..., un apoyo para mí.

Ella asiente, se levanta y camina hacia dónde estoy de pie. Toma mi mano apretándola fuerte.

—Pero yo... yo te amo...—me dice con voz triste.

*“Lo sé”* pienso.

—Para mí eres una hermana y lo sabes... —le respondo con voz neutra.

—Sí, por eso quiero solo tu felicidad...

Acaricio su rostro dándole un beso en la coronilla. Ella suspira y comienza a alejarse rompiendo la conexión.

—Teresa —le llamo y ella se gira

—, gracias... por todo.

Me muestra una tímida sonrisa y sale de la habitación.

Termino de recoger mis cosas y salgo de la casa. Enciendo la radio de mi auto y por los altavoces se escucha Serendipia, la canción que le compuse Andrea.

Venezuela, vuelvo a ti y esta vez saldré con Andrea y mi hija, para siempre.

# Capítulo 38

**C**orro con Anabella en brazos, giro mi rostro desesperada y observo cómo él casi nos alcanza. Las piernas y los brazos me fallan a causa del cansancio, mi respiración es

entrecortada por la desesperación y el esfuerzo. El pánico está inundando mi mente. Las calles se hacen largas y no logro descifrar dónde estoy.

Cruzo en una de las esquinas encontrándome con un callejón sin salida.

Me giro y Alonso camina hacia nosotras con un revolver en sus manos.

—Puedes correr pero no esconderte —dice acercándose.

El arma se dispara. El sonido me provoca un grito de dolor y el llanto desesperado de mi hija hace que me despierte asustada, sudada y exaltada.

Me siento en la cama limpiándome el sudor de la cara. Me acerco a la cuna de Ana y le alzo para empezar a

mecerla en mis brazos; acaricio su cabecita, camino un poco hasta la mecedora que está frente a mi ventana, me acomodo en ella y saco mi pecho para alimentar a mi pequeña.

Meciéndome lentamente, pierdo la mirada en el horizonte observando cómo el sol empieza a nacer detrás del Ávila.

—Algún día te contaré cómo conocí a tu padre, lo feliz que fui a su lado y lo afortunada que soy de tenerte ahora nena —le digo nostálgica a mi hija.

La niña suelta mi pezón y gorgorea algo. Yo sonrío alzándola un poco para verla y Ana mueve sus manos y hace sonidos.

Suspiro enamorada de ella.

—Si tu padre lo hubiera intentado y

luchado por nuestro amor, quizás ahora fuéramos una familia, pero te prometo que haré todo para hacerte feliz.

Le estoy sacando delicadamente los gases cuando mi madre abre la puerta. Yo le sonrío pero ella no me corresponde, está pálida. Camina hasta donde estoy sentada y cuando está frente a mi observo el recorrido de las lágrimas por su rostro.

Mi corazón empieza acelerarse. Me invade esa sensación de que sabes lo que pasa pero no quieres aceptarlo.

—¿Papá? —pregunto.

Ella me sonrío triste y mi mundo se resquebraja en mil pedazos.

—Lo siento nena. Tú padre acaba de morir —me dice ella consternada.

Yo contengo el aire en mis pulmones unos segundos y lo expulso. Abrazo a mi bebé fuerte contra mi pecho y comienzo a llorar desconsolada. Nunca he sido de fácil llorar, pero en este el último año es como si me hubieran abierto una llave para que las lágrimas se precipiten fácilmente.

—¿En qué momento? —pregunto.

—Fue mientras dormía amor... finalmente descansó —responde mi madre.

Mi madre toma a Ana entre sus brazos y yo me levanto de la mecedora para ir a la habitación de mi padre. Me paralizó al encontrarlo en su cama; parece que aún está dormido, pero simplemente no lo está porque su pecho

ya no sube y baja a causa de su respiración.

Me acerco y acaricio su rostro apacible. Es increíble ver cómo el cáncer consumió al hombre de negocios. Todo su cabello se cayó, y de aquél hombre robusto solo quedó uno delgado que sufrió una difícil agonía.

Aquí, frente a él, recuerdo la vez que me habló respecto a dolor que me estaba consumiendo.

### **Inicio del Flashback.**

*Mi padre acariciaba mi vientre mientras sentía como la pequeña Anabella se movía dentro. Disfrutaba cada segundo junto él, porque yo sabía*

*que me quedaba muy poco a su lado; me gustaba que él pudiera sentir a su nieta y deseaba que llegaría a conocerla.*

*Reinaba mucho el silencio entre los dos, pero mi padre siempre lo rompía con palabras sabías.*

*—El dolor, muchas veces, es mejor adormecerlo, aguantar e ignorarlo hija.*

*¡Dios!*

*—¿Por qué dices eso? —le pregunté*

*—Porque el dolor te está absorbiendo. Yo te dije que el amor muchas veces destruía, pero debes seguir viviendo y perdonar, porque esa es la única forma en que volverás a ser*

*feliz —me dijo con voz cansada.*

*—Yo soy feliz —contesté a la defensiva.*

*No lo era...*

*Trataba de serlo.*

*—No lo eres, y lo sé porque amas al padre de tu bebé. No deseas luchar contra el destino que los separa; prefieres disfrutar de ese recuerdo que muchas veces te atormenta —me dijo sonriendo.*

*Escondí mi mirada y acaricié mi ya abultado vientre.*

*—Papá...*

*—Soy tu padre, Andrea, te conozco. Puede que no esté al tanto de todo lo que pasó entre ustedes y he respetado tu decisión, pero lo que no*

*respeto es el hoyo depresivo en que estás metida.*

*Parecía un despojo de lo que solía ser.*

*—No sabes lo que dices —digo en un hilo de voz.*

*Mi padre soltó un gemido lastimero.*

*—Lo malo de los recuerdos es que a veces duran más que el amor, Andy. El día que yo me vaya de este mundo no te atormentes con los recuerdo. Vive y sé feliz por esa niña que viene en camino y por ti. Por favor promételo —me pidió.*

*—Te lo prometo —le dije aguantando las lágrimas.*

*—Te amo. Hija. Soy un padre*

*orgullosa y no me subestimes, yo estoy feliz por ese bebé que viene en camino.*

*Me levanté del sillón, me lancé en sus brazos y lo besé.*

*—Te amo, papi.*

*—Te amo, Pippy.*

## **Fin del Flashback.**

—Te amo, papá. Te prometo que lucharé por ser feliz, que volveré a ser la Andrea Ordoñez de antes. Gracias por estar a mi lado en estos últimos meses y enseñarme ver las cosas de otra manera. —Beso su frente fría y la rigidez de su cuerpo hace que me tense —. Lo haré por mí y por mi hija.

Me separo de él y salgo al salón

donde encuentro a mi madre hablando por teléfono. Ana está dormida en su columpio mientras el mismo se mece suavemente. Me acerco y acaricio su rostro con delicadeza.

—Ya vienen a buscarlo —dice mi madre después de colgar.

Yo asiento y como si de una niña se tratara, corro hasta los brazos de mi madre buscando refugio y lloro.

# Capítulo 39

**E**l funeral pasa en un abrir y cerrar de ojos. Decidimos cremar su cuerpo para finalmente esparcir sus cenizas en el mar. Estamos esperando a que nos las entreguen cuando escuchamos un alboroto a las afueras de

la sala. Todos miramos hacia la puerta hasta que finalmente se abre y Guillermo entra decidido dirigiéndose a donde estoy sentada.

¡Guillermo!

Sí, es él.

Mi Guillermo.

No, no es mío, pero es Guillermo, con su metro noventa, su barba incipiente, su cabello rebelde y sus ojos verdes que me observan intensamente.

Guillermo. El hombre que amé y sigo amando.

Guillermo. El padre de Anabella.

Mi corazón se detiene al igual que el mundo que nos rodea. Su mirada penetrante se fija en mí.

Las piernas me tiemblan y mi

reacción es abrazar fuerte a mi pequeña contra mi pecho, protegiéndola de todo lo que pueda avvicinarse por esto. Llega hasta donde estoy sentada sin importarle las demás personas, se arrodilla ante mí y dice finalmente:

—Perdóname...

¿Perdón? ¿Perdonarlo?

Su mirada llena de arrepentimiento nos observa. Alza su mano y acaricia la cabecita de Anabella.

—Es hermosa como —me dice en voz ronca.

Sabe de Ana..., sabe de Ana...

*“¡Sabe de Anabella y viene por ella!”* grita una voz en mi interior.

Lorena corre a mi lado y educadamente le dice:

—Te voy a pedir que salgas de aquí.

Guillermo alza su mirada, me estremezco al observar lo fríos que se vuelven sus ojos. Lorena se agita a mi lado haciéndome reaccionar, me levanto y él me sigue con el rostro serio.

Le entrego a mi hija a Lorena y le digo:

—Ya regreso. —Veo a mi madre acercarse—. Todo está bien, ya regreso —le digo para calmarla.

—¿Segura? —pregunta mi madre angustiada

“No” pienso.

—Andy, no creo que debas salir con él —me dice Lorena preocupada.

“Yo tampoco” respondo

mentalmente.

Guillermo la ignora, toma mi mano y los dos salimos de la sala ante la atenta mirada de mi familia. Aprieta mi mano fuerte, tratándome de transmitir control, pero la rabia y el dolor empiezan a bullir dentro de mí y me suelto bruscamente.

Al llegar a un lugar apartado de los curiosos, busco con la mirada su anillo de casado.

—Terminó —me dice con voz ronca.

¿Qué terminó?

Alzo mi mirada y lo desafío ignorando lo que ha dicho. Su rostro muestra cansancio y dolor.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto

molesta.

—Vine por ti y por mi hija — responde. Mi corazón se detiene ante sus palabras. ¿Su hija? Dios, ¿es una maldita broma?... ¿Su hija?—. Andrea, lo sé... lo sé todo.

Lo detengo con un gesto:

—Anabella no es tu hija. Puedes regresarte por donde viniste.

Miento, porque sé que es lo mejor que puedo hacer para protegernos. Este reencuentro quizás..., quizás traiga consecuencias.

—Anabella... —repite el nombre de nuestra hija con dolor.

—¿Qué es lo que quieres?

—Andrea, puede que creas que te olvidé, pero nunca lo he hecho. La vida

no es vida desde que no tú no estás a mi lado y estoy aquí para recuperarte —me contesta seguro de lo que dice.

Me cruzo de brazos molesta, ¿cómo se atreve a ser tan cínico?, ¿cómo puede decir eso después de un año y estando casado?

Suspiro cansada y le respondo:

—Puedes ir por donde viniste, porque ni Anabella ni yo necesitamos de ti. Lo nuestro se acabó desde el mismo momento en que me fui de Argentina.

*“Perdí la fe en ti”*, pienso tristemente.

—Andrea, si no lo hacía, quizás otra fuera la historia.

*“No, pienso creer de nuevo”*, me digo mentalmente

—No te quiero cerca de mi hija o de mí. Ahora soy yo quien te advierte.

Empiezo a caminar pero Guillermo atrapa mi mano, y la misma electricidad que ha recorrido mi cuerpo desde la primera vez que me tocó, hace que me estremezca. Pero sus palabras remueven mi ser:

—Te dije una vez que yo estaba lo suficientemente jodido para destruirte, pero nunca te mentí cuando te dije que te amo con toda mi alma. Tampoco te mentí cuando dije que te había encontrado para ser feliz. Tú eres la mujer de mi vida y la única con la que quiero pasar el resto de ella, como los pingüinos emperador. Todo lo que he hecho en este tiempo lo hice por ti y

nuestra hija, por mantenerlas seguras.

¿Qué hizo? ¿Abandonarme?

—Es tarde, ¿pero quién te crees? —  
le contesto altanera.

—Nunca es tarde para el amor  
verdadero —responde con voz triste.

Sus palabras tocan mi corazón, pero  
entro en razón porque creerle sería mi  
perdición.

Me zafó de su agarre y entro a la  
sala. Lorena sale a recibirme con mi hija  
en brazos y la recibo buscando la paz  
que necesito. Beso su frente y huelo su  
olor a bebé e inocencia. Mi prima niega  
y dice:

—Algo me dice que esto no traerá  
nada bueno.

Tomo su mano y asiento ante sus

palabras, ella la aprieta fuerte llenándome de fuerza y confianza.

Lo sé. Sé que esto no traerá nada bueno porque yo también tengo el mismo presentimiento.

Mi mayor temor tiene nombre y apellido:

Alonso Cruz.

Después de un rato y ya casi todos calmados por la presencia de Guillermo en el funeral, me llaman para entregarme los restos mortales de mi padre. Mi madre, mis tíos y primos me acompañan en tan duro momento.

Una señorita lleva en sus manos una pequeña caja de madera con un pequeño ramillete de rosas blancas encima. Nos ponemos de pie alrededor de ella, le

cedo la bebé a mi madre y respiro hondo.

—Les hago entrega de las cenizas de nuestro hermano Lorenzo Ordoñez. Como rezan en las palabras de Dios en el Libro Génesis: “Con el sudor de rostro comerás pan hasta que vuelvas al suelo, porque de él fuiste tomado. Porque polvo eres y a polvo volverás”. Todos en algún momento nos encontraremos de nuevo, porque quienes dormimos en la paz del señor tenemos la esperanza de la resurrección.

Me acerco tomando en mis manos la pequeña caja que aún está caliente y deposito un beso en ella.

—Te amo, papá —susurro. Levanto mi rostro, la señorita sonrío y le digo—:

Gracias.

—Estamos para ustedes en estos momentos que son los más difíciles.

Todos salimos.

Mi tía Pili se abraza fuerte a mí y a lo lejos observo cómo Luis Ernesto abraza a Lorena, causándome un poco de envidia porque también quisiera compartir este momento con Guillermo.

Busco a mi madre con la mirada y le encuentro rezagada del grupo con Ana en brazos, y a su lado está Eduardo que le susurra algo al oído. Quisiera que los brazos que me abrazan en este momento fueran otros. Sólo ellos me darían la paz que necesito.

No puedo negar que todo lo que siento se ha removido de nuevo con tan

solo un encuentro. Pueden haber pasado once meses, pero yo lo sigo amando, de hecho, por momentos me permito soñar que formamos una familia y que no existe ninguna amenaza ni hermano psicópata que nos aseche.

Pero son solo eso. Sueños.

En el estacionamiento todos me abrazan en forma de despedida. Quedamos en reunirnos en casa para hablar y recordar a mi padre.

Siento que algo me escoce en el cuello. Siento la mirada de alguien que sigue cada movimiento que hago, y cuando busco alrededor, me paralizó al encontrar a Guillermo con los brazos cruzados, recostado de un rustico observando la escena de lejos. Sus ojos

verdes están ocultos detrás de unos lentes de aviador, pero sé que sigue cada movimiento como atención.

Cierro mis ojos internalizando que todo está por comenzar de nuevo. Al abrirlos respiro hondo y le digo a mi madre:

—Vámonos a casa.

Subimos a nuestro auto acompañadas de Eduardo, que es él que conduce, y salimos de ese lugar

Por el camino observo a mi hija que duerme tranquila, ajena a todo lo que sucede a su alrededor. Veo la urna de las cenizas y mentalmente le pido a mi padre que me ayude, que me ayude a discernir entre lo bueno y lo malo, que me ayude a saber cuál es la elección que

debo tomar.

El regreso de Guillermo puede ser lo más triste o lo más feliz que puede pasar en mi vida, pero todo depende de las consecuencias que traiga.

¡Dios mío, ayúdame!

Llevo cuarenta minutos o más acostada con la mirada perdida en el techo de mi habitación. En casa solo estamos mi madre, Lorena, mi bebé y yo.

Mis pensamientos vuelan a los meses anteriores. Ellos también tienen una disyuntiva con mis sentimientos, ya que la razón quiere ganar sobre ellos.

¿Por qué la razón debería ser más fuerte que los sentimientos?

¿O los sentimientos deben ser más fuerte que la razón?

La llegada de Guillermo cambia mis planes de volver a comenzar sola. Me lleno de temor por lo que pueda suceder.

Logré olvidarme de las amenazas y de todo el peligro que tenía ante mí, pero ahora en mi pecho se aloja un gran desasosiego, porque con él, de regreso en el panorama, las cosas pueden cambiar y traer de nuevo a mi vida el dolor que ya viví.

Anabella se remueve un poco en mi cama y yo acaricio su cabecita.

—Ese de hoy era tu papá, pero

tenemos que alejarnos de él nena. No permitiré que nadie te haga daño.

En respuesta ella lanza un pequeño suspiro. Sonríe enamorada porque estos últimos meses mi hija se ha convertido en todo para mí.

El sonido estridente del timbre me asusta y despierta a Ana, haciéndola a llorar desesperadamente.

Me siento en la cama tomándola en mis brazos para calmarla, cuando de repente a afuera se escuchan los gritos molestos de Lorena y mi madre discutiendo con otra persona.

—¡No puedes entrar como perro por tu casa! —Lorena le grita histérica a alguien—. Bárbara, llama a la policía.

¿Policía?, ¿qué está sucediendo?,

¿quién es?

—¡Andrea, sal! ¡No me iré hasta que hablemos! —Guillermo grita desde la sala.

¡Lo qué me faltaba!

¡Dios!

Mi cuerpo responde al estímulo de su voz estremeciéndose. Me levanto algo aturdida con la niña en brazos y salgo de la habitación con la adrenalina a mil y los latidos a punto de causarme un paro cardíaco.

En el salón encuentro a Guillermo hecho un toro de miura porque le impiden verme, pero lo más cumbre de la situación es que mi madre y prima están de la misma forma.

La mirada de Guillermo se endulza

al verme con su hija en brazos. Yo por un momento sonrío pero cambio el gesto al ver que Lorena niega y pone los ojos en blanco. Le hace una seña a mi madre diciéndole:

—Vamos tía, aquí sobramos. —Se acercan dónde estoy, y cuando mi prima toma a mi hija de mis brazos me dice—: Cualquier cosa grita, aunque sé que no lo harás.

Bonito apoyo tengo de parte de ella. Mi madre acaricia mi rostro y toma mi mano apretándola fuerte. Ella conoce nuestra historia mejor que nadie.

Sonrío, dejándoles saber que estoy bien, que nada pasará, y al escuchar que la puerta de una de las habitaciones se cierra, le digo a Guillermo:

—¿Me puedes decir qué haces aquí? —Me cruzo de brazos.

Él pasa su peso de un pie a otro. Lleva la camisa abierta en los tres primeros botones dejándome ver parte de su pecho. Camina hacia donde estoy en menos de tres zancadas, me toma de la cintura y me pega contra su cuerpo. Me abraza fuerte y su perfume amaderado inunda mis fosas nasales.

Por unos minutos me dejo llevar por situación. Escucho los latidos de su corazón y por primera vez en mucho tiempo me siento a salvo y en casa.

¡Casa!

Me tenso.

Él respira hondo. Siento cómo su cuerpo se relaja por nuestra cercanía.

Me atrevo a tocarlo, pero el dolor y la rabia regresan a mi mente y mi corazón. Me separo de él rompiendo el hechizo del momento.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto de nuevo.

El dolor del rechazo se refleja en su mirada. Alza su mano para acariciarme el rostro pero automáticamente doy dos pasos hacia atrás y él la deja caer derrotado, dolido.

Respira hondo resignándose.

—Tenemos que hablar, Andrea. Tengo mucho que explicarte —me dice serio.

—No tenemos nada de qué hablar. Por si no lo sabías tu vida es tan pública que sé que estás casado, así que regresa

por dónde has venido y no vuelvas —le respondo.

Guillermo sonrío triste.

—Me imaginé que terminarías por enterarte —dice arrepentido. Pasa sus manos por su cabello exasperado, un gesto que lo caracteriza—. No puedo hacer nada, solo te pido que me escuches. Si lo que te voy a contar te convence y me crees, me perdonarás. Yo aún te sigo amando Andrea, y el dolor de estar lejos me está matando.

¿Amando?

¿Cómo puede hablar de amor cuando fue él quien se encargó de alejarme?

—Estás casado. Además que no puedo estar con una persona que

consume drogas y exponer a mi pequeña hija —le digo recordándole su situación.

Guillermo se le transfigura el rostro por lo último que le digo.

—Tienes razón. Soy un adicto en recuperación, pero tú mejor que nadie sabes que podemos recuperarnos. —Suspira—. Andrea, sé que te es difícil perdonarme luego de lo que hice en Buenos Aires, pero te juro que fue una manera de protegerte.

—¿Protegerme? —le pregunto alzando una ceja—. Me destruiste con ese acto. Me trataste horrible y ¿Ahora te atreves a regresar pidiendo perdón?

Guillermo se acerca y yo vuelvo alejarme.

—Regreso aceptando que fui lo

suficientemente cobarde para perderte. No supe defenderte cuando debí y no quise aceptar que tú eras la cura para todos mis males. Andrea te amo... —me responde dolido.

Suspiro cansada.

—Sigues casado —le digo evadiendo su confesión anterior.

—Me estoy divorciando, Andrea. Cometí un error con la intención de protegerte. —Respira hondo. Sus palabras hacen que mis piernas se vuelvan gelatina—. Eres la única mujer que voy a amar en toda mi vida.

—¡Mentiroso! —le grito molesta—. No te creo, ¿creías que solo a pedir perdón volvería a caer?

¿Tan ingenua me cree?

Guillermo niega y me responde:

—Sé que no, pero si me dejaras explicarte, quizás pudieras creer que te amo.

Yo paso a un lado de él, pero el magnetismo entre nuestros cuerpos se hace presente, como dos imanes que se atraen.

Guillermo me atrapa por la cintura, y aunque me resisto un poco, él me sujeta fuerte, acaricia mi cabello, luego mi rostro y finalmente baja su mano a mi cuello, la lleva hasta mi nuca sujetándome con fuerza, llevándome hasta él para besarme con hambre, con anhelo, con melancolía, y también con muchísimo dolor.

Flaqueo de nuevo entregándome al

beso. Su lengua violenta mi boca y sus dientes muerden mis labios mientras sus manos acarician mi cuerpo. Se me escapa un gemido y rompe el beso. Mantengo mis ojos cerrados evitando que vea la vergüenza y rabia que hay en ellos. Hago mis manos unos puños sobre su pecho.

*“Estúpida, ya te tiene”.*

—Tengo mucho que decir. Solo tienes que escucharme y dejarme entrar de nuevo. Hazlo por nuestra hija.

La mención de Anabella me hace entrar en razón de nuevo y me separo de él.

—No es tú hija —le digo.

Guillermo suelta una carcajada ronca negando con su cabeza, me toma

de nuevo por la cintura y yo pongo mis manos en su pecho tratando de alejarme. Toma mi barbilla entre sus dedos alzándola para que lo observe.

Sus ojos verdes están del color de las hojas de los árboles y me transmiten seguridad, por el hecho de saber que estoy mintiendo. Bastaría con contar los meses para saber que es su hija.

Mis piernas tiemblan ante la verdad.

—Mantenerme alejado todo este tiempo no quiere decir que no sabía de ti —me dice en voz ronca y mi cabeza empieza a dar vueltas pensando—, siempre te mantuve vigilada, para saber de ti y por tu seguridad. No soy tonto Andrea, sé sacar muy bien cuentas.

Anabella es mi hija y no puedes negarlo.

Su confesión me trae por sorpresa, ¿vigilada?, ¿desde cuándo?

¿Por mi seguridad?, ¡no entiendo!, ¿él sabe de la amenazas?

—No tienes derecho a volver y entrar de nuevo a nuestras vidas como si nada. Quiero que te alejes de mí y de mi hija —le digo.

—Dame una oportunidad de explicarte —me ruega.

Me separo de nuevo. Camino hasta la puerta y la abro. Guillermo camina derrotado hasta donde estoy, sale pasando por mi lado y cuando voy a trancar la puerta Guillermo la detiene con su mano y me dice:

—Necesito que me dejes explicarte

toda la verdad. Necesito que me escuches por favor.

Respiro bruscamente.

—No necesito tus razones. Lo único que quiero es que te alejes de mi vida de nuevo.

Le tiro la puerta en su cara y corro a mi habitación. Lorena está allí con la niña, sentada sobre la cama observándome en silencio.

Camino hacia ellas y mi móvil se enciende avisándome que ha llegado un mensaje. Lo agarro temblando para leer lo que dice:

*«Es mejor que te alejes si no quieres arrepentirte. Tú pequeña bastarda pagará las consecuencias»*

De nuevo todo da vueltas. Mi mundo se paraliza y todo se vuelve negro. Me dejo llevar por la sensación de desvanecimiento mientras que a lo lejos escucho:

—Andrea...

## Capítulo 40

**D**esperto asustada y tratando de

adivinar en qué lugar estoy. Me siento desorientada; respiro hondo al darme cuenta que estoy en mi habitación. Mi madre corre a mi lado y acaricia mi rostro, toma el tensiómetro para tomarme la presión mientras Lorena se sienta al lado para tomar mi otra mano preocupada.

Mi mente empieza a trabajar pensando en qué hacer para proteger a Anabella. Mi pequeña es hija es todo en mi vida. No soportaría que le sucediera algo, no lo puedo permitir.

Sin ella nada no tendría sentido.

¡Mi pequeña! ¡Ella no!

—Andrea, acabo de leer el mensaje. Quiero que me expliques qué significa —Lorena me dice con voz

molesta.

¡Ahora ellas lo saben!

Respiro hondo. Observo a mi madre en silencio, buscando apoyo en su mirada.

—Lorena, te dije que ahora no es el momento —le advierte mi madre. Lorena resopla y se queda callada—. Tienes la presión bajísima, no has comido bien en dos días y estás amamantando.

Suspiro. Ahora con esto no comeré en meses.

—Mamá... —replico pero ella pone sus dedos en mis labios.

Me da esas miradas comprensivas y llenas de amor.

—Nada, Andrea. Voy a buscarte

algo dulce que comer y luego hablamos.

¡Amor de madre!

Al salir, algo me dice que Lorena piensa ignorar lo que le acaba de pedir mi mamá. Me agarra la mano llamando mi atención

—¿Y entonces? —pregunta levantado una ceja.

¡Bingo! ¡Cómo la conozco!

—Lore... hay cosas que no conté — le digo con voz cansada.

Pone los ojos en blanco.

—¿En serio? No me digas... —me contesta con tono de ironía—, puedes contarlas ahora porque te están amenazando y a mi ahijada también.

No me da tiempo de contestar. El sonido de la puerta abriéndose me alerta

y entra mi madre con un plato que contiene un pequeño pedazo de pie de manzana. Lo tomo algo hambrienta y mi estómago gruñe dándome la razón. No voy a discutir con mi madre porque a estas horas no ingiero ningún tipo de azúcar por mi figura, pero en el fondo necesito un tarro de helado de chocolate, como hacen las protagonistas de las películas cuando están despechadas.

—Ahora sí te voy a pedir que me cuentes qué sucede —pide mi madre cuando doy la primera probada.

Aquí vamos.

Mi prima y madre se quedan a la expectativa. Respiro hondo y les digo:

—Está bien, pero no van a interrumpirme —les advierto alzando

una ceja. Ellas asienten y continúo—: Todo empezó con destruir unas simples flores que Guillermo me regaló, pensé muchas veces que era una fan loca. Luego de lo que sucedió con Alonso recibí un mensaje de texto con una amenaza. —Lorena se levanta de la cama y empieza a caminar de un lado a otro.

»Ese fue el primero, luego recibí una serie de advertencias. Cambié mi número por esa razón y porque tú papá me lo sugirió. Al saber que estaba embarazada de Guillermo, dejé de recibir ese tipo de avisos..., hasta hoy. Pensé que él se había dado cuenta que yo no era una amenaza.

Lorena maldice. Yo me siento

liberada. Mi madre toma mi mano y acaricia con la otra mi rostro y se la beso mientras ella sonríe comprensiva.

—¿Qu e decían los mensajes? —Mi madre pregunta preocupada.

—Que debía mantenerme alejada de Guillermo, qu e si no pondría en peligro tu vida o la de mis seres queridos.

Lorena maldice de nuevo y me dice:  
—Chamita, esto no es un juego. Esto tiene que saberlo la policía.

Me niego.

No quiero involucrar a la policía, además mi tío promet o ayudarme. Me vería involucrada con Guillermo y no quiero que Alonso piense que sigo con su hermano. Quiero alejarme de él y proteger a mi familia.

¡Y no quiero que se acerque a Ana!

—No, Lore. Yo hablé con mi tío. Él y mi papá tenían un equipo de seguridad que nos protegía, pero lo reforzaron al máximo cuando Jorge murió. Me siguen a todas partes, es lo mejor —le digo calmándola.

Mi madre suspira.

—¿Estás loca?, ¿por qué no me dijiste? Mi papá debió matar a Guillermo porque hasta yo quiero hacerlo. ¿Cómo no puede ver que su hermano es un psicópata? —chilla mi prima molesta.

Mi madre pone los ojos en blanco sonriendo divertida, mi prima está un poquito loca. A veces pienso que la profesión la ha afectado.

—A ver, Lorena, a veces dudo que seas psicólogo —le dice mi madre—. Cálmate hija, todo tiene solución. Ya Andy se adelantó. —Me acaricia el rostro y se dirige a mí—. Pero mañana hablo con tu tío Rodrigo y con mi hermano Oscar. Si es de poner a trabajar al equipo de seguridad completo, lo haremos, pero nada les pasará a ti o mi nieta.

¿Mi tío Oscar? Ahora sí estoy en problemas..., me remuevo incómoda en la cama.

—Mamá..., mi tío Oscar no me perdona que tuve una hija fuera del matrimonio. ¿Crees qué me ayude? —le pregunto asustada.

Lorena lanza un bufido de fastidio

sentándose a mi lado de nuevo. Yo tomo su mano tratando de calmarla y ella la aprieta haciéndome saber que está tranquila.

—Oscar hará lo que yo le pida, en fin, somos familia —Mi madre responde sonriendo.

—Y mi padre hará lo que sea por ti y lo sabes —agrega Lorena con voz pausada.

Me da un beso y yo cierro los ojos cansada.

—Tenías razón, el regreso de Guillermo no traerá nada bueno a mi vida —le digo.

—Y a todas estas, ¿qué quiere? —pregunta mi mamá.

*“A mí y Ana” ...*

¿Cómo supo de Ana?

—Quiere mi perdón y me imagino que saber de Anabella —le contesto.

Lorena resopla para armarse de paciencia.

—Espero que no lo perdones. Él nunca debió dejarte ir en primer lugar, pero a todas estas, ¿cómo sabe de Anabella?

Niego y le contesto:

—No sé, no sé cómo se enteró de Ana...

Mi madre me acaricia el rostro. Esas muestras de cariño y su apoyo son lo que me han ayudado en estos meses. Ella demostró tener la entereza para recuperarse y dejar atrás su adicción.

¡Dios mío!

Guillermo aceptó ser un adicto, ¿qué voy hacer?

—Lo de Ana me preocupa pero a la vez no, porque es su derecho como padre y no puedes negárselo Andrea, pero lo de perdonarlo es tú decisión, nadie debe influir en eso. —Señala mi madre.

Respiro hondo y hago un mohín, pensando en las probabilidades de perdonarlo.

*“Claro que lo harás, aún lo amas”* susurra una voz en mi mente.

—No sé si pueda perdonarlo, lo único que sé es que aún lo amo y no puedo olvidarlo —respondo.

Lorena va decirme algo pero mi madre la detiene sin dejarla hablar, toma

su mano y la hace levantar de mi cama.

—Te dejaremos descansar —dice mi madre antes de darme un beso en la coronilla.

Mi prima se despide prácticamente obligada. Salen de la habitación dejándome a solas con mi hija y mis pensamientos. Me acerco a su cuna para obsérvala dormir, eso es lo único que logra calmar mis ansiedades.

Por primera vez en todo este año me he sentido segura, lo confuso es que esa tranquilidad aparece luego de estar en los brazos de Guillermo. A veces me hubiera gustado conocerlo en otro momento de nuestras vidas, pero no en este desorden que lo rodea. Quizás sí él fuera un simple chico y yo una chica

más, nunca nos habiéramos conocido.

Guillermo siempre creyó que yo era una persona inocente, pero ese simple pensamiento complicó todo porque pensó que me protegía ocultándome y omitiendo sus secretos. Cuando tuvo la oportunidad de hacerlo, decidió alejarme de la peor manera posible.

Me fui de su lado porque él simplemente no me dio razones para quedarme, al contrario, me dio una para saber que no podía seguir junto a él. Lo dejé para alejarme de él y del sufrimiento que podía causarme estar cerca de una persona drogadicta. Ya lo he vivido con mi madre, sé lo que se siente ver a la persona que amas hundirse por sus adicciones y no estoy

dispuesta a vivirlo de nuevo, y menos con Anabella.

Lo llaman supervivencia.

Eso es lo que me ha hecho vivir este año.

Lo que no imaginé es que dejarlo iba a ser tan difícil. Es algo que todavía no puedo superar.

Amarlo fue lo más espontaneo que hecho en todo estos años en los que me obligué a ser adulta. Siempre evité enamorarme, pero Guillermo encontró la forma para que las resistencias fueran olvidadas y fue de esa forma que caí rendida a sus pies, entonces luché porque me amará y lo logré, o eso creí; pero al saber que con él todo tenía fecha de caducidad, poco a poco fui perdiendo

la fe de ser feliz a su lado, aunque me aferré con uñas y dientes a cada muestra de amor que él me daba.

Quiero saber qué se esconde detrás de esos secretos, a qué le teme tanto y por qué siente que no es lo suficiente bueno para mí, pero temo que mi hija o alguien de mi familia salgan lastimado; son eso los sentimientos que me hacen querer alejarme de él, porque además de todo eso, no quiero un amor a medias, con secretos y partido a la mitad. Todos nos merecemos un amor real, de esos que nos hacen soñar.

Volverlo a ver me trae ese montón de anhelos rotos. Este amor que siento nadie lo ve porque es algo que llevo un año tratándolo de ocultar. Es un

sentimiento más grande que mi razón.

Cada día que vivimos juntos sentí que Guillermo trató de memorizarlos para aferrarse a los recuerdos, porque él sabía que en algún momento terminaría yéndome de su vida.

He sufrido tanto que merezco algo entero, intenso e indestructible. Se lo debo a mi hija y me lo debo a mí.

Lamentablemente Guillermo no puede darme algo así por sus miedos y adicciones. Lo mejor que puede hacer, si me ama, es alejarse para siempre.

La vez que leí a Rayuela decía:

*«Se puede matar la nostalgia (...), la llevamos en el color de ojos, en cada amor, en todo lo que profundamente atormenta y desata y engaña...»*

Me alejo de la cuna, me acuesto en mi cama todavía pensando que quizás lo que siento es nostalgia, cierro mis ojos y susurro en mi mente:

*“Hoy dejo de ser la muñeca rota de Guillermo y la Andrea de antes”*

Con esa decisión me duermo, pero sueño otra vez con Guillermo y Anabella, que estamos juntos, felices. Que somos una familia.

# Capítulo 41

**A**manece pero de nuevo estoy sola en mi cama. Los sueños con Guillermo siendo mi acompañante y amante me persiguen cada noche. Últimamente sé que no soy una persona normal y que vivo acariciando la locura

con cada pensamiento que cruza por mi mente. Sin embargo, creo que tenerlo a mi lado me haría olvidar los defectos, los errores y podría encontrar de nuevo una razón para amarnos, que todo mi amor le baste para quedarse a mi lado.

A mi lado sin rencores, sin fantasmas, sin miedo a nada. Viviendo una vida plena con nuestra hija, amándonos, siendo una familia, ¿pero y sus adicciones?, lo apoyaría a no recaer como lo he hecho como mi madre, quizás es lo que a Guillermo le hace falta para continuar con su vida, alguien que lo apoye y que vele por él.

¡Dios!

Pero que ñoña puedo llegar a ser. Pongo los ojos en blanco molesta

conmigo misma porque anoche había decidido cambiar. Me levanto de mi cama olvidando el derrotero emocional que tenía hace segundos y hago mi rutina diaria de aseo. Alimento a mi hija, le cambio el pijama por un lindo vestido tipo marinero y un suéter azul marino y al terminar le tomo una linda foto.

Sonrío al verla.

Me encanta vestirla con *oufits* muy originales. Yo escojo para mí un vestido tipo camisero color salmón y unas bailarinas color nude. Trenzo mi cabello que amaneció un poco rebelde, tomo a mi hija en brazos y las dos salimos de mi habitación en busca de los demás.

Encuentro a mi madre sentada en el comedor con mis tíos, me detengo y

busco con la mirada a Lore pero no le encuentro. Mi madre sonríe al vernos y me señala la silla que est a libre a su lado, camino hasta donde est an, resignada porque debo afrontar una vez m as las consecuencias de mis decisiones.

Mi tío Rodrigo se levanta de su silla para tomar a Ana de mis brazos, bueno, prácticamente me la arrebat a, por eso se la entrego muerta de risa. Me alzo en puntillas y le dejo un beso en su rostro.  l sonríe y aprieta una de mis mejillas.

— Pecosa! —me dice en modo de saludo.

Mi tío Oscar se mantiene en segundo plano. Porta su uniforme militar

pero sé que observa cada uno de mis movimientos. Me siento al lado de mi madre mientras él preside la mesa como si fuera un consejo de guerra o algo así; junta sus manos llevando sus dedos índices a su mentón estudiándome, hasta que finalmente dice:

—Tú madre me ha contado todo, y cuando digo todo Andrea, es que estoy en conocimiento de hasta el más mínimo detalle —me dice en tono de voz es duro.

—Tío yo... —le voy a replicar y él me detiene.

Niega y me da un sermón:

—Tú primer error fue no denunciar la situación con el hermano. Eso fue un intento de violación y se paga con

cárcel. Tu segundo error fue no hablar sobre las amenazas conmigo; esa es la parte que más me preocupa. Suponemos que es él, pero no estamos en lo cierto porque puede tener algún cómplice. Sabes que por tu posición social eres el blanco de la delincuencia organizada, recuerda lo que sucedió con Jorge. No estamos hablando que eres la hija del panadero, por Dios, eras hija de uno de los hombres más ricos de Venezuela.

Mi madre toma mi mano y yo me tenso ante la mención de mi hermano.

»Tienes que entender que ahora tienes sobre tus hombros la responsabilidad del bienestar de tu hija, así que lo primero que quiero que hagas es hablar con el padre de la niña y

advertirlo.

“¡No!” grito mentalmente tensándome aún más. Finalmente le digo con la misma dureza con la que me habla:

—No pienso alertar a Guillermo.

Mi tío Rodrigo niega y mi tío Oscar se queda observándome. Mi madre va hablar pero ellos no se lo permiten.

—Lo harás Andy, no hay discusión.

—Mi tío Rodrigo toma la palabra—. Tienes que hacerlo por Ana, no por ti, te lo dije cuando recurriste a mí la primera vez, pero no sabíamos que podía volver a tu vida. Estabas convencida que nunca más lo verías y te he protegido, pero las amenazas han vuelto y puede que el tal Guillermo pueda ayudarnos.

—Pero...

De nuevo trato de hablar pero Oscar me detiene.

—Sé que tú y yo no hemos tenido la mejor relación en este último año. Te has comportado como una niña caprichosa y malcriada. Nadie te crío de esa forma, pero le debo esto a tu madre y por supuesto a mí. Yo no tuve hijos... —Su voz se vuelve melancólica —, tú y Jorge lo fueron, eso es algo que no tiene punto de discusión. Voy a mover los hilos que sean necesarios para protegerte. Esta vez me vale tu orgullo de mujer herida, porque aquí lo único que importa es tu seguridad y la de Anabella —me dice alzando unas décimas su tono de voz, dejando atrás la

nostalgia.

Exhalo cansada, porque en el fondo sé que ellos tienen razón.

—Está bien —susurro aceptando.

Mis tíos me comentan que contratarán personas que se encarguen de seguir mis pasos. Les cuento también que Guillermo en todo este tiempo me mantuvo vigilada temiendo por mi seguridad.

Creando que esto puede servir, describo cada detalle que recuerdo de Alonso. Busco una fotografía de él para que detallen cada facción de este y se las envío finalmente para que puedan remitirla al equipo que se encargará de nuestra protección.

El primero en irse es Rodrigo, el

padre de Lorena; pero no sin antes comerse a besos a mi hija, arrancándole soniditos de alegría.

Ahora estoy en el sofá alimentando a Ana con el biberón. En pocos días cumplirá tres meses, pero desde ya muestra que su carácter es fuerte y dominante, está luchando por arrebatarme el biberón y sostenerlo ella.

Mi tío Oscar se sienta a mi lado y se le queda observando.

Por fin me habla cautivado por Ana:  
—Es igual a ti, pero no tiene tu color de ojos.

—Son del mismo color que los de su padre —le respondo.

Termino de darle las onzas de leche en silencio, pero cuando voy a sacarle

los gases él me pregunta:

—¿Puedo?

Yo asiento y se la entrego. Pongo el pañal de tela en su hombro y como todo un experto, empieza a sacarle los gases a Ana.

—Sé que me molestó al principio que salieras embarazada y me comporté como un padre herido, pero eso no me ha molestado tanto como todo esto que me has ocultado. Es grave Andrea —me dice con voz triste—. Tienes que entender que eres como una hija para mí, siempre te apoyé en la locura de estudiar arte y ser bailarina, también te he apoyado en todo lo que has hecho a lo largo de este tiempo, pero me dolió que mi niña, a la que vi crecer y aún

considero una bebé, saliera embarazada tan repentinamente y el padre de la criatura no respondiera por lo que hizo.

Suspiro. Aquí está de nuevo el tío que yo amo, él que besaba mis rodillas en el cuartel cuando me caía por andar en bicicleta a escondidas con sus soldados. Él que me compró mis primeras zapatillas de ballet, él que me abrazó fuerte cuando mi hermano se fue para siempre y él que me ama como una hija.

Sonrío triste y él me corresponde de la misma manera. Le respondo:

—Tú siempre serás mi tito... ese que más que un tío, es un padre para mí.

Él sonrío de medio lado y me entrega Anabella. Acaricia su cabecita

mientras me dice:

—Haz lo que te pido. Habla con el tal Guillermo y cuídate. Recuerda que de esta casa no puedes salir sola.

—Vale, tío —le respondo.

Se despide con un beso en mi coronilla y sale de la casa. Tomo mi móvil del bolsillo del vestido haciendo malabares y escribo un mensaje a Guillermo al número que borré pero me sabía de memoria.

*«Necesitamos hablar. Ven a mi casa. Pero ven solo»*

Su respuesta no tarda en llegar:

*«En una hora estoy ahí»*



# Capítulo 42

**M**i madre decidió salir para darnos privacidad a Guillermo y a mí, pero me duele reconocer que tenemos que hablar.

Mientras lo espero camino por el salón de un lado a otro. Los nervios

empiezan aparecer dentro de mi falsa calma por todas las preguntas que quisiera hacerle a Guillermo.

¿Por qué me dejó ir?

¿Por qué no siguió insistiendo?

¿Por qué se casó con Eva?

Espero que responda a cada una de ellas, y lo más importante, que pueda sincerarse conmigo de una vez por todas.

No hay vuelta atrás, y espero que él pueda entenderlo finalmente.

Estoy atenta al monitor por si escucho a Anabella llorar. No quiero tener que salir corriendo por ella a la habitación.

Empiezo a morderme las uñas, un mal hábito que adopté durante el último

año. Aliso mi vestido y me digo mentalmente:

*“Tú puedes”*

Lo repito tantas veces que no me doy cuenta que el timbre suena. Lo escucho a la tercera vez, veo la hora en mi reloj y han pasado exactamente cuarenta y cinco minutos.

Cierro mis ojos y respiro profundo.

*“Tú puedes”* me repito al abrirlos, camino hasta la puerta. *“Tú eres fuerte”* me digo al tomar el pomo y girarlo.

Lanzo un suspiro al abrir y verlo.

Guillermo lleva un jean desgatado, un suéter blanco y una bufanda a cuadros. Su cabello castaño está un poco revuelto.

Al verme ladea su sonrisa, esa que siempre ha hecho temblar mis piernas.

Los planetas se alinearon cuando lo crearon.

Es un dios griego y estoy jodidamente enamorada de este hombre.

Debo tener los ojitos de cordero que va al matadero porque él suelta una risita baja.

—Hola —digo en voz baja apartándome para que pueda pasar.

Guillermo entra pero se detiene en donde estoy parada, deja un beso inocente cerca de la comisura de mis labios y me dice susurrándome al oído:

—Tan hermosa como siempre.

Bragas calcinadas, maldita sea el efecto que tiene este hombre en mí.

Entra al salón seguro de sí mismo. Este es un hombre algo diferente al que conocí. Cierro la puerta y lo sigo en silencio tratando de sopesar mis pensamientos. Le hago un gesto para que se siente en uno de los sillones y lo hace en el sofá de tres plazas. Se queda observándome calculando si soy capaz de sentarme con él, pero me siento en el sillón de en frente. Respiro hondo y le digo:

—Tengo que contarte algo muy importante, pero te pido que luego de que lo haga respondas a cada una de mis preguntas.

Guillermo asiente con una sonrisa.

—Lo que quieras, estoy dispuesto a recuperarte —me responde.

¡Dios! ¿Recuperarme?

Cierro los ojos y aprieto mis puños con rabia, porque es muy tarde para luchar por mí... ¿o no?

—No estamos aquí para recuperar lo que decidiste terminar —le digo sarcásticamente.

Guillermo alza una ceja y sonrío negando. Me dan ganas de soltarle una bofetada, su reacción me sorprende y me pone nerviosa. Sigo sintiendo la misma atracción que la primera vez.

Respiro hondo.

—Andrea, tú me dejaste a mí, pero sé que te induje a ello con mis actos. Quiero que sepas que estuve tentado a buscarte en más de una oportunidad, pero siempre ganaba la razón y no el

amor. Decidí alejarme por tú seguridad y luego por la seguridad de mi hija —me responde apretando sus puños.

Me tenso cuando nombra la palabra SEGURIDAD asociada a MI HIJA.

Suspiro cansada de toda esta incertidumbre que me está provocando una jaqueca e insomnio y le hablo sin rodeos:

—Guillermo, te he llamado por eso precisamente. Luego de todo lo que sucedió entre los dos, estuve recibiendo amenazas de diferentes números con código español o de otros países. —Yo hago una mueca al decirlo. Guillermo se tensa, pasa las manos por su cabello exasperado—. El último llegó anoche.

Se levanta y comienza a marcar en

su móvil. Se acerca a donde estoy estirando su mano hacia mí, me pide con voz dura:

—Dame tu móvil y enséñame el mensaje

Obedezco entregándole el móvil con el mensaje abierto. Él lo toma frunciendo el ceño al leer y maldice en voz baja cuando termina.

—Guillermo, ¿conoces el número?  
—le pregunto preocupada.

—Te acaban de enviar otro mensaje  
—me dice y me da el móvil.

*«Tú dulce bebida pagará las consecuencias si te cruzas de nuevo en mi camino. Esta vez no quedará en una simple amenaza.»*

Me tiembla el cuerpo tan sólo de pensar que algo podría pasarle a Anabella. Mientras releo el mensaje escucho a Guillermo hablar con alguien por teléfono:

—Quiero que rastrees este número. —Dicta el número que está al otro lado del teléfono y le dice—: Si Andrea o Anabella sufren algún daño voy arruinar tú vida para siempre. —Respira fuerte y aprieta el móvil hasta quedar sus nudillos en blanco—. Me importa una mierda si se te hace imposible rastrearlo, quiero que soluciones esto lo antes posible, Miguel.

Mierda esto es grave...

¿Miguel? Cuelga.

Yo me quedo observándolo y de

pronto el llanto de Anabella me avisa que se ha despertado. Me levanto del sillón como un resorte, pero tambaleo un poco al hacerlo ya que me siento algo sobrepasada por el mensaje. Guillermo me toma del codo sosteniéndome.

—Gracias —susurro.

Sonrío al ver su barba de tres días y sus ojos verdes brillando de una manera especial. Él asiente y acaricia mi rostro delicadamente. Yo cierro los ojos inundándome de la sensación de su tacto contra mi piel de nuevo.

—¿Puedo verla? —me pregunta.

Asiento, pero me suelto de su agarre que me trastoca. Voy en busca de nuestra hija. NUESTRA... por primera vez se cruza esa palabra en mis

pensamientos. Siempre fue mía.

Tomo al bebé de la cuna, le meso entre mis brazos y ella mueve sus manos desesperada indicándome que tiene hambre.

Salgo con ella y Guillermo se queda inmóvil, observándonos. Anabella aún hipea quejándose mientras me le acerco.

—Solo te confirmaré lo que ya sabes —le digo y él sonrío—. Te presento a Anabella, nació el veintisiete de junio y pesó dos kilogramos y ochocientos gramos. Lloró fuerte y es el mejor regalo que la vida me ha dado. Ella es mi serendipia ahora.

Ambos abarcan el significado de esa palabra para mí.

Guillermo se acerca y acaricia la

cabecita de nuestra hija. La observa embelesado, sube su mirada hacía mí y me mira con esos hermosos ojos cristalinos a causa de las lágrimas.

—¿Me dejas sostenerla? —me pregunta.

Yo asiento. Se la entrego delicadamente mientras mi corazón late a mil por hora.

Él sostiene a su hija por primera vez.

Sin pensarlo las lágrimas empiezan a desbordarse humedeciendo sus mejillas. La escena es simplemente hermosa. Pensé que nunca los vería juntos.

Guillermo sostiene a nuestra hija de una manera delicada y ella emite

pequeñas quejas mientras chupa su manito demostrando que todavía tiene hambre. Se le queda observando y susurra en voz emocionada:

—Tiene el color de mis ojos....

—Sí... —le respondo con voz ahogada de emoción.

Guillermo levanta a su mirada de nuevo y se encuentra con la mía nublada por el llanto. Sonríe de esa manera que me desarma.

—No llores nena... —me pide con voz ronca.

Limpio mi rostro y nerviosamente aliso mi vestido. Guillermo suelta una risita y yo lo fulmino con la mirada.

—Voy por el biberón. Ya regreso —le digo.

—Vale —responde con la atención fija en Anabella.

Voy a la cocina y preparo con rapidez el biberón mientras mi mente trabaja a miles de revoluciones por segundo. Sé que me he emocionado después de este momento, pero debo centrarme en conseguir respuestas.

Salgo dispuesta a todo, pero me detengo de golpe cuando escucho la voz ronca de Guillermo cantarle Serendipia a nuestra pequeña niña.

Suspiro bajito.

¡Qué hermosa imagen!

La mece de un lado a otro mientras le canta; detrás de ellos el ventanal de nuestro piso muestra el cerro El Ávila.

Cierro los ojos disfrutando de su

voz y presencia, pero los abro asombrada cuando me doy cuenta que Anabella se queda en silencio mientras mueve los bracitos disfrutando de la voz de su padre.

Camino lentamente hasta llegar donde está él. Continúa cantando cuando al levantar su rostro de nuestra hija me sonrío. Yo le correspondo y le enseño el biberón. Él, inmediatamente, se sienta en el sillón y me hace señas pidiéndome el mismo. Me acerco y se lo entrego atenta a cada movimiento.

Como si fuera un experto, pone la mamila en la boca de la nena y comienza alimentarla como sí de una acción diaria se tratara. Todo esto remueve sentimientos que creí haber apartado y

aclaro mi garganta para hablar, ya que el cúmulo de emociones no me deja.

—Guillermo, aún quedan cosas pendientes —le digo con voz que no admite discusión.

—Lo sé —responde. Alza su mirada y me sonrío—, es tan hermosa, como tú, y esto es un sueño que pensé nunca cumpliría. —Su voz es melancólica y yo me remuevo por sus palabras—. Déjame disfrutar de estos minutos y te prometo que hablaremos.

*“Sube los muros e insiste”* susurra una voz en mi mente.

*“Déjalo hacerlo”* dice otra voz.

—Está bien... —respondo finalmente.

Estoy loca, lo sé. Hay veces que

siento que tengo un ángel malo y otro bueno, también que los planetas se ponen de acuerdo para fastidiarme la vida o para que me dé cuenta de lo que estoy perdiendo, pero la sensación de que algo malo pasará está presente en mi estómago.

*“Todo lo malo lo trasmuto en la llama violeta”* pienso

Guillermo empieza a cantar una nana y Ana se acaba el contenido del biberón sujetando con fuerza el dedo meñique de su papá. Me levanto para sacarle los gases pero él se niega. Me siento de nuevo en el sillón observando como Guillermo empieza con la tarea hasta cumplirla a la perfección.

La acuna en sus brazos y empieza a

cantarle nuevamente mientras se mueve lentamente, como si estuvieran bailando. El sonido de la voz de su padre cantando hace que los ojos de mi niña se cierren y se duerma finalmente.

Ella sabe que es su padre, y yo adoro verlo de esa forma.

Esto que vivo parece sacado de un libro de romance y yo soy la protagonista más sufrida del mundo.

# Capítulo 43

**S**ería bonito que uno pudiera detener el tiempo en los instantes que se es feliz y revivirlos cuantas veces uno quiera. Esa fue una de las cosas que

deseo el día que lo dejé, pero definitivamente, este ha sido el mejor momento de todos los que me gustaría repetir.

Luego que Guillermo durmió a Anabella, me acompañó a acostarla. Lo hizo como si fuera una tarea de todos los días, en la que los dos estamos involucrados. Yo me mantuve estoica, estudiando cada movimiento y, por dentro, muriéndome de amor por ellos.

Quisiera seguir pensando en eso, pero estamos de nuevo en el salón y ha llegado el momento de la verdad.

—¿Y bien? —me pregunta sentándose y señalando el lugar que está a su lado.

Yo ignoro eso y me siento de nuevo

lo más lejos que puedo de él. Guillermo sonrío torciendo un poco sus labios porque sabe que quiero mantener las distancias. Sus ojos verdes se oscurecen haciéndome reaccionar y le digo:

—Empecemos por la razón que lo dejamos todo.

Esta vez quien se remueve en su asiento es él y ruego mentalmente que no se niegue. Exhala el aire de sus pulmones bruscamente y me contesta:

—Está bien, pero te advierto que parece sacado de una pesadilla o una película de terror.

Respiro profundo negando, ¿por qué tiene que ser así?, ya nada de lo que pueda decirme me asustará; ya no pienso

correr y esconderme.

—Estoy dispuesta a escucharte y saber lo que escondes —le digo decidida por saber la verdad.

¿Estoy preparada?

“*Sí, lo estás*” me digo mentalmente.

Guillermo suspira, pasa de nuevo las manos por su cabello y frota su rostro, gestos que reflejan lo difícil que es para él abrirse y contarme lo que tanto lo atormenta.

Mis manos empiezan a sudar y los latidos de mi corazón se aceleran ante la expectativa de conocer la verdad. Él se levanta y todo se detiene cuando dice:

—Fui abusado sexualmente cuando tenía seis años. —¡Mierda! Cierro los

ojos y escucho su voz a los lejos—. Mi padre murió de una manera extraña cuando tenía cuatro años, todos en mi familia piensan que fue asesinado. Después de un año mi madre se casó con César, mi padrastro, quien llegó a casa lo hizo con una niña de mi edad, bastante perturbada. —Guillermo se sienta de nuevo y frota sus manos contra su rostro. Su mirada queda perdida en el piso y continua—. Los maltratos verbales fueron los primeros, pues nada de lo que hacíamos Alonso y yo era de su agrado. Cada vez que cometíamos alguna travesura, normal de nuestra edad, él nos gritaba y mi madre simplemente se hacía oídos sordos.

—¡Dios! —exclamo y tapo mi boca

con mis manos.

Guillermo levanta su rostro dándome una sonrisa triste que me remueve todo el amor que siento por él.

—Dios no existía cuando una noche llegó borracho y me violó por primera vez. Primero lo hizo con Alonso y luego conmigo. Tampoco existía Dios cuando, con una vara, nos pegó y luego puso sal en nuestras heridas. Él siempre nos decía que no valíamos nada, que no éramos nada, que nadie sería capaz de amar a basura como nosotros. Se encargaba de decirnos eso en cada oportunidad que se le presentaba. Nos humillaba, nos traba como una mierda y a nosotros, todo eso, se nos fue quedando en la mente. Por eso te lo dije

en algún momento, porque siempre me sentí así y pensé que nunca sería feliz. —Su voz es dura y llena de rabia continua—. Gracias a él me he sentido sucio e impuro. ¿Ahora entiendes por qué no te merezco?

¿Qué clase de monstruo hace algo así con unos niños?

¡Dios mío!

¡Qué daño tan grande le han hecho!

—Pero... ¿y tú madre? —le pregunto asustada.

Una madre siempre cuida. Una madre siempre ama.

¡No puedo creer que su madre no se diera cuenta!

Suelta una carcajada irónica y da respuesta a mi pregunta.

—Mi madre no creyó nunca que nos violó. Por supuesto, ella apoyó que nos golpeará con la vara por ser mentirosos o hacer travesuras. Decía que era una forma de “disciplinarnos” —responde con odio. Mi labio inferior empieza a temblar. Guillermo queda perdido en mis ojos con la mirada fría, como si estuviera lejos de aquí—. En las noches mojaba la cama asustado porque sabía que en cualquier momento él entraría para golpearnos y hacernos daño.

»A los once años me masturbaba como un enfermo, ¿puedes creerlo?... lo hacía y luego me daba asco porque sabía que el placer que me inundaba era el mismo el sentía cuando nos violaba.

—¡Cristo!, ese hombre era un

demonio —le digo asombrada.

Guillermo suelta una pequeña carcajada y me dice:

—César fue mi propio satanás.

—Pero Guillermo, ¿cómo llegaste a ser cantante con todos esos maltratos?, ¿cómo nadie se dio cuenta de los golpes? —le pregunto.

—Cuando se percataron de mi talento, él dejó los castigos pero no dejó de abusar de mí porque era algo que podía ocultar. —Suspira.

»Alonso muchas veces trató de ayudarme y la pagaba caro. —Me inquieto al escuchar el nombre de Alonso. Él se percata de ello y dice para calmarme—: Lo que trató de hacerte no tiene perdón alguno, pero te juro que él

está peor de jodido que yo con las drogas. Cayó en ellas por ayudarme, llevándose siempre la peor parte.

Suspiro bajito porque llegamos al otro tema. Las drogas.

—¿Cómo llegaste a consumir? —le pregunto.

Guillermo se levanta y empieza a caminar de un lado a otro buscando una respuesta. Yo todavía no puedo creer que todo lo que dice sea cierto.

¡Virgen Santa lo que tuvo que vivir!  
—Empecé a los trece años con cigarros y luego con marihuana, todo tratando de aligerar lo que estaba viviendo, eran pases cortos compartiendo uno que otro porro con mis compañeros. Estudiaba en uno de

los colegios más caros de la ciudad, por lo que era fácil conseguir ese tipo de cosas.

»Cuando llegué al medio artístico, tenía para escoger cualquier cosa. De noche era el cantante, pero al terminar me emborrachaba y luego me drogaba hasta terminar dormido, ya que la hierba relajaba todos mis sentidos. Una noche Alonso se apareció con cocaína y me la ofreció. Eso fue lo más bajo que llegué. El éxtasis que sentía cada vez que la consumía me hacía no querer dejarla. Con ella me sentía invencible, fuerte, con la adrenalina al cien. No existía el cansancio ni la depresión, por eso me hice adicto de forma rápida. —¡Cristo! Guillermo se gira para observarme,

suspira y continúa hablando—: Cuando murió Cesar, decidí dejar todo eso y tratar de ser alguien mejor.

»Me interné en una clínica de desintoxicación fuera de España. Fui yo quien tomó la decisión porque estaba consiente de mi adicción, además ya no necesitaba escapar de nadie porque mi verdugo estaba muerto, así que lo consideré una de limpiar de todo lo malo que había en mi. Lamentablemente Alonso no pudo hacerlo, ya que él no se consideraba un adicto y el reconocimiento es lo primero que debes asumir para ingresarte.

»Estuve un tiempo fuera de los escenarios por eso, y cuando volví estaba recuperado, desintoxicado y

alejado de todas esas mierdas, pero los recuerdos no desaparecieron nunca. — Restriega sus manos frustrado por su rostro y su voz se vuelve monótona.

»Mi cuerpo estaba limpio, pero mi mente no. Todos esos años de constante sufrimiento se materializaban en mis sueños, hasta que cierta bailarina apareció en mi vida y le dio un giro a las cosas. Cuando estuvimos juntos, llevaba tres años de no consumir ninguna sustancia, pero tú te convertiste en la medicina que lograba calmar parte de mis miedos, de mis traumas. Las pesadillas se hicieron cada vez menos comunes, pero la maldita inseguridad siempre estaba ahí. Seguía sintiéndome sucio, que no valía la pena... por eso la

impotencia cuando te veía tan decidida a luchar por mí y tomé la peor decisión de mi vida para que te alejaras de mi lado. Volví a consumir.

Ahogo un sollozo y él corre abrazarme pero lo rechazo. Me levanto del sillón y camino hacia el ventanal para perder mi vista en el hermoso Ávila.

—Me heriste esa noche. Creo que mataste mucho de lo que sentía —le digo.

—Andy... —susurra.

—Yo podía soportar esta verdad... —le digo molesta.

—Lo sé, fui un cobarde Andrea. Te pido perdón, pero entiende que siempre me sentí insuficiente para ti —me

responde.

Me giro. Lo observo unos minutos sonriendo con empatía.

¿Cómo pudo pensar eso?

—No entiendo como nadie hizo nada ante lo que estaban viviendo. ¿Nadie los ayudó?, ¿tú familia? —le pregunto cambiando el tema.

—Nadie Andrea. Él supo hacer todo y mi madre por vergüenza o por miedo nunca aceptó la verdad —me responde triste.

—No sé qué decir —digo sentándome de nuevo en el sillón.

Guillermo se sienta derrotado en el sofá y me dice:

—Siéntate a mi lado, por favor.

Su por favor es un ruego que llega a

mi alma. Me levanto y hago lo que me pide porque realmente me muero por abrazarlo. Guillermo me lleva sobre su costado y mi cuerpo se acopla perfectamente al suyo. Él y yo encajamos perfectamente, es el ying de mi yang, es mi alfa y omega.

Escucho los latidos de su corazón que, a pesar de estar acelerados, me dan calma por tenerlo cerca. Él es todo para mí.

—Preferiste que el pasado dictará nuestro presente. —Suspiro bajito—. Yo fui paciente, pero poco a poco iba perdiendo la fe. Verte drogado ese día fue el empujón para dejarte. —Guillermo se tensa ante mi confesión. Yo respiro hondo y sigo—: Todo entre

los dos fue rápido, hasta la ruptura..., y terminaste casándote.

Guillermo suspira. Yo trato de relajarme pero mi mente sigue trabajando en procesar todo esto. Acaricio su pecho cerca de su corazón, y él atrapa mi mano para besarla, la pone de nuevo en su pecho y me dice evadiendo el tema de su matrimonio:

—Casi mato Alonso después de lo que sucedió. Él nunca fue así, simplemente le trastornó que me enamorara de ti. Mi hermano puede que esté más jodido que yo, aunque con eso no justifico lo que hizo, pero es incapaz de matar.

Yo me niego a creer lo que dice porque todo apunta a Alonso,

simplemente él no quiere verlo porque es su hermano y siempre ha estado ahí para él.

—Pero.... ¿cómo explicas todos los mensajes?... —replico.

—Las amenazas habían comenzado desde antes, pero cuando llegaste se volvieron distintas. Todo apuntaba a ti. De hecho, los mensajes que tú recibiste, yo los recibía también, incluso una de ellas me llegó con la carta que me dejaste.

Me tenso.

—La carta... —susurro.

—Fui un ciego por no decirte la verdad. Casi me muero en esta soledad. Fue una cruel realidad asumir tu adiós.

—Te amaba...

“*Te amo*” pienso

¿Qué hicimos para merecer todo esto?

—Yo te sigo amando. —contesta

—¿Por eso me dejaste ir? —le pregunto.

—Sí... —responde en hilo de voz —. También me daba miedo confesarte todo. Las pesadillas volvieron desde que tú no estás.

Suspiro bajito pero en mi mente regresa ese nombre de mujer que no me deja dormir en meses.

—¿Y Eva? —le pregunto con algo de miedo por lo que pueda escuchar..

—Antes de conocerte, a Alonso se le ocurrió que era buena idea casarme con ella. Al principio sí, salí con ella

por sexo, pero luego todo se convirtió en parte de ganar dinero por los dos. — Alzo mi rostro—. Fue pura publicidad. Ella era una de las presentadoras en televisión más reconocidas, pero estaba necesitando algo diferente, nuevo, algo para estar de boca en boca.

»Todo lo que viví este año con ella ha sido insoportable, más sabiendo que teníamos que darle a los medios nuestra mejor sonrisa, aparentar ser felices, pero no le amo y nunca tuve nada real con ella. No puedo soportar una mujer que se ama más ella misma que a los demás. —Acaricia mi rostro y me dice —: Extrañaba tu inocencia, tú manera de hacerme frente, de hacerme temblar con tus besos y palabras, tu forma de

amarme y sobre todo, extrañaba tu fe en mí.

“*Una fe que perdí*” pienso.

—Eso no me aclara nada sobre qué sucedió entre ustedes —le respondo.

—Andrea, fue un trato entre su agente y el mío, que era Alonso. Nos convenía a los dos para la publicidad. Al irte pensé que era la mejor opción para alejar las amenazas, porque todo el foco de atención estaba en ti. Te estaba protegiendo y lo hice pensando que era lo mejor.

¿Protegiendo? ¿Pero de quién?

Respiro hondo y le contesto:

—Guillermo, esto no se ha solucionado. Me duele escuchar todo lo que has pasado, pero perdí la fe en

nosotros el mismo día que salí por la puerta de ese hotel.

Guillermo sonrío y me dice:

—Quizás tenga que conquistarte de nuevo, pero seremos una familia. — Suspiro por sus palabras. Él baja su rostro y besa mi frente—. Lo otro que haremos es mantenerte vigilada. Quiero que me avises de cada mensaje, cada amenaza que llegue. No voy a permitir que les pase algo.

—¿Por qué volviste? —le pregunto de repente.

—Porque es imposible estar más tiempo lejos de ti; porque me enamoré cuando quería huir; mi amor por ti es inmarcesible. Si no estamos juntos nada tendría sentido. Por eso, cuando me

enteré que estabas embarazada quise correr a tu lado, pero era tarde...

Lo detengo. Aunque son palabras hermosas me llena de curiosidad como sabía de mí.

—¿Cómo te enteraste de Anabella?  
—le pregunto.

—Mantuve a dos guardaespaldas vigilándote, siempre protegiéndote. Ellos me mantuvieron informado, era eso o volverme loco y ahogarme en el dolor —responde.

*“Yo me ahogué en el adiós.”*

—Te amo, Guillermo, eso no ha cambiado —le respondo.

—Y yo a ti Andy... y yo a ti.

Nos quedamos unos minutos en silencio, sopesando la importancia de

estas confesiones.

Yo quería la verdad, pero, ¿estaba preparada para ella? Todo lo que ha contado me aclara muchas cosas, pero mi mente sigue trabajando, tratando de atar cabos para comprender ciertos detalles. Sé que aún hay más confesiones que escuchar de su parte, pero lo cierto del caso es que después de esto, no creo soportar seguir conociendo cuánto daño le han hecho.

Llegado el tiempo: ¿Estaré dispuesta a escuchar?

Cierro mis ojos suspirando cansada y miles de preguntas pasan por mi mente, pero hay una que me hago constantemente:

¿Estaré dispuesta a perdonar?

Esa respuesta aún no la sé, pero estoy segura que, por Guillermo Cruz, lo haría todo.

# Capítulo 44

**M**i vida ha cambiado en estas dos semanas. Me ha tocado internalizar que mi padre se ha ido y que el hombre que amo ha regresado para quedarse. Guillermo volvió al cien por ciento y todos los días comparte horas con

nosotras, alegando que desea recuperar el tiempo perdido con su hija.

Sus visitas son continuas y eso me pone los nervios de punta, pero lo importante de esto, es que Anabella parece intuir la unión entre su padre y ella. La niña, al escuchar su voz, empieza a gorgorear moviendo sus brazos y piernas feliz. Lo del hilo invisible que une las almas es cierto y lo veo cada vez que los dos están juntos. El cosmos no me puede decir lo contrario.

Las amenazas continúan, cada una es más perversa que la otra, pero me siento segura por el grupo de protección tan sorprendente que han logrado mis tíos. En el edificio donde vivimos fue cambiada la seguridad por personas

entrenadas y armadas. Por otro lado, Guillermo ha puesto a mi disposición dos guardaespaldas. Estoy siendo vigilada por cientos de ojos y eso, en parte, me hace sentir más relajada.

Poco a poco he ido retornando al baile, porque desde que tuve a Anabella no había bailado más por el reposo. Lo único es que no he dado más clases por indicaciones del doctor. Voy a la academia cada día y cada día tengo una discusión diferente con Alberto porque no termina de aceptar que Guillermo esté de nuevo en mi vida.

Hoy estamos discutiendo porque Guillermo está con Anabella. No puedo prohibirle que esté presente, no ahora que sé la verdad. Quizás su hija sea la

única que pueda sanarlo.

—No lo quiero aquí. No puedo creer que lo perdones después de todo —me espeta molesto.

Pongo los ojos en blanco exasperada.

—No puedes hablar porque no estás al tanto de nada, así que te voy a agradecer que te mantengas al margen de mi relación con él —le respondo molesta.

Alberto se ríe. Me tira una serie de carpetas en el escritorio y de una de ella se escapa una foto de Eva y Guillermo juntos.

Yo me tenso mientras mi mejor amigo sonrío. Parece que disfruta al verme así.

¿Por qué todos nos quieren separar?

—Cuando se vaya otra vez sin explicaciones, te convertirás de nuevo en un despojo de lo que eres ahora, vas a correr a mis brazos y yo estaré ahí como siempre para consolarte. —me dice.

Me levanto de la silla molesta apoyando mis manos sobre el escritorio. Imagino que mi rostro debe estar rojo de la rabia e impotencia que estoy sintiendo.

—¡Ese es mi maldito problema Alberto! ¿Y sabes qué? ¡No voy acudir a ti! Lo mejor será romper esta sociedad de una maldita vez, porque no voy a permitir que te sigas inmiscuyendo en mi vida —le grito.

Todos afuera deben saber que estamos discutiendo.

Alberto blanquea los ojos, se gira dándome la espalda y camina en dirección a la puerta, pero antes de abrirla me dice:

—Ganaste solo una maldita batalla, ahora crees que ganarás la guerra con este tipo. No eres otra cosa que la mujer que follaba en una gira. ¿Qué tienen hija? Sí, pero eso no le va impedir dejarte, o peor, incluso tratar de quitártela cuando se reconcilie con su esposa.

¡Esas malditas palabras!

Respiro hasta diez. Convierto su mala energía en la llama violeta.

Sale de la oficina tirando la puerta,

y yo me quedo viendo por donde acaba de salir la persona que creía mi mejor amigo; por primera vez en meses dreno mi rabia tirando todo lo que está en mi escritorio, pasando de los mantras, de transmutar las malas energías, de respirar y de todo.

Sus palabras son las mismas que usan en las amenazas, las mismas que usaba Alonso durante sus advertencias.

Guillermo entra sin tocar, pero se queda sorprendido echando un vistazo al desastre que hay en la oficina por mi ataque.

Camino hacia donde está con nuestra hija en brazos y se la arrebato en un ataque de ira. Anabella reacciona a mi humor llorando.

—Puedes irte por dónde has llegado, porque si has regresado pensando que puedes quitarme a mi hija, estás muy equivocado. —le grito.

Guillermo se queda congelado por mis palabras cargadas de rabia. Tomo nuestras cosas y salgo de la academia. Afuera me esperan los guardaespaldas, que me abren las puertas del rústico al cual subo. Me preguntan si debemos esperar a Guillermo, pero en otro arrebato les grito que no.

Al llegar a casa alimento a Anabella que no ha dejado de llorar y hasta ahora la logro dormir. Me quedo observándola calmándome un poco.

Me acuesto en mi cama para analizar cómo han sucedido las cosas

entre Guillermo y yo, y finalmente llego a la conclusión de que es digno de una telenovela venezolana.

Nos enamoramos en pocos días por ese maldito magnetismo entre nuestros cuerpos. Luego quise huir de él, pero mientras más lo hacía, más me acercaba.

Vivimos momentos únicos en dos meses, no puedo negar que fui feliz entre todo lo malo. Ahora ha pasado un año y hay tantas cosas que nos separan.

Esa maldita foto con Eva me hace sentir fuera de mí. Estoy celosa y molesta porque mi amor, por él, hubiese sido capaz de afrontar su verdad.

Si su vida no estuviera tan jodida, sí él dejará de pensar que no es suficiente para mí, quizás estuviéramos

juntos.

Yo no quería enamorarme porque sabía que dolía, que destruía y que muchas veces nos convertía en todo lo que odiamos.

Recuerdo las palabras de un personaje de una saga de libros de fantasía:

*“Amar es destruir y ser amado es ser destruido”*

El amor puede causar estragos en tu vida, llevarte al éxtasis dónde todo es amor y felicidad, pero también te puede llevar al pozo sin fondo y hacerte sentir que no vale la pena vivir.

El timbre suena.

Me parece extraño de no ser

avisada por el telefonillo que alguien ha venido a vernos. Entro al baño para lavar el rastro de lágrimas de mi rostro, y al salir al salón enciendo el monitor de la Ana.

Me dirijo a la puerta pensando que puede ser uno de los guardias que necesita algo, pero cuando abro con una sonrisa, que se congela.

En la puerta esta Eva.

Sí, la misma Eva...

Mi cerebro empieza a funcionar para encajar ciertas piezas de este rompecabezas que no tiene fin.

Ella me repasa de arriba abajo. Mi reacción es tirar la puerta, pero ella me lo impide empujándola y entrando como si fuera la dueña y señora de todo lo que

nos rodea.

Su pantalón rojo de corte alto, camisa de punto blanca, y sus hermosos zapatos *Louis Vuitton* de suela roja me hacen sentir horrible en mis jeans desgastados y camisa manga larga.

Tranco la puerta mientras ella se queda observándome, calculándome, estudiándome. Yo hago lo mismo tratando de calmarme para no asesinar a nadie hoy, ella lleva su mano derecha al mentón.

—Así que eres tú —me dice con un marcado acento español.

—No entiendo —le respondo cruzándome de brazos.

“*Sí, soy yo...*”

Sé a lo que se refiere pero me hago

la sueca.

—Eva Fernández. —Me tiende su mano la cual rechazo. Ella sonríe y agrega—: La esposa de Guillermo Cruz.

Dice cada silaba disfrutando de mi reacci3n, pero la ignoro y camino de nuevo hasta la puerta

—Puedes irte por donde viniste. Es mejor no regreses. Te lo advierto —le digo. Trato de girar el pomo pero ella pone su mano haciendo fuerza e impidiéndome hacerlo.

—De eso nada. T u y yo vamos hablar de una maldita vez, además tengo un mensaje para ti —me dice con maldad.

Me giro y sus ojos castaños se encuentran con mi fría mirada azul. Me

aparto y le siseo:

—No tengo nada que hablar contigo, así que vete. Hoy no ha sido un buen día y puede que te lleves el premio.

Ella suelta una carcajada.

—Sí que tienes mucho que hablar conmigo. Sé muy bien que eres el capricho de Guillermo —me dice despectiva. Esboza una sonrisa calculando sus palabras—, pero yo soy su esposa, y ten por seguro que al terminar contigo volverá conmigo.

No son más que palabras de una mujer herida.

—¿Entonces qué haces aquí? Porque sí estás segura como dices, yo no me rebajaría a tanto —le respondo con

burla. Ahora soy yo la que sonrío.

Ella se sorprende por mi actitud, pero se recompone rápido.

—Te daré un mensaje, espero que por tu bien y él de tu bastarda lo tomes.

Otra amenaza...

Yo no lo pienso ni un segundo y le volteo el rostro de una cachetada. En ese momento la puerta de la casa se abre. Mi madre y Guillermo se quedan observando la escena.

—Mi hija no es ninguna bastarda, pero te advierto que si el mensaje es que me aleje de Guillermo, tendrás que hacerle comprender al remitente que yo me alejé de él hace mucho tiempo. Así que deja de rebajarte para ser el emisario de un criminal —le grito fuera

de mí.

Guillermo se acerca, toma Eva del codo y la gira. En su rostro está perfectamente marcada la palma de mi mano. Ella se toca la mejilla pasando su mirada de Guillermo a mí.

—¡Eres una loca! —me grita.

—Por mi hija puedo serlo, soy capaz hasta de matar —le respondo advirtiéndole.

—¿Qué haces aquí, Eva? — Guillermo le pregunta histérico.

—Guille, yo solo vine por ti —le responde con voz lastimera—. Ella se abalanzo y me ha golpeado.

¡Maldita mentirosa!

Me lanzo sobre ella pero mi mamá me sujeta de la cintura.

—Saca a esta mujer de aquí —le grito. Los guardias entran por los gritos que escuchan—, antes que de verdad me lance sobre ella y la mate, porque es lo que se merece.

Ella se lanza en los brazos de Guillermo, pero él se aparta asqueado. Yo los ignoro y zafándome del agarre de mi madre, camino hasta la puerta que está abierta y se las señalo.

Salen, pero Guillermo se detiene y me susurra:

—Aún tenemos que hablar...

Yo tiro la puerta tras ellos e ignoro los gritos de mi madre. Llego a mi habitación cerrando la puerta con cuidado de no despertar a Ana y respiro hondo mientras mi cuerpo se resbala por

la puerta al igual que las lágrimas por mi rostro.

Hablo conmigo misma después de mucho tiempo. Le hablo a mi presente, le conté sobre mi pasado y sobre mis planes a futuro. Le susurro mis miedos y le cuento sobre mis sueños. Me desnudo tal cual soy. El miedo se va para dar paso a las decisiones, haciéndome sentir que realmente me estoy convirtiendo en una mujer fuerte de nuevo.

# Capítulo 45

**Guillermo.**

**T**oda mi vida siempre ha estado llena de rabia por todo lo que he vivido,

pero jamás había sentido tanta furia como la que siento hoy.

Llegamos al hotel donde se hospeda Eva que no deja de llorar, y yo me estoy empezando a sofocar por su maldito teatro; porque sé muy bien que es un show más de su parte.

Estoy harto de esta situación.

Ella me tendrá que explicar muchas cosas sobre ese mensaje que le escuché decirle a Andrea. Si ella, o alguien de mi familia, están involucrados en esto, no me lo pensaré dos veces para matarlos con mis propias manos.

Tiro la puerta de la habitación y ella tiembla por mi reacción.

¡Que poco me conoce esta mujer!

—Ahora me dirás qué haces aquí, y

cómo el socio de Andrea consiguió estas fotos, porque sé que fuiste tú —le grito tirándole el dossier que conseguí hace pocas horas en la oficina de Andrea.

Ella camina de un lado a otro sin saber qué hacer o decir. Mi paciencia está llegando a su límite.

—¡Responde, Eva! —le digo con voz dura.

—Gui...ller...mo... yo... yo... —titubea muerta de miedo.

—¿Tú, qué? Vamos dime —le digo molesto. Camino hasta dónde está y la tomo del brazo decidido, pero sin hacerle daño—. Estas involucrada en todo esto de las amenazas, ¿es eso lo que tienes decirme?

Ella suelta un sollozo asustada.

—No... te juro que yo no... —me responde.

—¿Entonces? —le grito y la suelto. Empiezo a caminar por la habitación como un lobo enjaulado. Ella se tira en la cama a llorar, pero ya he vivido esta escena tantas veces que no me toca para nada el corazón.

—Yo... yo... recibí un cheque para hacer esto —me dice titubeando. Me detengo y me quedo mirándola.

—¿Tan bajo has caído? —le espeto molesto—. Todo lo importante para ti es la maldita fama y el dinero.

Ella suelta un bufido y se levanta secando sus lágrimas.

¡Qué buena actriz es la muy jodida!  
—Yo me debo a eso y sin ti no soy

nada, ¿es qué no lo ves? —me pregunta histérica—. Tenía que hacerlo.

Suelto una carcajada.

—Me das lástima. La verdad es que de ti nada me sorprende, pero esto es muy bajo.

—Lástima me das tú a mí. Si quieres que no le revele a la prensa todo lo que sé, será mejor que pagues por mi silencio.

Me acerco hasta dónde está y le siseo cerca de su rostro:

—Sí no quieres que tu hermosa cara la use alguna lesbiana en la cárcel para su goce, es mejor que hables, porque si no lo haces te voy a encerrar yo mismo.

Eva tiembla ahogando un grito de temor y finalmente me confiesa la

verdad. Me entrega la carta con la explicaciones de lo que debía hacer.

Esto es más de lo mismo. No fue un cheque o pago directo, pero pienso mover cielo y tierra para saber de dónde salen esos fondos.

Las amenaza son claras, van por Anabella. El que está detrás de esto sabe que me mataría si algo o alguien le causaran daño, pero pueden estar seguros que eso no voy a permitirlo.

Al salir del hotel voy a la casa del tío de Andrea rompiendo la promesa que le hice unos minutos a Eva de no denunciarla, pero quién se mete con mi mujer y mi hija la va a pagar muy caro.

Tomo mi auto enrumbándome al último cabo suelto que me queda por

ahora en Venezuela. Hoy tomaré un vuelo para resolver el tema del pago que le hicieron a Eva y nuestro divorcio.

Llego a la academia en donde me encuentro con Alberto que va de salida.

Lo agarro por el suéter y lo impacto contra la pared lleno de ira.

—¡Suéltame! —me pide agarrando mis puños.

Yo ignoro lo que me dice. Suelto una mano para propinarle un puñetazo hasta que finalmente lo dejo caer en el suelo.

—Quiero que te alejes de Andrea y de mi hija, este jueguito de hoy sobrepasó los límites. Te estás involucrando en un delito y te advierto que soy capaz de meterte en una cárcel

—le grito.

Alberto se levanta tratándose de abalanzarse sobre mí, pero mis guardaespaldas lo detienen.

—Vas a jugar de nuevo con ella, pero yo estaré aquí para defenderla — me espeta lleno de ira.

Yo suelto una carcajada y él trata de zafarse.

—Le vas a vender tu parte a Andrea. —Le tiro un cheque con una suma alta en Euros—. Creo que esa cantidad te alcanza para irte, ante que sus tíos o yo te metamos en la cárcel. Estamos al tanto de todo.

Alberto palidece y dice derrotado:

—Le terminarás haciendo daño.

*“Maldita sea, no le haré daño*

*nunca más*”, pienso.

—Desaparece de nuestras vidas y listo —le digo.

Me encamino al rústico, cuando lo escucho decir:

—Puede que me vaya de su vida, pero las amenazas que pesan sobre ella van hacerse realidad y todos terminarán perdiéndola... todos.

¿Por qué no se incluye?

¿Acaso él no la perdería también?

En dos zancadas regreso y le parto la boca.

—Primero me cargo a quién está detrás de esto —le contesto lleno de ira y agrego para mis guardaespaldas—: Llamen a Oscar. Este tío tiene mucho que cantar.

Tengo quince días entre Madrid y Málaga, moviendo cielo y tierra para conseguir quién está detrás de esto.

Mi madre alega que no sabe quién puede querer hacerme daño. La cuenta de la que salió el cheque está en un paraíso fiscal, por lo que se me está haciendo imposible encontrar el nombre del cuenta habiente, pero no hay nada que el dinero no pueda lograr y estamos en ello.

Hoy extraño más que nunca a Andrea y mi pequeña Anabella. Las dos son lo más importante en vida. La única

esperanza que albergo en mi corazón es que cuando todo esto termine, podamos ser felices los tres juntos, por eso estoy luchando por protegerlas.

Andrea se ha mantenido alejada en cada uno de mis intentos por regresar. Sé que en el fondo me ama porque me observa con ojos llenos de amor y anhelo, pero comprendo las razones por las que mantiene sus muros en alto. Reconozco que es mi culpa por el daño que le hice, y la aparición de Eva no ayudó para nada.

A veces sonrío al recordar cómo luché para no enamorarme de ella, sin reconocer que estaba perdido desde que esos ojos azules se cruzaron con los míos.

Yo no quería amarla, pero la buscaba como un loco a medida que ella accedía con algún acercamiento.

Me enamoré de ella sin pensarlo.

Guardé en silencio cada uno de sus besos y abrazos por miedo a sentirme débil. Perdía la razón cuando le hacía el amor cayendo en un embrujo, perdiendo la libertad de pensar en otra cosa que no fuera ella.

Andrea es la única persona que he querido para compartir mi vida.

Ella llegó sin buscarlo y después de encontrarla no quería dejarla ir, pero sentía que no la merecía; a veces lo sigo creyendo, pero poco a poco empiezo a comprender que yo no tuve la culpa de lo que me hacía el degenerado que tuve

por padrastro.

No fui un santo.

Por muchas razones hice cosas que nadie debería hacer.

Me follé a muchas mujeres, muchas veces con la intención de sacar de mi cuerpo las huellas que había dejado ese maldito, pero el asco siempre aparecía.

Eso también sucedió con Andrea las primeras veces que hicimos el amor. Recuerdo su rostro de angustia cuando me veía salir del baño, porque pensaba que era ella la causante de esa repulsión.

Ella no sabía nada de mi pasado. Aun así, su existencia me llenó como ninguna otra lo había hecho.

Me rehabilite de nuevo por ella y

mi hija, acudo a las sesiones grupales y estoy en terapia con un psicólogo para poder estar con ellas, para merecerlas. Todo lo hago para estar juntos, para amarnos con libertad, sin miedos, para que ella pueda volver a confiar en mí. Necesito ganarme de nuevo su confianza para que estemos bien.

Quiero que Andrea se quede a mi lado para siempre, construir la familia que sé que los dos soñamos, porque es así como debe ser.

Nacimos para estar juntos.

Andrea es ella... es mucho más... es mi Serendipia.

# Capítulo 46

**L**uego del encuentro con Eva en mi casa no supe más de Guillermo.

Algo que me tiene rayando en la ansiedad porque mis nervios están que van y vienen.

Un nuevo mes ha llegado. A veces

tengo la sensación que en estos últimos días el tiempo corre en mi contra, conspirando para que no pueda ser feliz. Además las amenazas siguen llegando.

Lo que estoy viviendo no es normal porque no puedo ni ir a la esquina sola, y eso es sumamente frustrante.

He tenido cambios en mi vida bastantes radicales. Uno de ellos es mi relación con Alberto, que ha ido en picada desde que Guillermo entró a mi vida; lo último que ha hecho fue venderme su parte de la academia, desapareciendo para siempre de mi vida.

No voy a negar que me duele perder a una de las personas que más me importan, pero he comprendido que a

veces es mejor dejar ir a los que uno ama, aunque eso te duela, por eso acepte su decisión. Nuestra relación se fue resquebrajando desde el momento que no pude corresponder a sus sentimientos. Alberto no aceptó que nuestro amor era diferente.

En su momento llegué a pensar, ¿qué tan distinta sería mi vida si Alberto y yo...?

Alberto y yo..., yo y Alberto... No. es imposible amar a alguien por obligación o agradecimiento.

Cierro la carpeta con los documentos del traspaso de mi academia, que al parecer es lo único que va bien en mi vida; la razón: crece cada día en todos los aspectos.

Hay un gran revuelo por la incorporación de dos profesores. Uno para *Tap* y otro para Salsa Casino, que eran las clases que impartía Alberto. Rubén, el profesor de *Tap*, es un chico muy jovial y especial que conocí en un evento de la gran maestra María Eugenia Zapata. Es único bailando y transmite un aura especial. Está siendo una sensación y sus clases están llenas.

Edu, el otro profesor, se encarga de Salsa Casino y estilos tropicales (bachata y merengue). Lo que me asombra de sus clases es la cantidad de mujeres que hay inscritas. No sé si es por el profesor o porque sus clases son buenas. Los dos parecen sacados de revistas y cualquiera caería rendida

ante sus encantos.

Ver crecer lo que tanto trabajo y esfuerzo me ha costado construir es increíble.

Mi hija cada día está más grande, hermosa y muy activa; comienza hacer sus primeras caritas, también nos está regalando esas sonrisas que te dejan cautivado y colgado de amor. Siento que estoy un poco más fuerte en lo que respecta a mis sentimientos, ya que me estoy enfocado en vivir por mí y por mi pequeña, sin mirar atrás.

Decidí retomar las clases por la demanda de los nuevos alumnos.

Hoy Anabella está conmigo. A veces me acompaña y mis alumnas adoran verla vestida con sus pequeños

trajes de bailarina.

La hora más divertida es la clase de danza contemporánea. Me encanta porque este grupo de niñas, en lo personal, es mi favorito por lo activas que son. Esta vez escogieron *Shake it Off* de Taylor Swift y *All About That Bass* de Meghan Trainor. Verlas bailar, desinhibidas y muertas de la risa, es único. Me uno a ellas en la primera canción y todos nuestros movimientos son improvisados. Esto me ayuda evaluar sus habilidades y sus conocimientos, pero lo mejor de todo es que terminamos dando vueltas por la pista riéndonos como locas.

Me acerco al sonido, y bajo el volumen.

—Estoy feliz, niñas. Cada día bailan mejor. —Aplaudo y ellas ríen emocionadas.

Poco a poco van saliendo del estudio.

Me acerco a la mochila que está al lado del coche de mi niña, tomo mi toalla para secarme el sudor y cuando reviso los mensajes del móvil, llego a uno de remitente desconocido e internacional. Mi corazón empieza a palpar rápidamente.

*«Puedes rodearte de todos los guardaespaldas que quieras, pero te voy alcanzar y te vas arrepentir de haberte cruzado en mi camino. Ya no quiero a tú hija, esta vez voy por ti y sólo por ti.»*

Ahogo un grito asustada.

Como siempre, este tipo de mensajes hacen que mi cuerpo tiemble y un escalofrío recorra mi columna vertebral.

Las investigaciones arrojan que son móviles desechables que compran para enviarme los mensajes. Últimamente el remitente proviene de Francia. Los diferentes códigos internacionales nos despistan, porque los mensajes provienen de diferentes países europeos, borrando las huellas que ya habíamos recolectado.

Salgo del salón de baile y cuando entro a la oficina me topo con Alberto que está terminando de recoger sus

cosas. Me da una mirada despectiva mientras mete unos portarretratos en una caja y sale tirando la puerta, haciendo que mi pequeña dé un pequeño salto.

—¡Más duro, idiota! —le grito. Creo que lo hago para drenar el miedo.

Me siento en una de las sillas frente del escritorio y como siempre mi mente empieza a trabajar a mil por ciento luego de una amenaza. Llamo a mi tío y le reenvío el mensaje con el nuevo remitente.

La única salida que veo es huir de nuevo. Estoy al borde de la desesperación, así que le envié un mensaje a Lorena por *WhatsApp*:

*«Nos vemos dónde siempre en una hora»*

Estoy recogiendo todo en el bolso, verifico mis mensajes de texto y le envío uno a mi madre preguntándole dónde está, y en eso mi móvil me avisa que la respuesta de mi prima ha llegado.

*«Si llegas antes, mejor. Estoy aquí»*

Al mismo tiempo entra un mensaje de mi madre avisándome que está pasando consulta. Corro al baño y me doy una ducha rápida con la puerta abierta por Anabella, me cambio y salimos de la academia.

Veo que los hombres que están a cargo de mi seguridad nos siguen de cerca. Entro a la camioneta dando

instrucciones y la dirección donde iremos.

Ellos siempre se limitan a hacer su trabajo. Muchas veces me siento feliz de tenerlos cerca, me siento segura con ellos.

Llegamos a la cafetería y me río al ver Lorena con cara de susto por los hombres que me escoltan. La saludo de lejos y me acerco empujando la carriola.

—A ver, qué tienes que decirme — pregunta. Ella siempre va directo al grano.

Toma a mi hija y yo termino de instalarme. Mi prima me observa con impaciencia mientras dejo la pañalera y mi bolso en una de las sillas. Suspiro resignada a la poca paciencia que ella

tiene conmigo.

—He estado pensando que quizás lo mejor es que me vaya un tiempo de Venezuela, borre mi rastro y cuide a mi hija —le respondo como una ametralladora.

Lorena pone los ojos como platos y se atraganta el café que está bebiendo cuando me escucha. Empieza a toser y le quito a Ana de los brazos mientras le doy unas palmaditas en la espalda para calmarla.

—¿Estas de broma? —me pregunta alucinada.

—¡No!—le respondo.

Ella suspira haciendo una mueca de fastidio, me pide a la nena de nuevo y le da un beso. Yo sonrío porque siempre

quiere tenerla cerca. Lorena se queda observándome por cuestión de segundos y empieza a negar. Esta reacción no me cae por sorpresa.

—A ver Andy, te voy a ser sincera. La verdad, no creo que sea necesario que huyas, lo que creo necesario es que resuelvas todo con Guillermo de una vez por todas. Todo lo que te contó me parece la historia de un libro, pero no soy quien para dudarlo, he escuchado cosas peores, pero hay cosas en todo esto que no cuadran y quedan muchos cabos sueltos.

Esta vez la que suspira soy yo.

—Lore, lo menos que quiero es acercarme a él —le respondo.

—Pues te toca tragarte el orgullo de

mujer herida y resolver esto por tu hija.

¿Por qué todos me llaman mujer herida?

Pongo los ojos en blanco y asiento.

Conversamos alrededor de una hora. A veces hablar con mi prima es la terapia que necesito. Ella es la única capaz de resolver mis dudas y ayudarme a discernir entre todas las ideas locas que se me ocurren. Sí analizamos bien, mi historia con Guillermo parece de esas historias trágicas de amor, dónde los protagonista luchan contra los malos para ser felices.

Ahora veo que en la vida real también hay gente con el corazón endiablado.

Realmente existe el bien y el mal.

Cuando nos despedimos voy un poco más tranquila, pero ese mismo mal presentimiento que siento desde hace un año sigue ahí.

Mi madre nos recibe al llegar a casa. Me sigue mientras alimento a Anabella y le doy un baño antes de dormir. Conversamos de todo lo que mi hija y yo hicimos juntas, incluyendo que Lorena se saltó las reglas y le dio un poquito de banana en la cafetería. Ella me observa con una sonrisa y al terminar, me habla de su día y la nueva sesión en alcohólicos anónimos, haciéndome sentir orgullosa de su recuperación.

Me despido de mi madre quedándome con mi pequeña en brazos

hasta que finalmente se duerme. Acaricio su cabello rojizo y la acuesto a mi lado, como siempre hago cada vez que necesito paz y tranquilidad; solo tengo que estar cerquita a ella y observarla dormir.

Dejo la mente en blanco y me duermo sumergiéndome en ese mundo donde no hay peligro, donde puedo ser feliz junto a ella y Guillermo.

Despierto sobresaltada por el llanto desesperado de Anabella. La levanto y me doy cuenta que está hirviendo en fiebre. Mi corazón empieza a latir rápidamente y asustada corro en busca

del termómetro para niños y el resultado de su temperatura me confirma que está enferma.

El pánico se apodera de mí.

Salgo de mi habitación y entro directamente a la de mamá sin tocar, pero me detengo impresionada al verla abrazada de Eduardo, su padrino de alcohólicos anónimos.

¡Vaya tela!

Mi madre se levanta asustada poniendo cara de circunstancia, pero ese tema no es importante ahora, así que lo ignoro y le digo preocupada:

—Ana tiene fiebre muy alta y no sé qué hacer.

Ambos se levantan como un rayo. Mi madre corre donde estoy toma a mi

pequeña en brazos.

—Busca mi maletín —le pide a Eduardo.

La lleva hasta su cama y empieza a examinarla. Eduardo se acerca entregándole la bolsa de donde ella saca el estetoscopio y comienza a presionarlo sobre el pequeño pecho de mi niña.

Después de unos minutos revisándola, guarda sus cosas y dice con calma:

—Hay que llevarla a la clínica.

—¿Qué tiene? —le pregunto asustada.

—Andrea, es una fiebre en un bebé de cuatro meses, sólo es para averiguar de dónde proviene. Al llegar le haremos unos análisis y lo sabremos.

Yo asiento y salgo disparada. Me cambio rápido y busco las cosas de Anabella para irnos. Mi madre entra a mi habitación y la viste con ropita un poco más abrigada.

En el auto me tiembla el cuerpo por todo lo que siento en este momento. Me da terror que algo malo pueda pasarle. Estoy segura que si Guillermo estuviera aquí, estaría igual o peor que yo.

Guillermo.

Tengo que ponerlo al tanto, así que por primera vez en días le escribo a Guillermo:

*«No sé si aún estás aquí, pero voy a la clínica La Trinidad con Anabella. Está con fiebre. Tengo miedo... Te necesito»*

Al llegar a la clínica todo pasa rápido.

La sensación de una presión en el pecho me ahoga mientras veo como las enfermeras tratan de cauterizar a mi niña vía intravenosa. Deben intentarlo dos veces antes conseguirlo y el llanto de Anabella hace que me sienta impotente. Es tan pequeña y frágil que no debería estar pasando por esto.

Estamos en la sala pediátrica.

Mi madre ha dado órdenes y se hace solo lo que ella indica.

Acaricio a mi hija mientras ella emite una especie de quejido y le hablo asustada:

—Aquí está mami mi amor. Tienes

que estar tranquila mi niña, te prometo que pronto nos iremos. —Ella gorjea un poco al escuchar mi voz. Sigo acariciando su manita y ella sujeta uno de mis dedos con su mano en respuesta —. Eres el mejor regalo que tengo y sin ti la vida no tiene sentido.

Sollozo bajito asustada. Mi hija se ha convertido en mi vida entera.

De repente la puerta de la sala se abre dejando entrar a un preocupado Guillermo. Mi madre nos señala y él corre a nuestro lado hasta fundirnos en un fuerte abrazo.

Deja un beso en mi coronilla y las lágrimas empiezan a salir a borbotones de mis ojos, dejando salir todo el miedo que llevo acumulado. Él me acuna en su

pecho y me dice bajito:

—Ella estará bien. Yo también las necesito.

Suspiro y me abrazo a él rezando que todo salga bien.

—Te amo... —le digo respirando su aroma.

Mi fe en él, comienza a nacer nuevamente.

## Capítulo 47

**H**an transcurrido cuatro largas horas desde que llegamos a la clínica, pero la incertidumbre de no saber que tiene mi hija me hace pensar que cuatro horas son veinticuatro.

Por su parte, Guillermo no se ha despegado ni un segundo de nuestro lado, y mi madre nos observa desde el *staff* de enfermería con una sonrisa.

La pediatra dio la orden de realizarle a mi pequeña una serie de análisis para ver de dónde proviene la fiebre; mientras esperamos los resultados yo clavo mis uñas en uno de mis muslos, Guillermo toma mi mano atrapándola en la suya y acaricia el

dorso con sus dedos calmándome. Levanto mi rostro cruzándome con su mirada que abrasa mi cuerpo, encendiendo cada parte de él; con su otra mano acaricia mi mejilla. Yo, en respuesta, la atrapo y dejo un beso casto en su palma. Él sonríe y acaricia mis labios con su pulgar.

Suspiro bajito por sus muestras de cariño. Él aprieta fuerte mi mano esbozando una sonrisa de esas que enamoran, enseñándome su dentadura perfecta y sus dos hoyuelos, los mismos que se le hacen a nuestra hija. Acerca más su silla para abrazarme, haciéndome sentir a salvo, recuesto mi cabeza en su pecho y cierro mis ojos escuchando los latidos de su corazón,

dejándome inundar por la tranquilidad de sentirme en sus brazos.

—Mis serendipias —me susurra.

Yo no respondo nada porque sé que refiere a nuestra hija y a mí. Mientras tanto, mi mente sucumbe a la posibilidad de poder perdonar.

¿Se puede perdonar algo de lo que no se tiene la culpa?

Luego de dos horas más, nos informan que no es más que una gripe, que debemos estar muy atentos cómo evoluciona en las próximas veinticuatro horas.

Salimos de la clínica, pero Guillermo no se separa de mi lado.

Al llegar a casa, mi madre se queda esperando para ver qué decido sobre su presencia, hasta que finalmente le digo:

—Él se queda.

Ella se sorprende pero esboza una sonrisa. Me da un beso en la mejilla y me susurra:

—Es tú momento de ser feliz.

Se despide con un gesto de él y se pierde en el pasillo camino a su habitación.

Llevo a Anabella dormida en el canguro. Le doy un beso en la coronilla y tomo la mano de Guillermo como un gesto de confianza. Camino con él siguiéndome los pasos hasta mi

habitación.

Entramos en completo silencio. Me suelto de su agarre y acuesto a la bebé en su cuna. Acaricio su cabecita suspirando aliviada al sentirla fresca.

Guillermo se acerca y los dos nos quedamos observándola dormir por unos minutos.

—Es hermosa —susurra emocionado.

Yo concuerdo con él mientras me quito el canguro y lo dejo sobre la silla que está al lado de la cuna.

Voy a cerrar la ventana por donde se cuelan los matices del amanecer. El sol comienza a nacer de nuevo en los valles de Caracas y brinda un espectáculo hermoso.

Guillermo sigue cada uno de mis movimientos. Tomo su mano y con un gesto le señalo la cama, el asiente y caminamos sumidos en nuestros propios pensamientos.

Lo primero que hago es quitarme las zapatillas y luego el suéter. Él me imita sin dejar de observarme.

Nos acostamos sin decir nada. Él pasa su brazo debajo de mi cuello abrazándome contra su cuerpo y yo le respondo alzando una de mis piernas sobre las suyas, logrando que nuestros cuerpos queden enredados. Mi corazón sobre su pecho, mis manos jugando con su camiseta y su olor llenando mis sentidos, me impulsan a depositarle un casto beso en su cuello.

Los labios de Guillermo acarician mi frente y sus manos mi dorso. Nos quedamos unos cuantos minutos así, callados, sumidos en nuestros pensamientos, disfrutando del confort de estar juntos de nuevo.

Cruzamos nuestras miradas y percibo en la de él un brillo especial de amor y algo más que no logro descifrar. Sonríe y vuelve a besarme con un cariño.

Sé que en esta vida nadie más me verá de esa manera. Entonces en este momento al fin comprendo que la vida es cruel, que solo podemos sanar las heridas del corazón con aquella persona que la causa.

—Te amo —le susurro.

—Y yo a ti, mi pingüina. —Sonrío por su mote—. No sabes cuánto te necesito, cuánto he necesitado estar así, a tu lado. —Respira hondo—. Vamos a empezar de nuevo, cielo, vamos a conocernos y no tener secretos, pero necesito que vuelvas. Si para eso necesitamos volver al principio de nuestra relación, lo haremos.

—Guille...

Él me calla con un beso corto y yo cierro los ojos tratando de procesar lo que me dice.

—Separarme de ti ha sido lo más difícil en esta vida. Ni todo lo que viví en mi niñez se parece a esto. Nada tiene comparación con el hecho de saber que te había perdido. —Sus ojos se vuelven

de un color casi negro y cristalino a causa de las lágrimas que se empiezan acumular—. Te habla mi corazón, y escuchar que me amas es lo que necesito para sentirme vivo

¿Puede ser más romántico?

—Te amo, eso nadie le va a cambiar —le digo con voz ahogada por las emociones.

—Soy un desastre que solo tú puedes arreglar. Yo sabía que el amor podía doler, y vaya que lo comprobé, pero sin amor no podemos vivir. Tú y mi hija son todo lo que necesito para poder vivir en paz.

» Viví todo este tiempo con el recuerdo de tus fotografías, especialmente cuando tuve que volver a

internarme por la recaída que tuve a causa de mi maravillosa idea de drogarme ante ti. Créeme que observarlas me ayudaba a superar todo lo que sentía.

Yo también viví con el recuerdo de lo nuestro. Fue eso lo que me ayudó a afrontarlo todo desde mi regreso y lo que hizo no sucumbir durante mi embarazo.

—El amor también puede sanar —  
le digo.

—Por eso es tu amor lo único que necesito para vivir. Tu amor y el de mi hija. Andy, te amo. Te ruego que, si en tu corazón hay algo de ese amor por mí, me perdones. —Volvemos a mirarnos sumergidos en lo que sentimos—. Puede

que me hieras o yo a ti, pero nada de eso podrá compararse con lo que vivimos ahora. Un abrazo bastará para transmitir nuestros sentimientos, y en páginas en blanco, escribiremos juntos todos los momentos de alegría, rabia, enojos y reconciliaciones que tendremos.

Suspiro.

Qué habilidad tiene de derrumbar mis muros.

—Pero, todo lo demás que nos persigue, ¿lo olvidamos? —le digo preocupada

Tengo miedo.

—No te puedo decir que lo olvidemos, pero algún día vamos atraparlo y pasaremos la página. No te voy a dejar sola de nuevo, tenlo por

seguro. Siempre me tendrán cerca. Anabella y tú van a esperar por mí después de cada gira y vamos a esperar por ti cada vez que vuelvas de tu academia.

» Mi alma te pertenece. Te encontré sin buscarte, tú lo dijiste, eres mi hallazgo afortunado y cuando te encontré, caí rendido y enamorado, al igual que tú. Luchemos juntos contra todo y seamos felices.

Cierro mis ojos respirando hondo, tranquilizándome por las emociones que causan sus palabras. Luchar juntos y ser felices. Olvidar todo lo que nos hiera en este momento. Vivir por primera vez nuestro amor sin secretos y sin miedo. Quedarme con él y dejarlo entrar de

nuevo...

—Sí, sí quiero volver contigo. Voy a tomar esta oportunidad porque simplemente fui hecha para amarte. Pero Guillermo... por favor, no me lastimes de nuevo porque yo te quiero de verdad, y ahora no soy sólo yo, sino también Anabella. Sé que muchas veces no sabremos qué hacer, pero buscaremos la forma de resolverlo. No puedo estar lejos de ti —le respondo emocionada.

*“Déjalo entrar de nuevo”* susurra una voz.

—Sólo abrázame en las noches y me quedaré a tu lado, toma mi alma porque es tuya. Te esperé una vida entera y te juro que nunca volveré a lastimarte, pero por favor... no te vayas.

—No me iré. Te lo prometo —le respondo.

Guillermo me besa pero esta vez juega con su lengua, acariciando y tentando mis labios. Lo dejo entrar al escaparse un gemido; con este beso nos trasmitimos todo el amor y la pasión contenida en este último año.

Él me sube en su dorso quedando yo ahorcajas y rompe el beso haciéndome sentir abandonada. Se sienta teniéndome encima de él, acaricia mi rostro y se queda por segundos observándome.

Mi corazón late a mil por hora, pero está vez es por el amor tan increíble y libre que siento por él.

—¿Te quieres casar conmigo? —suelta de repente. Yo alzo una ceja

mientras él ríe bajito para no despertar a la niña, cómo si adivinara lo que pienso, pero enseguida da respuesta a mi cuestionamiento—: La sentencia de divorcio salió hace una semana. Hoy en la tarde regresé de España y pensaba buscarte mañana para darte la noticia.

» Soy libre, Andrea, libre para estar a tu lado y ser feliz.

Mi sonrisa se ensancha y lo abrazo emocionada.

—Entonces sí... sí quiero ser tu esposa.

Guillermo no me dice nada, simplemente me besa transmitiéndome su amor. Por fin los planetas se han alineado para hacerme feliz. Finalmente encontré mi yang.



# Capítulo 48

**E**l tiempo pasa volando, pero ahora todo está lleno de felicidad y amor.

Una semana ha transcurrido desde mi reconciliación con Guillermo, y más allá del susto de la pequeña gripe que

tenía Anabella, todo va bien.

La única sombra que nos sigue es el tema de las amenazas. A pesar que éstas han desaparecido como por arte de magia, nos parece sumamente extraño que ninguno de los dos hayamos vuelto a recibir ningún mensaje, más después de haber formalizado nuestra relación.

El silencio de nuestro enemigo no es una buena señal. Pareciera que se está preparando para dar el golpe final.

Sin embargo, a pesar de ese tema, hemos decidido dejar ir todo lo malo y ser felices sin mirar el pasado que tanto daño nos hizo.

Ahora se preguntarán: ¿cómo podemos ser felices?

La respuesta es simple: estando

juntos.

Estamos dando todo para hacerlo funcionar, sin tener más secretos entre los dos. Los miedos los vamos apartando en un lugar donde no puedan volver a lastimarnos; aprenderemos a sanar porque sabemos que estando juntos podremos curar nuestras heridas.

Necesitamos un poco de tiempo para completar todo lo que perdimos, tratar de empezar desde algún punto en el que los dos podamos sentirnos cómodos. Además, esta vez tenemos una razón más fuerte por la cual luchar: nuestra pequeña hija.

¡Anabella Cruz!

Está semana hicimos el papeleo y oficialmente mi pequeña lleva el

apellido de su padre; algo que por supuesto hace feliz a Guillermo, que no deja de repetirme que solo falta que lo use yo, pero me hago la loca. No es porque no quiera, es que no quiero que sea como la primera vez que todo lo hicimos tan rápido.

Quiero que podamos sobrevivir a todo sin tener que llegar a un final dramático.

¿Quién no tiene miedo a no ser feliz?

Todos tenemos miedo a ser felices. Por una u otra razón siempre creemos que encontraremos alguna piedra en el camino; pero es por esa misma razón que estoy aprendiendo cada día que el amor no es algo fácil y que no debe

forzarse, que todos en algún momento tenemos miedo, dudas y hasta discusiones con esa persona con la que decidimos pasar el resto de nuestra vida.

Todo lo que ha sucedido en este tiempo, ha hecho que en un año haya madurado lo que no maduré en los anteriores ha Guillermo. En pocos días cumpla veinticuatro, pero siento que tengo treinta. En poco tiempo me ha tocado vivir todo tipo de situaciones que me hicieron forjarme como la mujer que soy ahora.

Hace un año me describía como una mujer insegura en el plano sentimental, guardaba resentimientos por la forma en que mis padres se habían separado,

también era preponde, ya que en el plano de lo profesional era de las más buscadas. En la parte amorosa todo era diferente porque me había cerrado al amor, por eso nunca tuve un novio... pero llegó Guillermo y todo cambió.

Fue amor a primera vista.

Yo pensaba que eso no existía... bueno, pensaba que sólo sucedía en las películas y en los libros de romance, pero me di cuenta que puede pasar. Doy testimonio de ello.

El amor puede ser tan intenso que llegas a dejar a un lado el orgullo para pedirle a la otra persona que te ame, o puedes hasta rogar para que te digan una verdad, como me pasó con Guillermo. Una verdad que me ha costado procesar

y quizás nadie en mi familia sabrá.

Todo lo que me ha contado parece una de esas historias siniestra de Hollywood. Su padrastro murió hace cuatro años, su madre aún no acepta todas las verdades, y Alonso, bueno... después de lo que hizo sigo pensando que es una basura, porque nada de lo que diga Guillermo me hará cambiar de opinión, pero no puedo evitar sentir lástima por lo que él también tuvo que vivir.

Solo un enfermo es capaz de disfrutar haciéndole daño a otra persona y disfrutarlo.

Guillermo decidió alejarse de los escenarios para componer y producir su nuevo álbum, así que hemos decidido

comenzar a buscar un pequeño piso para vivir juntos.

Mi madre no está muy convencida de que mudarme sea la mejor opción, pero le expliqué lo importante que era para mí vivir en pareja y aprender de mis errores.

Así que aquí estoy, emocionada porque por primera vez en un año, pasaré una noche a solas con Guillermo. Mi madre ha accedido a quedarse con nuestra hija para que tengamos unas horas de total intimidad.

Estoy arreglando el pequeño bolso con lo que necesario, cuando mi madre entra con Ana en brazos y se sienta en mi cama.

—Quiero preguntarte algo, y quiero

que seas sincera —dice mi madre. Yo me giro, observándola, a la espera de su pregunta—: ¿Estás segura de la decisión que tomaste?

Yo me quedo petrificada. En todo este tiempo ella alegó que debía ser feliz y ahora me sale con esto.

—¿Cuál de tantas? —le pregunto.

—Sé que estás enamorada, también sé todo lo que conlleva eso, pero quiero saber si estás consciente que esto puede, a la larga, traer como consecuencia que las amenazas se cumplan.

Yo suspiro porque sé que es cierto.

—Lo sabemos mamá, lo hemos hablado en un par de ocasiones, pero sabemos que juntos podemos enfrentar las cosas de una mejor manera. Además,

confío que los hombres que nos cuidan estarán más atentos y no pase nada —le contesto, tratando de apartar mis miedos.

—Tengo un presentimiento de que esto no va terminar bien. Ojalá me equivoque, pero de verdad, no lo creo —recalca mi mamá. Se levanta y me da un beso—. Voy a estar en mi habitación con Anabella.

Yo asiento y respiro hondo. Decido ignorar el palpito de mi madre porque no quiero que nada arruine esta noche, por lo que sigo escogiendo qué usar.

Llego al hotel, un poco nerviosa o más; me siento como la primera vez que estuvimos juntos.

Subo la habitación, plancho con mis manos nerviosamente mi vestido y toco la puerta dos veces suavemente. Guillermo la abre y me recibe con una sonrisa perfecta, acompañada de unos hermosos ojos brillantes y expectantes. Me toma por la cintura llevándome dentro de la habitación y me da un beso casto en los labios.

Al reparar en la suite me sorprende lo sencilla que es, muy parecida a aquella en donde perdí la virginidad con él. Encima de la cama hay un cuaderno abierto y su guitarra.

Me quita el bolso y lo deja en una

silla, luego me observa por un buen rato; su mirada me abrasa y me hace sentir desnuda. Respira hondo, se acerca a dónde estoy, acaricia mi rostro y me dice:

—Parece que han pasado siglos desde que te vi.

Suelto una risita burlándome de sus palabras porque me vio exactamente hace cuatro horas en la casa, cuando fue a ver a Ana.

—Solo han pasado cuatro horas — le respondo sonriendo.

Guillermo me toma por la cintura, y roza su nariz con la mía.

—Pues han sido las cuatro horas más largas del mundo.

Empuja mi cabeza y me besa.

Su lengua se adentra en mi boca comenzando a jugar con la mía y yo gimo correspondiendo de la misma manera. Afloja su agarre y baja por mi columna vertebral. Sus manos se juntan en la parte baja de mi espalda hasta llegar a mi trasero y aprieta mis glúteos.

Yo introduzco mis manos por el dobladillo de su camiseta para sentir el calor de su piel contra la mía. Acaricio sus abdominales y los araño con mis uñas, arrancándole un sonido ronco en su garganta.

—Te deseo —me dice con voz ronca.

No me da tiempo de responderle cuando se estampa de nuevo contra mis labios, famélico de ellos.

Lentamente baja el cierre de mi vestido, y con sus manos en mis hombros lo hace caer lentamente. Separa sus labios de los míos solo para observarme con ansias. Sus pupilas completamente dilatadas me hacen saber cuántas ganas tiene de mí.

Se quita la camiseta y desabrocha los dos botones de sus jeans bajo mi atenta mirada; muerdo mi labio inferior apreciando el hermoso tono en la piel de su esculpido cuerpo. Coloca el cuaderno y la guitarra en una mesa y camina lentamente a donde estoy, mientras su mirada me recorre de arriba a abajo.

Llevo un delicado conjunto de lencería negro, mis bragas y brasier son de un hermoso encaje, y la copa sujeta

mis pechos que, por cierto, quedaron un poco más grandes luego del embarazo.

Guillermo se detiene frente a mí. Con su dedo índice recorre todo mi escote haciéndome sonrojar por completo. Mi piel se eriza de solo sentir su tacto.

En un abrir y cerrar de ojos me alza en brazos y me acuesta delicadamente en la cama.

—Eres lo más hermoso que he visto en toda mi vida —dice con voz cargada de deseo—. Eres un maldito sueño hecho realidad y eres mía, simplemente mía.

Me sonrojo y Guillermo suelta una risita, se sube a la cama abriendo camino entre mis piernas y las acaricia

lentamente hasta subir hasta mi cadera.

—Guillermo —digo su nombre en un ruego.

—Nena, voy a disfrutarte lentamente... ha pasado un año entero y quiero que este momento se grabe en tu piel para siempre.

Se cierne sobre mí besando apasionadamente mis labios. Con sus besos recorre mis mejillas llegando a una de mis orejas. Lame y succiona mi lóbulo haciendo que mi piel se estremezca, arrancándome gemidos de placer. Guillermo sonrío contra mi piel y sigue su tortura. Deja un reguero de besos por mi cuello mientras sus manos llegan al broche de mi sujetador liberando así mis pechos. Baja los

tirantes lentamente y gime al ver mis senos.

—Están más llenos —dice casi en susurro.

Yo arqueo mi espalda ofreciéndoselos, y él acepta la invitación; toma primero uno en sus labios, mordiendo delicadamente mi pezón hasta que se hace un pequeño pico; su barba roza mi piel, haciendo que esté más sensible.

Lame, muerde y sopla mi punta hasta que la nota más dura, y repite lo mismo con mi otro pecho que hasta el momento, había sido atendido con sus dedos.

Su erección se roza contra mis bragas húmedas. Estoy a punto de

estallar.

Una de sus manos, la que no está atendiendo mi seno, baja por mí costado lentamente, torturándome y provocándome. Acaricia mi vientre y alzo mis caderas para sentir más su excitación, hasta que su mano se adentra a las profundidades de mis bragas.

¡Dios!

Guillermo emite un sonido ronco cuando acaricia mis pliegues húmedos. Introduce un dedo haciéndome gemir por el placer que recibo. Llevo mis manos a su espalda y entierro mis uñas cuando me introduce dos dedos más y su pulgar hacer círculos en mi clítoris.

Abandona mis senos, besa mi costado, mi abdomen y mi vientre. Saca

sus dedos, los chupa sin quitarme la vista de encima y lentamente me quita mis bragas. Sin perder tiempo sostiene mis nalgas para alzarlas, baja su rostro a mi sexo y lame lánguidamente mi vulva húmeda y caliente.

—Guillermo —gimo su nombre, alzando mi cadera buscando algún tipo de reacción en él.

Me sujeta de las caderas, pasa mis piernas sobre sus hombros y lame con fuerza separando mis labios. Yo cierro los ojos dejándome llevar por todas las sensaciones; su lengua se abre camino hasta mi clítoris, al que muerde delicadamente y chupa con anhelo. Con la punta de su lengua lo acaricia y repite lo mismo varias veces, haciéndome

gemir obnubilada por la delicia de sentir su boca entre mis piernas.

Sigue lamiendo y llega hasta mi ano, que es tentado por su lengua. Es una extraña sensación que me hace sollozar un poco.

—Guille...

Repite un movimiento circular haciendo que mi nivel de exaltación suba a niveles que nunca había conocido, introduce de nuevo sus dedos en mi vagina y su pulgar acaricia mi centro de placer que yace hinchado por su regreso. Su lengua se entretiene en ese lado oscuro de mi cuerpo y todo hace que explote en un increíble orgasmo.

Mi cuerpo se estremece por

completo. Cierro mis ojos extasiada y siento cómo la cama se mueve hasta que, sin darme tiempo a recuperarme, Guillermo me gira dejándome boca abajo, levanta mi cadera y me penetra duro desde atrás.

Los dos gemimos.

Yo aprieto las sabanas en mis puños y mis músculos vaginales se aprietan alrededor de su pene.

Empieza a salir y entrar en movimientos lentos pero decididos. Yo abro por fin los ojos y giro mi rostro para observarlo. Su frente está perlada por el sudor y sus abdominales contraídos por el esfuerzo.

Al percatarse que lo observo acerca su rostro al mío, me toma del cabello y

me besa.

¡Esto es lo más erótico que hecho en mi vida!

—Mía... —susurra en mi oído. Suelto un pequeño grito cuando Guillermo me sujeta más fuerte y me pide con un tono exigente—: Dilo Andrea... di que eres mía.

Yo gimo en respuesta, hasta que finalmente lo digo.

—Tuya...

Guillermo embiste más fuerte, se acerca y me muerde delicadamente en el cuello.

—No lo olvides nunca... Vamos nena, córrrete conmigo —me pide.

Sus movimientos se aceleran.

En la habitación se escucha el

choque de nuestros cuerpos, sonidos que parecen ronroneos y nuestras palabras de clamor del éxtasis; mi cuerpo obedece a su orden. Siento cómo se acumula mi orgasmo en la parte baja de mi espalda. Suelto un chillido y acomodo mis brazos por las fuertes embestidas que estoy recibiendo hasta que Guillermo da la orden:

—Sí... así muñeca... córrete conmigo.

Exploto gritando su nombre:

—Guillermo...

Él se derrama dentro de mí soltando un taco.

Cae sobre mi cuerpo y siento cómo su pecho sube y baja contra mi espalda. Guillermo sale lentamente de mí. Siento

cómo poco a poco baja un poco su semen por mis pliegues.

Me gira con cuidado, acaricia mis piernas con sus dedos, limpia sus fluidos y los introduce de nuevo en mi vagina. Saca lentamente sus dedos y se acerca despacio para darme un beso.

Él es el único hombre en mi vida. Siempre será el único. Es la razón de mi existir.

Guillermo se acuesta a mi lado, me abraza fuerte contra su cuerpo y me susurra:

—Te amo, mi princesa.

# Capítulo 49

**D**esperto cansada. Trato de moverme en la cama, pero unos brazos y piernas no me lo permiten. El escozor de mis partes íntimas es el principal recordatorio de lo que sucedió anoche. Guillermo y yo, hicimos el amor varias

veces, cinco para ser exactos.

Me trato de zafar pero él me sujeta más fuerte. Me gira haciendo que nuestras miradas se encuentren, me observa sonriente mientras acaricia mi nariz con la suya.

Me besa girando nuestro cuerpos, y siento cómo con sus muslos se abre camino entre mis piernas. Su erección matutina roza mis pliegues, arrancándome el primer gemido.

En cuestión de segundos estoy húmeda y lista para recibirlo. Empujo mi cadera y él me responde penetrándome de una sola estocada. Cuando empieza a moverse dentro me quedo extasiada por la forma en que me observa con ojos cargados de amor.

Besa mi cuello, chupa mis pezones y sigue penetrándome lento.

Me está haciendo el amor.

Hoy no hay palabras, solo hay caricias, besos, y miradas cargadas de pasión, de palabras no dichas y de promesas que morimos por cumplir.

Los dos explotamos en un orgasmo casi catártico.

Guillermo cae sobre mí y entierra su rostro en mi cuello. Yo lo abrazo besando su hombro y le saludo:

—Buenos días.

Él levanta su peso saliendo de mí, y yo gruño por sentirlo lejos.

Al escucharme él suelta una risita.

—Buenos días, amor... —Toma mi mano y la besa—. Te amo.

Esas últimas palabras son casi un susurro y yo cierro mis ojos relajándome.

*“No te fíes de que podrás ser feliz”.*

Y en mi corazón se instala un vacío.

Los días corren mientras todo va encaminándose en nuestras vidas. Con Guillermo vivo llena de alegrías y mucho amor.

El equipo sigue investigando el tema de los mensajes que por cierto, seguimos sin recibir. Todos trabajan día a día más fuerte para saber quién es la

persona que me acecha, pero aún no han podido dar con ella, frustrando a Guillermo, a mis tíos y a mí.

Todo apunta a un desconocido, pero mi intuición me dice que es Alonso, y el sexto sentido de una mujer nunca falla.

Guillermo me ha pedido perdón por ello. Sé que no es su culpa, tampoco es la de su hermano, porque nadie busca quedar completamente loco después de lo que vivió. Por eso nunca le digo a Guillermo que sospecho de él.

Hemos tenido discusiones. Hay pequeñas cosas que para mí siempre han sido insignificantes y para él son un enorme problema, pero tratamos de resolver todo de la mejor manera. Eso me hace entender que la vida en pareja

es de constante aprendizaje, que nada es fácil

De niños aprendemos a caminar; si nos caemos, podemos levantarnos y seguir adelante. Aprendemos que las palabras tienen poder. De jóvenes, que el poder del conocimiento puede llevarnos lejos, pero cuando somos como adultos finalmente comprendemos muchísimas cosas.

Una vez mi padre me dijo que de los fracasos se aprende. Yo me quedé mirándolo y me preguntaba, a la corta edad de quince años, cómo podía aprender el ser humano del fracaso.

Mi padre soltó una carcajada y me dijo muy serio:

—¿Recuerdas cuando te caías de pequeña y te levantabas como si nada y seguías corriendo? —Yo asentí—. Bueno nena, es fácil cuando somos adultos; si no logramos lo que queremos, hacemos lo mismo: nos levantamos y seguimos. Puede que cambies de método para obtener lo que buscas, porque cada tropiezo te enseña que hiciste mal, pero nunca te debes rendir.

Ese recuerdo llegó una noche que discutí con Guillermo por causa de un video en el que querían que sea la bailarina principal. Él montó una escena de celos, hasta que finalmente le hice entender que era parte de mi trabajo, de

mi crecimiento como profesional. Un par de horas más tarde se calmó y me pidió disculpas por su actitud, entonces le conté aquella metáfora. No sé en qué momento mi mente voló al pasado. Simplemente recordé muchos de los consejos que mi padre me daba.

Nos mudamos a un hermoso departamento con vista a mi amado Ávila, lo suficientemente grande para nosotros tres, y cada que me refiero a ella como NUESTRA CASA hace que mi corazón crezca tres mil veces su tamaño.

Guillermo tiene una habitación dónde compone y nos deleita a nuestra pequeña y a mí con sus nuevas canciones; en estos últimos días he comprendido que vivo al lado de un

genio. Escribe canciones con muchísima facilidad, y cuándo le pregunto cómo lo hace él simplemente me contesta:

—Tú y Anabella me inspiran.

Los medios internacionales y nacionales reseñan que Guillermo y yo estamos viviendo un *affaire*; algo que me da muchísima risa. No hemos querido, ni nos hemos molestado en publicar nuestra verdadera relación. Cómo decía mi amada abuela: es que no tenemos que aclarar nada porque quizás oscurecemos la situación.

Respecto a Eva... bueno, ella... ella es otro cantar.

Se ha aprovechado de todo esto para hacer publicidad, apareciendo como la víctima de todo este asunto. Se

ha autoproclamado la mártir de esta cuestión y me ha puesto de la peor manera.

El más afectado es Guillermo porque, aunque no quiere aceptarlo, odia que me pongan en esa posición, pero a mi me da igual porque al fin y al cabo, el que nada debe, nada teme.

Llegamos hace más de una hora a nuestra casa, ya que todos los días él, junto a Ana, me buscan en la academia. Ya es parte de un ritual.

Cada día conozco mejor al hombre con el que vivo y amo. Por ejemplo, he descubierto que es alérgico a la lactosa, algo que nuestra hija ha heredado; otra cosa es que, muchas veces, las ideas para las letras de sus canciones se le

ocurren en la ducha; salí disparado dejando la estela de agua por dónde camina y se sienta a escribir sin ropa en su estudio hasta finalizar. También odia que me salte las comidas y le encanta dormir la siesta con Anabella en su pecho.

Son cosas simples que hacen la diferencia, que te hacen tomar notas mentalmente para no olvidar.

Hoy me tocó cocinar, y digo eso porque nos turnamos con Guillermo para hacerlo cada día; termino la salsa para los espaguetis y sirvo en los platos hondos.

—La cena está lista —le aviso mientras llevo los platos al comedor.

Veo como deja a Ana en su

columpio y suspiro bajito, porque Guillermo siempre parece sacado de una fantasía. Está descalzo, los mechones lisos de su cabello apuntan en diferentes posiciones y se ha dejado crecer su barba, lo que le da un aspecto de chico malo e interesante,

¡Hermoso!

Dejo los platos y Guillermo se acerca abrazándome desde atrás y deja un beso descuidado en mi cuello.

Cuando da la primera probada, cierra los ojos y gime.

—Está delicioso —me dice.

Yo asiento y le sonrío mientras trago.

—Gracias —le respondo.

Guillermo suelta una carcajada

alcanzando mi mano encima de la mesa, pasa su pulgar en forma de caricia y me dice:

—Me encanta cuando te sonrojas por cumplidos tan simple como estos.

Con él me sonrojo hasta respirando.

—No me había dado cuenta que me había sonrojado —contesto y miro por el rabillo de ojo que esboza una sonrisa.

—Andrea, eres simplemente única, por eso te amo, sin maquillaje, al natural, y cuando estás bailando me vuelves loco porque te conviertes en una diosa. —me dice, su comentario me hace suspirar.

—Tú le has dado un nuevo rumbo a mi vida y también eres único, Guillermo.

—Me encanta que me ames. Es como si no hubiera nada que temer, pero también es lo que más miedo me da — me dice con voz cansada.

—Guille... —susurro.

De nuevo los miedos y las dudas.

—Sé que te prometí apartar los miedos y ser felices, pero... me da terror perderlas...

Está vez soy yo la que toma su mano y dejo en ella un dulce beso.

—Nunca nos vas a perder. Pasó un año y no pude olvidarte. Lo intenté, muchas veces pero vivías en mi recuerdo. Decidimos dejar los miedos y las dudas atrás, porque si llegáramos a separarnos, sé que igual no te voy olvidar. —Suspiro cansada—. Yo a

veces me lleno de miedo, pero mientras tú y Anabella estén a mi lado me siento feliz y completa.

—¿Qué hice para que tengas tanta fe en mí? —me pregunta.

—Amarme y ser como eres —le respondo.

—Te amo con toda mi alma, mi pequeña serendipia —me responde.

—Y yo te amo a ti...

## Capítulo 50

## Seis meses después.

**M**e observo frente al espejo sonriendo feliz ante el reflejo que me regala: Una chica de veintitantos vestida de novia.

Este es el día más importante de mi vida luego del nacimiento de mi pequeña hija. Hoy me uniré en sagrado matrimonio con el hombre que amo.

Llevo un hermoso vestido *vintage* que se abraza a cada curva de mi cuerpo, un delicado encaje blanco cubre mi escote y brazos, y la pequeña cola

hace que el detalle delicado de los botones en la parte trasera se vea estilizado.

Me han dejado el cabello en un semi recogido y los bucles rojos caen en mi hombro derecho. Una hermosa y sencilla mantilla traída desde Sevilla es el delicado toque final. El maquillaje es casi imperceptible en mi rostro, haciéndome sentir hermosa.

—Estás hermosa —me dice Lorena.

Yo me quedo observando a mi madre, mi tía Pili y a mi prima que tiene en brazos a mi pequeña Anabella y sonrío.

Nunca imaginé que llegaría este día.

¡Me caso! ¡Dios, me caso con el hombre que amo!

—Gracias... —le respondo.

Mi madre se acerca, me abraza fuerte y deja un dulce beso en mi mejilla. Cierro los ojos evitando llorar.

—No puedo estar más orgullosa de ti. Eres una mujer muy hermosa y la mejor hija del mundo —dice mi madre. Acaricia con una de sus manos mi rostro y continúa—: Tu padre y hermano están a tu lado en este momento. Estoy segura que están igual de felices que todos nosotros.

Respiro hondo pero no puedo evitar que se me escape una lágrima y ella las borra con los pulgares. Me ofrece su brazo y salimos de la habitación.

En el corredor, mi tía Pilar me da el *bouquet* de rosas blancas con unas

cuantas rosas rojas en el centro.

Entramos al ascensor escoltadas, por dos de los hombres de seguridad y al salir al lobby todos los presentes exclaman y aplauden mientras camino a la camioneta que me llevará a la iglesia.

Subo y espero que entre mi madre, pero un escalofrío recorre mi nuca poniéndome los pelos de punta. La puerta se cierra de golpe y el conductor arranca.

Trato de girarme pero alguien desde atrás me tapa con un pañuelo y comienzo a forcejar peleando para soltarme, hasta que veo como uno de los hombres que me ha cuidado todo este tiempo se estira sobre el asiento del copiloto con una jeringa en la mano.

Yo lo observo aterrorizada y le tiro el bouquet. Él ruge una maldición y otras manos me sujetan. Él se acerca doblando mi cuello y cuando me inyectan y todo se nubla.

Mi último pensamiento:

*“Guillermo y Anabella...”*

El agua fría que recorre mi piel me despierta de golpe. Abro los ojos, trato de acostumbrarme a la luz pero todo está oscuro. Estoy amarrada de pies y manos a una silla.

Un olor nauseabundo llena mis

fosas nasales provocándome una arcada, hasta que de la nada escucho una risa y logro ver la silueta de una mujer a pocos metros de donde estoy.

—Te dije que podías rodearte de miles de guardaespaldas, pero lograría tenerte —Esa voz femenina la conozco.

Mi corazón se paraliza cuando la identifico.

Miles de recuerdos llegan a mi mente, decepcionándome al ver lo estúpida que he sido en todo este tiempo.

Dejo escapar un sollozo y ella ríe aún más.

—Ya sabes quién soy —asegura.

—¿Qué quieres? —le pregunto con un tono calmado, intentando sonar

segura de mí misma.

Mi cuerpo empieza a temblar cuando escucho sus pasos acercándose a donde estoy. Se detiene frente a mí, me toma por el mentón haciéndome alzar la cara y grita:

—Enciendan la luz. Quiero que esta perra me vea. —Obedecen a lo que ha dicho y cuando mis ojos se acostumbran de nuevo a luz, alzo mi mirada y me encuentro con la de Teresa que sonrío demoníacamente—. Sí, Andrea, soy yo... la dulce Teresa.

¡Dios mío!

Esta mujer está loca. Forcejo tratando de soltarme y ella me sujeta más fuerte, clavando sus uñas en mi barbilla.

—¡Suéltame, perra! —le grito.

Ella me suelta pero en cuestión de segundos me da un bofetada tan fuerte que voltea mi rostro hacia el otro lado.

—La única perra presente en este momento, eres tú —me responde.

Dios, yo confíe en ella ciegamente. Siempre fue ella. Me mintió. Me usó para saber que pasaba entre Guillermo y yo. Ella fue la que envió de los mensajes...

Siempre fue ella mientras todos pensábamos en Alonso.

—Seguro Alonso está feliz porque vas a terminar su trabajo —le digo.

Ella me ignora caminando hasta un armario para sacar una vara.

La prueba contra su mano y yo

empiezo a hiperventilar.

—Alonso no es más que otro miedoso que usé para mis fines —me contesta caminando de nuevo hasta donde estoy.

Mi alma se cae a los pies.

¡Dios mío! ¡Esta mujer es una psicópata!

—Teresa, ¿qué quieres?, te puedo asegurar que todos me están buscando —le digo.

—Y te van a encontrar, de eso puedes estar segura. —Me pasa la punta de la vara por el escote del vestido, y yo contengo la respiración—. Me imagino que el dulce Guillermo te habrá contado alguna de sus experiencias con las varas con mi padre. No te imaginas cómo me

reía cuándo mi padre los golpeaba. Disfrutaba del dolor ajeno al punto que ahora me gusta infringirlo.

Yo pongo los ojos como plato. Trato de zafarme de alguna manera del amarre de las manos hasta que escucho un sonido de latigazo.

Ahogo un grito y ella empieza a reír.

—No vas a poder soltarte, Andrea. Hoy solo vamos a jugar un ratito... quiero darte una pequeña muestra de lo que puedo hacerte.

En un cerrar de ojos, de la nada, se abre una puerta dejando entrar a dos hombres. Yo empiezo a moverme desesperada, pero uno de ellos me sostiene de los hombros mientras otro

desata mis amarres en las piernas.

—Estás loca, Teresa, yo no te he hecho nada —le grito mientras me ponen de pie.

Ella me ignora y le dice a uno de ellos:

—Rómpele el vestido.

Él hombre que está enfrente arranca el delicado encaje. El sonido del rasgado de la tela me enfurece y empiezo a patalear de nuevo. El otro solo se ríe ante mi reacción, me sostiene de la cintura y es ahí cuando lo reconozco. Es Eduardo, el bajista de Guillermo.

Ellos me superan en peso y altura, pero mi instinto de supervivencia es más fuerte, así que logro darle en los

testículos al que tengo enfrente. Este me abofetea y saboreo el sabor metálico de la sangre.

—¡Basta! —grita Teresa—. Veo que eres toda una luchadora, pero llegará el punto que tú misma me pedirás que te mate.

—Eres una maldita enferma, al igual que tu padre —le grito.

No me contesta.

Los hombres me suben los brazos y me sujetan de unas cadenas que caen del techo, haciendo que mis pies queden en puntas.

—Mi padre no era un enfermo, solo era un ser incomprendido —me grita y me lanza su primer golpe en mi pecho y grito por el dolor—. Termina de quitarle

el vestido que me estorba.

Les ordena observando la vara extasiada. De la nada, Eduardo saca una navaja y destroza mi vestido de novia.

Sollozo en silencio porque se suponía que este sería el día más feliz de mi vida.

Al terminar, él me acaricia los senos lascivamente y le dice a Teresa:

—Espero que me dejes disfrutar de ella, ama.

Yo tiemblo ante sus palabras.

*¿Ama?*

Ella se acerca, lo toma del mentón y le pregunta:

—¿Te gusta, pequeño gatito?

—Sí, ama —responde él con voz tersa y acaramelada.

¡Qué asco! ¡Me engañaron!

¡Dios, ayúdame!

—Te prometo que podrás jugar con ella, pero ahora es mi turno... —le dice.

Él asiente y ella le da un beso de lo más asqueroso que he visto. Al romper el beso lo suelta y grita:

—¡Lárguense!

Los dos hombres salen por donde entraron y ella sin darme tiempo de decirle lo loca que está, empieza a golpearme con la vara.

Los golpes son fuertes y precisos.

Primero golpea mi abdomen, luego mi espalda, mis piernas y brazos.

Yo grito ante el dolor.

¡Dios mío, ayúdame!

Lo digo como un mantra mientras

ella me golpea. Su golpe final es en mi vientre.

Siento que mi cuerpo está completamente adormecido. Tiro la cabeza hacia abajo y cierro mis ojos.

Si se hubiese llevado a mi hija... ¡Dios!, ¿Hubiera sido capaz de hacerle esto a una niña?

Esta mujer está loca y perturbada.

Pensé en todo este tiempo que era mi amiga.

Cuando le preguntamos con Guillermo si sabía de algo de las amenazas se echó a llorar. Le dijo a él que no podía hacerle daño porque lo amaba y que no sabía nada de Alonso, que él nunca le dijo nada.

Todo este tiempo hemos estado

equivocados. Fue ella, siempre fue ella.

—Me imagino que no sientes los brazos y sientes adormecido el cuerpo por el dolor. —Me toma del mentón y alza mi rostro, pero mi única reacción es escupirla.

Ella se ríe y se limpia.

—¡Maldita loca! —le grito—. Cuando te encuentren vas a pagar todo esto —le digo muerta de la rabia.

Ella me ignora, se da vuelta, toma un balde y veo cómo se derrama el agua.

A una distancia prudente me lanza el contenido haciendo mayor el escozor de las heridas y me dice riendo:

—Es agua con sal. Eso ayudará a que tus heridas te atormenten aún más.

Se acerca a donde estoy y me da un

beso en los labios.

Le muerdo asqueada, pero ella me da una cachetada al ver que le he roto el labio.

—Te resistes igual que ella, pero te aviso que después de jugar contigo, te enviaré pedazo por pedazo a Guillermo.

Sale de la habitación dejándome como estoy.

Empiezo a sollozar y por mi mente pasan miles de escenarios, pero en todos, yo termino muerta.

Quiere matarme.

Quiere que Guillermo sufra porque sabe que la única manera de destruirlo es matándome.

El dolor y el cansancio empiezan hacer mella en mí.

Todo se vuelve negro y mis ojos se cierran hasta quedar inconsciente.

# Capítulo 51

**A**gua fría es lo que de nuevo me despierta. No sé cuántas horas han pasado. Esta vez es uno de los hombres que me sacude, me suelta del amarre del techo haciéndome caer en el suelo y pone un plato con algo asqueroso y

putrefacto al lado de mi rostro.

Las arcadas de nuevo me atacan; esta vez vomito sobre el plato. El hombre maldice y me da una patada en el estómago que me deja sin aire. Yo ahogo el llanto mientras sale de la habitación dejándome en posición fetal.

Observando detenidamente el lugar, percibo al fin de dónde viene ese olor tan nauseabundo; son las heces y el vómito seco de otras personas lo que dan ese olor. Es un cuarto de torturas,  
¡Dios, es una locura!

Esto no me puede estar pasando. Esto es una pesadilla.

Cierro los ojos pensando en lo estúpida e inocente que he sido todo este tiempo. Qué equivocada estaba al

pensar que era Alonso, porque aunque nunca le voy a perdonar lo que hizo, nunca fue él que quiso hacerme daño; siempre fue Teresa.

Todo empieza a cobrar sentido. Los mensajes de distintos números de países europeos eran porque ella estuvo recorriendo el continente mientras Guillermo se retiró de los escenarios para internarse y luego para componer las canciones de su nuevo disco.

Pero ¿por qué?

¿Qué la orilla a hacerles daño a los hermanos Cruz?

¡Dios mío, ayúdame!

Ayúdame a salir de este lugar...  
protege a mi madre y a mi hija.

Si les llegará a pasar algo me

muerdo, prefiero que sea yo la que sufra todo y no mi pequeña Anabella. No ella no... no a mi hija. Protégela Señor.

—Guillermo... —susurro al vacío.

Esto va ser lento y doloroso, pero no le daré el gusto de verme sufrir. Seré fuerte y la única manera de serlo es pensando en los momentos felices que he vivido junto a él en estos seis meses.

Cierro mis ojos perdiéndome en los recuerdos, donde no había mujeres locas que deseaban hacerme daño, donde las risas y el amor solo tenían cabida.

Llevo sentada en uno de los

rincones unas cuantas horas. Mi cuerpo aún duele por los golpes que recibí. La oscuridad es asfixiante. He tratado de agudizar el oído para reconocer dónde estoy, pero parece que estoy sola, que dentro del lugar donde me tienen no hay nadie.

    Mi nuevo mantra es:

    Soy fuerte y puedo sobrevivir a esto.

    Lo repito internamente mientras me sumo en los recuerdos de mi vida. Imagino que mi familia debe estar echando la ciudad abajo por conseguirme. Rezo porque me encuentren antes de que sea tarde.

    La puerta se abre y encienden la luz. Tiemblo cuando veo a Teresa y

Eduardo.

Ella lo sujeta con una correa de perro que el lleva en el cuello, pero él camina en cuatro patas.

¡Esto parece sacado de una película de muy mala calidad!

Ella le dice algo en el oído mientras él se coloca frente a mí a unos pocos metros de distancia. Solo lleva un jeans desgatados y el collar. Ella trae un vestido negro ceñido y los ojos maquillados con kohl.

—Hola, Andy... —me dice con voz dulce—, espero que el día que te he dado de descanso te sirva para portarte mejor hoy.

—¡Estás loca! —le digo.

—Puede que para ti esté loca, pero

para otras personas, como Eduardo, soy un genio ¡Disfrutan de lo que hago! Claro que a él no le hago tanto daño como estoy dispuesta hacerte.

¡Maldita psicópata!

—¿Por qué, Teresa?, ¿por qué los odias tanto? —le pregunto desesperada.

Ella ignora mi pregunta. Va de nuevo al armario y desde aquí tengo una visión de todo lo que hay dentro. Varas y látigos que hacen ver corto el cuarto rojo del dolor de Grey. Este es un cuarto medieval de tortura.

Toma un látigo negro y al verlo, contengo la respiración. Teresa empieza hablar como si las palabras salieran solas:

—Los odio porque mi padre los

amaba más a ellos que a mí. Los odio porque siempre quise ser como mi padre y él no lo veía obsesionado por los hermanos Cruz. —Camina donde estoy, me arrastra por el cabello y me tira en el centro de la habitación—. Los odio a los dos porque cuando mi padre no podía infringirle dolor a ellos me lo hacía a mí, porque cuando Guillermo se convirtió en la gallinita de las huevo de oros, fue por mi muchas veces hasta dejarme vacía.

¡Dios mío!

Su propio padre la violaba, ¿cómo puede sobrevivir una persona así, sabiendo que la persona que debía cuidarle era la que la que la lastimaba?

Y yo me quejaba de mis padres...

Vivir con su padre debe haber sido un infierno para todos ellos.

—Yo no tengo la culpa —sollozo—. Yo no tengo la culpa de lo que tú o ellos, sufrieron por culpa solamente de tu padre y de la madre de ellos que no supo protegerlos.

Ella suelta una carcajada.

—Por eso yo misma me cargué a mi padre... —me responde—, su muerte fue lenta pero lo hice placentera. Disfruté cada segundo.

Ay Dios... ¡ella lo mató! Es una asesina en toda regla.

Trago fuerte y trato de mediar con ella.

—Por favor... Teresa... piensa en las consecuencias, Guillermo no tiene la

culpa y yo tampoco... Por favor, no cometas otra locura.

—¡Cállate! —me grita soltando el primer latigazo en mi cuerpo y caigo del dolor— Quiero que cierres la puta boca de una vez por todas.

—Estás loca —le digo llorando.

—Puede que lo esté, pero tú vas a disfrutar hoy de esa locura.

Empieza a golpearme con el látigo.

El dolor se acrecienta en mi cuerpo, como si los golpes me estuvieran vaciando el alma. Ella no se detiene hasta que me ve casi inconsciente en suelo y llorando en silencio. Se acerca a Eduardo, lo toma del cabello besándolo con furia y cierro mis ojos buscando algún recuerdo que me haga sentir feliz

cuando escucho a lo lejos que le ordena:

—¡Sal!

Las lágrimas silenciosas bajan por mi rostro y las náuseas se presentan de nuevo. Ella se ríe fuerte y me toma por el cabello arrastrándome hasta el rincón donde estaba sentada. Abro los ojos, encontrándome con su rostro sonriente y lleno de malicia frente a mi.

Estoy perdida. Si mi familia no me encuentra, puede que nunca los vuelva a ver.

¡Dios, ayúdame!

*“Yo soy fuerte y puedo con esto”*  
repito.

—Voy a disfrutar el día que él te violé frente a mis ojos, le diré qué tiene que hacer. Será exactamente igual a lo

que mi padre me hacía. Finalmente, al terminar, me rogarás que te maté y lo haré con gusto.

—No te daré el placer de verme derrotada —le digo altiva.

Teresa suelta una carcajada y me abofetea.

—Ya lo haces...

Sale de la habitación y de nuevo apagan las luces.

Cierro mis ojos y por primera vez le ruego a Dios que me lleve con él y que no me haga sufrir más.

# Capítulo 52

No sé qué día es hoy, tampoco sé cuántos días han pasado desde mi secuestro. No sé si es de día o de noche porque he perdido el sentido del tiempo estando encerrada entre estas cuatro

paredes. Ya no tengo voluntad para seguir luchando, me aferro como una loca a los recuerdos de mi hija y Guillermo.

Teresa está ganando esta batalla.

Cada día es más cruel. Mi cuerpo no aguanta ya los maltratos físicos y psicológicos. Rezo para que esto se acabe o que me encuentren. Felizmente ella aún no cumple con la amenaza de hacer que su sumiso me viole.

Si eso llegara a pasar, finalmente ella ganaría y yo... yo, finalmente me derrumbaría, y terminaría rogándole que me mate.

Pensamientos van y vienen en mi mente. Todavía no puedo comprender cómo una persona puede tener en su

mente tanta maldad y poder de destrucción.

Si Guillermo hubiera sucumbido a los maltratos de su padrastro quizás fuera como Teresa.

Cierro los ojos tratando de olvidarme un segundo de lo que estoy viviendo.

## **Inicio del Flashback**

*Llegué a casa de la academia. Dentro se escuchaban los acordes de la guitarra de Guillermo. Dejé las llaves y me adentré a la casa, hipnotizada por esa melodía que logra transportarnos a su hija y a mí a otro mundo cuando canta y toca la guitarra. Me detuve en*

*la puerta del estudio y mi corazón latió rápido al ver que Anabella movía sus bracitos en el cochecito bebé mientras su padre le tocaba una hermosa nana. Ella gorjeaba y Guillermo sonreía, simplemente feliz. Ellos dos comparten una magia especial cuando están juntos.*

*Al terminar la melodía, dejó su guitarra a un lado, tomó a la niña en brazos y empezó hablarle:*

*—Con esos ojos sé que tendré que espantar a los hombres que caerán rendidos a tus pies... si eres como tú madre, se va liar bien parda.*

*Solté un risita y Guillermo me descubrió mirándolos embelesada.*

*—Gracias a Dios lo tienes claro —*

*le dije en modo de burla.*

*Guillermo se levantó con nuestra hija en brazos y me dio un beso a modo de saludo. Como desde el primer día, sus besos hacen que mis piernas tiemblen y el mundo se me olvide.*

*—Lo tuve claro todo desde el día que te encontré —me contestó.*

*—Serendipia —le dije embelesada.*

*—Serendipia —me contesto.*

*Esa noche me pidió que bailara para él y lo hice entregando todo, rindiéndome ante él.*

**Fin del Flashback.**

Me quedo dormida convencida que esté será mi final. Que me tocará revivir

de mis pocos recuerdos antes de morir.

—Andy, mi vida reacciona —  
Guillermo me llama desesperado.

Me niego abrir los ojos pensando que estoy soñando, que cuando despierte estaré de nuevo en la terrorífica realidad.

—Vamos, princesa, por favor —Su voz es un ruego—. Andrea, cielo, vinimos por ti, estás a salvo.

Abro los ojos. La luz que me ciega pero llego a ver a Guillermo con su rostro contraído de la preocupación.

Suelto un sollozo y él me abraza.

—Guillermo... —susurro—, estás aquí.

Rompo en llanto.

—¡Una manta, traigan una manta! — grita—. ¡Oh cielo, estás temblando! Pero estás a salvo chiquita... tranquila.

¡A salvo!

“*No lo estás*” susurra una voz en mi mente.

Guillermo me separa de su cuerpo. Estoy tan ida de este mundo que pienso que estoy en un sueño, que todo esto es producto de mi imaginación.

Dos hombres entran y le dicen:

—Todo está limpio. No hay rastros de ella.

Me estremezco al pensar en Teresa. No, no estoy a salvo.

—Andy, cielo, todo terminó. Te prometo que esto será sólo una pesadilla —me dice Guillermo preocupado.

—¡No! ¡No! ¡No! —grito desesperada y me separo.

Trato de ponerme de pie pero me caigo. Mis piernas no responden. Guillermo me abraza fuerte contra su pecho, meciéndome como una niña pequeña.

—Te prometo que estás a salvo —me dice.

—Mientras ella esté suelta nadie lo estará —le digo en un susurro y lloro desconsolada.

—Yo soy fuerte y voy a sobrevivir a esto —digo en voz baja.

Guillermo me da un beso en la

coronilla.

—Eres una guerrera.

Me carga en brazos y salgo de las paredes de mi encierro.

Observo que estoy en una casa rural en medio de la nada. El piso está lleno de sangre y cuando sigo el rastro, encuentro a Eduardo muerto.

Todo mi mundo se paraliza al girar mi rostro y encontrarme a Alonso que nos mira preocupado. Me estremezco muerta de miedo. Guillermo lo percibe y se detiene justo al frente de su hermano.

—Él me ayudó a encontrarte —me susurra.

Alonso gira su rostro avergonzado y yo entierro mi rostro en el pecho de Guillermo, agarrándome fuerte de su

camisa.

Al salir de la casa la luz del sol me ciega. Cierro mis ojos y no logro ver la luz que tanto ansiaba ver.

—Ya todo pasó —me dice con voz tranquilizadora—. Nos iremos de este sitio para siempre.

Guillermo conversa con alguien caminando conmigo en brazos.

Yo voy en un estado de semi-inconsciencia, tratando de esclarecer que no es un sueño, que todo esto es real.

De pronto, tres sonidos de disparos al aire y los gritos de los hombres en el suelo me sacan de mi estado.

Guillermo se arrodilla conmigo poniéndome detrás de él, protegiéndome

con su cuerpo como un escudo.

—¡Lo mataste! —Teresa grita como loca—. ¡Mataste a Eduardo!

Abro los ojos para observar la escena.

Dos hombres apuntan a Teresa pero ella, a su vez, apunta su revólver hacia nosotros.

—Teresa. Es mejor que bajes el arma —le dice Guillermo en voz calmada mientras se levanta despacio.

—¡Cállate, maldita sea! —grita—. Mataste al amor de mi vida —esto último lo dice en un susurro.

Veo que uno de los hombres de mi tío hace un gesto al otro y en fracción de segundos este salta, pero Teresa le dispara tan rápido que lo mata delante

de nuestros ojos.

—¡No! —grito cuándo el hombre se desploma.

Teresa empieza a reír desquiciada.

Dentro de mí empieza a correr la adrenalina dándome las fuerzas que necesito para levantarme. Guillermo me mira pero antepone su cuerpo entre ella y yo.

—De nada te sirve protegerla porque igual la voy a matar delante de tus ojos —Teresa le grita fuera de sí.

Guillermo se tensa y yo me estremezco.

—Tía, no sé si observas la escena, pero somos más que tú y vienen más en camino —Guillermo le contesta.

Ella esboza una sonrisa.

Esto no va acabar bien. Algo malo va a pasar y espero que Guillermo no salga herido.

—Me importa una mierda a cuántos tenga que matar, pero primero la mataré a ella y después te mataré a ti —le responde apuntando de nuevo hacia a nosotros.

¡Dios, está loca!

—¿Por qué, Teresa? Tú eras una hermana para nosotros —Guillermo le pregunta lastimado.

Ella suelta una carcajada, pero soy yo la que contesta en voz alta:

—Porque es una maldita loca.

Ella deja de reírse abruptamente y me dice:

—Y tú una maldita golfa, pero eso

ya lo estábamos solucionando. En cuanto a tu pregunta, Guillermo, nunca fui nada para ustedes. Nunca me protegieron. Cuando no podía tocarte lo hacía conmigo... ¿Cómo crees que se siente que tú padre te viole? —pregunta y su tono de voz se quiebra, pero no baja el arma.

Yo por primera vez siento empatía por ella. Nunca podría imaginarme qué se siente lo que ella vivió como para entender el por qué todo esto.

—Tú padre nos hacía lo mismo... nosotros no le hacíamos daño a nadie — le responde Guillermo.

Ella chasque su lengua y le dice:  
—Alonso también trató de violarla y aún lo defiendes.

¡Dios, es cierto!

Guillermo se tensa... yo me tenso...

—Sabes muy bien que tú tienes mucho que ver con eso. Ahora sé que eras tú quien conseguía las drogas que consumía mi hermano, y las que más de una vez consumí yo —le ruge Guillermo.

Ella ríe y ladea la cabeza a hacia un lado.

—¿Crees qué me importa? —le pregunta—. Fue fácil manipular a Alonso respecto a esta furcia, por eso cuando lo drogué y le aconsejé que la violará para que desaparezca de sus vidas, di por hecho que lo haría hacerlo, pero llegaste a impedirlo. Tú como siempre jodiendo todo.

Dios, siempre fue ella. Está tipa

está desquiciada.

—Teresa, por favor... aún puede enmendar todo —pide Guillermo, pero ella está tan ensimismada en su locura que ni lo escucha y sigue hablando.

—¿Y te acuerdas el día que regresaste a la drogas?... Eres tan pobre de la cabeza que fue fácil convencerte que alejaras a esta putita de ti. Sólo bastó tener cerca la cocaína para que tuvieras la maravillosa idea de drogarte delante de ella y hacer que se fuera.

»¿Cómo es que decías? —pregunta tocándose la barbilla como recordando — *Yo la amo pero no merezco su amor...* ella merece algo mejor —dice imitando la voz de un niño mimado y haciendo puchero burlándose de

Guillermo. Su mirada pasa de la sátira a la ira, agarra con más fuerza el arma y habla llena de odio—. Eres un pobre diablo que nunca supo ni mierda. Un atormentado inservible que siempre fue útil solo para golpear y darle placer al mierda de mi padre.

Teresa comienza a acercarse decidida a disparar, pero con un movimiento rápido, no sabemos de dónde, Alonso salta por detrás y comienza a forcejar con ella. Los movimientos son tan bruscos que impiden la puntería de los guardaespaldas para dispararle.

Los minutos se convierten en segundos, hasta que un ruido ensordecedor suena.

Teresa le sonríe triunfante a nuestra dirección mientras a Alonso se le doblan las piernas y cae.

—¡¡NOOOO!! —grita Guillermo aturdido.

Teresa empieza a reírse como loca, y es en ese momento cuando el guardaespaldas, en un movimiento rápido, le dispara a Teresa y ella se desploma al lado de Alonso.

El hombre corre hasta dónde están y revisa a Alonso.

—¡Est  con vida! —grita.

Guillermo me mira preocupado. En su rostro hay lágrimas de dolor.

Me abraza y deja beso en mi coronilla.

—Todo acabó —me dice.

—Todo acabó... —susurro.

Todo se vuelve negro en cuestiones de segundos mientras escucho que las sirenas suenan a los lejos.

En mi mente se repite con su voz:

—Todo acabó...

# Capítulo 53

**Guillermo.**

**A**ndrea cae desmayada en mis brazos y por mi mente se repiten los acontecimientos de hace pocos minutos.

Manuel llega a mi lado diciéndome:

—Tú hermano está agonizando. Es mejor que vayas a su lado.

Le entrego a Andy, aunque no quiero dejarla ni un momento a solas, pero me obligo porque mi hermano también me necesita.

Corro hasta donde está él y el cadáver de Teresa.

Me estremezco al ver esta escena tan horrorosa.

Asustado, veo la palidez en el rostro de mi hermano.

—Alonso... —digo su nombre muerto de miedo y tomo su mano.

Él se agita tan solo de verme.

—Guille... rmo... —Escupe sangre. Maldita sea, eso no es nada

bueno.

Aprieto su mano.

—No hables, tío, ya la ayuda está cerca —le digo.

Alonso empieza a negar tosiendo sangre. La herida está situada en el abdomen, y una de sus manos la sostiene, pero está perdiendo demasiada sangre.

Siento su mano fría aferrarse a la mía y ruego mentalmente a Dios para que mi hermano tenga una segunda oportunidad.

—Dile a Andrea que me perdone... —me dice esto con esfuerzo.

—Ya se lo dirás tú a ella tío —le respondo y trato de sonreír—. Además tienes que conocer a Anabella....

Alonso me da una sonrisa triste y niega.

—Espero que le digas la verdad. Que ella llegue perdonarme... —Tose e inhala, tratando de respirar.

Se me escapa un sollozo recordando las tantas veces que mi hermano me protegió.

Todo nos afectó de diferentes maneras. Mientras yo tuve la fuerza para dejar el dolor atrás, mi hermano fue el débil. Y pensar que muchas veces pensaba que yo era esa figura, porque él asumió el papel del fuerte para protegerme.

—No hables —le ruego.

—Te quiero, hermanito.

Mi hermano exhala el aire de sus

pulmones y su mano suelta la mía.

Su cabeza cae hacia con la mirada perdida.

Grito desesperado. Trato de hacerlo reaccionar pero no puedo.

Las sirenas se escuchan más cerca y solo veo el reflejo de dos personas que corren hasta donde estoy tratando de reanimarlo.

Me apartan y por primera vez lloró.  
Siento que todo esto me sofoca.

Me levanto y logro divisar que a Andrea la están metiendo dentro de la ambulancia.

Corro hasta dónde está ella y me subo.

—Soy su esposo... —les digo.

Los paramédicos asienten y antes de

cerrar las puertas veo a Oscar, el tío de Andrea, baja de un carro y camina rápido observando horrorizado a su sobrina.

—Yo la cuido —le digo

Oscar asiente y las puertas se trancan.

Los paramédicos empiezan hacer lo suyo. Por primera vez en mis veintiocho años, empiezo a rezar realmente:

*“Dios, por favor, sé que muchas veces he dicho que no creo en ti, pero te ruego que me ayudes para hacerla olvidar este episodio. Por nuestra hija, porque nos merecemos ser felices”.*

Uno de los paramédicos se gira al verme sollozar.

—Estará bien. —me dice,

infundiéndome esperanza.

Han pasado tres malditos días desde que acabó esta pesadilla, pero parece que nunca se terminará.

Hoy hice una pequeña ceremonia para la cremación del cuerpo de Alonso. Solo me acompañaron la madre de Andy y su prima Lorena, ya que Andrea está sumida en un estado de inconsciencia. Aunque clínicamente está sana, no hay manera de hacerla despertar.

La entiendo. Yo tampoco quisiera hacerlo.

Mi vida dio un giro de ciento

ochenta grados.

Ahora que todo lo que me lastimaba se ha ido de mi vida, pienso en dedicarme a ser, por primera vez, feliz. En hacer feliz a las personas más importantes para mí.

Andrea es el hallazgo más afortunado de mi vida y nuestra pequeña hija llegó para complementarnos y darnos la oportunidad de ser felices.

Me siento a su lado, tomo su mano llevándola a mis labios para dejarle un beso.

—Despierta —le ruego—. Te amo, mi pequeña niña, vuelve a regalarme la dicha de ver esos ojos.

Ella se ve tan pequeña, tan menuda, parece una pequeña niña dormida. Me

desespero al ver que no reacciona, me levanto de la silla, me tiendo a su lado y paso mi mano por debajo de su cuerpo, atrayéndola a mi pecho, donde su cabeza encaja perfectamente.

Tengo todos los días rezando y haciendo lo mismo.

Ahora soy un creyente.

—Quiero ver ese azul que tienen el cielo y el mar, sentir tu piel de nuevo mientras hacemos el amor, escuchar tu sonrisa... Anabella también te necesita. Por favor nena, te lo ruego, despierta y déjame hacerte feliz.

La mano que tengo apretada contra mi pecho empieza a moverse y mi corazón late a mil por hora.

—Guillermo... —susurra.

Mi vida ha vuelto.

# Capítulo 54

—**G**uillermo...

Su voz me llama, quiero despertar, pero a la vez me niego muerta de miedo de volver a la pesadilla con Teresa.

—Andy... —me llama de nuevo—.  
Abre los ojos, nena...

Su voz es dulce al llamarme y pedirme que despierte. Escucho los latidos de su corazón y sé de esa forma que no estoy soñando, que estoy a salvo.

Abro los ojos lentamente, acostumbándome a la luz blanquecina de la habitación. Me remuevo un poco pero mi cuerpo me recuerda, con un poco de dolor, todas las atrocidades que la psicópata cometió conmigo.

—Vamos, nena... despierta...

Alzo un poco mi rostro y observo como Guillermo me sonrío. Suelta mi mano y acaricia mi rostro.

—Volviste a mí —dice en susurro.

Yo asiento, pero el miedo empieza embargarme; las lágrimas comienzan a caer desesperadamente por mi rostro y

ahogo los hipidos. Mi cuerpo tiembla mientras lloro libremente, drenando así el dolor y la angustia que viví todos estos días. Entonces empiezan a precipitarse en mi mente flashes de lo que sucedió.

Lo voy recapitulando todo y solo un nombre se viene a mi mente:

—Alonso...

Guillermo se tensa a mi lado.

Recuerdo cómo Alonso forcejeaba con Teresa y finalmente caía al piso herido. La risa enfermiza de ella... de ahí no recuerdo nada más.

—Ya habrá tiempo para hablar de ello —me contesta.

—¿Está muerto? —pregunto asustada.

Miro su rostro. Me percató cómo sus ojos se anegan con lágrimas por derramar.

—Sí, nena... mi hermano, está muerto —dice triste.

Suspiro.

Sé que quizás Alonso no hizo las cosas bien, pero sólo fue un títere. Él no merecía morir en manos de ella. Además, le salvó la vida a Guillermo y eso nunca lo olvidaré.

—Lo siento —le digo.

Me abraza fuerte contra su cuerpo transmitiéndome su calor, su dolor y su amor. Cierro los ojos impregnándome de su amor. Empiezo un ir y venir entre la conciencia e inconsciencia hasta que le escucho decirme:

—Todo este tiempo pensé que era él, pero resultó que la dulce Teresa era igual de psicópata que su padre. — Respira hondo—. Alonso estaba drogado cuando te atacó, eso no justifica lo que trató de hacerte... pero... — Exhala el aire de sus pulmones bruscamente y me dice—, pero él me ayudó. Cuando lo enfrenté, pensando que te había secuestrado, me contó lo que sabía sobre los gustos de Teresa y todo lo que ella le decía respecto a ti. Le llenó la cabeza de cizaña y por fin entendí por qué me pidió tantas veces que te alejara de mi y luego que sacara a Teresa del equipo. Después de lo que intentó hacerte, se dio cuenta que ella era como una manzana podrida en el

equipo y que había logrado joderlo a él también.

—Guillermo... —susurro su nombre conmovida por el dolor que tienen sus palabras.

—Sé que quizás nunca perdones lo que trató de hacerte, pero mi hermano siempre me protegió y hasta el final lo demostró, dando su vida por ayudarme.

—Yo lo perdoné hace tiempo —le digo.

Guillermo suspira y alza toma mi mentón.

—Andrea, somos libres... —La palabra libre suena a felicidad—. Somos libres de vivir nuestro amor sin miedo a que nada pase.

—¿Y Teresa? —le pregunto.

—Ella está muerta y no volverá hacernos daño.—me responde logrando que respire con tranquilidad.

—Quédate a mi lado —le pido.

Suelta una risita.

—No pensaba irme a ninguna parte.

Una enfermera entra y regaña a Guillermo por no avisar que había despertado. Todo después pasa rápido. Exámenes y revisiones médicas. Toda esta pesadilla dio como resultado dos costillas rotas y algunas lesiones, pero nada que no pueda sanar.

¿Pero el alma, quién la sana?

El amor...

## Tres semanas después.

El llanto de Anabella me despierta de sobresalto. Veo a Guillermo que la trae en brazos con el biberón en las manos. Ella se resiste a tomarlo, por lo que me siento en la cama y él finalmente me la entrega.

—Vamos, nena —le digo con mimo—. Dándole guerra a papi.

Guillermo se ríe y me entrega el biberón, solo rozo sus labios y ella toma con sus dos manos la botella.

—Dios, lo que me espera cuando crezca —dice Guillermo rascando su cabello.

Yo sonrío mientras él me

corresponde negando.

—Es digna hija de su padre —  
respondo para picarlo.

Guillermo suelta un bufido y se tira en la cama.

—¡Auchh! —me quejo porque el movimiento hace que me duela un poco las costillas.

—Lo siento —reacciona arrepentido, pero luego me provoca él —. Es digna hija de su madre cuando se pone así. Me recuerda las veces que me dabas esas respuestas cortantes huyendo de mí.

Sonrío porque es verdad. De nada me sirvió huir porque igual terminé en sus brazos.

—Tú ganaste —apunto y él sonrío.

—Los dos ganamos. — Acaricia la cabecita de nuestra hija—. Tiene el color de tu cabello.

Es cierto, Anabella es pelirroja. Creo que va a robar corazones porque la combinación de sus ojos y su cabello...

Dios, lo que nos espera.

—Tiene tus ojos... —le digo y sonrío.

—Me hubiese gustado que tuviera los tuyos... Escribiré por siempre canciones del azul de tu mirada.

Lo amo...

—Pues nada se compara con los tuyos, porque son la ventana de tu alma, cambian de claro a oscuro según tu estado de ánimo y es impresionante.

—¿Eres feliz? —me pregunta de

repente.

Por primera en mucho tiempo analizo el significado de esa pregunta.

Desde pequeños nos enseñan a buscar ese premio máximo de la vida que es la felicidad, pero muchas veces no la conseguimos.

¿Soy Feliz?

—Tú silencio me asusta —dice algo nervioso—. No tienes que responder.

Anabella suelta el biberón y él me la quita para sacarle los gases.

Respiro hondo.

—Soy feliz, Guillermo, porque aprendí que la felicidad se encuentra después de perdonar a quienes nos hacen daño. —Acaricio su mejilla y su

barba me raspa un poco haciéndome sonreír—. Debes pensar que estoy loca luego de todo lo que hemos vivido, pero esos días que estuve encerrada me mantuve aferrada a los momentos felices que viví a tu lado y de nuestra hija, a los momentos felices con mi familia, y sí quizás, no todo fue dicha y amor, pero soy feliz.

—Es mi culpa que vivieras todo eso —Su tono de voz es tirante.

—No es tu culpa. Con esto voy a defender a Teresa, pero tú, Alonso y ella tuvieron maneras diferentes de sobrevivir a la desgracia que sufrieron. Alonso se refugió en las drogas, tú también las usaste alejándote de todo aquello que te causaba felicidad por

miedo a lastimarlo y ella... bueno, ella simplemente creyó que lastimando podría ser feliz.

—Andy...

—Soy feliz porque te tengo a mi lado y espero seguir estándolo por el resto de nuestras vidas. —Suspira—. ¿Y tú eres feliz? —le pregunto.

Respira hondo.

—Soy el hombre más feliz del mundo. Eso nadie me lo va arrebatarse ahora.

—Ni nunca... —Complemento su frase.

Anabella suelta un gas cortando el momento mágico y los dos soltamos una carcajada.

La felicidad puede llegar a tu vida

de diferentes maneras.

Llega cuando menos lo piensas y se queda a contigo siempre que luches para que se dure.

De toda esta historia aprendí que, a veces, esos cuentos de terror pueden convertirse en realidad, que en el mundo hay una delgada línea entre lo bueno y lo malo. Aprendí que la maldad, así como el amor, existe y puede estar a la vuelta de la esquina. Pero lo más importante es que aprendí a perdonar para seguir viviendo en paz.

Aprendí que muchas veces no todas las historias de amor tienen finales felices, porque el amor se puede acabar, pero también sé que, cuando encuentras a la persona indicada no habrá nada ni

nadie que pueda separarlos.

El amor es un hallazgo inesperado y afortunado que llega a tu vida cuando no lo estabas buscando sanando todo a su paso.

# Epílogo

**Quince años después.**

**L**a vida me ha estado  
sonriéndome por quince maravillosos

años.

Mi vida cambió cuando encontré a una hermosa pelirroja de ojos azules. Ella llenó toda mi vida de color y todas mis luchas internas perdieron la batalla ante el sentimiento más hermoso.

El amor.

El amor cambia todo y eso lo he aprendido a lo largo de los años.

Nunca lo imaginé en mi infancia, y jamás pensé que lo conseguiría durante mi vida como adulto; al comienzo fue duro y nunca lo olvidaré, porque he luchado por no cometer los mismos errores que mis padres.

Tristemente mi madre murió sin conocer a sus nietos. Murio pensando que yo mentía sobre todo lo que

aconteció con mi padrastro, Teresa y mi hermano; pero la vida me sonrió y me regaló una nueva madre, Bárbara, la mamá de Andrea. Ella se convirtió en esa figura, yo le amo como si fuera la mía y ella simplemente me acogió como un hijo.

Hoy, mi pequeña Anabella cumple quince años... aunque ya no es tan pequeña.

Ahora es una adolescente de esas que me trae unos dolores de cabeza que me hacen querer encerrarla en una torre y no dejarla salir hasta que cumpla cuarenta.

Bella, como la bautizamos todos. Es hermosa de una forma exótica y eso traen como locos a todos los chicos.

Luego de que ella cumplió el año nos mudados a Miami, dónde nacieron Alonso y Jorge.

Alonso nació tres años después y Jorge al año de su hermano. Ellos también heredaron ese color de cabello tan particular de mi esposa. Son terribles juntos y mis aliados a la hora de vigilar a su hermana.

Formar una familia junto a Andrea ha sido lo mejor que me ha podido pasar. Ellos me han apoyado en todo momento. Odiaba irme de gira y dejarlos, pero llegada la hora de reencontrarnos era todo amor y paz.

No voy a mentir diciendo que todo entre Andy y yo ha sido perfecto. Mi dulce pequeña esposa tiene un carácter

de mil demonios que explota cuando menos lo esperamos.

Lo más duro para ella fue no poder bailar de nuevo como antes por quedarse en casa, pero fundar su propia academia de baile en la ciudad donde vivimos le ha traído muchísima suerte. Es una de las coreógrafas más buscadas en los Estados Unidos.

Lorena y Luis Ernesto viven en Boston. Ella por fin decidió darle un hijo a su esposo y tuvieron una pequeña que tiene la misma edad de Alonso. Siempre estamos en comunicación y cada vez que podemos viajamos.

Bárbara se casó con Eduardo y se retiró de la medicina. Vive lo bastante cerca de nosotros, y cuando digo cerca,

me refiero a que vive a dos casas. Andrea y yo, estamos más que orgullosos de ella por su lucha diaria de mantenerse sobria junto a su esposo, pero el amor obra milagros y es eso es la que la mantiene sobria todos los días. Su amor por su hija, por sus nietos, por su esposo y por mí.

Lo más importante de todo es que ella ahora es mi madrina, la que cuida que no caiga en las drogas o el alcohol de nuevo. Los dos sabemos que esto es una riña constante en la cual, en algún momento, los dos podemos caer, pero ambos luchamos por una misma razón: Andrea.

Hoy estamos en la ciudad que me vio nacer. Bella quiso pasar su

cumpleaños en nuestra casa de Málaga.

Bajo las escaleras de mi pequeño estudio y me detengo frente al espejo. La imagen que me devuelve me hace sonreír porque en mi cabello ya saltan las primeras canas y algunas líneas de expresión se están marcando, haciéndome un hombre más maduro... y guapo, porque mi mujer no deja de repetir que lo soy.

Me sube el ego y eso me ayuda como cantante.

—¡¡¡¡Mamáááá!!!! —grita Anabella —. Lo encontré.

Me rio y ella pone los ojos en blanco.

—¿Me buscabas? —le pregunto y paso un brazo por su hombro

abrazándola—. Feliz cumpleaños enana.

Ella voltea los ojos con fastidio, odia que le diga enana.

—Gracias, papi. —Me da un beso sonoro—. Te busca mi mami, no yo.

Le doy un beso en la coronilla y salgo en busca de Andy. La consigo en la cocina, atareada, sacando un pastel del horno; los años simplemente no han pasado por ella, sigue siendo la mujer hermosa que me robó el corazón.

—Cielo... —la llamo cariñosamente.

Andrea levanta su mirada esbozando una sonrisa al verme. Ahí está el mismo magnetismo que sentimos desde el primer día.

—Falta nada para esta noche —me

dice—. ¿Lista la sorpresa?

Yo asiento.

Nuestra Anabella tiene una obsesión por Harry Style. Aunque el hombre ya ronda en los treinta y tantos, sigue robando suspiros de todas las mujeres y he conseguido que venga de sorpresa a la cena familiar que tenemos.

—Todo listo —le respondo.

Me acerco atrayéndola por la cintura. Tomo su mentón y veo esos hermosos ojos. Andrea suspira y yo sonrío porque me encanta sentir que el tiempo no ha pasado entre nosotros dos.

—Te amo —le digo rozando mi nariz con la suya.

—Y yo te amo a ti —responde y me da un beso casto.

—¡Qué asco! —Escuchamos decir a Alonso—. Busquen un cuarto.

Suelto a Andy y le doy un coscorrón.

—Respetá, Alonso, que somos tus padres —le digo serio.

Él se toca y sonrío.

—Parecen dos novios de quince y después no quieren que Bella se morree con Enrique —me contesta.

Andy niega con la cabeza y le dice:

—Busca a tus hermanos que vamos a comer.

Alonso corre para darle un beso y sale de la cocina muerto de risa.

Nuestros hijos son todos “un caso” como dice Lorena.

Después de tantos años le repito

una pregunta Andrea sin pensarlo.

—Andrea. —Ella se gira y le pregunto—: ¿Eres feliz?

Ella sonríe.

—S  —responde sin un atisbo de duda—. T  llegaste a mi vida y robaste mi corazón. Todo lo que so e lo encontr  en ti.

—Andrea...

Ella se acerca alzándose en puntas. Me toma el rostro con sus manos y me besa.

—Te amo... eres el dueño de mi corazón y de mis día, nadie cambiar  eso. Construimos nuestra felicidad juntos.

No aguanto más. Llevo mi mano a su nunca y la beso apasionadamente.

Ella emite un gemido y yo le transmito todo lo que siento en ese beso.

Nos separamos en el preciso momento en que nuestros hijos llegan a la cocina y almorzamos en familia, como lo hacemos desde hace quince años.

La risa y alegría de ellos es música para mis oídos.

Hoy tengo cuatro soles que iluminan todo mi existir. Ellos han hecho que vuelva a creer que todo es posible.

La palabra amor me cambió la dimensión de ver todo en mi vida, ahora todo es más claro y brillante. Andrea llegó para cambiarme. Ella repite que yo la encontré, pero fue ella la que me encontró a mí, haciéndome ver que podía amar y ser amado.

La vida me regaló cuatro hermosas serendipias y todas las noches agradezco al cielo por ellos.

Hoy soy feliz, porque la vida se resume en amar y ser amado.

## **Andrea...**

Desde que lo vi sentí que lo conocía de otra vida. Un minuto fue suficiente para darme cuenta que él era el hombre que amaría toda mi vida.

Fue un día como cualquiera que vivía en aquellos tiempos, y llegó Guillermo para darle un cambio de

trecientos sesenta grados.

Los planetas se alinearon para hacerme feliz

Han pasado unos cuantos años y él sigue siendo mi persona favorita.

Amo pasar mi vida con él porque cada momento que vivimos juntos lo hace especial. Por eso no me cansó de decirle que lo amo. Siento que debo recordárselo a cada instante.

Formar una hermosa familia a su lado ha sido lo mejor. Nuestros hijos son todo para nosotros.

Reconozco que a Guillermo le costó un tiempo aceptar que él es una persona llena de amor y ternura, pero al fin pudo hacerlo.

La vida nos sonrió luego de tanto

sufrimiento.

Siempre he pensado, y es algo que le digo a mis hijos, que el amor llega cuando menos lo esperas, porque lo viví con su padre.

Cuando la persona correcta llega hay que aceptarlo y vivirlo. Olvidar el mundo que nos rodea y atreverse a amar porque la vida es un suspiro, y si hubiera dejado pasar la oportunidad de amarlo, estuviera arrepentida de mi decisión.

La piel se me eriza solo de pensar en vivir una vida sin él. Trasmuto todo por la llama violeta.

*“Déjate de malos pensamientos”* me regaño.

Esos sueños de niña de encontrar el

amor perfecto se hicieron realidad gracias a él.

Porque en el fondo todas creemos en los cuentos de hadas y queremos el clásico:

Vivieron felices por siempre.

Yo soy feliz y nadie cambiará eso.

Tengo tres hermosos hijos y un maravilloso esposo... todo gracias a un hallazgo inesperado, pero muy afortunado que hizo que el miedo se fuera de mí y diera cabida al amor.

Mi Serendipia tiene nombre.

Se llama Guillermo Cruz.

**Fin**

# Agradecimientos

Primero a Dios que siempre me da la inspiración que necesito para escribir estas historias; tu que lo ves todo y lo sabes gracias por estar siempre en mi vida.

A mi familia, ustedes son mi soporte y mi timón el cual me enseña la dirección correcta; los amo a morir y sin ustedes, yo no soy nada.

A mis amigos Rubén, Fabián, Edu, Jorman que aunque no nos vemos seguidos, siempre están para mí y una

hora juntos equivale a tantos días separados, pero quiero dar gracias en especial a Lisbeth Montoya, mi amiga, mi hermana y mi soporte. Tú que me conoces mejor que nadie, sabes lo que a veces me cuesta escribir y sentir emociones como las que viven mis personajes.

A Melina, gracias por tu apoyo incondicional desde el día cero, desde el prime post que hiciste por Soy Tuya, tú has estado ahí para decirme que errores cometo o que no, pero Guillermo y Andrea llevan parte de ti. Me ayudaste a construir un Guillermo más real con todos sus defectos y virtudes. Me has escuchado mis ataques de histeria antes de publicar y hasta lo que no tienen que

ver con los libros. Mil veces gracias por todo y espero que algún día sigas mi consejo de fundar tu propia editorial.

A mis betas que esta vez fueron muchas: Gaby, Ale, Sol, Tintina, Ina, Celines Mirtha, Cecilia. Gracias por sus aportes a esta historia.

Ina, te adoro comadre y no sabes las ganas que tengo de ir a visitarte.

Celines, gracias amiga por siempre estar ahí y leer mis historias.

Gaby, como siempre nos vemos en La Cafebrería y gracias por leerme por primera vez con este libro.

Sol, mi loquis y mi sobrina favorita gracias por permanecer en el tiempo y espacio.

Tintina, eres un sol y gracias por

apoyarme, creer en mis proyectos y ser una de las lectoras más fieles que tengo.

Mirtha, para ti no hay más que palabras de agradecimiento y cariño.

Ale, eres mi chiquita linda te adoro.

Cecilia, gracias por darme la oportunidad de que leyeras a Guille antes que todos, pero en especial mi querida divina sin ti muchos autores iríamos a la deriva. Mi eterno agradecimiento por la labor que haces, eres un sol.

Roccio, tú eres esa persona única e infinita que llega cuando menos te lo esperas. Gracias por tu apoyo y por ayudarme a inspirarme con esos guapos que me consigues. Te voy a extrañar más que a nada y me esperas que voy por el

café y a ver si me consigo al hombre de mis sueños por allá.

A mi mamá, no por ser una de las últimas la menos importante. Te amo al infinito y más allá, gracias por ser la mejor mamá del mundo.

A Kramer, por tu paciencia infinita con las portadas y mis locuras, pues nada a seguir trabajando con más portadas.

A Yube, nena sabes que te adoro. Gracias por tú apoyo y por todo esos hermosos artes que haces.

A los grupos de lectura en Facebook por su apoyo en especial: Adictas Latinas a Literatura Erótica, Zorras Literarias, La Magia de Los Libros, Divinas Lectoras.

A ti, que tomas horas y días para leer todo lo que escribo, que sientes el dolor y las alegrías de los personajes. A ti te doy mil veces gracias por leerme.

# Sobre la Autora

(Maracay- Venezuela 1985)

Lorena del Valle Fuentes P., nació en la Ciudad Jardín de Venezuela, Administradora mención Tributaria. Desde pequeña le gustó leer, su primer libro fue Platero y yo, pero se enamoró de la historia de niños, que enseña a los adultos, El Principito, la obra más famosa del escritor y aviador francés Antoine de Saint-Exupéry. Amante de las artes en todas sus expresiones. Pertenece al movimiento Coral del Edo. Aragua, también al Movimiento Guía Scout de Venezuela. Siempre trazándose metas, entre ellas el proyecto de

Leyendo con Lorena Fuentes, donde tuvo la oportunidad de compartir entrevistando a grandes autores de la rama de la literatura romántica. Ser locutora es una de las mejores experiencias que ha vivido.

Con Soy Tuya, incursiona por primera vez en el mundo de la literatura, que tanto me deleita. Este libro pertenece a su primera Serie titulada “Nos Pertenece”, de lo cual en Amazon pueden encontrar dos de los tomos y dos relatos.

### **Redes Sociales:**

#### **Facebook:**

<https://www.facebook.com/lorenafuentes>

**Instagram:** lorenafuentes2

**Twitter:** lore2811

**Email:** [leyendocon@gmail.com](mailto:leyendocon@gmail.com)